

MUSEO DE
ZARAGOZA
BOLETÍN 22

LAS NECRÓPOLIS PROTOHISTÓRICAS
EN EL VALLE DEL HUECHA (ZARAGOZA)
EN SU CONTEXTO MATERIAL Y RITUAL

José Ignacio Royo Guillén
Isidro Aguilera Aragón

2021

LAS NECRÓPOLIS PROTOHISTÓRICAS EN EL VALLE DEL HUECHA (ZARAGOZA)
EN SU CONTEXTO MATERIAL Y RITUAL

22

M

MUSEO DE ZARAGOZA

MUSEO DE ZARAGOZA
BOLETÍN

22

2021

Zaragoza, 2024

GOBIERNO DE ARAGÓN
DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA

MUSEO DE ZARAGOZA

BOLETÍN

Consejo de Redacción

DIRECTOR

MIGUEL BELTRÁN LLORIS

SECRETARIA

MARÍA JESÚS DUEÑAS JIMÉNEZ

COMITÉ DE REDACCIÓN

(Museo de Zaragoza)

SILVIA ABAD VILLARROYA

ISIDRO AGUILERA ARAGÓN

M^a LUISA ARGUIS REY

AIXA ALVÁREZ ALMAZÁN

LAURA ASÍN MARTÍNEZ

PAULA BLANCO DOMÍNGUEZ

NEREA DÍEZ DE PINOS LÓPEZ

CARMEN GALLEGO VÁZQUEZ

ANA CRISTINA LABAILA SANCHO

CONSEJO ASESOR

V. DAVID ALMAZÁN TOMÁS

-Universidad de Zaragoza-

ELENA BARLÉS BÁGUENA

-Universidad de Zaragoza-

MIGUEL CISNEROS CUNCHILLOS

-Universidad de Cantabria-

JOSÉ FABRE MURILLO

-Ayuntamiento de Zaragoza-

PILAR FATÁS MONFORTE

-Museo Nacional y

Centro de Investigación de Altamira-

CHRISTOPHER GERRARD

-University of Durham-

CONCEPCIÓN LOMBA SERRANO

-Universidad de Zaragoza-

ALBERTO J. LORRIO ALVARADO

-Universidad de Alicante-

JUAN PAZ PERALTA

JOSÉ MARÍA RODANÉS VICENTE

-Universidad de Zaragoza-

GONZALO RUIZ ZAPATERO

-Universidad Complutense de Madrid-

EDITA

Museo de Zaragoza

Maquetado, impreso y encuadernado en:
Cometa, S.A.

ISSN: 0212-548-X

Dep. Legal: Z. 771/1983

CORRESPONDENCIA

INTERCAMBIOS

MUSEO DE ZARAGOZA

Plaza de los Sitios, 6

Apart. 848

50071 ZARAGOZA (SPAIN)

Teléfonos:

976 222 181 - 976 222-378

Fax: 976 222 378

E-mail: musezoa@aragon.es

Las necrópolis protohistóricas en el valle del Huecha (Zaragoza) en su contexto material y ritual

José Ignacio Royo Guillén* | Isidro Aguilera Aragón**

* Arqueólogo. <https://orcid.org/0000-0002-5576-5073>. Correo electrónico: nacho.royo57@gmail.com

** Arqueólogo. <https://orcid.org/0000-0001-9848-053X>. Museo de Zaragoza. Gobierno de Aragón.
Correo electrónico: iaquilera@aragon.es

3.3.2.2. El ajuar metálico.....	65
3.3.3. <i>Cronología</i>	66
3.4. La necrópolis de Carraveruela (Magallón, Zaragoza)	66
3.4.1. <i>Estructuras funerarias</i>	69
3.4.2. <i>Ritual funerario</i>	73
3.4.3. <i>Cultura material</i>	74
3.4.3.1. La cerámica.....	74
3.4.3.1.1. La cerámica manufacturada.....	74
3.4.3.1.2. La cerámica a torno.....	76
3.4.3.2. El ajuar metálico.....	78
3.4.3.2.1. Fíbula navarro aquitana.....	78
3.4.3.2.2. Cuentas discoidales inscritas.....	78
3.4.3.2.3. Cuentas y elementos de collar.....	79
3.4.3.3. Los restos óseos.....	81
3.4.4. <i>Cronología</i>	81
3.5. La necrópolis de El Quez, (Alberite de San Juan, Zaragoza) ...	81
3.5.1. <i>Estructuras funerarias</i>	84
3.5.2. <i>Ritual funerario</i>	86
3.5.3. <i>Cultura material</i>	87
3.5.3.1. La cerámica.....	87
3.5.3.1.1. Un <i>kotyliskos</i> como elemento singular..	89
3.5.3.2. El ajuar metálico.....	92
3.5.3.2.1. Complementos del vestido: agujas y elementos de guarnición del cinturón....	92
3.5.3.2.2. Elementos de adorno: brazaletes.....	95
3.5.3.2.3. Elementos de adorno: cadenas, cuentas, separadores y collares.....	96
3.5.3.2.4. Cuchillos.....	98
3.5.3.3. Otros elementos.....	98
3.5.3.4. Restos óseos.....	98
3.5.4. <i>Cronología</i>	99
3.6. La necrópolis del Cabezo de las Viñas (Albeta, Zaragoza)	99
3.6.1. <i>Estructuras funerarias</i>	101
3.6.2. <i>Ritual funerario</i>	101
3.6.3. <i>Cultura material</i>	102
3.6.3.1. La cerámica.....	102
3.6.4. <i>Cronología</i>	104
3.7. La Oruña y su necrópolis (Vera de Moncayo, Zaragoza)	104
3.7.1. <i>Las estructuras funerarias y sus elementos</i>	107
3.7.2. <i>Ritual funerario</i>	109
3.7.3. <i>Cultura material</i>	109
3.7.3.1. La cerámica.....	109

3.7.3.2. El ajuar metálico.....	112
3.7.3.2.1. El armamento y otros utensilios de hierro	112
3.7.3.2.2. El <i>pilum</i>	117
3.7.3.2.3. El broche de cinturón de placa calada o tipo ibérico.....	119
3.7.3.2.4. Las grebas de bronce	120
3.7.3.2.5. El puñal biglobular o bidiscoidal.....	123
3.7.3.2.6. El bocado de caballo.....	125
3.7.3.2.7. Fragmento de objeto indeterminado.....	128
3.7.4. Cronología	128
4. Las necrópolis protohistóricas del río Huecha y su contexto en el Ebro Medio	129
4.1. La investigación del mundo funerario en el sector occidental del valle medio del Ebro.....	129
4.2. La diferenciación regional de las necrópolis protohistóricas del valle medio del Ebro.....	130
4.2.1. <i>El subgrupo IA</i>	131
4.2.2. <i>El subgrupo IB</i>	133
4.3. Otros grupos de necrópolis similares del valle del Ebro y zonas limítrofes.....	136
4.4. A vueltas sobre un viejo debate: necrópolis tumulares o “campos de urnas”	139
4.5. Usos y rituales funerarios durante la Edad del Hierro en el río Huecha.....	142
4.6. Cultura material y ajuar funerario: las ofrendas para el más allá.....	144
4.6.1. <i>La cerámica manufacturada y su tipología. Urnas, vasos de ofrendas y objetos rituales</i>	144
4.6.2. <i>La cerámica a torno y la producción en serie de los modelos</i>	147
4.6.3. <i>Armas, útiles y adornos: elementos de distinción social</i>	150
5. Conclusiones	152
Agradecimientos.....	155
Bibliografía.....	157
Resumen.....	175
English Summary.....	178

Presentación

Un museo no es un mero lugar de almacenamiento y exhibición de objetos más o menos bellos o curiosos, un museo es, ante todo, un generador y transmisor de conocimiento, esa es su esencia, su utilidad y su razón de ser. Sin embargo, esa misión se suele desvanecer ante la pesada carga de la gestión y de una promoción cultural cada vez más competitiva en lo superficial. Por esto, el hecho de que un museo pueda contribuir con trabajos de investigación, ya sea interna o en apoyo a terceros, a través de su propia revista es motivo de satisfacción. Por ello, es legítimo expresar agradecimiento a quienes lo hacen posible con su trabajo y con financiación de publicaciones como esta.

El Boletín del Museo de Zaragoza dedica esta entrega de contenido monográfico a un aspecto concreto del complejo devenir histórico de los últimos siglos de la prehistoria propiamente dicha en el tramo central de la depresión del Ebro: el fenómeno funerario de las necrópolis de incineración. Su aparición supuso un drástico cambio del ritual de la muerte respecto a lo que sucedía en el segundo milenio a. C. Las últimas investigaciones, fundamentadas en la excavación de amplias superficies cementeriales, como en el Castillo de Castejón de Ebro, han proporcionado datos hasta ahora desconocidos que son de inestimable ayuda para completar la visión de otras necrópolis menos afortunadas. El trabajo que aquí se presenta, se concentra en una zona especialmente sensible para el museo zaragozano, como es el valle del río Huecha, donde hemos desarrollado múltiples tareas de examen arqueológico y divulgación desde hace más de medio siglo.

Las etapas del Bronce final y la Edad del Hierro tienen una larga tradición entre los temas de investigación que ha ido desgranando el Museo de Zaragoza, desde los primeros ingresos de materiales de la colección Bardavíu recogidos en Las Valletas (Sena), las intensas campañas de arqueológicas de Antonio Beltrán en el Cabezo de Monleón de Caspe (ahora puestas al día), a la excavación de la necrópolis tumular del Corral de Mola, dirigida por Miguel Beltrán y estudiada por José Ignacio Royo, los trabajos de prospección y documentación en la comarca de Borja llevados a cabo por Isidro Aguilera y José Ignacio Royo, el descubrimiento de la ocupación que dio origen a la actual ciudad de Zaragoza hacia el 850 a.C., las excavaciones de las necrópolis del bajo Jalón por Jesús Ángel Pérez, o el excepcional complejo funerario de Los Castelletts (Mequinenza) que está estudiando José Ignacio Royo.

El trabajo que se expone en los dos centenares de páginas siguientes, es la consecuencia del seguimiento y toma de datos durante lustros, a veces de apariencia insignificante, cuya sistematización ha permitido añadir una pieza compleja al rompecabezas social, cultural e histórico en los inicios del primer milenio a. C. y su conversión en el germen de la cultura celtibérica. Los autores realizan una autopsia detallada del fenómeno funerario, repasando cada uno de sus aspectos como el ritual, la arquitectura, los variados ajuares, el significado social y su variabilidad cronológica.

El riguroso estudio que presentamos, viene a ahondar aún más en la comprensión de la cuenca del Huecha en esta etapa crucial para la historia. Este recorrido por los cementerios de incineración en túmulos perfecciona la visión que teníamos del valle, hasta ahora basada en los numerosos asentamientos localizados en la comarca. Aquí se dispone de ejemplos bien estudiados como el imponente poblado de El Morredón (Fréscano) o tan emblemáticos, como el más clásico de los yacimientos de esta cronología en la historiografía española: el Alto de la Cruz en Cortes de Navarra.

Una vez más, la contribución pública del Museo de Zaragoza al avance del conocimiento es posible gracias a la existencia del Boletín, única revista que emana de los museos que radican en Aragón. Esperemos que otras instituciones museísticas próximas en espacio y espíritu se sumen a tan necesario menester.

Miguel Beltrán Lloris

Director de Museo de Zaragoza, Boletín

Isidro Aguilera Aragón

Director del Museo de Zaragoza

1. Objetivos

Estas páginas son una puesta en orden de los datos que disponemos a día de hoy sobre los cementerios de la Edad del Hierro localizados en el valle del río Huecha. Con el inventario y análisis de los diversos hallazgos funerarios de esta pequeña, pero sensible porción de territorio, se equilibra la visión de esta etapa que hasta ahora estaba centrada en los numerosos yacimientos de habitación. Estos cementerios no son una manifestación exclusiva de esta zona, por lo que un segundo propósito es constatar sus relaciones con el resto de necrópolis del sector central del Ebro. El hilo de estos objetivos nos permite participar también en la discusión de las principales cuestiones debatidas en las últimas síntesis sobre el mundo funerario del complejo denominado “cultura de los Campos de Urnas del valle del Ebro” (Adroit, 2014; López Cachero, 2008; Ruiz Zapatero, 2014). Además, nos sumamos a la serie de trabajos que dan a conocer novedades de áreas concretas en esa misma cronología¹ (fig. 1).

La escasez de contextos estratigráficos depurados y de dataciones radiocarbónicas en poblados y necrópolis de este periodo en el valle medio del Ebro, han mantenido unas apreciaciones temporales basadas, casi exclusivamente, en las excavaciones del poblado del Alto de la Cruz y la necrópolis de la Atalaya, ambos en Cortes de Navarra y en las tipologías cerámicas y metálicas aportadas por las necrópolis del sur de Francia y Cataluña (Almagro Basch, 1952; Maluquer, 1945-46; Palol, 1958; Almagro Gorbea, 1973 y 1977; Mohen, 1976a y 1976b).

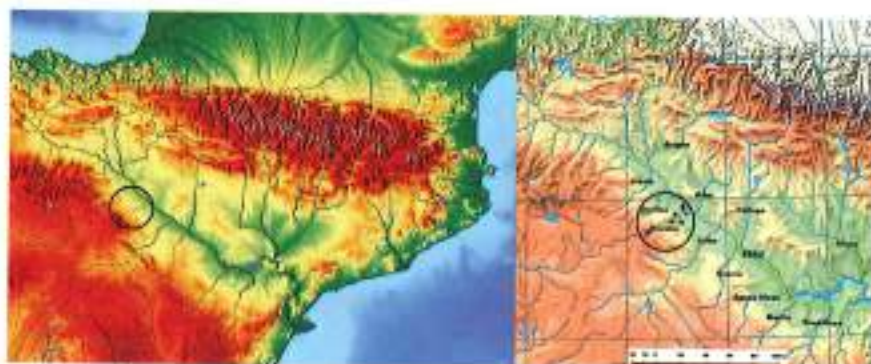


Figura 1. Localización geográfica del área en estudio. Cartografía a partir de Google maps y I.G.N (modificado por Royo y Aguilera).

¹ Como es el caso de las necrópolis navarras de la ribera del Ebro (Faro, 2015a), las Cinco Villas (Royo, 2017; Royo y Fatás, 2017), o las del Bajo Ebro y Bajo Aragón (Fatás y Graells, 2010; Royo y Pérez i Conill, 2019). A estas deben unirse las revisiones de necrópolis catalanas y del sureste francés (Rovira *et al.*, 2012; Dedet y Marchand, 2015).

Para revertir esta situación y poder abordar este trabajo, ha sido necesario el descubrimiento y excavación de nuevas necrópolis y poblados en el valle medio del Ebro, a partir de finales del siglo XX y primeros años del XXI (Armendáriz, 2008),² lo que ha corregido sensiblemente las periodizaciones que se aplicaban hasta hace unos lustros, pues han podido ser ajustadas por medio de estratigrafías, cultura material y dataciones radiocarbónicas calibradas (Picazo, 2005; Royo *et al.*, 2018). Asimismo, la exhaustiva revisión de ajuares de necrópolis excavadas de antiguo, tanto en el sudeste francés como en el noreste y sureste peninsular. (Adroit, 2014; Constantin, 2014; Constantin y Bilbao, 2013; López Cachero, 2008; Lorrío, 2008; Pellicer, 2008; Ruiz Zapatero, 2008; Rovira *et al.*, 2012), ha permitido aquilatar contextos, gracias a la presencia de determinados elementos materiales de procedencia exógena. Relevantes son las piezas metálicas y cerámicas de origen europeo o mediterráneo aparecidas en el valle del Ebro, con cronologías definidas ya hace un tiempo (Pellicer, 1982; Maluquer, 1987; Almagro Gorbea, 1992), a las que se han añadido nuevos tipos cerámicos y metálicos que corroboran esta visión (Arenas-Esteban, 2014; Royo, 2019; Royo y Fatás, 2016; 2017). De resultas de los avances en la investigación, la temporalidad más aceptada para toda el área del golfo de León y comarcas orientales y centrales del valle del Ebro ha quedado dividida en tres fases: Hierro I antiguo (800-750/650 a.C.), Hierro I medio o pleno (650/550 a.C.) y Hierro I tardío (550/450 a.C.) (Adroit, 2014; Constantin, 2014; Constantin y Bilbao, 2013; Graells, 2013 y 2014; López Cachero, 2007; Neumaier, 2006; Royo, 2017; Royo *et al.*, 2018). La ocupación de la región objeto de este estudio, según el esquema que acabamos de glosar, se sitúa entre el 800 y el 450 a.C., si bien los inicios se remontan al 950 a. C y el final se prolonga, al menos, hasta el 400 a.C. para convertirse en el germen de la cultura celtibérica.

El grupo de yacimientos protohistóricos del río Huecha está en continuo estudio desde el último tercio del siglo XX (Aguilera, 1995; Aguilera y Royo, 1978; Royo, 1985; 1990, 125, fig. 1), es plenamente representativo de la cultura de los CC.UU. del valle medio del Ebro y queda definido por el sistema de explotación del territorio (Royo, 1984), por su urbanismo (Royo y Romeo, 2015), su cultura material (Royo, 2005), su cronología (Aranda *et al.*, 2018; Royo *et al.*, 2018) y por sus relaciones con el sector nororiental de la Meseta y la región de Aquitania (Royo, 2017, 119-121, fig. 48 y 58).

² Los hábitats excavados en el solar de Gavín/Sepulcro de la ciudad de Zaragoza (Aguilera *et al.*, 1984), cabezo de la Cruz de La Muela (Picazo y Rodamés, 2009) y el Morredón de Fréscano (Aranda *et al.*, 2018) y las necrópolis de cabezo de Bailesteros en Épila (Pérez Casas, 1990), la Umbría de Daroca (Armada, 1990), el Castejón de Arguedas (Castiella y Bienes, 2002) y el Castillo de Castejón (Faro, 2015a-b; 2017a-b).

2. Las investigaciones en las necrópolis del río Huecha

Los sistemas de habitación y de organización territorial tienen un adecuado nivel de documentación en este valle, pero a diferencia de otras comarcas aragonesas del medio Ebro que tienen necrópolis bien conocidas,³ el panorama actual del mundo fúnebre en el entorno de la sierra del Moncayo presenta carencias que limitan la caracterización global del periodo. La ausencia de excavaciones y las graves afecciones que, desde los años setenta del siglo XX, han venido sufriendo esos espacios cementeriales son las causas de dicho desconocimiento.⁴ La recuperación de contextos arqueológicos, de diversos materiales muebles, así como la existencia de documentación inédita, permiten exponer las principales características de estos yacimientos y se apuntan algunas conclusiones verosímiles.

El punto de partida sobre las necrópolis protohistóricas del río Huecha es la excavación y edición preliminar del cementerio de la Atalaya en Cortes de Navarra, publicada a mediados del siglo XX (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956).⁵ La falta de un estudio global de esta necrópolis y la escasez de excavaciones en cementerios protohistóricos del territorio aragonés del Ebro medio, han permitido la vigencia de gran parte de las observaciones de Maluquer y Vázquez de Parga, aunque posteriormente matizadas en síntesis regionales (Castiella, 1977, 201-205, figs. 166-168; Ruiz Zapatero, 1985, 555-558, fig. 177; Armendáriz, 2008, 185-187). Además, algunas piezas de metalistería de la Atalaya (adornos, torques, armas o broches de cinturón) han sido incluidas en varios trabajos sectoriales (Cerdeño, 1978; Castiella, 2005a; Castiella, 2007-2008; Farnié y Quesada, 2009). Han tenido que pasar cincuenta años para que se haya abordado, no sin dificultades, una meritoria revisión de los materiales de la Atalaya, en especial los procedentes de las campañas inéditas de Maluquer (Castiella, 2005b).

³ Como las del valle del Jalón (Pérez Casas, 1990), las altas Cinco Villas como Arroyo Vizcarra (Royo y Fatás, 2017) y el Corral de Mola (Royo, 2017), o las navarras como la Torraza de Valtierra (Maluquer, 1957), el Castejón de Arguedas (Castiella y Bienes, 2002) o el Castillo de Castejón (Paro, 2015a-b; 2017a-b).

⁴ En realidad, no es que esta zona haya sido más castigada que las demás comarcas cercanas, si no que ha sido objeto de un seguimiento más detallado. Las afecciones que han destruido o alterado profundamente varias necrópolis durante la última mitad del siglo XX, tienen origen humano; repoblaciones forestales en la Atalaya y Burren y Burrena, nivelaciones agrícolas en el Convento y concentraciones parcelarias en Carraveruela, canteras en el Quez, o por expolio continuado en la Oruña. En un solo caso la alteración del yacimiento se puede atribuir a motivos naturales, como la erosión de laderas en el cabezo de las Viñas (Loerio *et al.*, 2019).

⁵ Aunque administrativamente perteneciente a Navarra, geográficamente corresponde al territorio del curso del río Huecha en su confluencia con el Ebro.

Ebro: concentraciones de urnas con incineración, a veces acompañadas de pequeños vasos, ajuar metálico de bronce (adornos) y de hierro (instrumentos y armas) y sin estructuras bien delimitadas.

Su descubrimiento se produjo en 1947 debido a trabajos de repoblación forestal en dos promontorios contiguos que, prácticamente, arrasaron la necrópolis. Se realizaron las primeras campañas de excavación, entre 1947 y 1948, dirigidas por Taracena y Vázquez de Parga. La profunda alteración del yacimiento dificultó en gran medida los trabajos y la identificación de cada una de las sepulturas (fig. 3). Tras la desaparición de Taracena en 1951, Maluquer y Vázquez de Parga se hicieron cargo de los resultados de esas actuaciones previas que publicaron sucintamente (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956).



Figura 3. Vista de los primeros trabajos de excavación en la Atalaya en 1947, donde se aprecia la alteración previa del terreno y el hallazgo de la sepultura AB 1 (según Maluquer y Vázquez de Parga, 1956).

La incorporación de Juan Maluquer a la arqueología navarra (Castiella, 2005b, 116) fue determinante para la continuación de los trabajos en la Atalaya, pues aun se llevaron a cabo pequeñas intervenciones en los años 1956, 1957 y 1960 que quedaron inéditas. De los materiales depositados en el Museo de Navarra, han sido objeto de estudio los adornos (Castiella, 2005a), los torques (Castiella: 2008) y las armas (Castiella y Sesma, 1988-89; Farnié y Quesada, 2009). A pesar de la abundancia y variedad tipológica de dichos objetos, su interés histórico ha quedado muy mermado ante la falta de contexto estratigráfico de las sepulturas y la disgregación posterior de una parte importante de los conjuntos funerarios. Esto ha provocado que todavía hoy estemos ante una necrópolis infravalorada, si bien se han publicado trabajos meritorios que han puesto cierto orden en este panorama (Castiella, 2005b). Estas limitaciones no impiden que la variada cultura material de la Atalaya mantenga una absoluta identidad con las necrópolis próximas de la Torraza, el Castejón y el Castillo (Faro, 2015b, 35; Royo, 2017, 153).

3.1.1. Descripción de la necrópolis y sus estructuras funerarias

El cementerio de la Atalaya estuvo emplazado en una loma alargada, conformada por una de las terrazas del Ebro que se distribuía entre dos elevaciones: la Atalaya alta y la Atalaya baja. A tenor de la dispersión de los materiales en superficie, contó con más de 400 metros de longitud por unos 100 metros de anchura, es decir la considerable extensión de 4 has. Desde el primer momento los enterramientos se inventariaron por separado, dependiendo de su ubicación en cada uno de los enclaves. La distancia de la Atalaya baja al poblado del Alto de la Cruz (950 m), hizo plantearse a sus excavadores que las sepulturas de esta zona podrían no corresponder a la misma necrópolis de la Atalaya alta (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 421). Este hecho lo consideramos de interés para valorar otros hallazgos cercanos, como el de Mallén (Royo, 1986). El número total de incineraciones fue de 16 sepulturas en la Atalaya alta, más otras 2 identificadas por Castiella en su revisión de la necrópolis (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 422; Castiella, 2005b, 119). En la Atalaya baja se excavaron un total de 54 enterramientos entre las campañas de 1947 y 1957, a los que hay que añadir otros 13 de la excavación de Maluquer de 1960, no incluidos en su estudio preliminar y revisados por Castiella (Castiella, 2005b, 123) (fig. 4). Con estas referencias, el número total de hechos funerarios documentados de esta necrópolis es de 85, cuya disposición en el terreno manifestaba una gran densidad de deposiciones, a lo que hay que sumar muchos objetos descontextualizados recuperados en superficie, debido a las remociones causadas por los trabajos forestales.

En cuanto a la arquitectura fúnebre, los datos aportados por sus excavadores permiten establecer una interpretación distinta a la tradicional que siempre ha planteado la presencia en este cementerio de tumbas planas, con las vasijas y cenizas enterradas en un hoyo, a lo sumo con un amontonamiento de tierra encima,



Figura 4. Detalle de la excavación de la sepultura AB 53 de la Atalaya con la ubicación de la urna y del vaso de ofrendas (Según Maluquer y Vázquez de Parga, 1956).

es decir, un auténtico campo de urnas (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 392-393 y nota 3; Castiella, 2005 b, 116). La descripción pormenorizada de algunos enterramientos que llevan a cabo dichos autores, permite detectar la presencia de abundantes adobes por toda la necrópolis que en varios casos parecen formar estructuras, a modo de "plataformas" y de "hornos o piras" para favorecer la cremación. En este caso se incluye una de las pocas referencias estratigráficas publicadas hasta la fecha (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 395-396, fig. 1).

Posterioros descubrimientos de estructuras de adobe en otras necrópolis de su entorno geográfico, posibilitaron plantear la existencia en el valle medio del Ebro de una arquitectura funeraria con presencia de túmulos hechos con ladrillos crudos (Royo, 2000, 47, fig. 3). En la actualidad, ha quedado demostrado que la Atalaya fue una necrópolis de incineración con estructuras funerarias consistentes en túmulos de adobes y cantos rodados (Royo, 2017: 120), como se ha registrado en cabezo de Ballesteros de Épila (Pérez Casas, 1987), en el Castejón de Arguedas (Castiella y Bienes, 2002: 34-40), en Arroyo Vizcarra (Royo y Fatás, 2017: 48, fig. 5), en el Castillo de Castejón (Faro, 2015a; Faro, 2015b: 36-37, fig. 7) y, muy posiblemente, en la Torraza de Valtierra (Maluquer, 1957, 247-249) (fig. 5).

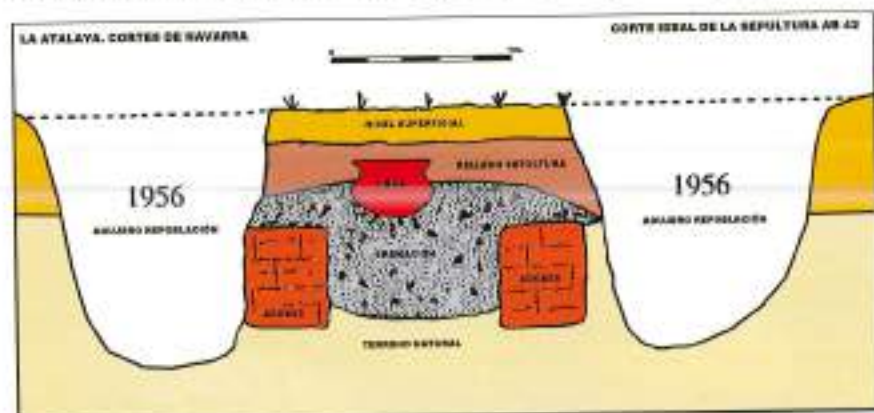


Figura 5. Corte estratigráfico ideal de la sepultura AB 42, restituído a partir del dibujo de Maluquer y Vázquez de Parga (1956). En la imagen se demuestra la presencia estratigráfica de una cista o túmulo de adobes.

Por lo que se refiere al ritual funerario desarrollado en la necrópolis de la Atalaya, sólo podemos resumir los datos aportados por sus excavadores que señalan varios elementos de gran interés para reconstruir aspectos fundamentales del proceso fúnebre en este lugar (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 392-396).

Las tumbas aparecen próximas unas a otras, sin una disposición u organización espacial aparente, incluso con superposición de urnas o reutilización de sepulturas ya amortizadas. La distancia máxima entre tumbas es de 2,5 metros y si tenemos en cuenta la extensión estimada, la necrópolis estaría formada por un mínimo de

1.600 enterramientos. Las incineraciones se producían en el propio lugar de la sepultura y también en *ustrina*, demostrado por la presencia de fosas y densos lentejones de cenizas y carbones sin presencia de urnas y con restos metálicos de ajuar muy alterados por el contacto directo con la fuente de calor.

Los enterramientos pueden disponer de una sola vasija, la urna cineraria con el contenido exclusivo de restos óseos. El ajuar metálico y algún vaso de ofrendas, siempre aparecen fuera de la urna, esparcidos por la sepultura que, como describen sus excavadores, contaba con una base de cantos y adobes calcinados o incluso con una estructura "a modo de pequeño horno para facilitar la aireación de la pira" (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 395-396) que en realidad corresponden a los restos del túmulo que contenía la incineración. El efecto del fuego debió ser muy intenso, con temperaturas elevadas, a juzgar por la deformación de los ajuares metálicos y por la extrema alteración de los restos óseos que raras veces tienen un tamaño superior a los dos centímetros.

En algunas de las sepulturas y en los lentejones cenicientos también se detectaron restos cerámicos muy desmenuzados, correspondientes a vasijas de perfil ovoide, del Tipo III de Maluquer y Vázquez de Parga que permitieron a estos investigadores plantear la posible presencia de elementos de ofrendas alimenticias (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 394-395). En la actualidad, el análisis de los datos permite plantear la hipótesis de que dichos restos puedan pertenecer al banquete funerario, depositados en la cremación, tal y como se ha planteado posteriormente en otras necrópolis excavadas en el valle del Ebro, como en el Cascarujo, el Castillo de Castejón o corral de Mola de Uncastillo (Balsera *et al.*, 2014, 453-454; Faro, 2015, 97-98; Royo, 2017, 103 y 151).

3.1.2. Cultura material

En la necrópolis de la Atalaya se han recuperado ajuares funerarios más o menos completos, así como un elevado número de objetos descontextualizados que en los dos principales estudios se intentaron sistematizar, tanto en orden a su tipología como a su cronología relativa (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956; Castiella, 2005b). En este trabajo se ofrecen algunos aspectos novedosos surgidos de su revisión y de una clasificación más orgánica. Así, hemos agrupado las diversas tipologías ofrecidas hasta el momento, para esbozar una idea global de la cultura material de esta necrópolis, con el fin de compararla con los ajuares funerarios del valle del Ebro y corroborar o matizar la vigencia de los supuestos cronológicos planteados hasta ahora.

3.1.2.1. La cerámica

El ajuar cerámico procedente de la Atalaya aún siendo abundante, presenta un limitado repertorio morfológico y funcional. La clasificación realizada por Maluquer y Vázquez en su estudio sigue teniendo hoy vigencia por la sencillez de su planteamiento (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 396-403, figs. 2-7).

El trabajo posterior de reordenación y revisión de los materiales de la necrópolis depositados en el Museo de Navarra, realizado por Castiella, aporta algunos detalles relacionados con la cerámica, especialmente en lo relativo a su decoración, sin añadir perfiles novedosos a la tipología anterior (Castiella, 2005b, 170-176, fig. 92).

En un intento de ofrecer una visión general del ajuar cerámico de esta necrópolis hemos agrupado las principales tipologías publicadas hasta la fecha que nos servirán para realizar una serie de consideraciones generales sobre las mismas y compararlas con otros conjuntos cerámicos de las necrópolis de su entorno geográfico (fig. 6). Maluquer y Vázquez de Parga clasificaron la cerámica en cuatro tipos principales, más otros dos complementarios:

- Los tipos I a IV hacen referencia a las urnas cinerarias (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 396-403, figs. 2-7), ilustran las morfologías. Los cuatro tipos identificados responden a las tipologías establecidas por Castiella y Royo para los poblados del sector occidental del Ebro medio (Castiella, 1977; Royo, 2009). El tipo I, único que no aparece en las tipologías citadas, es en realidad una variante de la forma II, pero en este caso sin pie desarrollado, sustituido por un fondo umbilicado, lo que podría tratarse de una adaptación funcional para su uso como urna funeraria al contar con una mayor estabilidad. El tipo II se asocia a la forma 6 de superficies pulidas de Castiella (1977, 242, fig. 198) y de la tipología establecida para los poblados del río Huecha (Royo, 2005, 137, fig. 55). El tipo III, un vaso de perfil ovoide, cuenta con dos variantes, una de superficies pulidas (IIIA) y otra sin pulir (IIIB), aunque en los dos casos se trata del mismo galbo y funcionalidad, identificado con la forma 10 de superficies pulidas de Castiella (1977, 258, fig. 209) o forma 8 de superficies no pulidas (Castiella, 1977, 299, fig. 243). Si bien aparece en los poblados formando parte del ajuar doméstico en las fases avanzadas del Hierro I (Royo, 2005, 138), se trata de un perfil mayoritariamente utilizado en las necrópolis, clasificados como forma 5 de superficies no pulidas (Royo, 2005, fig. 56. II). Por último, el tipo IV es una vasija de perfil en S, cuya anchura de boca es mayor que la altura y presenta una suave carena, está plenamente identificada con la forma 4 de Castiella y de Royo (Castiella, 1977, 239, fig. 194; Royo, 2005, 55. I), utilizándose con asiduidad en todas las necrópolis del valle medio del Ebro y en las localizadas en la región pirenaica del sur de Francia, para las fases avanzadas de la Edad del Hierro (Royo, 1986, 40-41, fig. 4).
- Tipos *a-h*. Son los denominados vasos de ofrendas, entre los que podemos distinguir tres perfiles básicos, todos ellos presentes en el ajuar doméstico de los poblados (fig. 6). Los tipos *a*, *b* y *c*, son vasitos de cuerpo globular y cuello cilíndrico, identificados con la forma 5 de Castiella (1977, 242, fig. 196) y Royo (2005, fig. 55.I), un perfil característico de la tipología cerámica de los ajuares domésticos durante el Hierro I en su etapa plena en el valle medio del

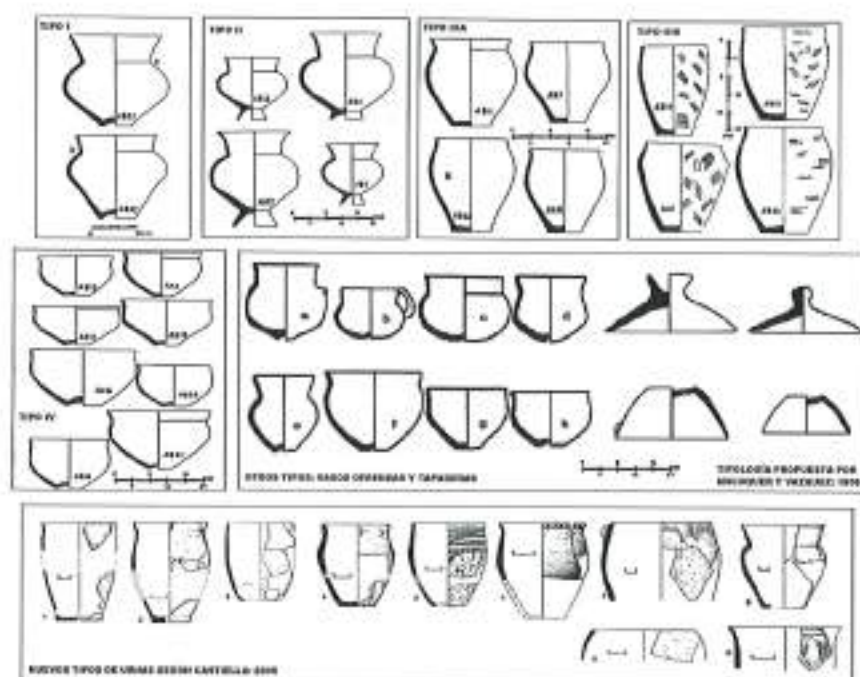


Figura 6. Tipología cerámica documentada en las excavaciones de la necrópolis de la Atalaya, a partir de Maluquer y Vázquez de Parga (1956) y Castiella (2005), modificada por Royo y Aguilera.

Ebro, coincidiendo con el nivel PIIB del Alto de la Cruz de Cortes de Navarra (Royo, 2005, 137, fig. 55.I). El tipo *d*, se puede asimilar a un vaso de perfil bitroncocónico y borde exvasado, típico de la forma 1 de Castiella y Royo y que reflejan las tradiciones del Bronce final y de la cerámica de los poblados PIIB de Cortes (Royo, 2005, 137, fig. 55.I). El tipo *e* podría señalarse como una variante de los tipos *a-c*, pero con el borde exvasado. En cuanto a los tipos *f*, *g* y *h*, se identifican con un perfil de cuerpo semiesférico, con suave carena y borde exvasado que aparecen en nuestra forma 4 de Castiella (1977, 239, fig. 194). En nuestra tipología representan la transición entre el Hierro I pleno y el Hierro I tardío (Royo, 2005, 138, fig. 55.I).

- Las tapaderas se utilizaron como cierre de las urnas cinerarias, elementos habituales en todas las necrópolis del Ebro medio. Se han identificado tres perfiles, de los cuales dos son en realidad un plato de paredes rectas y con pie desarrollado y una escudilla de fondo plano o ligeramente umbilicado y paredes rectas, colocadas en posición invertida (fig. 6). La tercera es una verdadera tapadera al poseer un pomo globular. Los tapes con pomo son especialmente

interesantes, las hay en el Castillo de Castejón, con asideros de diversos diseños, algunos en forma de prótomos de équidos (Faro *et al.*, 2002-2003, 67). También pueden aparecer en poblados, como el caso del depósito ritual recuperado en el poblado del Pueyo de Marcuello, en el que además de tapaderas de pomo redondeado aparecen otras con estilizaciones de cabeza de ave (Royo, 2019, 47, fig. 25).

- En cuanto a la morfología de los vasos publicada por Castiella (2005b, 172-173, fig. 92), en su mayor parte puede asimilarse a los Tipos I y III de Maluquer, en este caso con decoraciones peinadas, collarinos aplicados, así como cordones digitados y apliques plásticos (fig. 6). Tanto las formas como las decoraciones son plenamente característicos de los ajuares funerarios y domésticos del Hierro I tardío, presentes en los poblados, como en el Castillo de Cuarte o el Cabo de Andorra ya propios del Ibérico antiguo (Royo y Burillo, 1997, 127, fig. 6; Loscos *et al.*, 1997, 140-141).
- La cerámica a torno presente en la Atalaya es muy escasa⁶ y señala un momento clave en el desarrollo de la cultura de los CC.UU. a partir del Hierro I tardío, caracterizado por la llegada paulatina de influjos mediterráneos al valle medio del Ebro. Las únicas piezas a torno aparecieron en los enterramientos AB 10 y AB 29. De la primera sepultura, se recuperó la urna, de pasta rojiza y perfil globular con borde ligeramente exvasado (Maluquer y Vázquez, 1956, 427, fig. 18) (fig. 7). Por la descripción realizada, debemos identificarla con un vaso precursor de las formas a torno y pastas de cocción oxidante, cuya implantación en la cuenca del Ebro se puede seguir de este a oeste, a razón de un cuarto de siglo por valle, de forma que en nuestro caso podríamos estar hablando de la primera mitad del siglo IV a.C. La siguiente pieza es una tapadera de orejetas perforadas, aparecida en el enterramiento AB 29, cuenta con un acompañamiento metálico de un broche de cinturón de un garfio y escotaduras abiertas, un pasador y varios fragmentos de brazaletes de sección cuadrada (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 450-451, fig. 22) (fig. 8). El tipo de tapadera remite a modelos del Ibérico antiguo y de transición al medio, presentes en poblados del valle central del Ebro entre finales del siglo VI y la primera mitad del siglo V a.C., como es el caso del Castillo de Cuarte (Royo y Burillo, 1997, 129, fig. 8, 1) y en los niveles más recientes del Cabezo de La Cruz de La Muela, asociados a vasos con orejetas perforadas (Picazo y Rodanés, 2009, 390, figs. 6-7). También es una forma común en el Bajo Aragón y bajo Ebro, donde se encuentra en los poblados con una cronología que cubre la segunda mitad siglo VI a.C. (Fatás, 2016, 248-252, 354, n° 14).

⁶ En su momento quedó excluida de la lista tipológica elaborada por Maluquer y Vázquez de Parga.

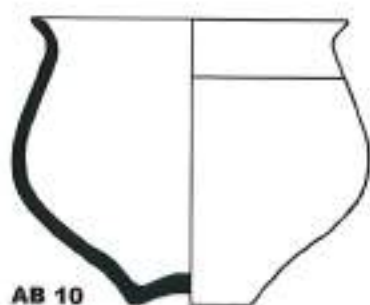


Figura 7. Urna a torno de la sepultura AB 10 de la Atalaya, según Maluquer y Vázquez de Parga (1956).

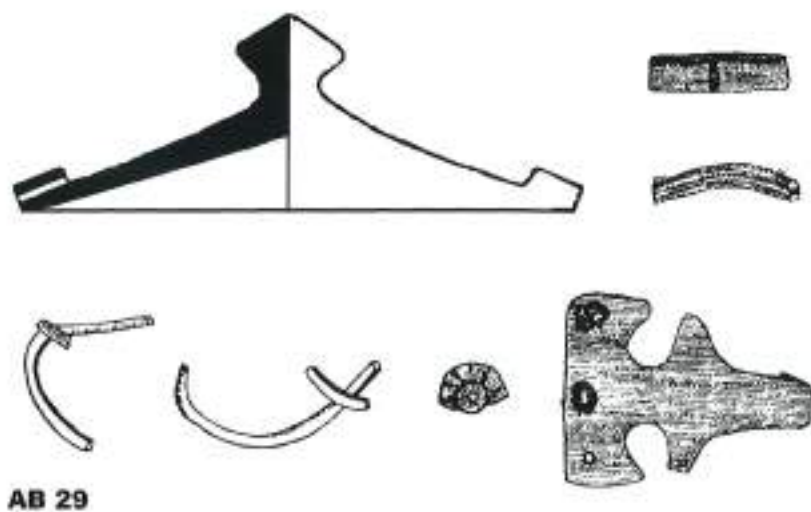


Figura 8. Tapadera torneada de orejetas perforadas, acompañada del ajuar metálico de la sepultura AB 29 de la Atalaya, según Maluquer y Vázquez de Parga (1956).

A partir de este repaso de la cerámica de la Atalaya podemos inferir varias consideraciones:

El ajuar cerámico es plenamente representativo de las necrópolis en el sector central y occidental del valle medio del Ebro. Dicha identidad formal se manifiesta en las necrópolis navarras, como en la Torraza de Valtierra, donde se reproducen dichas tipologías, especialmente el tipo IV (Maluquer, 1957, 259, figs. 4, 6 y 9) y también aparecen los vasos de ofrendas, las tapaderas, incluso un ejemplar a torno de orejetas perforadas (Castiella, 1977, 196-200, figs. 162 a 164). Del mismo modo, se repiten los tipos cerámicos de la Atalaya en el Castejón de Arguedas, aunque en este caso son los vasos globulares y de cuello cilíndrico, la forma 5 de Castiella, los más abundantes. También aparecen otros perfiles como los del tipo IV de Maluquer y Vázquez, junto a tapaderas de morfología variada (Castiella y Bienes, 2002, 136-138, fig. 186).

Asimismo, se repiten los modelos descritos en la necrópolis del Castillo de Castejón, donde los tipos más abundantes son los I, II, IV y las escudillas de paredes rectas y los vasos globulares de cuello cilíndrico, formas 5 y 9 de Castiella, junto a una nutrida presencia de tapaderas de pomo aplastado, redondeado y con prótomo de caballo (Faro *et al.*, 2003, 66-68). Aunque los datos publicados hasta el momento de las necrópolis del río Huecha son escasos, la tipología cerámica de la Atalaya es plenamente coincidente con el material del hallazgo funerario de Mallén, en donde aparecen las formas 4 y 5 de Castiella (Royo, 1986, fig. 4) o el publicado de El Quez, donde también aparecen los tipos III y IV de Maluquer y Vázquez (Royo *et al.*, 1992, 335, fig. 2). Del mismo modo, en las necrópolis del Hierro del bajo Jalón, también están presentes los mismos tipos de la Atalaya, tal y como puede comprobarse en Cabezo Ballesteros de Épila, donde aparecen los tipos III y IV, así como la forma 5 de Castiella (Pérez, 1988, 83; 1990, 117, fig. 7), o en San Sebastián y Barranco de la Peña de Urrea de Jalón, en ambos casos con presencia de las formas 4 y 5 de Castiella (Pérez, 1990, 114-115, figs. 3 y 5). En las Cinco Villas contamos con paralelos para la cerámica de la Atalaya, como es el caso del Corral de Mola de Uncastillo (Royo, 2017, 147-148, fig. 63). También es destacable que los escasos datos conocidos de necrópolis protohistóricas en el río Huerva cuentan con vajilla coincidente con la de la Atalaya; este sería el caso del Lugar Viejo (María de Huerva), necrópolis prácticamente inédita y que sólo cuenta con material de superficie, pero con claros paralelos tipológicos con el yacimiento navarro (Burillo, 1981, 68, fig. 5). En el límite oriental del área geográfica de este estudio, se encuentra la necrópolis de Azaila, con una tipología cerámica que presenta claras coincidencias con los tipos I y II de Maluquer y Vázquez, así como con la forma 5 de Castiella (Beltrán Llorís, 1976, 62-68, figs. 21-25). Algo más hacia el sureste se localiza la necrópolis del Cabo (Andorra), cuyas urnas funerarias cuentan con paralelos con los tipos I y II de La Atalaya (Benavente *et al.*, 2015, 61-64, fig. 5. 1). En los confines del valle del Ebro, debe citarse la fase antigua de la necrópo-

lis celtibérica de la Umbría de Daroca, con permanencia de los tipos I a III de la Atalaya (Aranda, 1990, 105-106, fig. 2).

En la mayoría de sepulturas de la Atalaya, el ajuar cerámico se compone sólo de la urna cineraria que, en pocos casos, aparece acompañada por una tapadera o por algún vaso votivo. En ocasiones hay restos de posibles ofrendas cerámicas o del banquete funerario, como se ha detectado en necrópolis del Ebro medio y oriental ya citadas anteriormente.

En la Atalaya no aparecen vasos de perfil bitroncocónico, característicos de las fases PIIIa-b del Alto de la Cruz, mientras que los tipos I, II y IV, figuran bien representados en la fase intermedia del poblado, en el PIIIa-b. El tipo III y algunos de los ejemplares decorados de Castiella se corresponderían con producciones a caballo entre la Primera y Segunda Edad del Hierro. Las escasas vasijas a torno, técnicamente perfectas, deben de interpretarse como piezas importadas desde el este, como prólogo a la implantación de este tipo de técnica alfarera en el valle del Huecha y alrededores.

A tenor de la composición del conjunto cerámico, la necrópolis de la Atalaya ocuparía una banda cronológica situada al menos entre los momentos centrales del Hierro I medio y el Hierro I tardío, es decir entre 600-400 a.C.

3.1.2.2. El ajuar metálico

3.1.2.2.1. El armamento: espadas, lanzas, regatones y flechas

En la Atalaya, en la sepultura AA 10, hay una espada de hierro casi completa con una longitud de 43 cm, hoja recta, arista central y doble filo, con empuñadura maciza y restos de la vaina del mismo metal (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 18, fig. 14). La revisión de este material confirmó el ejemplar como de empuñadura maciza (Castiella y Sesma, 1988-89, 385, fig. 2, 1) sin embargo, Quesada y Farnié la clasifican como espada con empuñadura de lengüeta y remaches de tradición peninsular, con fecha entre finales del siglo VI y el siglo V a.C. (Quesada y Farnié, 2009, 105-107 y 130-131, figs. 81-84 y 112), (fig. 9,1). La primera revisión de los metales de la Atalaya (Castiella, 2005b) añade varios restos de espadas, especialmente uno de ellos, sin ningún tipo de referencia, que presenta una hoja de doble filo con arista central y ligero engrosamiento de la hoja junto a la empuñadura que parece ser de espiga. La hoja tiene una longitud superior a los 50 cm sin contar con la empuñadura, pero no se corresponde con la publicada por Maluquer (Castiella, 2005b, 194, fig. 109, sepultura AA10) (fig. 9, 2). A esta espada le acompañan otros restos de hojas y puntas que presuponen la presencia en la Atalaya de, al menos, cuatro espadas de hierro (Castiella, 2005b, fig. 109, conjunto 41). Nosotros hemos preferido incluir en nuestro repertorio los materiales publicados por Castiella en 2005, a pesar de las dificultades para su identificación y contextualización (fig. 9, 3-5).

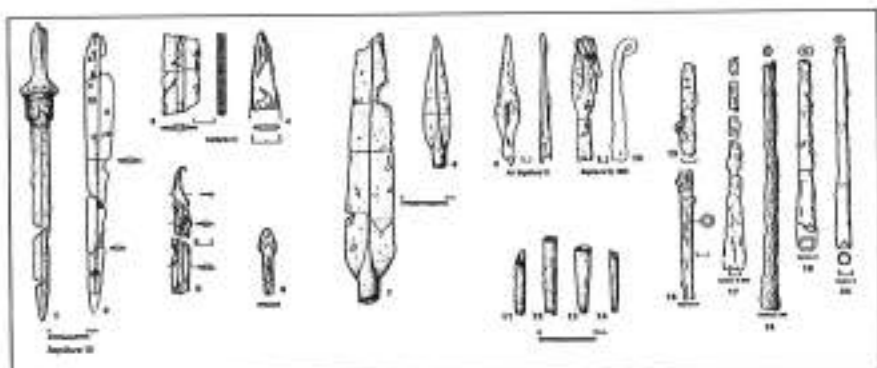


Figura 9. El armamento de la Atalaya: espadas, puntas de lanza, regatones y punta de flecha.

Lamentablemente, las espadas de la Atalaya no cuentan con contextos estratigráficos o de conjunto cerrado o asociados a sepulturas completas que permitan disponer de una datación más sólida. Los paralelos expuestos por los autores citados permiten encuadrar la cronología de estas piezas desde fines del siglo VI a.C. y a lo largo del siglo V a.C.

Contemporáneos a este cementerio con moderada presencia de armas hay otros que muestran un panorama más variado, como ocurre en el Castillo de Castejón (Faro *et al.*, 2002-2003, 69-71) donde destaca la aparición de auténticas panoplias guerreras: cascos, escudos, puntas de lanza y regatones, *solfifera*, una falcata y varios ejemplares de espadas de aire lateniense. ¿Dichas necrópolis están reflejando comunidades con un superior componente guerrero? ¿Es esta diferencia la que marca el comienzo de la violencia institucionalizada como un aspecto consolidado en la vida de esos grupos?

Las referencias al origen centroeuropeo y a los modelos de La Tène I como precedentes de las espadas de hierro de las necrópolis del centro de la depresión del Ebro, son constantes en la bibliografía, aunque ahora los estudiosos defienden un origen peninsular para este tipo de modelos (Quesada y Farnié, 2009). Los nuevos hallazgos y su similitud con piezas bien conocidas de las necrópolis francesas del sudeste, fechadas entre los siglos VII y VI a. C. (Dedet y Marchand, 2015, figs. 11 y 13) o de las necrópolis tumulares de Aquitania, de la región de Arcachon (Mohen y Coffyn, 1970, pl. XXII-XXIII), permiten plantear relaciones tipológicas y cronológicas entre los ejemplares franceses y navarros que deben valorarse en su justa medida (Castiella y Sesma, 1988-89, 385).

En la Atalaya también aparecieron lanzas o jabalinas y sus regatones en las sepulturas AA8, AA10, AA16, AB17, AB20 y AB39 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, figs. 16, 20 y 24; Castiella y Sesma, 1988-89, 387, fig. 3, 1-2 y 389, fig. 6, 8-11), así como en las tumbas 10 y 16 excavadas por Maluquer en 1960, junto a

otros conjuntos descontextualizados (Castiella, 2005b, 197-199, figs. 111-112). Se han documentado dos modelos de lanza, ambos con empuñadura tubular, uno de gran tamaño en la sepultura AA 16 (fig. 9, 7) y otro de hoja mucho más corta, aparecido en la tumba AB39 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 404, figs. 16 y 24) (fig. 9, 8). También aparecen posibles restos de *pilum* o *soliferrum* en algún enterramiento, como sería el caso de la sepultura AA16 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 404). En cuanto a la presencia de conteras, las más comunes remiten a piezas cortas con terminación roma (Castiella y Sesma, 1988-89, 389, fig. 6, 8-11) (fig. 9, 11-14).

Las revisiones posteriores han permitido añadir varias puntas de lanza, una de la tumba AA16 y otra más de la sepultura 10, excavada en 1960 (Castiella, 2005b, 197, fig. 111) (fig. 9, 9-10). Una serie de vástagos de gran desarrollo cilíndrico que han sido considerados como jabalinas (Castiella, 2005b, 198, fig. 112), posteriormente se han identificado como posibles regatones o parte de algún tipo de instrumento ritual (Faro, 2015, 92, fig. 95) (fig. 9, 15-20). La única punta de flecha procedente de la Atalaya es un ejemplar de largo pedúnculo y aletas poco desarrolladas inspirado en modelos del Bronce final de larga perduración (Castiella y Sesma, 1988-89, 389, fig. 4, 1) (fig. 9, 6).

Las puntas de lanza, jabalina y sus complementos, las conteras, han sido sistematizadas por Quesada que las denomina "armas ofensivas con asta", diferenciando en función del tamaño de su punta, su pertenencia a una lanza o a una jabalina, por lo que llega a distinguir hasta 17 tipos cuyos hallazgos se reparten entre la meseta norte y la costa mediterránea, con una amplia cronología, desde el siglo VI hasta el cambio de era (Quesada, 1997, 307 y 399-404, figs. 244-246).

En cuanto a la presencia de armas de asta en las necrópolis del Ebro medio, las hay en el Cabezo de Ballesteros donde aparecen puntas de lanza y regatones con empuñadura de tubo, así como un *soliferrum* (Pérez, 1990, 117, fig. 8), en el Castillo de Castejón, donde son numerosos los hallazgos de puntas de lanza con empuñadura de tubo y regatones de hierro, que forman parte de panoplias de guerrero o que aparecen de forma exclusiva en algunas sepulturas, donde también se cuenta con la presencia de *soliferrum* (Faro y Unzu, 2006, 160, fig. 17). Hay abundantes paralelos de este tipo de piezas en las necrópolis del Alto Ebro, como La Hoya, Miraveche o La Cascajera, donde se fechan entre los siglos V y III a.C. (Llanos, 1990, 145-146, fig. 2). En cambio, en la necrópolis del Castejón de Arguedas y la Torraza no aparecen lanzas (Castiella y Bienes, 2002, 207; Maluquer, 1957, 268), lo que nos permite proponer que nos encontraríamos ante un grupo social entre cuyos miembros parece que la conflictividad armada tuvo un menor protagonismo.

3.1.2.2.2. Los cuchillos

Los cuchillos han sido considerados en repetidas ocasiones como parte de la panoplia de un guerrero (Castiella y Sesma, 1988-89, 393). Nosotros preferimos clasificar a los cuchillos de perfil afalcado de la Atalaya como parte del instru-

mental cotidiano o bien del ritual, tal y como plantea J. A. Faro en su estudio de la necrópolis del Castillo de Castejón, en el que relaciona estas piezas con el banquete funerario, o bien con el sacrificio de animales y el consumo de carne (Faro, 2015, 44, fig. 34). La aparición de estas piezas en las tres fases de utilización de esta necrópolis confiere a los cuchillos un prolongado periodo de vigencia, desde la segunda mitad del siglo VI, hasta los inicios del siglo III a.C. (Faro, 2015, 46-48) (fig. 10).

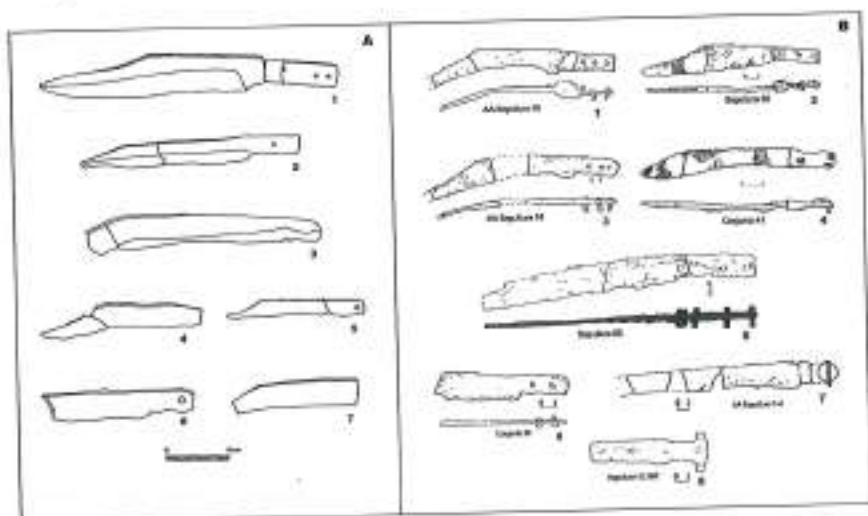


Figura 10. Tipología de los cuchillos recuperados en la Atalaya. A: ejemplares según Maluquer y Vázquez de Parga (1956). B: ejemplares documentados en la revisión de Castiella (2005).

La descontextualización de la mayoría de los cuchillos de la Atalaya impide conocer el número cierto de estos objetos. En estudios preliminares se ha planteado la existencia de un número mínimo de siete ejemplares, algunos con empuñadura de remaches para sujetar las cachas de madera (Castiella y Sesma, 1988-89, 393, fig. 7, 7 a 13). En posteriores revisiones se amplía su tipología y el número de cuchillos a ocho, dos de ellos afalcados, aparecidos en la sepultura AA 16 y otros dos de perfil recto y con empuñadura de diseño distinto al habitual de remaches (Castiella, 2005b, 195-196, fig. 110).

Por nuestra parte, comparando los tres estudios publicados (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 404; Castiella y Sesma, 1988, 393, fig. 7, 7-13 y Castiella, 2005b, 195-197, fig. 110), consideramos que en la Atalaya hubo un número mínimo de diez cuchillos, en su mayoría de perfil afalcado (fig. 10).

Se trata de piezas fabricadas en hierro, habituales en muchas de las necrópolis del Hierro I de la cuenca del Ebro. La aparición de estas piezas en las tres fases de la necrópolis del Castillo de Castejón, confiere a los cuchillos un periodo que

va desde la segunda mitad del siglo VI hasta los inicios del siglo III a.C. Estos cuchillos son muy distintos a los ejemplares procedentes del mediterráneo o de Europa central y aparecen también en necrópolis del Hierro del sur de Francia, en Aquitania y en el Languedoc, lo que sugiere para ellos un origen peninsular (Faro, 2015, 45-46).

Si nos centramos en el entorno de la depresión del Ebro, aparecen cuchillos de tipología similar, además de en la necrópolis del Castillo de Castejón, en la sepultura 13 de la necrópolis de la Torraza en Valtierra (Maluquer, 1957, 28), o en varias sepulturas del cabezo Ballesteros de Épila (Pérez Casas, 1990, 117, fig. 8, 56). Más cuchillos de perfil afalcatado se documentan en la necrópolis celtibérica de la Umbra de Daroca (Aranda, 1990, 107), y también más al oriente, como en el cementerio del Hierro I de Azaila (Beltrán Lloris, 2013, fig. 150).

3.1.2.2.3. Adornos y complementos de la vestimenta

A) *Broches de cinturón*

Los broches de cinturón son una de las piezas del ajuar metálico más abundantes en la Atalaya donde hay más de una cincuentena en diferentes estados de conservación. Hasta la fecha no se ha llevado a cabo su estudio tipológico, ya que la dispersión de la información resulta un grave inconveniente. En un primer trabajo ya se advierte gran variedad formal, con ejemplares de placa cuadrangular y un garfio, con escotaduras bien abiertas o cerradas y de entre uno y tres garfios (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 25-28, figs. 10-11) (fig. 11A). La posterior revisión incluye los materiales procedentes de la excavación de Maluquer de 1960

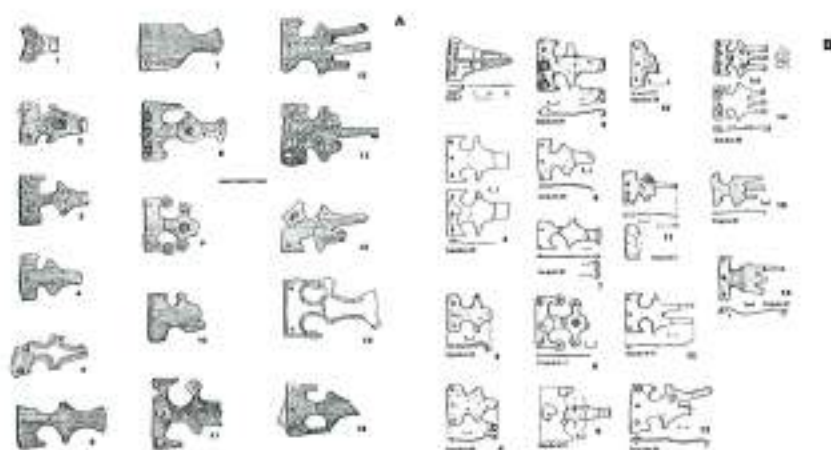


Figura 11. A. Tipología de broches de cinturón recuperados en la Atalaya según Maluquer y Vázquez (1956), modificada por Royo (2022). B. Tipología de broches de cinturón de la Atalaya revisados por Castiella (2005), modificada por Royo (2022).

que subraya esas primeras apreciaciones (Castiella, 2005 b, 175-183, figs. 93-99) (fig. 11B). Nosotros hemos intentado sistematizar los broches a partir de la información gráfica disponible, de manera que se ofrece por vez primera una visión de conjunto (figs. 11 A-B).

Ante la falta de un contexto arqueológico para muchos de los broches de la Atalaya, hemos planteado una ordenación morfológica basada en el tipo de placa, en la existencia de escotaduras o apéndices, si son abiertas o cerradas y en el número de garfios, junto a otros elementos como el tipo de sujeción al cinturón, con pestañas o pasadores y la decoración.

A partir de las tipologías más utilizadas en el cuadrante nororiental de la península ibérica (Cerdeño, 1978, 282-283, figs. 5-13; Argente *et al.*, 2000, 100-111, fig. 47; Lorrio, 2005, 214-222., figs. 89-92; Faro, 2015a, 915-935, fig. 584; Graells y Lorrio, 2017, 33-34, fig. 4), Royo ha planteado una clasificación formal adaptada a los broches del Hierro I del área geográfica en la que nos movemos (Royo, 2021, 9-10, fig. 2; 2022, 287-288 y 293-295, fig. 6) que se resume en los siguientes tipos:

1. GRUPO A. Broches de cinturón sin escotaduras y un garfio:
 - A.1. De placa cuadrada o rectangular:
 - A.1.1. De placa cuadrada o cuadrangular.
 - A.1.2. De placa rectangular.
 - A.2. De placa triangular:
 - A.2.1. De placa triangular sin apéndices.
 - A.2.2. De placa triangular con apéndices.
 - A.2.3. De placa triangular con talón incipiente.
 - A.3. De placa discoidal.
 - A.4. De placa ovalada.
 - A.5. De placa con contorno lobulado.
2. GRUPO B. Broches con escotaduras laterales:
 - B.1. Con escotaduras laterales abiertas:
 - B.1.1. De talón rectangular.
 - B.1.2. De talón rectangular con apéndices apuntados:
 - B.1.2.1: un garfio; B.1.2.2: dos garfios; B.1.2.3: tres garfios.
 - B.1.3. De talón y placa con apéndices discoidales:
 - B.1.3.1: un garfio; B.1.3.2: dos garfios; B.1.3.3: tres garfios.
 - B.2. Con escotaduras laterales cerradas:
 - B.2.1. De talón y placa sin apéndices laterales.
 - B.2.2. De talón y placa con apéndices laterales discoidales:
 - B.2.2.1: un garfio; B.2.2.2: dos garfios; B.2.2.3: tres garfios.
 - B.2.3. De doble escotadura (cuatro y seis garfios):
 - B.2.3.1: cuatro garfios; B.2.3.2: seis garfios.

Los broches de cinturón en la necrópolis de la Atalaya se pueden sistematizar de la siguiente forma (fig. 12):

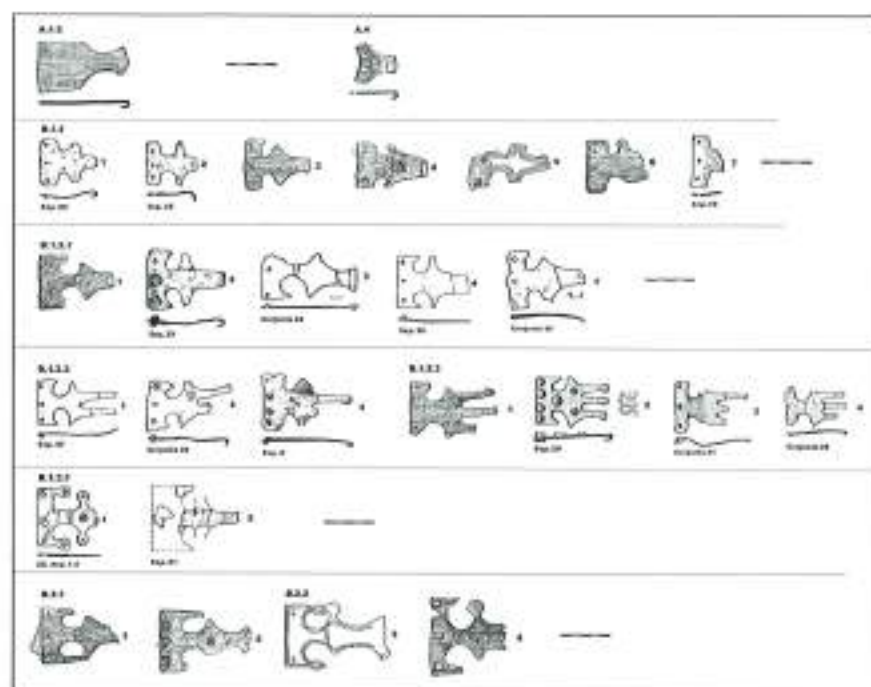


Figura 12. Propuesta de nueva tipología de los broches de cinturón de la Atalaya, a partir de la clasificación de Royo (2022).

- Broche de placa rectangular y garfio desarrollado, sin decoración (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 10), con paralelos lejanos decorados a molde en varias necrópolis de Soria y Guadalajara (Graells y Lorrio, 2017, 206-212, figs. 169-175). Tipo A. 1. 2 de Royo (fig. 12, A. 1.2).
- Fragmento de broche de placa ovalada y un garfio, con ornamentación incisa de surcos laterales y motivo central de círculos concéntricos. Sólo contamos con un ejemplar (Maluquer y Vázquez de Parga: 1956, fig. 10), con paralelos en broches con decoración incisa del tipo *Larnaud* del depósito de Llavorsí, fechados en el Bronce Final IIIB a partir de sus relaciones con la zona alpina (Gallart, 1991, 43-54, láms. XI-XIII). Tipo A. 4 de Royo (fig. 12, A. 4).
- Broche de talón rectangular, escotaduras abiertas, placa romboidal y un solo garfio. Es uno de los modelos más comunes en esta necrópolis (Castiella, 2005b, 177, fig. 94), así como en el Castejón de Arguedas (Castiella y Bienes, 2002, 155, fig. 197) y en el Castillo de Castejón, cuyos ejemplares aparecen

decorados con líneas incisas y puntos troquelados (Faro, 2002, 212-213, nº catálogo 2. 44 y 2. 48). Presente en las necrópolis del Cabezo Ballesteros (Pérez, 1988, 85) y de la Umbría (Aranda, 1990, 108, fig. 5, 4.), es muy común en necrópolis meseteñas, en la costa mediterránea y en el sur de la península ibérica. Se ha emparentado con el tipo Acebuchal, con una datación entre el 600 y el 525 a.C. (Graells y Lorrio, 2017, 47-64, fig. 52B). Tipo B. 1. 1 de Royo (fig. 12, 1-4).

- Broche de talón rectangular con extremos o apéndices apuntados, placa central romboidal, escotaduras abiertas y un solo garfio. Representa una evolución formal del tipo anterior, con pocos casos ornamentados (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, figs. 10-11; Castiella, 2005b, 179, fig. 95). Este modelo de broche aparece en el Castillo de Castejón (Faro, 2002, 212, nº catálogo 2. 45), o en la necrópolis celtibérica de Clarés (Graells y Lorrio, 2017, fig. 76). Entre los ejemplares decorados a molde de la Edad del Hierro, este tipo representa la fase más tardía, fechada entre el 550 y el 500 a.C. (Graells y Lorrio, 2017, fig. 52B). Tipo B. 1. 2. 1 (fig. 12, 1-5).
- Broche de talón rectangular con extremos o apéndices apuntados, placa central romboidal, escotaduras abiertas y dos o tres garfios que pueden presentar decoración en forma de botones semiesféricos (Castiella, 2005, 180-182, figs. 97-98). En el ejemplar de la tumba AB58, también aparece su placa hembra de tipología serpentiforme (Castiella, 2005, 181, fig. 98). Este tipo suele estar en el sur peninsular, como en el caso de la necrópolis de les Casetes, o en otros ejemplos de la provincia de Jaén (Graells y Lorrio, 2017, 218-219, figs. 184 y 186). Tipos B. 1. 2. 2, fig. , 1-4), y B. 1. 2. 3 de Royo (fig. 12, 1-3 y 1-4).
- Broche de talón rectangular y placa central romboidal con apéndices discoidales, escotaduras laterales abiertas y uno o dos garfios, con decoración de círculos concéntricos (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 10). El único ejemplar de este tipo procede de la sepultura AA, donde aparece junto a un torques de apéndices engrosados (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 13). Es un modelo bastante atípico en las necrópolis celtibéricas, donde los apéndices discoidales forman parte del cierre de las escotaduras (Lorrio: 1997, fig. 91). Este tipo sí aparece documentado en el Castillo de Castejón (Faro, 2015a, fig. 584). Tipo B. 1. 3. 1 de Royo (fig. 12, 1-2).
- Broche de talón rectangular, placa central romboidal, escotaduras laterales cerradas y con un solo garfio, puede presentar decoración de círculos concéntricos en el centro de la placa y en el talón (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 10 y 19, AB15). El paralelo más cercano de este tipo lo encontramos en broches procedentes de la sepultura 19 del Castejón de Arguedas (Castiella y Bienes, 2002, fig. 194). Tipo B. 2. 1 de Royo (fig. 12, 1-2).
- Broche de talón rectangular, placa central romboidal, escotaduras laterales cerradas y apéndices discoidales, con dos o tres garfios (tipos B. 2. 2. 2 y B. 2. 2. 3). Puede mostrar decoración incisa en el contorno de la pieza y cuenta con

numerosos paralelos en el valle medio del Ebro, donde aparece en las necrópolis del Castillo y de la Umbría, además de ser un tipo frecuente en otros cementerios celtibéricos (Cerdeño, 1978, fig. 11, 4-9). Tipo B. 2. 2 de Royo (fig. 12, 3-4).

Por el momento, la Atalaya cuenta con el mayor número de broches y la tipología más amplia de las necrópolis protohistóricas del valle medio del Ebro. Más de medio centenar entre piezas completas y fragmentadas abarcan la práctica totalidad de los modelos conocidos en este área geográfica y en el extremo nororiental de la celtiberia. Los tipos A. 1. 2., A. 2. 3. y A. 4 representan las primeras producciones constatadas en esta necrópolis y posiblemente deban emparentarse con una serie de "prototipos" localizados en algunos yacimientos del Ebro como por ejemplo Corral de Mola, Castillo de Castejón, o Burrén y Burrena entre otros (Royo, 2022, 312-313, fig. 22). Estos modelos arcaicos, de tradición o influencia europea, pudieron ser objeto de intercambio, como el tipo A. 4, cuya presencia debería datarse en la primera mitad del siglo VII a.C., pero en algunos casos hay que considerar su fabricación como autóctona, con seguridad en el caso de los tipos A. 2. 3 y A. 4, siguiendo una tipología ya definida por el ejemplar del Corral de Mola (Royo, 2017, 129, fig. 55), o por el molde encontrado en el cercano poblado del Morredón de Fréscano (Aranda *et al.*, 2020, 145, fig. 5).

La asociación de varios de los tipos de broches con fibulas navarro-aquitanas o con torques de tampones permite una mejor contextualización, lo que unido a la presencia de algún ejemplar del tipo B. 1. 1 junto a la tapadera a torno para urna de orejetas perforadas (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 22), nos sitúa en contextos cercanos al Hierro II, en la segunda mitad del siglo V a.C. Estos datos permiten plantear un periodo de presencia de los broches de cinturón en la Atalaya de al menos 300 años.

La presencia de abundantes restos de láminas metálicas decoradas pertenecientes al recubrimiento o guarnición de la parte orgánica del cinturón, se constata en un alto número de tumbas que podemos ejemplificar en el caso del ajuar de la sepultura AB27, donde restos de guarnición se asocian a un broche del tipo B. 1. 1 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 22).

En la actualidad podemos señalar la presencia de dos corrientes relativas al origen y fabricación de los broches de cinturón de la península ibérica. Por un lado, se plantean precedentes mediterráneos, posiblemente griegos que llegarían al sur peninsular a partir de las importaciones jonias y focenses, representados por los broches antiguos realizados en Andalucía, en la Joya, Acebuchal o Peña Negra. Desde allí y a través del comercio colonial, se establecerían nuevos centros de producción en el noreste, en el Golfo de León, desde donde se extendería su uso por el valle del Ebro y la meseta norte (Jiménez Ávila, 2003, 44-45, fig. 3). Por otro lado, sin excluir la importancia del foco griego y la influencia mediterránea en el área catalana y el golfo de León, en los últimos años se reafirma la importancia de las relaciones comerciales entre la península itálica y el nordeste ibérico, constatadas

por la presencia de broches tipo Fleury en algunas de las necrópolis de la zona en fechas por encima del siglo VII a. C. (Graells, 2013; 2014, 265, fig. 34; Graells y Lorrio, 2017, 65-72).

No obstante, vemos un nítido desfase entre los ejemplares documentados en el área catalana y golfo de León, respecto al sector occidental del Ebro medio, donde el número se reduce drásticamente, salvo en algunas necrópolis protohistóricas como la Atalaya, el Castejón de Arguedas o el Castillo de Castejón y el cabezo Ballesteros (Royo, 2022, 287).

B) *Fibulas*

Las fibulas en la Atalaya son frecuentes, la cremación ha alterado profundamente la mayoría de ellas, dejando solamente el puente y el pie, pues en casi todos los casos la aguja y el resorte han desaparecido (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 405). En el primer trabajo sobre esta necrópolis ya se planteó una agrupación tipológica, distinguiéndose los siguientes casos fabricados tanto en bronce como en hierro (fig. 13, A-B):

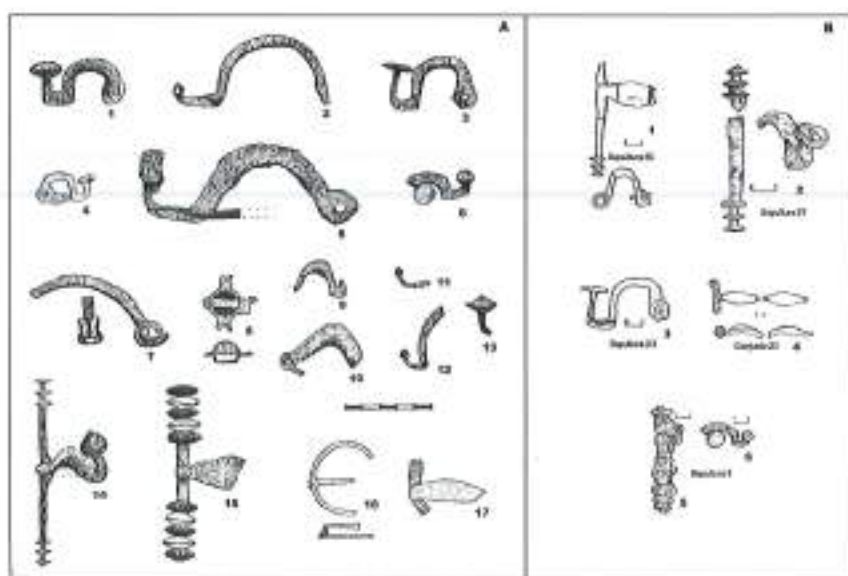


Figura 13. Principales tipos de fibulas de la necrópolis de la Atalaya. A: tipología de Maluquer y Vázquez (1956). B: tipos documentados por Castiella en su revisión (2005). Imágenes modificadas y reordenadas por Royo (2022).

- Tipo A (fig. 13, A, 2 y 11-12). Se define como una fibula "de bronce o hierro, de gran desarrollo, pie breve con su extremo iniciando un codo, terminado con

un botoncito puntiagudo" (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 405, fig. 8, 2). Este tipo es característico del Golfo de León, valle del Ebro y norte de la meseta. Se corresponde con el tipo 7B de Argente, fechado entre el 550 y 450 a.C. (Argente, 1994, 78-83). En la revisión de Castiella se señala la presencia de una posible fibula de bucle en el conjunto 23 que nosotros consideramos que es un ejemplar de pie vuelto del tipo 7A de Argente, de las denominadas Acebuchal (Castiella, 2005b, 183, fig. 100, 1).

- Tipo B (fig. 13, A, 1 y 3-6) y (fig. 13, B, 3). Queda definido como "fibulas de pie acodado en ángulo recto terminado con un botón desarrollado (...). El tipo de botón es distinto en los seis ejemplares conservados. Puede ser bien de tipo plano-convexo, más o menos abultado, bien cuadrado, hemisférico o turriforme" (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 405, fig. 8, nº 1 y 3-6). Es otra variante del tipo 7 de Argente, en este caso sería el 7C, característico por la prolongación y mayor desarrollo del botón terminal (Argente, 1994, 80, fig. 8, C). En la revisión del material de la Atalaya, solamente se añade una fibula de pie vuelto y botón aplastado de la sepultura 20 (Castiella, 2005b, 185, fig. 100, 6) que parece idéntica a otra de las publicadas por Maluquer y Vázquez de Parga (1956, fig. 8, 3).
- Tipo C (fig. 13, A, 16-17). Son las conocidas como fibulas anulares hispánicas de las que aparecen dos variantes: una de puente y aguja filiformes y enteramente de bronce y la otra de "puente ancho de hierro mientras el aro está formado por una espiral de bronce" (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 405-406, fig. 8, nº 7). Los ejemplares recuperados en la Atalaya, además de los revisados por Castiella (2005b, 185, fig. 100, 7), responden al tipo más sencillo de estas fibulas, clasificado en la tipología de Argente como 6A-B, presentes en la mayoría de las necrópolis celtibéricas y de la meseta entre los siglos VI y IV a.C. (Argente, 1994, 66-76).
- Tipo D (fig. 13, A, 14-15) y (fig. 13, B, 1-2 y 5). Uno de los modelos de fibulas más abundantes en la Atalaya es el denominado navarro-aquitano, caracterizado por "un grueso puente con pie breve rematado con grueso botón en forma de bulbo (...) el muelle originario ha sido sustituido por una larga varilla de sección cilíndrica decorada en sus extremos con discos biconvexos de hierro, bronce o alternando de bronce y hierro" (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 407-408, fig. 8, nº 9.10). Reconocido también este tipo por Castiella en las sepulturas 3, 27 y 55 (Castiella, 2005b, 183-185, fig. 100), se trata de una fibula que aparece asociada a las urnas y vasos de los tipos III y IV de Maluquer y Vázquez que representan la fase más avanzada del cementerio: Hierro I medio y Hierro I tardío (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 408). Es un modelo que aparece ligado a las necrópolis del medio y alto Ebro y es especialmente abundante en las primeras.

El repertorio de fibulas de la Atalaya es representativo del momento cronológico en el que el cementerio está en uso. La poca variabilidad de sus tipos es una ca-

racterística que hay que tener en cuenta y que cobra significado si la comparamos con otros conjuntos cementeriales coetáneos. No aparecen en el yacimiento los tipos más antiguos de fibulas, como las de doble resorte y las de codo. Tampoco encontramos modelos relacionados con los de tipología lateniense de la Iª Edad del Hierro. Las fibulas de pie vuelto y resorte bilateral (Tipo 7B-C de Argente) aportan información sobre un modelo ampliamente repartido por el valle medio y alto del Ebro y también por sus zonas limítrofes, sobre todo el área celtibérica de la meseta nororiental (Argente, 1994, 78, fig. 8). Está presente en la mayoría de las necrópolis navarras en abundancia, como en la necrópolis del Castejón de Arguedas, con un fuerte desarrollo del resorte bilateral y alternancia de bronce y hierro en su manufactura (Castiella y Bienes, 2002, 169-171, figs. 213-214). También son numerosas en la necrópolis del Castillo de Castejón, donde vuelven a aparecer pies vueltos rematados en disco, alguno de ellos decorado con círculos concéntricos (Faro, 2002, 210, n.º catálogo E. F. 46; Faro *et al.*, 2002-2003, 72). El estudio sobre las fibulas navarro-aquitanas del Castillo ha permitido su correcta adscripción tipocronológica, pues la mayor parte de los ejemplares contextualizados aparece en los túmulos de la Fase I de la necrópolis, fechada entre la segunda mitad del siglo VI y la primera del V a.C. (Faro, 2018, 112, fig. 19).

Por lo que se refiere a otros yacimientos del valle medio del Ebro, encontramos fibulas de este tipo en necrópolis como Azaila (Beltrán, 1976, 61, fig. 28, 3017-3019), cabezo de Ballesteros, así como en las fases más antiguas de algunas necrópolis celtibéricas, como La Umbría (Aranda, 1990, 108, fig. 5, 3) o Griegos (Cerdeño y Chordá, 2004, 164, fig. 1). Tampoco hay que olvidar el ejemplar de fibula de pie vuelto con disco terminal y resorte bilateral del Corral de Mola (Royo, 2017, 97-98, fig. 39, n.º 211).

Hubo intensidad en las relaciones del área occidental del valle medio del Ebro con las regiones francesas de Aquitania y parte de Languedoc, posiblemente desde los inicios de la Edad del Hierro y con seguridad se reforzaron en sus momentos más avanzados, a partir del siglo VI a. C. (Torres-Martínez, 2013, 265). Esta relación queda probada por la distribución de las fibulas de pie vuelto y resorte bilateral, y especialmente por las navarro-aquitanas, que aparecen con profusión a partir del siglo VI a. C. en las necrópolis tumulares de Aquitania y Altos Pirineos, extendiéndose después hasta la cuenca del Garona con los tipos 3221, 3222 y 3223 de Mohen (1976a y b). Los trabajos específicos de revisión sobre las fibulas de estas regiones (Constantin, 2014; Constantin y Chordá, 2014, 223, fig. 2) demuestran las relaciones culturales y materiales entre ambos lados del Pirineo, hasta el punto de conformar una auténtica *koiné* o facies pirenaica (Royo, 2017, 135-136, fig. 58; Constantin, 2019, 8, fig. 1).

C) Torques

Entre los ajueres metálicos de la Atalaya, destaca la presencia de varios torques realizados en hierro y que Maluquer y Vázquez de Parga clasificaron en dos

tipos. El primero es el "constituido por una varilla de sección cilíndrica lisa o con protuberancias equidistantes, rematada en bolas o en botones aplastados", tal y como se documentó en las sepulturas AA 1, AB 15 y AB 35 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 415, figs. 13, 19 y 23) (fig. 14, 1-7). El segundo tipo, sin contexto estratigráfico, pertenece a un ejemplar compuesto por "una varilla de sección cuadrada cuyo remate desconocemos, pero que representa el mismo tipo de los torques de oro del noroeste peninsular" (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 415, fig. 12) (fig. 14, 8). Castiella al revisar los ajuares de esta necrópolis, señala nuevos ejemplares procedentes de la excavación inédita de Maluquer de 1960 y que se adscriben a las sepulturas nº 30, 57, 60 y 61, además de otro fragmento del conjunto 8 (Castiella, 2005b, 187, fig. 102); en otro trabajo sobre los torques navarros, reúne todos los ejemplares conocidos de la Atalaya (Castiella, 2008, 895 y 897-898, figs. 2-3) (fig. 14, 1, 2, 4 y 9).

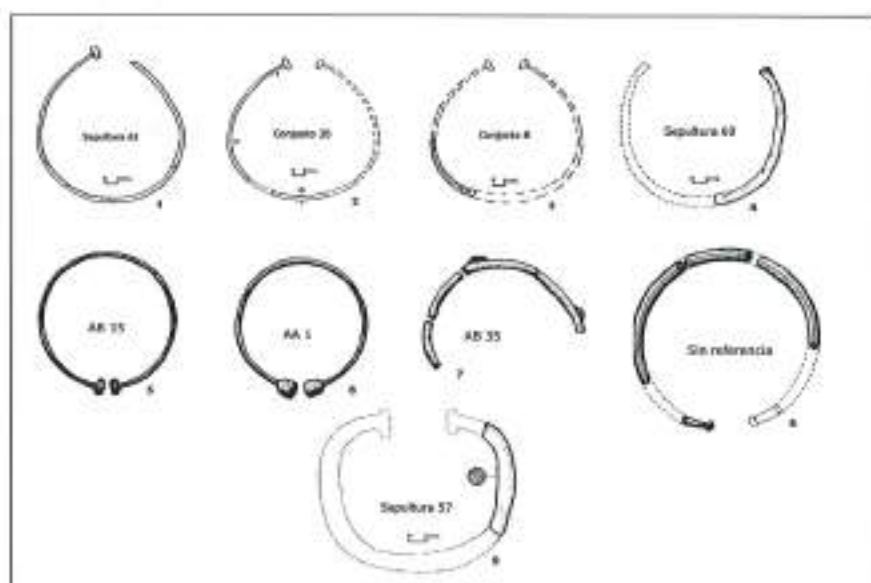


Figura 14. Diversos ejemplares de torques de la Atalaya, según Royo (2022), a partir de los trabajos de Maluquer y Vázquez, Castiella y Sesma.

Las piezas de la Atalaya tienen paralelos en las principales necrópolis navarras, en la Torraza de Valtierra, el Castejón de Arguedas o El Castillo de Castejón, junto a otros hallazgos relacionados con el mundo funerario, como en La Ra en Arroniz, o con piezas navarras aisladas como la de Murillo el Fruto o zaragozanas como la de Ejea de los Caballeros (Castiella, 2007-2008, fig. 1). En Corral de Mola, existen dos ejemplares, el más sencillo de vástago filiforme y engrosamientos terminales,

procedente del túmulo 1 (Royo, 2017, fig. 10). El otro, de decoración estriada transversal en el vástago y tampones terminales, carece de contexto arqueológico (Royo, 2017, 98, fig.40). Castiella los agrupa a partir del vástago en cuatro tipos: lisos, de torsión o sogueados, de estrías longitudinales o transversales, todos ellos terminados en bolas, engrosamientos o tampones (Castiella, 2007-2008, 903, fig. 10).

Las necrópolis navarras aportan torques con notables diferencias tipológicas. En la Atalaya destacan los cinco o seis ejemplares de vástago liso, realizados en bronce y hierro, siempre con secciones del vástago muy finas, con engrosamientos terminales variados, desde tampones, a bolas más o menos desarrolladas, (Castiella, 2007-2008, 897-898, figs. 2-3). En cambio, en el Castejón de Arguedas encontramos hasta diez ejemplares exclusivamente realizados en bronce con una morfología más variada: vástagos lisos, sogueados y estriados; destacan los recuperados en las sepulturas 2 y 10, con vástago liso y sección muy adelgazada, o en la sepultura 35, estriado y de mayor diámetro (Castiella y Bienes, 2002, 179-180, figs. 224, 226-227). Salvo el torques estriado, el resto de piezas se encuentran fragmentadas, como en La Atalaya, en muchos casos con rotura intencionada y posiblemente relacionada con un ritual de amortización similar al de las espadas (Castiella, 2002, 186). En el Castillo de Castejón, aparecen varios ejemplares completos identificados con los tipos de vástago liso, o decorado con incisiones o con estrías transversales, todos ellos con tampones terminales (Faro, 2002, 214, nº catálogo E. F. 46, 74 y 103; Faro *et al.*, 2002-2003, 73-74). En cuanto a la necrópolis de La Torraza (Maluquer, 1957), la revisión ha proporcionado dos piezas muy fragmentadas y deterioradas por la acción del calor que parecen corresponder a ejemplares de vástagos lisos y posibles terminaciones engrosadas (Castiella, 2007-2008, 902, fig. 9).

Castiella ha señalado la concentración de torques en el área navarra y extremo oeste de la provincia de Zaragoza, muy frecuentes en sepulturas femeninas, resaltando sus similitudes formales con torques franceses de Aquitania y Languedoc fechados entre el 725 y el 450 a.C. y la escasez de torques de bronce o hierro en el resto de la península ibérica durante el Hierro I (Castiella y Bienes, 2002, 185; Castiella, 2007-2008, 905-906). Refuerza esta idea su presencia en las necrópolis de incineración del alto Ebro (Llanos, 1990, 140-144, fig. 5).

No obstante, hay varios ejemplares de torques bronceos del Hierro I en la cuenca oriental del Ebro y costa mediterránea, como en la necrópolis de El Cabo de Andorra, con torques de bronce de vástago cilíndrico y sin decoración que se han relacionado con otros ejemplares procedentes de las necrópolis de Pedrós, Coll del Moro o La Tosseta, todos ellos con vástagos lisos, extremos vueltos sobre sí, fechados entre los siglos VII-VI a.C. (Benavente *et al.*, 2015, 98). De interés es el hallazgo de un torques de bronce en la necrópolis de Milmanda, con vástago de sección circular, sin decoración y extremos engrosados, pieza que puede asimilarse a las de la necrópolis de La Pedrera de Vallfogona de Balaguer, todo ello en

un contexto cronológico de primera mitad del siglo VI a. C. (Graells, 2008b, 76 y 121-122, fig. 48, NM76).

También citaremos los torques de la necrópolis tarraconense de El Calvari, con dos tipos, el de vástago liso y el de torsión, en ambos casos con los extremos vueltos sobre sí. Aunque sólo aparecen en las sepulturas 24, 61 y 65, coinciden con los enterramientos más ricos, con asociación de torques, fibula de doble resorte y brazaletes abiertos de sección acintada, fechados entre el 800 y 600 a. C. (Castro, 1994, 106, 108 y 112, láms. VI-4, VI-7 y VI-8). Dicha asociación de piezas y riqueza se ha relacionado con una *"polarización social basada en la adscripción social en el seno del grupo con mayor acceso a los ajuares metálicos de bronce"* que en este caso sería de hombres adultos dominantes (Castro, 1994, 113).

En la necrópolis paleoibérica de Mas de Mussols, en el Bajo Ebro, fechada entre el 580 y el 530 a.C. (Maluquer, 1987, 104), también aparecen varios torques de vástago liso y otro torso, en todos casos terminados en engrosamiento o bolas (Maluquer, 1987, 81-83, figs. 20-21). En la necrópolis de Can Bech de Baix de Agullana, existen dos fragmentos de torques de vástago liso y extremo en bola, procedentes del enterramiento nº 9, vinculados en su día con el conjunto de Mailhac II (Palol, 1958, 28 y 215, fig. 10). Muchos de los ejemplos catalanes de vástagos de torsión y extremos vueltos sobre sí, podrían emparentarse con producciones de origen ligur, como apuntan su dispersión por el Golfo de León y la presencia de siete torques picenos depositados en el Museo de Vic (Graells, 2011, 253-254, láms. 9-12).

En Aquitania, contamos con ejemplos de torques de vástago estriado y tampones terminales en la necrópolis de Avezac-Prat, en el túmulo G de Mios en Pujaut y en la región de Mont-de-Marsan en las Landas (Castiella y Bienes, 2002, 185). Otros autores (Constantin, 2014) han planteado que los ejemplares de la necrópolis de Pujaut (Gironde) y del túmulo de Pau (Pirineos Atlánticos), asociados con fibulas de resorte bilateral y discos, pueden fecharse entre el 520-450 a.C. (Constantin, 2014, 141, fig. 5 y 16, 2-4). En cuanto a los torques de vástago liso y extremos engrosados o con tampones, destacamos el ejemplar de Truc de Bourdiou, para el que se propone una cronología de 640-600 a.C., por lo que estaríamos ante uno de los torques más antiguos de la Edad del Hierro en Francia. Por el contrario, otros ejemplares del museo de Mont-de-Marsan y de otras áreas cercanas, evidencian un cambio de material al final del Hierro I, sustituyéndose en los ajuares funerarios los torques féreos por los bronceos, datándose en el sur de Francia a mediados del siglo VI a. C. (Constantin, 2014, 140-141, fig. 5 y 15). A partir de las similitudes entre los torques de Aquitania y del sector occidental del Ebro medio, coincidente con nuestro Grupo I de necrópolis (Royo, 2017, 69, fig. 1) y las diferencias con los torques de Languedoc y Cataluña, se evidencian dos comportamientos culturales distintos (Constantin, 2014, 157), como ya hemos visto con las fibulas, los broches de cinturón y los brazaletes (Royo, 2017, 137-140).

en las necrópolis navarras del Ebro, así como en las Cinco Villas y valle del Jalón. En la Torraza de Valtierra aparecen muy destruidos por las cremaciones, aunque en el enterramiento nº 12 se documentaron varias agrupaciones de brazaletes ovalados abiertos en grupos de entre 10 y 20 ejemplares (Maluquer, 1957, 255, fig. 7), un depósito bastante importante de este tipo de pulseras, que también hemos documentado en Corral de Mola, donde aparecen en gran cantidad en su túmulo 1 (Royo, 2017, 79, figs. 12-17). En la necrópolis de Castejón de Arguedas también aparecen los brazaletes abiertos ovalados de sección aplastada y los de sección cuadrada y también las agrupaciones o los ejemplares soldados, por lo que el número de estos debió ser importante en algunas sepulturas a pesar de su fragmentación (Castiella y Bienes, 2002, 190-193, figs. 241-245). También aparecen en El Castillo de Castejón, destacando la presencia de agrupaciones de más de veinte ejemplares soldados, aunque también en cantidades menores o aislados, como en el caso del enterramiento 121 (Faro, 2002, 220). En el alto Ebro no se encuentran, aunque sí lo hacen con otros modelos más evolucionados, al menos en La Hoya y en Miraveche (Llanos, 1990, fig. 5).

Además hay restos de brazaletes abiertos y algún ejemplar completo en la necrópolis de Arroyo Vizcarra, asociados a incineraciones *in situ* dentro de los círculos de piedra (Royo, 1997a, 56). Siguiendo el eje del Ebro, encontramos este tipo de brazaletes en las necrópolis del Jalón, especialmente en el Barranco de la Peña de Urrea de Jalón y en el Cabezo Ballesteros de Épila, donde estas pulseras abiertas de sección aplastada o cuadrangular son habituales (Pérez, 1990, 115 y 117). En el curso bajo del río Huerva, en la fase III del poblado del Cabezo de la Cruz de La Muela, apareció en la excavación de la casa 6 un ejemplar completo de brazaletes abierto y sección aplastada (Picazo y Rodanés, 2009, 410-411, fig. 6).

En la Umbría de Daroca están asociados a broches de cinturón de uno y tres garfios, fibulas de pie vuelto de La Tène y de doble resorte evolucionadas (Aranda, 1990, 107-108, fig. 5). Por otra parte, no se han registrado en la necrópolis de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez, 2009, 410-411, fig. 179, 1-2), aunque sí tienen una presencia significativa en las necrópolis de Clarés o Valdenovillos, en las que aparecen con profusión los brazaletes simples o múltiples en un contexto cronológico anterior al de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez, 2009, 532-536, figs. II-9 y II-10) que parece marcar el límite del uso de estos ornamentos. En la necrópolis de Carratiernes aparecen en gran número las pulseras abiertas de sección rectangular, sencillas o múltiples, constatándose su presencia en 118 sepulturas con ajuares que remiten a la fase más antigua de esta necrópolis, de fines del siglo VI o inicios del V a. C. relacionadas con las necrópolis del Hierro I del valle medio del Ebro (Argente *et al.*, 2000, 120-123, fig. 51, 1-3). También destaca su presencia en Herrería III, donde se encuentran en sepulturas con o sin presencia de armamento, sirva como ejemplo la tumba 135, con presencia de un gran número de ejemplares soldados por la cremación (Cerdeño y Sagarroy, 2007, 93-94 y 130, fig. 215). Por último citaremos su hallazgo en la necrópolis del Cuarto de Griegos, como en la

sepultura nº 5, en la que aparecen simples y soldados entre sí en número superior a la veintena (Almagro Basch, 1942, 107, fig. 3). Posteriormente se ha documentado su presencia en la mayoría de las sepulturas (Chordá *et al.*, 2013-14, 233, figs. 8-9), con unas fechas entre los siglos VII y VI a. C. (Chordá *et al.*, 2013-14, 233-234).

En el valle del Ebro ya tienen atestiguada su presencia desde los inicios del Bronce final, como en el túmulo 14 de la necrópolis de los Castelletts II, donde se documentó un conjunto de diez brazaletes ovalados abiertos como ajuar de un individuo inhumado (Royo, 1994-96, 104, fig. 7), cuya datación radiocarbónica lo sitúa entre fines del siglo XIV y principios del siglo XIII cal. BC (Royo y Pérez, 2019, 68, fig. 15). También señalaremos otro brazalete abierto y de sección aplastada del túmulo nº 35, fechado en el 800/750 cal. BC (Royo, 1991, 123, fig. 2), hecho que podría señalar el inicio del gusto generalizado por este tipo de adornos en el valle del Ebro.

En Azalla, en el túmulo 96 hay ejemplares soldados en grupos de tres a cinco (Beltrán Llorís, 1976, 50, fig. 17, 3513). En el Segre-Cinca y el Bajo Aragón, aparecen en la Pedrera, Roques de Sant Formatge, Coll del Moro o Fila de la Muela (Ruiz Zapatero, 1985, 965-967). Destaca el caso de la necrópolis del Cabo (Andorra, Teruel), donde coexisten dos tipos, el abierto con sección aplastada o cilíndrica, fechados entre fines del siglo VII y el primer cuarto del siglo VI a.C. (Benavente *et al.*, 2015, 88-95). De la primera mitad del siglo V a.C. serían los ejemplares abiertos aparecidos en el poblado del Cabo, a caballo entre el Ibérico antiguo y medio del Bajo Aragón (Benavente y Galve, 2000, 35 y 39).

La aparición de brazaletes abiertos también está atestiguada en las necrópolis catalanas de incineración del Bajo Ebro, destacando la de Milmanda (Graells, 2008b, 73-89) y la de Santa Madrona, con brazaletes lisos o con decoración en los laterales (Belarte y Noguera, 2007, 50-52, figs. 69-73). Los paralelos más notables los encontramos en la necrópolis paleoibérica de Mas de Mussols -Tortosa, Tarragona-, donde hay un grupo de brazaletes abiertos muy variados, desde los de sección cilíndrica, a los de sección aplastada o los terminados en bolas o botones, fechados a lo largo del siglo VI a. C. (Maluquer, 1987, 84-85 y 104, fig. 22). Es en la necrópolis de El Calvari, donde la presencia de los brazaletes abiertos y sección aplastada, ya sean simples o soldados, alcanza su máxima expresión (Castro, 1994, 112-113, láms. VI-7 y VI-8).

La difusión de este tipo de aderezos hacia el Alto Maestrazgo, queda patente en la necrópolis de Sant Joaquin de la Menarella (Forcall, Castellón), con influencias del Bajo Aragón y Bajo Ebro, entre finales del siglo VII y la segunda mitad del VI a. C. (Vizcaíno, 2010, 159-166, fig. 6.1). Estas influencias de los CC.UU. en toda la costa mediterránea, también se detectan en el sureste de la península ibérica (Lorrio, 2008), donde encontramos varias necrópolis con enterramientos de inhumación y ajuares en los que predominan los brazaletes abiertos, decorados o no con incisiones laterales y con secciones que van de las rectangulares a las

circulares (Lorrio, 2008, 255-258, figs. 151-153). Estos hallazgos se fechan entre los siglos VIII y VI a. C. (Lorrio, 2008, 247-248, fig. 147).

Estos brazaletes aparecen en diversos depósitos u ocultaciones, como el de Sant Aleix (Lleida) fechado entre el 900 y el 800 a. C. (Rovira y Casanovas, 1993, 77, fig. 7) y en el de Llavorsí (Gallart, 1991, 177-178 fig. 22, lám. XLII), ambos depósitos del Bronce Final. Su localización en los itinerarios vinculados a los pasos pirenaicos, permiten una conexión directa desde la cuenca del Ebro hacia el Garona.

En cuanto a las necrópolis situadas al norte de los Pirineos, tanto en el sureste como en el suroeste francés contamos con hallazgos de brazaletes abiertos en las necrópolis aquitanas y del Languedoc. Se encuentran en gran número en las colecciones antiguas del museo de Mont-de-Marsan, en el túmulo de Camí Salie de Pau, o en la sepultura 1 de Fourques-sur-Garonne (Constantin, 2014, 139, fig. 13, 9-10). También aparecen en otras necrópolis de los Altos Pirineos o en el área de Castres, como los recuperados en la sepultura 4 de Lesparre a Barbaste -Lot-et-Garonne (Constantin, 2014, 139, fig. 14, 1-6). La cronología de estas piezas es problemática, ya que sus principales tipos son herederos de la Edad del Bronce y perduran a lo largo de toda la Edad del Hierro en el sur de Francia, desde mediados del siglo VIII hasta el siglo V a.C. (Constantin, 2014, 138-139).

Algunos hallazgos pueden contextualizar las primeras producciones de estos brazaletes en el sudeste francés. En la necrópolis de Negabous fechada entre el Bronce Final IIIB y la Primera Edad del Hierro (Toledo, 2012, 246), en las sepulturas 105 y 183, aparecen varios brazaletes abiertos de varias secciones (Toledo: 2012, 246, fig. 3). También en el depósito fluvial de La Motte en Adge, fechado entre finales del siglo VIII a. C. y mediados del siglo VII a. C. (Verger *et al.*, 2007, 162-163), aparecen brazaletes ovalados y abiertos con decoración incisa en el costado (Verger *et al.*, 2007, 108-109, fig. 18, 1-4, 19). Teniendo en cuenta los citados precedentes y la simplificación de los tipos, estaríamos ante un modelo que a partir del siglo VII y durante el siglo VI a.C. se generaliza en todas las necrópolis de incineración del valle del Ebro, perdurando hasta los momentos finales del Hierro I e inicios del II en los ámbitos celibéricos de la meseta oriental y protoibérico.

E) *Los botones*

En la necrópolis de la Atalaya, los botones son tan solo dos ejemplares, uno semiesférico y el otro cónico (Castiella, 2005b, 192-193, fig. 107), una escasez propiciada por el sistema de recuperación de restos durante la intervención arqueológica (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 392). Por el contrario, son muy abundantes en otras necrópolis navarras (Castiella y Bienes, 2002, 190-196), especialmente en la Torraza de Valtierra donde se recuperaron varios centenares en contextos mal identificados, tanto de perfil cónico como semiesférico con travesaño (Maluquer, 1957, 265) (fig. 15, 17-18). En la necrópolis del Castejón de Arguedas, sólo aparecen los de tipo semiesférico en cinco de los ochenta y siete enterramientos tumulares, con trece ejemplares en el túmulo 22, cuatro y seis en los túmulos 38 y 52, uno en el enterramiento 3 del nivel D y cerca de dos centena-

res en el túmulo 19 (Castiella y Bienes, 2002, 69, fig. 107 y 195). También llama la atención la ausencia de botones hemisféricos en la necrópolis del Castillo de Castejón (Faro y Unzu, 2006, 161).

Los botones hemisféricos son muy comunes en otros yacimientos del valle medio del Ebro, especialmente en su sector occidental y en las Cinco Villas, especialmente en la necrópolis de Arroyo Vizcarra, a orillas del río Aragón, donde aparecen en cantidades más que significativas, destacando el enterramiento nº 1, con 30 ejemplares y el nº 2 con más de 40 piezas. La presencia de botones cónicos aumentan el número de este tipo de piezas hasta cerca del centenar (Royo, 1997a, 56; Royo y Fatás, 2017, 50, fig. 4). También aparecen botones semiesféricos en el Corral de Mola, donde se recuperaron tres ejemplares con travesaño en el túmulo 1 (Royo, 2017, 76, fig. 10). Del mismo modo, también se constata su presencia en las necrópolis del Jalón, como Cabezo Ballesteros donde aparecen botones cónicos y hemisféricos (Pérez, 1988, 83 y 85; Pérez, 1990, 117).

Como pieza funcional, se encuentra en los principales poblados del Hierro I del valle medio del Ebro, como en el Alto de la Cruz de Cortes, donde se documenta a lo largo de su dilatada estratigrafía, desde el poblado PIIIa (Maluquer, 1958, fig. 5), o bien en el poblado de el Morredón de Fréscano, con seis ejemplares semiesféricos con travesaño en un contexto arqueológico asimilable al PIIIb del Alto de la Cruz (Royo Guillén, 2005, 83, fig. 36). Otro ejemplar cónico con travesaño se recogió en el poblado de Burrén y Burrena, también en Fréscano (Aguilera y Royo, 1978, 28, lám. XI, 29).

Uno conjunto bien contextualizado es el localizado en la casa I del segundo poblado del Hierro I del Cabezo de la Cruz de La Muela, donde se recuperaron hasta diez ejemplares, ocho semiesféricos y dos cónicos, fechados entre los siglos VII-VI a.C., aunque podrían llegar hasta bien entrado el siglo V a.C. (Picazo y Rodanés, 2009, 409-410, fig. 3).

En el sector oriental del valle medio del Ebro aparecen en la necrópolis de los Castelletts II, donde existen desde el 800 a.C., coexistiendo los dos tipos, cónicos y semiesféricos, ambos con travesaño, como se ha constatado en los túmulos 24 y 24 bis (Royo, 1994-1996, 104). En cuanto al origen y posterior evolución de estos objetos, en la península ibérica los tipos más antiguos, los cónicos, deberían situarse entre el 850-800 a.C. El modelo semiesférico puede llegar hasta bien entrado el siglo V a.C. (Ruiz Zapatero, 1985, 974-975, fig. 281). Como en el caso de los brazaletes, el depósito fluvial de La Motte en Adge cuenta con una nutrida presencia de botones semiesféricos y en especial cónicos, en este caso posiblemente utilizados como elementos de guarnición de un cinturón (Verger *et al.*, 2007, 117-119, fig. 26, 1-7).

F) Los alfileres o agujas

La presencia de alfileres o agujas en la Atalaya, es escasa pero significativa. Se han identificado hasta cuatro modelos que hemos incluido en una nueva presentación (fig. 15, 7-16):

- F1. Agujas de bronce con cabeza de aro o anular (fig. 15, 11). Debido al proceso de cremación, sólo se conserva la anilla de la cabeza y el comienzo del arranque de la barra. En la Atalaya se encontraron varios ejemplares (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 408, fig. 9), destaca la sepultura AB 35, en la que se recuperaron dos ejemplares (Maluquer y Vázquez de Parga: 1956, fig. 23). El aro puede presentar una sección circular o biconvexa, apreciándose en estos casos que ha sido fundido en un molde bivalvo. Para los autores del estudio inicial, este tipo de aguja procede de una vieja tradición centroeuropea existente en los CC.UU., constatada en varios yacimientos del nordeste peninsular (Maluquer, 1945-46; Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 408). Más tarde, se mencionan dos agujas de cabeza anular, una desaparecida en la sepultura AB 26 y la cabeza de otro ejemplar en la sepultura 12 procedente de la campaña de 1960 (Castiella, 2005b, 190, fig. 5, nº 4). Aunque no aparecen en las necrópolis del Castillo, el Castejón, ni La Torraza, tenemos constancia de su presencia en el río Jalón, en el Cabezo Ballesteros donde aparecieron dos ejemplares en la sepultura nº 6, datada por radiocarbono a mediados del siglo V a.C. (Pérez, 1984, 120). También aparecen en varias necrópolis catalanas, como Can Misert o Els Vilars (Navarro, 1970, 21, fig. 2, nº 5-6 y fig. 3, nº 7). En la de Agullana, se sitúa en los momentos iniciales de la Edad del Hierro (Palol, 1958, 215-216, tabla XXI, nº 115 y 176), pudiendo relacionarse con los ejemplares de la necrópolis de Moulin en Mailhac situados en los momentos de transición del Bronce al Hierro I (Janin y Taffanel, 1998, 293-295, fig. 409).

La publicación de dos moldes de fundición para agujas de cabeza anular procedentes de los yacimientos de Las Valletas de Sena y de La Oruña (Aguilera, 1986, 144-145, figs. 1-2) contiene una revisión exhaustiva de este tipo de piezas. Desde sus orígenes en el Bronce medio centroeuropeo y su paso por el sur de Suiza y Norte de Italia, pudo convertirse en un fósil director de la facies Mailhaciense durante el Bronce final III, tanto en el sureste francés como en el área catalana (Aguilera, 1986, 148-150). En una fase avanzada del Hierro I llegaría al valle medio y alto del Ebro, perdurando en ajuares de necrópolis celtibéricas (Aguilera, 1986, 151-152).

- F2. Agujas con cabeza en forma de vaso. En la Atalaya se han documentado tres ejemplares, dos de ellos de bronce y el tercero con la cabeza de bronce y el vástago de hierro (fig. 15, 8 y 10, 12-14). Este tipo de agujas presenta dos variantes: una con cabeza pequeña y otra gruesa y abultada, al que pertenecen las piezas documentadas en esta necrópolis. Según sus descubridores, este tipo, contaría con una tradición antigua, siendo muy características del Hallstatt B centroeuropeo (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 410, fig. 9). En su estudio sobre los CC.UU. del noreste peninsular, Ruiz Zapatero vuelve a citar estos ejemplares, sin que incluya otros hallazgos en todo el valle del Ebro y señala que en el sureste de Francia aparecen en el Bronce final III (Ruiz Zapatero, 1985, 948, fig. 268), como es el caso de la necrópolis de Moulin en su tumba

53 o en la 348 (Janin y Taffanel, 1998, figs. 60 y 352). En el área de nuestro estudio, sólo aparecen dos ejemplares muy fragmentados en la necrópolis del Castillo de Castejón, en los túmulos 139 y 151, el primero se fecha entre la segunda mitad del siglo IV y el siglo III a.C. (Faro, 2015a, 1072-1073, figs. 824-825), lo que demostraría la perduración de estos alfileres hasta bien entrada la Segunda Edad del Hierro.

- F3. Agujas formadas por un vástago de hierro adornado en su tercio superior con discos también de hierro (fig. 15, 9 y 15-16). En general, aparecen mal conservadas y pueden confundirse con restos de fibulas de tipo navarroaquitano (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 9). Entre los ejemplares documentados, podemos señalar los aparecidos en las sepulturas AB 13, AB 26 y AB 48 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, figs. 18, 21 y 29). A estas piezas, habría que sumar la reconocida por Castiella entre los restos de las sepulturas AA 1-4 (Castiella, 2005b, 190, fig. 105, nº 6). Maluquer y Vázquez consideraron que este tipo podía constituir una pervivencia de las agujas de bronce con discos, emparentándolas con las aparecidas en yacimientos de CC.UU. de las cuencas del Saona y Ródano (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 410). La aparición de varios moldes de arenisca para fundir agujas de bronce, con bolas intercaladas o discos, descubiertos en el poblado P1a del Alto de la Cruz, confirman la fabricación local y su utilización al menos desde el siglo VI y todo el V a.C. (Maluquer, 1954, lám. XLIX; Maluquer, 1958, lám. XXIII). Este tipo de agujas no aparece en la necrópolis del Castejón, ni en la del Castillo, pero sí se conoce parte de la cabeza de un ejemplar hallado en las remociones previas de la Torraza (Maluquer, 1957, fig. 3). Por su parte, Ruiz Zapatero reconoce que se trata de un tipo de agujas poco conocido que puede corresponder a una fabricación local (Ruiz Zapatero, 1985, 948).
- F4. A estos tres tipos iniciales, identificados por Maluquer y Vázquez, habría que añadir otro tipo más, el de las agujas de cabeza enrollada (fig. 15, 7), del que sólo conocemos un ejemplar documentado en la revisión llevada a cabo por Castiella e incluido en el conjunto 32 (Castiella, 2005b, 190, fig. 105, nº 1). Aunque también se conocen restos de este tipo de aguja en el poblado P11b del Alto de la Cruz (Maluquer, 1954, lám. LXXVIII), lo cierto es que su mayor difusión se produce en el extremo oriental del valle del Ebro, en Cataluña, con presencia de varios ejemplares en los yacimientos de La Pedrera o Agullana (Navarro, 1970, 18, fig. 3). También se ha señalado su presencia en el Bronce Antiguo del sur de Alemania que evoluciona con los CC.UU., pasando al sur de Francia, donde es común en los yacimientos del Bronce Final IIB de la Facies mailhaciense, aunque también se documenta en el alto Ebro en contextos ya muy tardíos de contacto con la segunda Edad del Hierro (Ruiz Zapatero, 1985, 943-945, fig. 267, nº 1-4).

En un reciente trabajo, se han revisado los diferentes tipos de agujas en el valle del Ebro, en el que aparecen todos los ejemplares aquí expuestos. La acertada

clasificación tipológica y cronológica, la aportación de diferentes mapas sobre la difusión de cada tipo y la bibliografía completa sobre el tema, permiten comprobar el origen y su evolución en el área de estudio (Graells *et al.*, 2022, 242-247, figs. 13-15).

G) *Las pinzas*

Las pinzas de aseo personal o de depilar, también se han documentado en la Atalaya, aunque en el trabajo de Maluquer y Vázquez no se hace ninguna mención a ellas (fig. 15, 19). En la revisión de Castiella, aparecieron dos ejemplares procedentes del conjunto 10 y de la sepultura nº 11 de 1960 (Castiella, 2005b, 193-194, fig. 108, nº 1-2). También aparecen en las necrópolis del Castejón y del Castillo. En la primera, nos encontramos una pinza entre el ajuar del enterramiento nº 23, asociada a un broche de placa cuadrangular y un solo garfio (Castiella y Bienes, 2002, 197, fig. 250). En la segunda, apareció en la estructura funeraria tumular nº 130, correspondiente a la fase I de la necrópolis fechada entre fines del siglo VI y primera mitad del siglo V a.C. (Faro, 2015, 1149, fig. 953). Algunos autores han planteado que este tipo de piezas estaba asociado a tumbas de guerrero, como elementos de estatus (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009, 151-152). Aparecen tanto en el territorio vacceo, como en el celtibérico y las hay en sepulturas con armas, en enterramientos con restos de banquete funerario, e incluso en sepulturas femeninas de alto estatus social (Faro, 2015a, 1150), destacando su presencia arcaizante en la tumba G de la necrópolis de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009, 66, fig. 19). También se documenta en la necrópolis de la Umbría (Aranda, 1990, 108, fig. 5) y en otras celtibéricas como Carratiermes y Numancia (Faro, 2015a, 1150). En el sector oriental del valle del Ebro está en varias necrópolis, como Agullana (Puloi, 1958, fig. 10, 2), Milmanda (Graells, 2008b, 111-112, fig. 83) o Mas de Mussols (Maluquer, 1984) y aparece en la necrópolis de facies mailhaciense de Moulin (Taffanel y Janin, 1998, 298). En el suroeste francés y en Cataluña, pueden fecharse desde la segunda mitad del siglo VII a.C. o incluso desde el Bronce Final. En el área occidental del medio Ebro su uso se extiende desde la segunda mitad del siglo VI a la primera mitad del siglo V a.C., aunque en necrópolis celtibéricas puede perdurar su presencia durante todo el siglo IV (Faro, 2015a, 1150).

H) *Collares y colgantes*

Otros elementos metálicos recuperados en la Atalaya, son los relacionados con diversos elementos de adorno personal, en especial los colgantes y los collares, de los que esta necrópolis ofrece un amplio catálogo de piezas de bronce compuesto por cuentas anulares, cilíndricas o tubulares, además de pasadores y trabillas (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 415, lám. XIV), de aspecto muy similar a las piezas de collar aparecidas en la casa M5 del poblado PIIB del Alto de la Cruz (Maluquer, 1954, lám. LXXX-1). Castiella analiza este tipo de objetos, destacando

su presencia constante en la mayor parte de las sepulturas de la necrópolis y estableciendo una primera aproximación formal: cuentas cilíndricas, anulares, biseladas y tubulares perforadas (Castiella, 2005a, 327-329, figs. 2-8) (fig. 16, A-B), a partir de las cuales propone varios modelos de colgantes y collares como pertenecientes a sepulturas femeninas (Castiella, 2005a, 330-331, figs. 9-10). Algunas de las piezas, como las tubulares perforadas (fig. 16, B, 8), podrían identificarse como separadores de hileras de collar, con el fin de mantener la estructura decorativa, tal y como se ha señalado en un trabajo sobre este tipo de objetos (Carrasco *et al.*, 2009, 35-36, fig. 26. 17).

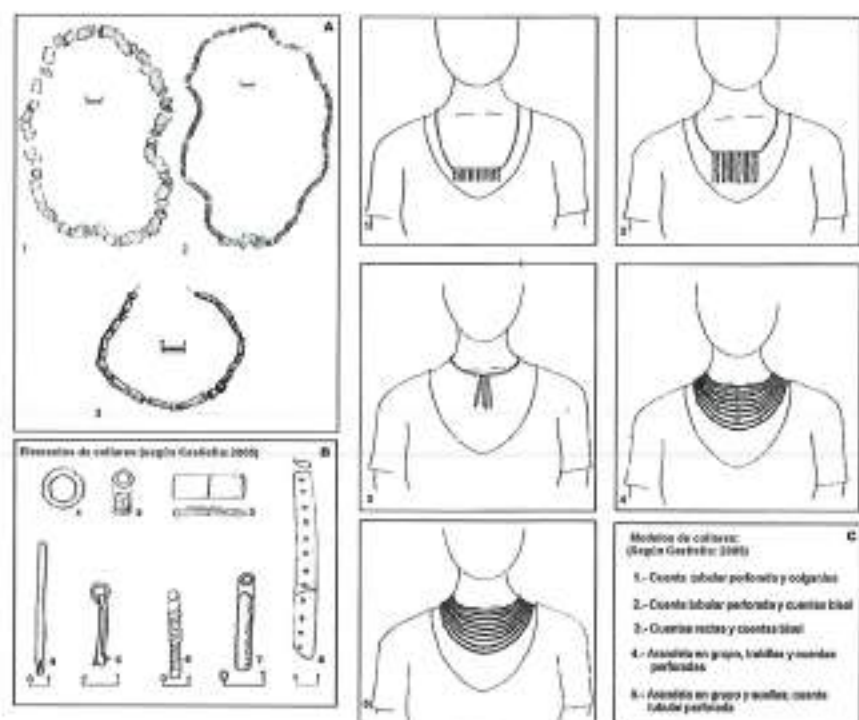


Figura 16. Tipología de collares y diversos elementos de adorno de la Atalaya, a partir del trabajo de Castiella (2005), modificada por Royo (2022).

Las cuentas anulares son muy comunes en las necrópolis del Hierro I del valle medio del Ebro y aparecen en diversos contextos cronológicos que al presentar muy pocas variaciones tipológicas, no aportan cronologías ajustadas. Es muy frecuente encontrar estos abalorios sueltos o formando parte de distintos adornos en todas las necrópolis navarras del Ebro, donde pueden ser muy abundantes, como en el caso de la Torraza (Maluquer, 1957, 267, láms. VIII-IX) o como el Castejón,

donde aparecen en 34 enterramientos formando collares (Castiella y Bienes, 2002, 197-198, fig. 251). El trabajo realizado en la necrópolis del Castillo ha permitido la contextualización de este tipo de material e incluso la documentación de collares completos. Además de las cuentas de collar anular, de las que se han contabilizado más de seis mil, se ha podido documentar otros tipos, como las espirales o las tubulares, que han permitido constatar la presencia de un montaje de collar en la estructura funeraria 128, compuesto por tres filas de cuentas en espiral, sujetas por unos pasadores o separadores (Faro, 2015a, 1006-1013, figs. 714-725). Resulta de interés la presencia de chapitas planas dobladas, denominadas trabillas y para las que se propone una función como pasadores o separadores. La necrópolis de El Castillo ha proporcionado una nutrida representación. La aparición de estos complementos en las necrópolis del valle medio del Ebro es habitual (Faro, 2015a, 1017-1019, figs. 735-741).

Cuentas de collar anulares, cilíndricas y tubulares, así como pasadores, aparecen en muchas de la necrópolis del Hierro I en el Ebro medio. Por citar algunas de las más importantes, señalaremos su existencia en la necrópolis de Busal (Uncastillo), donde también aparecen chapitas del mismo tipo (Burillo, 1977, fig. 47, nº 9-10 y 25), o en la necrópolis de Arroyo Vizcarra (Royo y Fatás, 2017, 50, fig. 4), ambas en las altas Cinco Villas. También aparecen en el poblado del Morredón, asociadas a arandelas, cuentas tubulares y espirales (Royo, 2005, 83, fig. 36), o en la necrópolis del Quez, donde también encontramos pasadores (Royo *et al.*, 1992, 335, fig. 2). En el río Jalón, aparecen en la necrópolis del Barranco de la Peña y Cabezo de Ballesteros, especialmente cuentas anulares, cilíndricas, tubulares y espirales (Pérez, 1988, 83 y 85-86; Pérez, 1990, 115 y 117, fig. 8). Por último, citaremos su aparición en el poblado del Hierro I del Cabezo de la Cruz, en el río Huerva (Picazo y Rodanés, 2009, 411, fig. 8).

3.1.2.2.4. Otros elementos del ajuar funerario

Junto al importante ajuar metálico descrito, en la Atalaya también aparecen algunos elementos menos frecuentes que pasamos a reseñar. En primer lugar, nos referiremos a las fusayolas, todas ellas en cerámica, con secciones cilíndricas, ovaladas y bitruncocónicas, presentes en las sepulturas de la Atalaya Baja AB 20, 28, 48 y 49 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 402-403, figs. 20, 22, 29 y 30). Castiella añade otras tres piezas procedentes de las sepulturas 55 y 57 y la nº 5 de la campaña de 1960, planteando que pueden corresponder a enterramientos femeninos (Castiella, 2005b, 200, fig. 113) (fig. 17, 1-6).

En segundo lugar, nos referimos a unas piezas líticas que se han denominado como bolas, esferas o canas, todas ellas elaboradas en piedra caliza o alabastro que en la Atalaya aparecen en las sepulturas AB 15 y AB 56 (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 428), ampliándose su hallazgo a las sepulturas 2 y 5 de la campaña de 1960 y en el conjunto 1, donde se localizaron cinco ejemplares (Castiella, 2005b, 201, fig. 113) (fig. 17, 7-12). Tanto las fusayolas como las bolas son pic-

zas que aparecen en los ajuares funerarios de las necrópolis de nuestro Grupo I (Royo, 2017, fig. 1), sobre todo en las localizadas en el sector occidental del Ebro medio, entre los ríos Jalón y Huecha, como en la ribera navarra. Aparecen bolas en el Castejón, asociadas en algunos casos con las fusayolas (Castiella y Bienes, 2002, 201-202, figs. 257-258), así como en la Torraza (Maluquer, 1957, fig. 3). En la necrópolis del Castillo aparecen bolas hasta un total de 41 ejemplares, que se localizan tanto en el interior como en el exterior de las urnas, por lo que su investigador ha supuesto que contaron con algún tipo de valor simbólico relacionado con su función o con el estatus del fallecido (Faro, 2015a, 1128-1130, figs. 922-925).

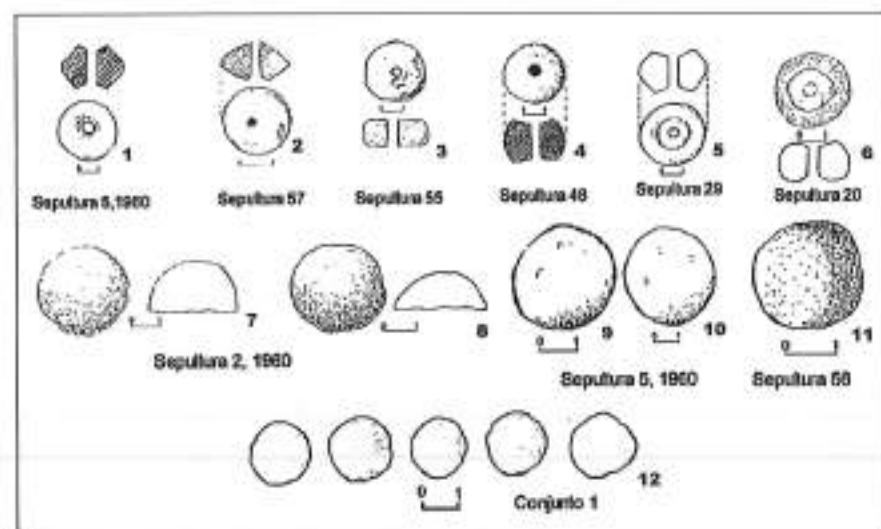


Figura 17. Otros elementos del ajuar funerario de la Atalaya (fusayolas y bolas de piedra), según Castiella (2005), modificado por Royo (2022).

En el río Jalón también aparecen bolas de piedra, siendo relativamente numerosas en el Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990, 117), mientras que en la necrópolis del Hierro de Azaila, se encuentra un grupo de fusayolas cerámicas decoradas y lisas, cuyo contexto resulta impreciso (Beltrán Llorís, 1976, 62). Por lo que se refiere a las necrópolis celtibéricas, la presencia de esferas de piedra es muy abundante, como es el caso de Carratiermes, Numancia o Arcóbriga (Faro, 2015a, 1130-1131), que en las fases más avanzadas pasan a ser fabricadas en cerámica, como en la Umbría de Daroca, donde también abundan a partir del siglo IV las fusayolas (Aranda, 1990, 108).

3.1.2.2.5. Láminas metálicas de guarnición de cinturón

En esta revisión de los ajuares funerarios de la Atalaya, hay una serie de fragmentos de chapitas de bronce decoradas con incisiones que aparecen con profusión

en las sepulturas AA 11, AB 20 y en la AB 27 que en un primer momento fueron clasificadas como diademas (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 416-417, figs. 9 y 22) (fig. 18). Su morfología acintada y su decoración horizontal las aleja completamente de la diadema localizada en La Torraza de Valtierra (Maluquer, 1957, 261-262, fig. 5), más bien emparentada con las lúnulas aparecidas en la necrópolis del Castillo de Castejón (Faro, 2017b). También de La Atalaya se conocen restos de láminas decoradas en las sepulturas 10, 13 y 14 (fig. 18, 3) (Castiella, 2005b, 227-228, fig. 37), del mismo modo que en el caso del Castejón de Arguedas, donde aparecen chapitas de bronce del mismo tipo en cinco de las nueve sepulturas con broches de cinturón (Castiella y Bienes, 2002, fig. 98, 107 y 114).

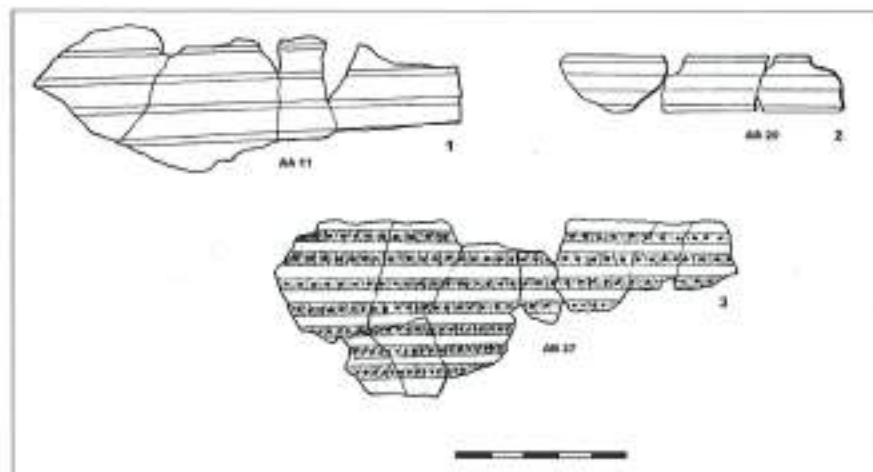


Figura 18. Láminas de bronce pertenecientes al revestimiento y refuerzo de la parte orgánica de un cinturón, la Atalaya. 1: AA 11. 2: AB 20. 3: AB 27, según Maluquer y Vázquez (1956), modificado por Royo (2022).

Estas láminas con su forma acintada nos muestran claramente que se trata de la guarnición metálica que cubriría y decoraría la parte orgánica de los cinturones, como han propuesto recientemente Graells y Lorrio, gracias a varios ejemplares procedentes de necrópolis orientalizantes, como las de Acebuchal, Medellín o Peña Negra (Graells y Lorrio, 2017, 117-121, figs. 58-59 y 62-63). En el valle medio del Ebro, se han identificado con seguridad láminas con similares decoraciones en la necrópolis del Castillo de Castejón en nueve sepulturas, (Faro, 2015a, 942-948, figs. 616-623), así como en el poblado del Cabezo de la Cruz de La Muela (Picazo y Rodanés, 2009, 412) y en la tumba de guerrero de Llinars del Vallés (Sanmartí, 1993, 28-29, figs. 14 y 15. 17). Es muy probable que este tipo de guarniciones fuera mucho más común, pero el propio ritual funerario provocaría la alteración o destrucción de este material, hasta el punto de dificultar su clasificación (Royo, 2022, 318, fig. 27).

3.1.3. Caracterización tipológica y social de los enterramientos de la Atalaya

A partir del análisis pormenorizado de los objetos conservados, hemos definido hasta nueve “ajuares tipo” que engloban la totalidad de los enterramientos y que permiten comprobar que los difuntos contaron a buen seguro con elementos de diferenciación social, de género o de edad. La ausencia de estudios antropológicos o genéticos de los restos óseos (Ruiz Zapatero, 2008), nos impide precisar más en estas cuestiones, pero aún así, las diferencias en la “riqueza material del enterramiento” son patentes. Los ajuares singularizados son los siguientes (figs. 19-20):

- Ajuar Tipo I. Sepultura representativa: AA 16 (fig. 19). El ajuar se compone de una urna del tipo IV, acompañada de dos cuchillos afalcados, una larga lanza con empuñadura de cubo, y restos de un posible *soliferreum*. Es una de las escasas muestras de tumbas con armas, tal vez asimilable a una sepultura de guerrero. A esta se le puede unir la sepultura AA 10, con una espada.

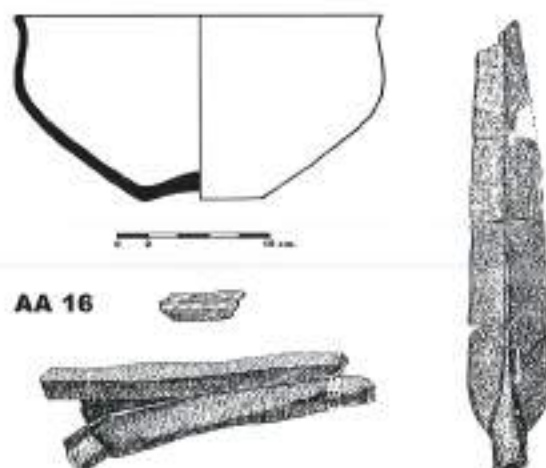


Figura 19. Ajuares singularizados o tipo de la necrópolis de la Atalaya: Urna y ajuar de la sepultura AA 16, según Maluquer y Vázquez (1956), representativo del tipo I propuesto por Royo y Aguilera (2022).

- Ajuar Tipo II. Sepultura representativa: AB 35 (fig. 20, AB 35). Este ejemplo lo hemos seleccionado por contar con un ajuar abundante: dos vasos de los tipos III y IV, dos agujas de cabeza de aro, un torques con engrosamientos laterales, un broche de cinturón de un garfio con escotaduras laterales abiertas y su pieza hembra serpentiforme, un resorte de fíbula posiblemente navarro-aquitana, así como un colgante tubular, varias decenas de cuentas cilíndricas y varios pasadores, pertenecientes a un posible collar. En este caso los elementos que aportan una idea de estatus elevado, serían el broche de cinturón, el torques y las dos agujas.

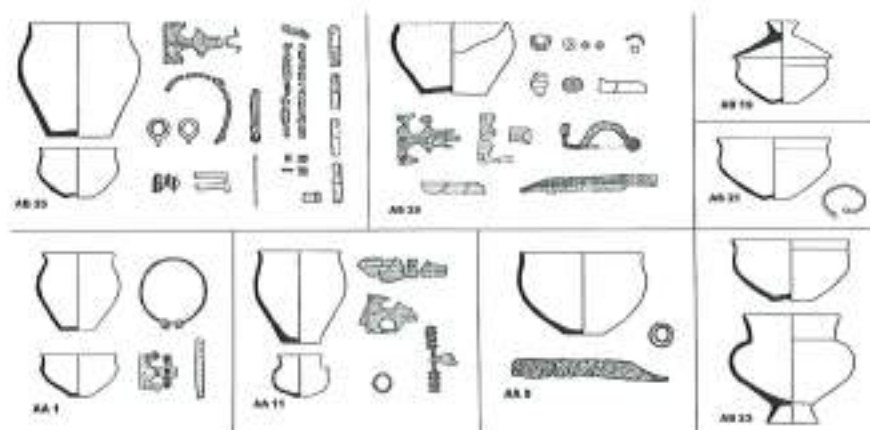


Figura 20. Ajuares tipo de la necrópolis de la Atalaya. Tipo II: sepultura AB 35. Tipo III: sepultura AB 20. Tipo IV: sepultura AA 1. Tipo V: sepultura AA 11. Tipo VI: sepultura AA 8. Tipo VII: sepultura AB 19. Tipo VIII: sepultura AB 21. Tipo IX: sepultura AB 23. A partir de Maluquer y Vázquez (1956), modificado por Royo y Aguilera (2022).

- Ajuar Tipo III. Sepultura representativa: AB 20 (fig. 20. AB 20). Ajuar de una riqueza similar al tipo II, pero con una asociación de elementos distinta, hemos seleccionado este enterramiento, compuesto por una urna del tipo III (fig. 6), acompañada de dos broches de cinturón, uno de un garfio y otro de tres, junto a varias cuentas, una fusayola, una fibula tipo La Tène con botón terminal, un cuchillo afalcado y una cinta decorada como parte de la guarnición de un cinturón. En este caso los elementos definitorios son la fibula, el cuchillo y los dos broches de cinturón.
- Ajuar Tipo IV. Sepultura representativa: AA 1 (fig. 20, AA 1). Algo más sencilla, pero con elementos de estatus sería este enterramiento que cuenta con dos vasos cerámicos de los tipos III y IV, así como un torque de terminales engrosados, un broche de cinturón de un garfio y un colgante tubular. Aquí queremos resaltar la asociación de torques y broche de cinturón que parece ser relativamente común en este cementerio.
- Ajuar Tipo V. Sepultura representativa: AA 11 (fig. 20, AA 11). Aquí el ajuar funerario consiste en la asociación de urna del tipo III y vaso de ofrendas de la forma 5 de Castiella, acompañados de una fibula navarro-aquitana, un broche de cinturón de un garfio, asociable a restos de una cinta metálica decorada, junto a una cuenta cilíndrica o anillo.
- Ajuar Tipo VI. Sepultura representativa: AA 8 (fig. 20. AA 8). Son enterramientos más sencillos o igualitarios, con elementos menos diferenciadores: una urna del tipo IV, acompañada de un cuchillo afalcado y un posible anillo.

- Ajuar Tipo VII. Sepultura representativa: AB 19 (fig. 20, AB 19). Este ajuar sólo se compone de una urna del tipo IV y una escudilla de pie resaltado y paredes rectas, utilizada como tapadera o cierre de la urna.
- Ajuar Tipo VIII. Sepultura representativa: AB 21 (fig. 20, AB 21). Enterramiento de extrema sencillez compuesto por una urna del tipo IV y un brazalete o pulsera de terminaciones engrosadas.
- Ajuar Tipo IX. Sepultura representativa: AB 23 (fig. 20, AB 23). Por último, hemos seleccionado este enterramiento por tratarse de un ajuar con presencia exclusiva de cerámica, en este caso la urna del tipo IV y el vaso de ofrendas del tipo II.

La principal conclusión que se desprende de esta clasificación de las tumbas, a partir de su composición material, es que hay notables diferencias entre ellas. Hemos podido establecer nueve tipos de los 85 hechos funerarios cuya información ha llegado hasta nosotros. Seguramente podría haber sido otra cifra, si hubiéramos podido asociarles la tipología constructiva. La gradación se ha establecido en función del estatus social, del género, de la edad o de la reputación, pero no hay que perder de vista que un enterramiento es una manipulación de los difuntos a manos de los vivos y no tiene que ser forzosamente un relato identificativo del finado.

3.1.4. Análisis metalográficos del ajuar de la Atalaya

Los procedimientos de la arqueometría han sido aplicados con poca frecuencia en estos yacimientos. Afortunadamente, Maluquer a finales de los años 80, tuvo la oportunidad de analizar un conjunto de objetos metálicos procedentes de la Atalaya, la Torraza y del poblado del Alto de la Cruz.⁷ El objetivo del proyecto fue la caracterización de los objetos para intentar establecer agrupaciones con significado.

El estudio de la Atalaya se centró en una colección de 14 objetos de base cobre (Maluquer *et al.*, 1999, 152-154) que comprende: cuatro hebillas y un remache de cinturón, procedentes de las tumbas AA1, AB2, AB16 y AB 29; tres arcos de fibulas (navarro-aquitana, arco peraltado y anular hispánica) de las sepulturas AA11, AB 22 y sin contexto; dos cuentas de collar (esférica y de aro) de las sepulturas AB3 y sin contexto; una aguja de cabeza vasiforme, sin contexto; dos brazaletes sin contexto y finalmente un colgante perforado de la sepultura AA1 (Maluquer *et al.*, 1999, 161-162).

Los resultados de la analítica (fig. 21) constataron que el elemento mayoritario presente en las muestras es el Cu, con una media de 69'67%, unos porcentajes sensiblemente más altos que los del poblado del Alto de la Cruz (Maluquer *et*

⁷ Los análisis fueron realizados por el Servicio de Espectroscopía de la Universidad de Barcelona, dentro del proyecto "Programa de Análisis Arqueometalúrgicos". Las técnicas empleadas fueron: espectrografía de emisión, análisis semicuantitativos por espectrofotometría de absorción atómica y fluorescencia de RX. Todos estos datos fueron incluidos en la tesis doctoral de G. Muñilla: "Los bronzes paleoibéricos de uso personal en Occidente", Universidad de Barcelona, 1987.

al., 1999, 162-163). En cuanto a la presencia de Sn, la media de los resultados se sitúa en el 7'99%, sin que ninguna muestra sobrepase el 15% y en la mayoría de los casos, con porcentajes cercanos al 10%, lo que significa que el bronce con el que se manufacturaron los objetos de la Atalaya puede considerarse de una calidad modelo, con algunos ejemplares como el broche de la AA1 (PIP 203) y la fibula anular de la AB22 (PIP 208) que alcanzan el 12'43% y 12'49% respectivamente. En cuanto al Pb, su porcentaje es muy pequeño, en torno al 0,64%, en todo caso, su presencia en las aleaciones no parece responder a una introducción intencional.

La conclusión es que, salvo contadas excepciones, la aleación utilizada en la fabricación de ajuares en la Atalaya fue de bronce binario (Maluquer *et al.*, 1999, 164). En definitiva, los bronces del ajuar funerario de La Atalaya serían de tipo semejante a los utilizados en el poblado del Alto de la Cruz y a los de la necrópolis de la Torraza. Los últimos avances que proporcionan los análisis de isótopos de plomo, ayudarían a determinar la procedencia del mineral, un material esencial para esta sociedad, vista la intensa actividad metalúrgica documentada en el poblado del Alto de la Cruz (Maluquer *et al.*, 1999, 160-161 y 164).

ANALÍTICAS MUESTRAS METÁLICAS LA ATALAYA

MUESTRA	Cu %	Zn	Ag
PIP-201	72,43	<200	50 μ
PIP-202	60,28	<200	>200
PIP-203	79,45	<200	100 μ
PIP-204	69,82	<200	200 μ
PIP-205	73,58	<200	100 μ
PIP-206	61,50	<200	50 μ
PIP-207	77,10	<200	25 μ
PIP-208	79,70	<200	12 μ
PIP-209	21,63	<200	100 μ
PIP-210	81,11	<200	25 μ
PIP-211	81,36	<200	25 μ
PIP-212	73,90	<200	200 μ
PIP-213	77,98	<200	100 μ
PIP-214	66,18	<200	100 μ

Figura 21. Resultados de las analíticas realizadas a 14 piezas procedentes de la necrópolis de la Atalaya, a partir de Maluquer *et al.* (1990), modificado por Rojo (2022).

3.1.5. Cronología

Abordar la edad de la necrópolis de la Atalaya supone entrar de lleno en la discusión sobre la cronología de la Edad del Hierro en el valle medio del Ebro (Aranda y Rodanés, 2017; Aranda *et al.*, 2018; Rodanés y Picazo, 2018; Royo *et al.*, 2018). La escasez de dataciones radiocarbónicas y de buenos contextos materiales y estratigráficos es especialmente grave en las necrópolis de incineración del Ebro medio (Royo *et al.*, 2018, 173 y 177) que sólo cuentan con dataciones absolutas en el Corral de Mola (Royo, 2017, 104-105), el Barranco de la Peña, el Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990, 115 y 117) y la Codera (Royo *et al.*, 2018, tablas 1-2).

Esta falta de dataciones absolutas, tiene su contrapartida en los poblados, con secuencias estratigráficas y series radiocarbónicas que permiten conocer las fases del poblamiento entre el Bronce final y la transición del Hierro I al Hierro II. Las secuencias cronológicas disponibles, obtenidas a partir de dataciones calibradas para yacimientos de habitación, proceden del Cabezo de la Cruz, Gavín-Sepulcro, Castillo de Miranda y Alto de la Cruz (Royo, 2017, 104-105, fig. 42), a las que hay que añadir las recientes dataciones presentadas para el Morredón (Aranda *et al.*, 2018, 144, tabla 1). Además de la ausencia de fechas radiocarbónicas en las necrópolis del río Huecha y ribera navarra, éstas padecen de problemas derivados de la "meseta de Hallstatt" que provoca lapsos demasiado amplios en las series de fechas absolutas que las hace solamente orientativas, como se ha repetido en varias ocasiones (Royo *et al.*, 2018, 176, tabla 2; Rodanés y Picazo, 2018, 191).

A pesar de las secuencias estratigráficas y dataciones absolutas de poblados del Grupo I del valle medio del Ebro, como el Alto de la Cruz de Cortes (Munilla *et al.*, 1994-1996) y del Cabezo de la Cruz de La Muela (Picazo y Rodanés, 2009), ante el escepticismo que genera el método de carbono 14 en periodos protohistóricos, los investigadores vuelven a confiar en las cronologías basadas en los materiales cerámicos y metálicos importados (Graells, 2013-2014; Royo y Fitás, 2017; Royo, 2019) que les ha permitido establecer una periodización adaptada para el valle medio del Ebro durante la Edad del Hierro. Dicho planteamiento debe extenderse a las necrópolis (Royo *et al.*, 2018, 173).

La cronología de la necrópolis de la Atalaya se basa en el estudio formal de la cerámica y el metal. En lo que respecta a la cerámica, su tipología apunta a un momento avanzado de la Edad del Hierro. Podemos señalar dos fases: la primera, engloba las producciones cerámicas de los tipos I y II de Maluquer y Vázquez y varios de los vasos de ofrendas, situándose en la Edad del Hierro medio, coincidente con el poblado PIIB del Alto de la Cruz, la segunda fase, representada por los tipos III y IV de Maluquer y Vázquez, así como la mayoría de las urnas decoradas con cordones y collarinos, se sitúa en la Edad del Hierro tardía, paralela al poblado PIa y PIb. Las escasas producciones cerámicas a torno presentan formas antiguas propias de dicha fase. No hay una sólo pieza cerámica en la Atalaya que pueda situarse en un momento anterior al PIa, es decir en el Hierro Antiguo y tampoco en el Bronce final.

Por lo que respecta a los ajuares metálicos de la Atalaya, seleccionamos aquellos objetos con cronología contrastada. Las fibulas se centran en las fases plenas del Hierro I de pie vuelto y las navarroaquitanas. La ausencia tanto de modelos antiguos como recientes, sirve para acotar el período de uso del cementerio. Los modelos de broches de cinturón también pertenecen al Hierro I medio, con modelos de fabricación local. La ausencia de broches de placa de tipo ibérico, también contribuye a centrar el uso de estos elementos en momentos coincidentes con las fibulas. Los torques, agujas y brazaletes que cuentan con cronologías más imprecisas no desentonan con la fase del Hierro I medio.

Otro elemento a considerar, es la presencia del hierro en la necrópolis y su coexistencia con el bronce. El hierro es utilizado básicamente para la confección de armas: espadas, lanzas, jabalinas, *solfiferea* y cuchillos. Su utilización en elementos de ornato, como las fibulas navarroaquitanas y en las agujas con discos, es significativa del aprecio por el nuevo metal. El hierro en la Atalaya nos muestra un momento en el que la siderurgia ya está plenamente consolidada en la zona, pero todavía su consumo está restringido a una minoría poseedora de armas.

Con lo expuesto hasta el momento, nuestra propuesta de datación para esta necrópolis sitúa su inicio entre el último cuarto del siglo VII y los primeros años del siglo VI a.C., con perduración hasta finales del siglo V a.C.

3.2. El ajuar funerario cercano a El Convento (Mallén, Zaragoza)

Un descubrimiento poco divulgado en la literatura especializada es el hallazgo de un conjunto cerámico de carácter funerario, compatible con la fase del Hierro I del poblado del Convento de Mallén (Aguilera y Royo, 1978, 15-16, lám. II), objeto en su día de un estudio monográfico (Royo, 1986). Aunque los datos exactos de su ubicación no se conocen, sabemos que se localizaba en la ladera de una pequeña elevación situada entre La Atalaya Baja y El Convento, muy cerca de la carretera nacional 232 (Royo, 1986, 35-36). El hallazgo, según los datos aportados por su descubridor, se produjo durante unas roturaciones agrícolas entre 1958 y 1960, en un área de unos 15 m² que presentaba una mancha de tierra muy cenicienta, en la que el descubridor no identificó ni piedras, ni restos de adobes, ni objetos metálicos. Dada la alteración de los terrenos roturados en la zona y con los datos recabados, resulta imposible concretar si el hallazgo pudo pertenecer a un área marginal de la Atalaya Baja o corresponde a otra necrópolis independiente, tal vez relacionada con el poblado de el Convento (Mallén).

El conjunto se compone de cuatro recipientes cerámicos manufacturados. Dos de ellos, aparecieron rellenos de ceniza y huesos calcinados, por lo que podemos deducir la existencia de dos enterramientos distintos acompañados de sendos vasos de ofrendas (Royo, 1986, 36-38, figs. 1-3), aunque también podría tratarse de un enterramiento doble. Del estudio de este ajuar cerámico (fig. 22), tres de los recipientes corresponden a las formas 4, 5 y 14 (fig. 22, 2-4), (Royo, 1986, fig. 4), muy comunes en las necrópolis y poblados del Hierro I del sector occidental del valle medio del

Ebro, con presencia masiva en la Atalaya, Castejón de Arguedas, el Castillo de Castejón, Corral de Mola o Cabezo de Ballesteros (Royo, 1986, 38-47).

El interés de este ajuar radica en la presencia de un recipiente singular hecho a mano. Tiene la base con un pie anular, cuerpo globular, cuello y borde exvasados y doble asa de puente (fig. 23). Este perfil imita a un ánfora de raigambre griega, posiblemente a partir de una copia en cerámica ibérica o de un original. Su cronología se sitúa entre fines del siglo VI y mediados del siglo V a. C. (Sala, 2009, 55-57, fig. 3). De este vaso no encontramos paralelos entre la cerámica manufacturada del Hierro I del valle medio del Ebro, aunque hay semejanzas en algunas piezas del Bajo Aragón y Cataluña que se consideran imitaciones de producciones de origen griego o etrusco y que podrían ponerse en relación con el banquete funerario (Graells y Sardá, 2011; Royo, 2019, 59, fig. 39).

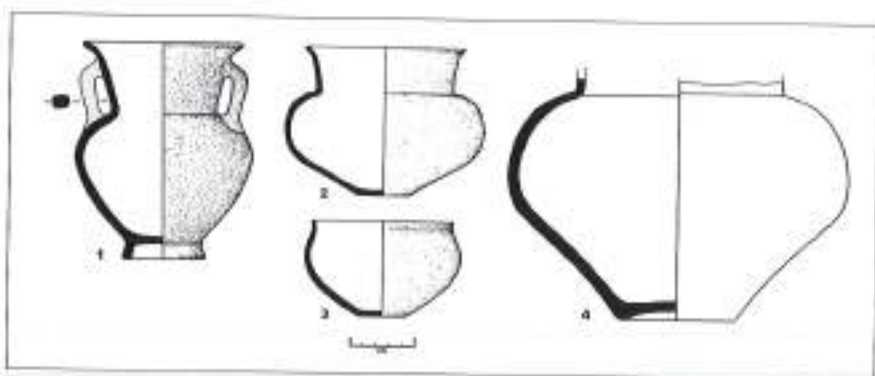


Figura 22. Ajuar funerario recuperado en Mallén (Zaragoza), según Royo (2022).

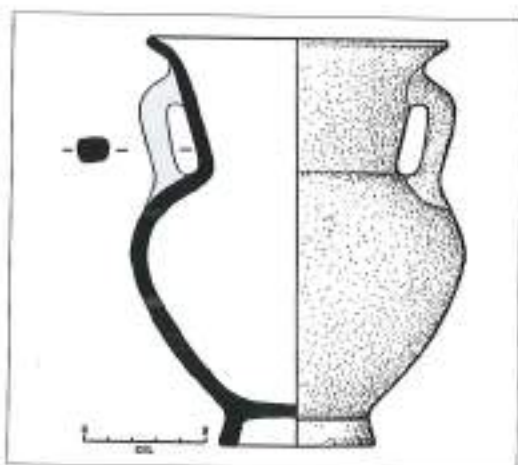


Figura 23. Vaso del ajuar funerario de Mallén identificado como una posible imitación indígena de un ánfora griega, según Royo (2022).

La presencia de cerámica griega comienza a documentarse tímidamente en el valle medio del Ebro. Algunos fragmentos de finales del siglo VI y de la primera mitad del siglo V a. C. en el Cabo de Andorra (Benavente y Galve, 2002, 35), San Jorge de Lécera (Fatás, 2016, 250, nota 255) y el Castillo de Cuarte (Royo y Burillo, 1997, 130, fig. 11), nos permiten conocer el contacto de las poblaciones protohistóricas del Ebro medio con productos del comercio mediterráneo que, además de su adquisición por las élites dominantes, sirvieron de ejemplo para la elaboración de réplicas en cerámica local, como fue el caso del ánfora de Mallén. Corroboran esta tesis las imitaciones de *Holmoi* etruscos aparecidos en los poblados del Alto de la Cruz, el Morredón y Burrén y Burrena (Royo, 2019, 36-37, figs. 10-12), pertenecientes al poblamiento protohistórico del río Huecha. A partir de los datos aportados por este vaso, se propone una fecha centrada entre finales del siglo VI y mediados del V a.C. para este conjunto de Mallén (Royo, 1986, 44-46, fig. 2).

3.3. La necrópolis de Burrén y Burrena (Fréscano, Zaragoza)

El poblado de Burrén y Burrena es uno de los yacimientos más importantes del poblamiento protohistórico del río Huecha, tanto por sus materiales y restos estructurales (Aguilera y Royo, 1978, 28-34, láms. VIII-XI), como por su tamaño y posición geoestratégica que domina el sector occidental del Ebro medio y todo el valle bajo y medio de su afluente (Royo, 1984, 79, figs. 5 y 7) (fig. 24). La destrucción de una extensa área de este conjunto arqueológico, cuyos restos identificamos en su momento como necrópolis, se produjo por la descoordinación entre el ayuntamiento de Fréscano y la administración autonómica. En este caso



Figura 24. Vista general del yacimiento de Burrén y Burrena en Fréscano, desde el sureste (Foto: Royo, 2018).

concreto, un proyecto de repoblación forestal y construcción de pistas en el otoño de 1984, arrasó la ladera baja y la base de estos cerros en su sector norte (fig. 25), alterando una considerable extensión de terreno que a tenor de los restos de posibles enterramientos y de los materiales recuperados, identificamos como una posible necrópolis de larga cronología (Royo y Pérez, 1987, 208-209).



Figura 25. Propuesta de delimitación del poblado y necrópolis de Burrén y Burrena, según Royo (2019).

3.3.1. Estructuras funerarias

La documentación de las afecciones constató la presencia de grandes manchas de cenizas, carbones, restos de adobes y piedras margosas, consecuencia de la remoción de una parcela de más de cinco hectáreas que podría identificarse como el solar de una necrópolis de incineración, en la que se registró la presencia de tres tipos de posibles construcciones funerarias: túmulos de piedra, hoyos de incineración y estructuras tumuliformes con adobes (Royo y Pérez, 1987, 208-209, figs. 8-9). La abundancia de restos de cenizas, piedra del lugar y restos de adobe (fig. 26), parecen confirmar la existencia de este tipo de enterramientos tumulares, entre los que parecía existir manchas cenicientas sin restos pétreos o de adobes, lo que podría indicar la presencia de posibles *ustrina*. No obstante, la escasez de restos metálicos y la ausencia de restos óseos incinerados, muy abundantes en este tipo

de sitios, nos hacen ser un tanto cautos respecto a la clasificación del yacimiento. El arrasamiento definitivo de toda el área y su puesta en cultivo, han impedido comprobar mediante una intervención arqueológica posterior las características de los restos descubiertos que todavía hoy nos plantean dudas sobre su uso como necrópolis, pues son compatibles con otras opciones, como restos de hábitat en llano, basureros o sedimentos redepositados procedentes de cotas superiores (fig. 27).



Figura 26. Vista general del área arrasada de la posible necrópolis de Burrén y Burrena en 1984 (Foto: Royo, 1984).



Figura 27. Detalle de la recuperación de material arqueológico cerámico en el área arrasada de la posible necrópolis de Burrén y Burrena durante 1984 (Foto: Royo).

3.3.2. Cultura material

3.3.2.1. La cerámica

Los escasos materiales recuperados, son algunos fragmentos de vasos bitroncocónicos con decoración excisa e incisa que remiten a formas ampliamente difundidas en la zona, situadas en un arco cronológico bastante amplio, desde el Bronce final hasta el Hierro I medio (siglos X/VI a.C.), lo que coincide con la cronología del poblado (Royo y Pérez, 1987, 209, fig. 1). Una revisión del material recuperado en el área del yacimiento, interpretada como la necrópolis de Burrén y Burrena, nos permite la clasificación de la cerámica en tres grupos, dependiendo de su morfología o decoración (fig. 28):

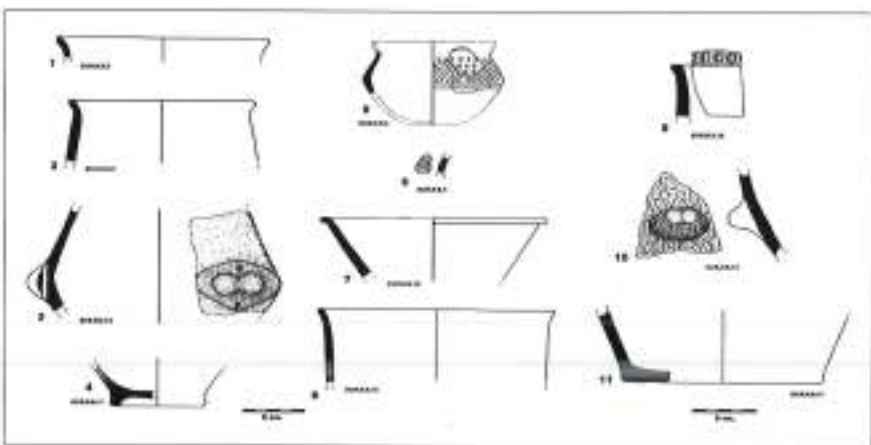


Figura 28. Material cerámico identificable, recuperado del área arrasada en 1984 de Burrén y Burrena, según documentación de Royo y Pérez (1987), modificado por Royo (2022).

- Grupo I. Bronce final/Hierro I antiguo. En este conjunto incluimos los vasos de perfil bitroncocónico con decoración excisa o incisa (fig. 28, 5-6), o los que presentan el mismo perfil pero con asas de botón geminado o con pezones aplicados (fig. 28, 3), todos ellos coincidentes con los materiales más antiguos del poblado, fechados entre el Bronce final y el Hierro I antiguo (Royo y Pérez, 1987, 209), también reconocibles en la fase antigua del cercano poblado del Morredón, fechada por radiocarbono entre los siglos XI-X cal. BC (Aranda *et al.*, 2018, 142, fig. 8).
- Grupo II. Hierro I medio. Compuesto por platos y escudillas de paredes rectas (fig. 28, 7), y los cuellos cilíndricos con el borde liso o decorado con impresiones (fig. 28, 8-9), junto a fondos planos o con ligero pie anular (fig. 28, 4 y 11) que representan la fase plena de la ocupación de la Edad del Hierro en

el río Huecha, en los yacimientos de Burrén y Burrena, Morredón y *Bursau* (Aguilera y Royo, 1978, 29, lám. VIII-IX; Aranda *et al.*, 2018, 144, fig. 8; Royo y Aguilera, 1981, 68) y los perfiles de los tipos I y II de la necrópolis de la Atalaya.

- Grupo 3. Hierro I medio/transición Hierro I tardío. Por último contamos con algunos perfiles de borde vuelto y paredes inclinadas hacia fuera que se podrían comparar tipológicamente con el tipo IIIA de urnas de la Atalaya (fig. 28, 1-2). En las necrópolis de El Quez y del Cabezo de Ballesteros aparecen bien representados (Royo *et al.*, 1992, 335, fig. 2; Pérez, 1990, 117, fig. 7, nº 1, 3 y 5).

Con estos tipos cerámicos se constata el largo uso de la posible necrópolis, coincidente con la cronología del poblado de Burrén y Burrena. La presencia de cerámica del Bronce final o inicios de la Edad del Hierro, es una excepción en el ambiente de las necrópolis del Grupo I que carecen del material de esos periodos, lo que en nuestro caso sólo puede significar dos cosas: o estamos ante una necrópolis de una gran perduración, o bien los restos no corresponderían en su totalidad a un área de enterramiento y sí a una zona de habitación. Este es un problema por el momento irresoluble sin una intervención arqueológica.

3.3.2.2. *El ajuar metálico*

El material metálico recuperado es muy escaso. Este hecho no es anecdótico, pues es una de las características de las necrópolis de incineración del Hierro del valle medio del Ebro, el que siempre aparezcan en superficie abundantes restos metálicos de los ajuares funerarios tras cualquier tipo de remoción (Lorrio *et al.*, 2019, 104-107, fig. 1, e-f).

Entre dicho material metálico, figura parte de una pieza de bronce que en su día propusimos identificar con una punta incompleta de jabalina (Royo y Pérez, 1987, fig. 2, 5), aunque un análisis más pormenorizado nos lleva a otra propuesta, como el enmangue y parte del plato de un posible espejo (fig. 29), tal y como demostrarían algunos hallazgos del valle medio del Ebro muy cercanos, como los moldes aparecidos en la casa 7K-9K del poblado PIIb, o de la casa 14 MN del Pla, del Alto de la Cruz (Maluquer, 1954, láms. LXXV y XLIX), cuyas cronologías abarcan los siglos VI y V a.C. A estos ejemplares podemos sumar otros aparecidos en los yacimientos de los Castellet de Mequinenza, El Redal o Vilallonc, cuya cronología puede situarse entre los siglos VIII y VI a.C. (Royo y Ferrerueta, 1985, 238-239, fig. 1). Las fechas más antiguas encajarían con alguna otra pieza metálica aparecida en el poblado de Burrén, como un botón cónico de bronce (Aguilera y Royo, 1978, 28, lám. XI, 29), o el reciente hallazgo de un broche de cinturón de tipología centroeuropea y datación antigua (García-Arilla y Mesa, 2016).

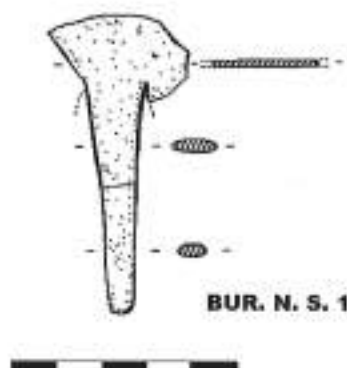


Figura 29. Fragmento de posible espejo de bronce de la necrópolis de Burrén y Burrena, a partir de Royo y Pérez (1987), modificado por Royo (2022).

3.3.3. Cronología

El material recuperado de esta zona baja de Burrén, dada su alta amplitud cronológica (siglos IX-V a. C.), no permite demasiadas precisiones respecto a la fecha de utilización. La prolongada datación del material metálico tampoco ayuda a precisar un periodo funcional que se nos antoja demasiado prolongado, a tenor de las cronologías al uso para el resto las necrópolis conocidas en el valle medio del Ebro.

3.4. La necrópolis de Carraveruela (Magallón, Zaragoza)

Descubierta por Aguilera a finales del siglo XX, la necrópolis de Carraveruela fue dada a conocer como un cementerio tumular de incineración, fechado en las fases intermedias de la Edad del Hierro (Aguilera, 1995, 220). Trabajos posteriores de prospección y recuperación de material de superficie, han permitido asignar una cronología más amplia, pues también se documenta su utilización en una fase temprana de la cultura celtibérica. A pesar del interés del hallazgo, durante años este yacimiento no se incorporó a la Carta Arqueológica de Aragón y hasta el presente trabajo ha permanecido prácticamente inédito.

Lamentablemente, este lugar fue afectado por las obras de concentración parcelaria en los primeros años del siglo XXI, arrasándose una buena parte del mismo. El caso de la destrucción de la necrópolis de Carraveruela ilustra a la perfección los graves errores administrativos y la falta de profesionalidad de alguna empresa de arqueología, una perversa conjunción de actuaciones y decisiones que provocó gravísimos daños entre los años 2004 y 2005 (Lorrio *et al.*, 2019: 105).⁸ Los técnicos

⁸ A partir de la Resolución de 25 de febrero de 2004, emitida por la Dirección General de Calidad Ambiental del Gobierno de Aragón, se procedió a la Declaración de Impacto Ambiental del proyecto de la zona de concentración parcelaria de Magallón, (BOA de 10 de marzo de 2004). En la misma se

de la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón⁹ pudieron constatar en los informes realizados a partir del inicio de las investigaciones de la Guardia Civil, que la construcción de un camino había provocado la grave afección o desaparición de una veintena de estructuras tumulares de entre 1 y 2 metros de diámetro, construidas con piedras de pequeño y mediano tamaño, con presencia de manchas de cenizas y con restos del ajuar cerámico en su interior (fig. 30).



Figura 30. Vista de un tramo del nuevo camino realizado en la concentración parcelaria de Magallón, con las señales de la Guardia Civil correspondientes a una de las áreas destruidas por las obras en la necrópolis de Carraveruela (Foto: Royo, 2005).

incluyeron los puntos 9 a 14 y 17, relacionados con la mayor parte de las prescripciones emitidas por la Dirección General de Patrimonio Cultural, relativas al rico patrimonio arqueológico existente en la zona afectada, aunque, de forma sorprendente, no se contemplaban aspectos tan importantes como la incorporación de nuevos hallazgos o la delimitación de cada uno de los yacimientos, así como el seguimiento arqueológico de las obras. La empresa TRAGSA, encargada de la ejecución de las obras, subcontrató las prospecciones arqueológicas a la empresa APC, S. L. que se llevaron a cabo entre octubre de 2004 y abril de 2005. La memoria definitiva de las mismas se entregó en mayo de 2005, cuando las obras de concentración y de construcción de caminos ya se habían concluido hacía meses. El retraso en la entrega de dicho informe, los errores en los datos de localización y delimitación de varios yacimientos arqueológicos y la ausencia de seguimiento de las referidas obras, provocaron en última instancia las graves afecciones a la necrópolis de Carraveruela. Se da la circunstancia de que en el instante en el que las máquinas comenzaban a arrasar el yacimiento, un ciudadano de la localidad de Magallón, puso inmediatamente el hecho en conocimiento de la DGA que no reaccionó hasta pasadas más de ocho horas, cuando la necrópolis ya estaba prácticamente destruida. Denunciados los hechos a la Guardia Civil, se instruyó un expediente judicial penal por destrucción del patrimonio arqueológico, por parte del Juzgado de Instrucción nº 9 de Zaragoza (Procedimiento Abreviado 3226/2005), el cual quedó archivado. Hasta la actualidad, de forma totalmente incomprensible, no se ha realizado ningún tipo de actuación arqueológica de urgencia para documentar este yacimiento por parte de la Administración Autonómica, por lo que los materiales y documentación gráfica aportados en este trabajo, representan los únicos restos recuperados y conocidos del espolio producido en esta necrópolis.

⁹ Toda la documentación referente a este incidente, se encuentra depositada en el Archivo General del Gobierno de Aragón: Expediente de Arqueología Preventiva nº 991.01.040.



Figura 31. Detalle de una de las evidencias del expolio producido en la necrópolis de Carraveruela, señalada por la Guardia Civil (Foto: Royo, 2005).



Figura 32. Detalle de una de las sepulturas tumulares destruidas por las obras. Pueden apreciarse los restos óseos cremados, así como el relleno ceniciento (Foto: Royo, 2005).

Lo que ha sobrevivido a las gravísimas afecciones sufridas por este yacimiento se ubica a los pies del extremo noroeste del cerro de la Molilla, en un terreno de suave pendiente. El hábitat prehistórico más cercano se localiza a 700 metros pero, según la muestra de materiales de superficie, resulta ser más antiguo que la necrópolis, al menos en tres siglos. Es una hipótesis factible que el poblado estuviera en lo alto del espolón de la Molilla y que la erosión, muy activa en ese punto, lo haya desmantelado. La dispersión de la cerámica, otros restos funerarios y de rocas calcinadas en la zona más baja (figs. 31-32), proporciona una superficie de una hectárea para la zona funeraria, pero entre la parte arrasada y la que podría conservarse enterrada a más profundidad, la extensión podría ser mayor.

3.4.1. Estructuras funerarias

El descubrimiento del yacimiento se realizó al observar que, en el ribazo de un campo de labor junto al camino que rodea el cerro de la Molilla, había una concentración inusual de piedras margosas y en algunos puntos afloraban densas manchas de ceniza. Se procedió a limpiar el frente del ribazo, lo que puso al descubierto una sección del terreno que mostraba una pequeña parte de la estratigrafía original de la necrópolis, en la que se podían distinguir hasta tres túmulos contiguos, casi tangentes (fig. 33). Las dimensiones de estas estructuras funerarias son aproximadas, pues al ser un corte no programado, se ignora por que puntos están seccionados los círculos tumulares, por lo que no podemos asegurar si las dimensiones tomadas en su momento se corresponden con las del diámetro o las de una cuerda.



Figura 33. Detalle del corte en Carraveruela, con un túmulo y sus rellenos
(Foto: Aguilera, octubre 1988).

Empezando por el extremo izquierdo del corte (fig. 34), en las sepulturas 1 y 2 quedaban algunos restos del vaso cinerario y en la estructura funeraria nº 3 se conservaba el hueco donde estuvo alojada la urna. Si aceptamos que éstas suelen estar preferentemente colocadas en el área central del túmulo, y así parece reflejarse en la sección dibujada, tendríamos que la sepultura 1 poseyó un diámetro de 2,10 m. (fig. 35), la 2 de 2,30 m. (fig. 36) y la sección de la 3 mide 1,70 m. (fig. 37). Las alturas conservadas de las tres estructuras rondan los 40 cm, pues las cubreras se encontraban eliminadas por la acción del arado.

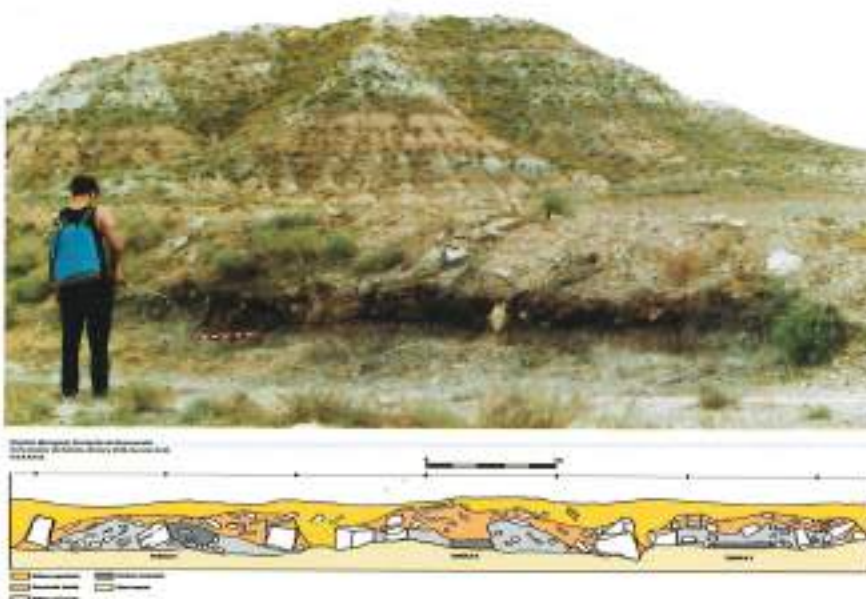


Figura 34. Altimetría con la estratigrafía de tres túmulos contiguos en Carraveruela, según Aguilera y Royo (2022).

Los tres túmulos estaban compuestos por un anillo perimetral de bloques de roca margosa local. Dentro de ese anillo perimetral, se acumula un relleno de tierra y piedras más pequeñas que se va haciendo más ceniciento conforme va bajando la cota, hasta llegar al piso natural compuesto por un estrato horizontal de roca blanca margosa.

En el túmulo 1 (fig. 35), aparece junto a los restos de la incineración, un bloque rocoso que podría señalar la presencia, tanto de una posible cista, como de una estela de señalización, característica de algunas necrópolis celtibéricas, como Herrerías o Carratiermes.

Magalón (Zaragoza). Necrópolis de Carroveruela
 Corte Carlos del Saltillo, Octubre 1988, Sección N.-W.
 C.E.S.B.O.R.

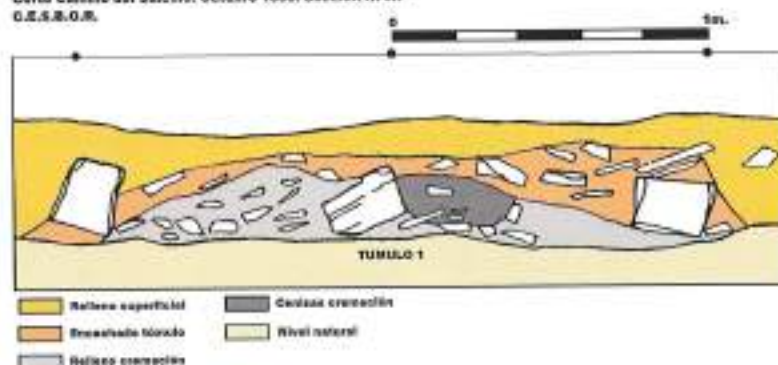


Figura 35. Detalle del corte del túmulo nº 1, en el que se aprecia todo el relleno de la sepultura, según Aguilera y Royo (2022).

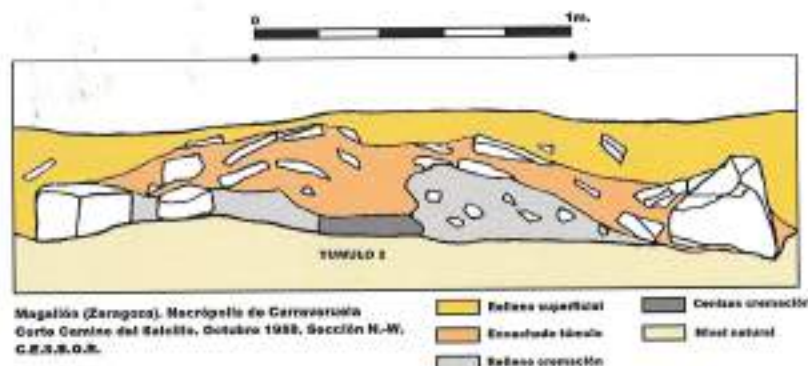


Figura 36. Detalle del corte estratigráfico del túmulo nº 2, según Aguilera y Royo (2022).

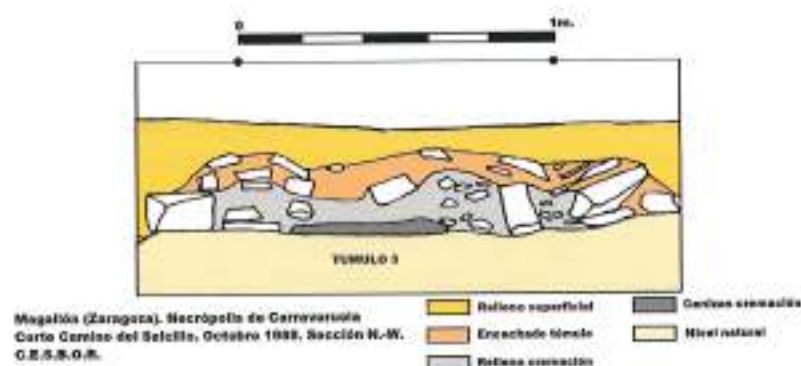


Figura 37. Detalle del corte estratigráfico del túmulo nº 3, según Aguilera y Royo (2022).

La única documentación planimétrica de una sepultura de este yacimiento corresponde a los trabajos de limpieza de la base de una de las tumbas que habían sido arrasadas por la maquinaria y que había quedado en medio del camino, muy cerca de las tres anteriormente descritas. Resultado de esta intervención llevada a cabo en 2019, fue la limpieza, excavación y el registro gráfico de la base de un túmulo de planta circular de las mismas características constructivas que los anteriores, al que hemos dado el número 4 (fig. 38).



Figura 38. Vista general del túmulo nº 4, documentado en 2019, en el camino que atraviesa la necrópolis de Carraveruela. Se aprecia parte del anillo y de su relleno interior de cenizas (Foto: Royo, 2019).

En este caso, se pudo observar que la mancha de cenizas estaba desplazada hacia la mitad sur del círculo, con un diámetro exterior de 2,20 m, y uno interior de 1,90 m (fig. 39, A). Durante la limpieza de esta estructura se recogieron algunas esquirlas de huesos calcinados, un fragmento de cerámica a mano y dos adornos metálicos de base cobre sobre los que volveremos más adelante (fig. 39, B).

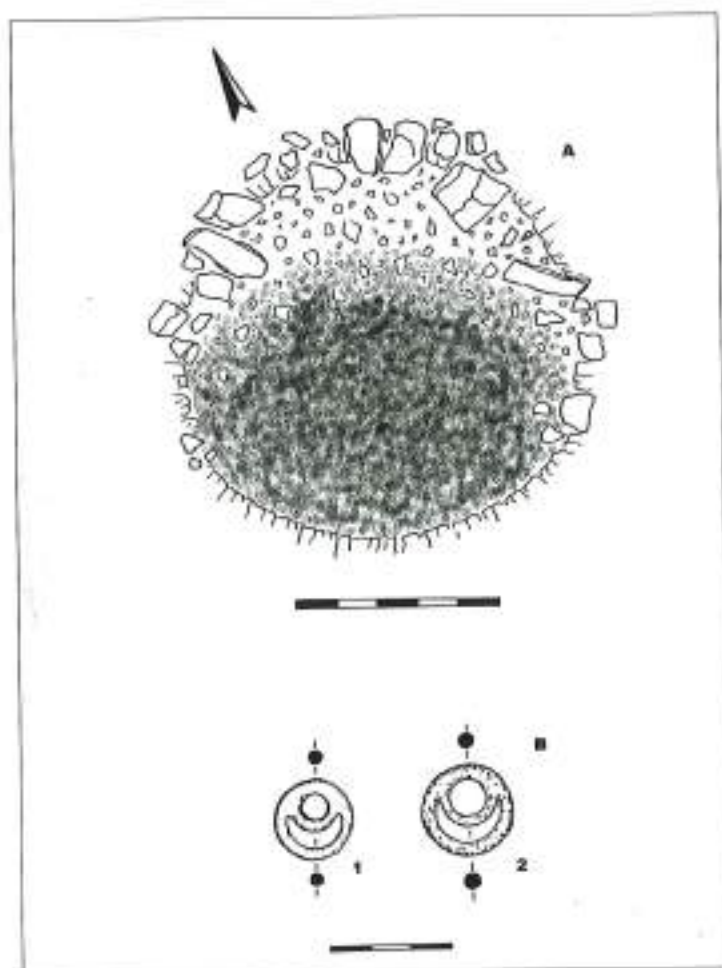


Figura 39. Planimetría y restos del ajuar funerario del túmulo n° 4 de Carraveruela. A: planta de la estructura. B: dos colgantes de bronce. (Según Royo y Aguilera, 2022).

3.4.2. Ritual funerario

Los datos de superficie, los extraídos de los informes periciales, así como de nuestra propia documentación, permiten plantear al menos unas cuantas ideas de lo que supuso el ritual. Las sepulturas contaban con la incineración en urna, acompañada de los ajuares y los restos óseos quemados, localizados en la zona central de la sepultura. Es posible la presencia de algún tipo de *loculus* o cista de protección y un túmulo o relleno superior de tierra y piedras de mediano tamaño que rematarían la estructura funeraria (figs. 38-39, A).

Si analizamos el corte realizado, hay que pensar que la densidad de enterramientos, al menos en el área conocida, fue muy alta, ya que aparecen unos junto a otros, casi tangentes, sin que hayamos constatado ningún tipo de superposición. Dicha densidad es normal en las zonas nucleares de las necrópolis de este grupo: Cabezo Ballesteros, Castejón de Arguedas, Castillo de Castejón y la Atalaya.

Por lo que se refiere a las cremaciones, no debieron realizarse *in situ*, dado el tamaño de los túmulos, pensando en *ustrina*, como se ha documentado en necrópolis como Cabezo Ballesteros (Pérez, 1990, 115) y en la Atalaya (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 194-195). Las cremaciones fueron muy intensas, a juzgar por el color y el agrietamiento de los huesos incinerados, lo que dificulta su identificación osteológica.

3.4.3. Cultura material

La recogida de material de superficie ha permitido recuperar algunos restos de cerámica manufacturada y a torno, junto a escasos restos metálicos, algunos alterados por el fuego y restos óseos procedentes de las cremaciones. El arrasamiento generalizado del yacimiento, así como la intensa erosión de la zona, hace difícil contar con una muestra representativa de los enterramientos de esta necrópolis.

3.4.3.1. La cerámica

3.4.3.1.1. La cerámica manufacturada

Los fragmentos, de superficies pulidas, espatuladas y alisadas que permiten su restitución formal son escasos, pero presentan un conjunto homogéneo y significativo del ajuar cerámico de una necrópolis de incineración de la Edad del Hierro del valle medio del Ebro (fig. 40). Aparecen urnas funerarias, vasos de ofrendas y grandes recipientes que pueden encuadrarse tanto entre las urnas, como entre otras vasijas del ajuar o del banquete funerario.

Contamos con varios ejemplares de urnas cinerarias. Aparecen vasos de suave perfil en S y otros de cuerpo globular y cuello cilíndrico, identificados como formas 4 y 5 de nuestra tipología (Royo, 1986, fig. 4; Royo, 2005, 135-138, figs. 55-56) (fig. 40, 1-2 y 3-6), entre los recipientes utilizados como urnas, también debemos incluir el fragmento de borde exvasado y digitado, con aplique alargado en su cuello, identificable como forma 5 de superficies alisadas (Royo, 2005, fig. 56, II, 5). Los platos o escudillas de paredes rectas, correspondientes a la forma 9 de superficies pulidas (fig. 40, 7-8) (Royo, 2005, fig. 55, II), pudieron utilizarse como parte del ajuar, pero es más probable su uso como tapaderas de las urnas, al igual que se constata en la Atalaya (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 402, fig. 7). El vasito de forma 5 (fig. 40, 4) debe incluirse entre las ofrendas.

Respecto al resto de los materiales cerámicos a mano, podemos comentar que por su tamaño consideramos que no se utilizaron como urnas, sino como parte del ajuar o de algún otro ritual funerario (fig. 40, 10-13). En cuanto a los fragmentos

de cerámica incisa y excisa (fig. 40, 14-16), es muy posible que no correspondan propiamente al ambiente funerario y procedan de los arrastres erosivos o de remociones recientes.

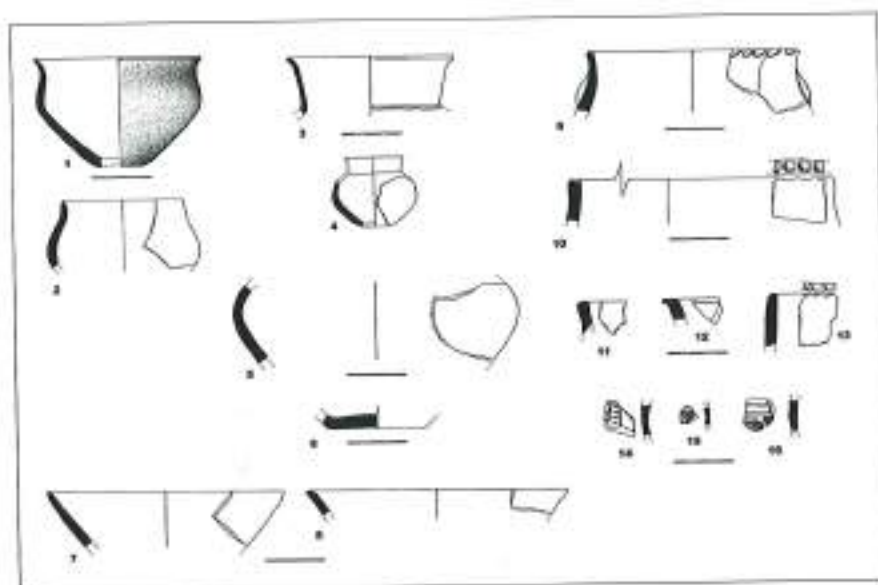


Figura 40. Cerámica manufacturada de la necrópolis de Carraveruela, según Royo y Aguilera (2022).

Los vasos a mano de Carraveruela cuentan con unos perfiles plenamente representativos de las necrópolis de incineración del valle medio del Ebro. Además de su presencia en la Atalaya, también aparecen en el resto de necrópolis estudiadas, destacando el Castejón de Arguedas (Castiella y Bienes, 2002, fig. 186), el Castillo de Castejón (Faro y Unzu, 2006, 157-158, figs. 15-16), así como la Torraza de Valtierra (Maluquer, 1957, 259, figs. 3-4, 6 y 9). También están presente en otras necrópolis cercanas del río Huecha, como en Mallén (Royo, 1086, fig. 4), en la necrópolis de El Quez (Royo *et al.*, 1992, 335, fig. 2), o en la de Barrén y Burrena (Royo y Pérez, 1987, fig. 1). Del mismo modo, aparecen materiales similares en las necrópolis al norte del Ebro, como Busal y Corral de Mola (Royo, 2017, figs. 45 y 63). También aparecen en las necrópolis del río Jalón, como la de San Sebastián y, en especial, en la del Barranco de la Peña y Cabezo Ballesteros (Pérez, 1990, figs. 117, figs. 3, 5 y 7). Son formas que también pueden aparecer en las fases antiguas de las necrópolis celtibéricas, de las que sólo citaremos el caso de la Umbría de Daroca (Aranda, 1990, 105-106, fig. 2). También se constata su presencia en todo el valle del Ebro a partir de las fases avanzadas del Hierro I (Royo, 2000, 54, figs. 6-7). La ausencia de formas antiguas centra este conjunto cerámico en una fase avanzada de la Edad del

Hierro, paralela a la Atalaya o al Castejón de Arguedas. En conclusión, estamos ante la primera fase de utilización de esta necrópolis.

3.4.3.1.2. La cerámica a torno

A diferencia de la Atalaya, donde la presencia de cerámica a torno es muy escasa, en Carraveruela aparecen una serie de piezas de pastas muy depuradas, con cocciones oxidantes y acabados pulidos o bruñidos que nos ponen en relación directa con la alfarería celtibérica registrada en los poblados de la zona (Aguilera, 1995). Las vasijas realizadas a torno permiten una agrupación tipológica en cuatro perfiles, útil para establecer su cronología y su función (fig. 41): urna cineraria, ofrenda funeraria y complemento del enterramiento.

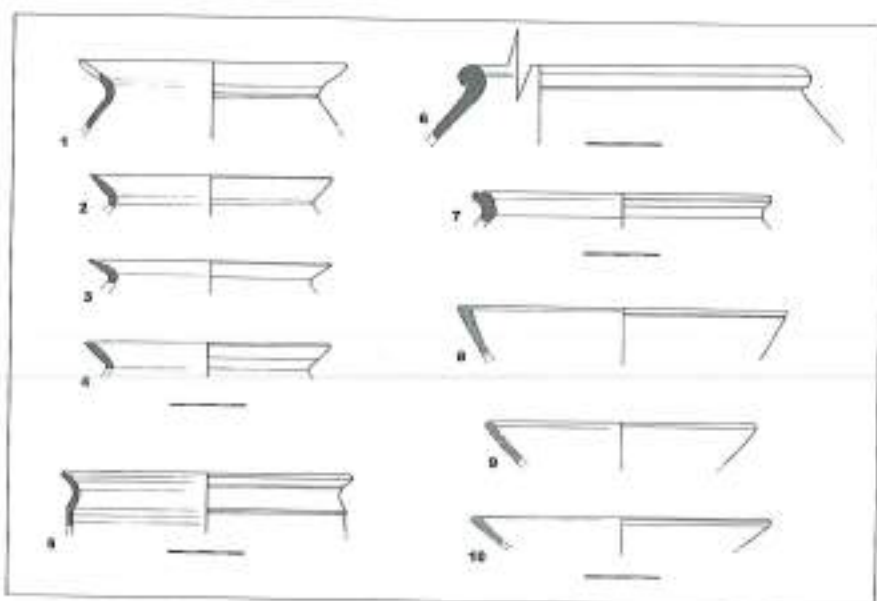


Figura 41. Restos cerámicos realizados a torno recuperados de Carraveruela, según Royo y Aguilera (2022).

- Tipo 1. Vasos carenados de perfil bitruncocónico y borde muy exvasado (fig. 41, 1-4). Se trata de vasijas de tamaño mediano que pudieron ser utilizadas, tanto como urnas cinerarias, como vasos de ofrendas. En los dos grandes yacimientos celtibéricos del río Huecha, *Bursau* y la Oruña, contamos con niveles de habitación que permiten comparar estos perfiles. El tipo 1 no aparece en los niveles celtibéricos de *Bursau*, datados a partir de mediados del siglo II a.C. (Royo y Aguilera, 1981, 69). En cambio, en la Oruña se encuentra bien representado en los niveles de destrucción de finales del siglo III o inicios del

II a.C., documentados en el cerro central (Cebolla *et al.*, 2013, 58, figs. 15-17) y en la colección cerámica obtenida en las actuaciones de los jesuitas en este yacimiento (Mundó, 1918). El único contexto funerario asimilable a este tipo de materiales, se encuentra en las fases II-III de la necrópolis del Castillo de Castejón, fechadas entre la segunda mitad del siglo V y el siglo III a.C. (Faro, 2015a, 673-674, fig. 288, tipo 5). En el Bajo Jiloca se constata su presencia en la fase celtibérica más antigua de la Umbría, fechada entre los siglos IV-III a. C., también usada como urna cineraria (Aranda, 1990, 106, fig. 3, 3). Algo similar ocurre en la necrópolis de Arcóbriga, donde se ha clasificado como tipo 4 (Lorrio y Sánchez, 2009, 420-421, fig. 180).

- Tipo 2. Vasos crateriformes de paredes rectas molduradas y borde exvasado (fig. 41, 5). Se trata de vasijas utilizadas habitualmente como urnas funerarias, pudiendo variar su perfil y decoración. Piezas similares se han documentado en el primer asentamiento de la Oruña (Cebolla *et al.*, 2013, fig. 17, 4) y en *Bursau* (Royo y Aguilera, 1981, fig. 5, 1), así como en la necrópolis de la Umbría (Aranda, 1990, 106, figs. 3-4) y la de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez, 2009, 421, fig. 180, tipo 5C). También en la fase III de *Bibilis I*, fechada a mediados del siglo II a.C., aparecen los vasos crateriformes (Cebolla y Royo, 2006, 287, fig. 7, 4).
- Tipo 3. Medianos y grandes recipientes de perfil ovoide o globular con bordes cefálicos (fig. 41, 6-7). Este tipo de piezas, cuando son de tamaño medio, suelen ser empleadas como urnas cinerarias, mientras que las vasijas de mayor tamaño pueden ser parte del ajuar o del banquete funerario. Aunque sólo contamos con el borde y el arranque de la pared, los paralelos de este tipo son comunes en los poblados celtibéricos del río Huecha, aunque no aparecen en *Bursau*, pero sí en la Oruña (Cebolla *et al.*, 2013, 51, fig. 18, 1-3) y el Molino de Trasmoz (Royo, 2008-09, 84, lám. 10). También los hay en la necrópolis del Castillo de Castejón, en la sepultura 178.
- Tipo 4. Cuencos de paredes más o menos inclinadas y rectas (fig. 41, 8-10). Este tipo de vasos aparece bien representado en los poblados celtibéricos del río Huecha y del valle medio del Ebro. En este caso, su utilización como tapadera de las urnas cinerarias parece muy probable, aunque también podemos encontrarlo como parte del ajuar funerario. Su fragmentación impide demasiadas precisiones, pero podemos citar su aparición en la fase antigua de la Oruña (Cebolla *et al.*, 2013, 57-59, fig. 19), así como en los niveles celtibéricos plenos de *Bursau* (Royo y Aguilera, 1981, 40, fig. 4), con fechas que se sitúan entre finales del siglo III y la primera mitad del siglo I a.C. Por su parte, este tipo de platos o cuencos no están en otras necrópolis como la Umbría o Arcóbriga, sustituidos por auténticas tapaderas, especialmente en la primera (Aranda, 1990, 107, fig. 3, 4). También aparecen en los niveles de destrucción de *Bibilis I*, tanto en cuencos semiesféricos, como en platos de paredes rectas y bordes planos (Cebolla y Royo, 2006, fig. 8, 1-3).

3.4.3.2. El ajuar metálico

En la recuperación de material de la zona arrasada por la maquinaria ha sido clave la colaboración de D. Javier Pellicer, vecino de Magallón, quien recogió el escaso material dispersado en superficie por la erosión que sobrevivió a la agresión al yacimiento. Los restos recuperados son una mínima muestra de lo que realmente pudieron contener los ajuares funerarios de esta necrópolis.

3.4.3.2.1. Fíbula navarro aquitana

Se trata de un fragmento del resorte y de los discos laterales y de la terminación de éstos en un extremo en forma de bola (fig. 42). La pieza alterna el bronce y el hierro y no permite precisiones tipológicas, aunque sí es segura su clasificación genérica como fíbula navarro aquitana. Su aparición en esta necrópolis, confirma la dispersión de este tipo de fíbulas por todo el sector occidental del valle medio del Ebro y el reborde oriental de la meseta, así como en varias de las necrópolis del sur de Francia, especialmente Aquitania. Son considerados como auténticos fósiles directores entre finales del siglo VI, hasta el siglo IV a. C. (Faro, 2018, 94-96, fig. 6).



Figura 42. Detalle del fragmento de resorte en bronce y hierro de una fíbula de tipología navarro aquitana, Curraveruela (Foto: Aguilera, 2022).

3.4.3.2.2. Cuentas discoidales inscritas

Entre la tierra no quemada del enterramiento tumular nº 4, descubrimos dos cuentas anulares con otras dos de menor tamaño menor soldadas por uno de los lados (fig. 39, B,1-2; fig. 43). Este tipo de piezas es muy similar a las cuentas en forma de ocho que se han recogido en la necrópolis del Castillo de Castejón (Faro, 2015a, 1043, fig. 781), aunque es en yacimientos celtibéricos donde son más comunes, como en el caso de la necrópolis de la Umbría (Aranda, 1990, 108, fig. 5, 11-12), o en el poblado de los Castellares de Herrera de los Navarros, donde aparecen tres ejemplares en la casa I, habitaciones II-III, que se fechan entre fines del siglo III e inicios del II a.C. (Burillo, 1983, 40, fig. 17, 73-75).



Figura 43. Dos cuentas discoidales de bronce del túmulo nº 4 de la necrópolis de Carraveruela (Foto: Royo, 2019).

3.4.3.2.3. Cuentas y elementos de collar

Entre los restos metálicos de ajuares funerarios, la mayoría de piezas se corresponden con diversos tipos de cuentas para la confección de colgantes o collares, de los que hemos seleccionado los ejemplares más completos.

- Cuentas anulares de bronce procedentes de la sepultura tumular nº 2, con un diámetro de entre 1 y 1,5 cm y sección circular. Se han encontrado un total de cinco completas y una fragmentada (fig. 44, 1).
- Cuentas anulares soldadas de bronce con dos tipos de tamaños, mayores y menores a un cm (figs. 44, 2-3).
- Cuentas tubulares de bronce soldadas muy fragmentadas (fig. 44, 4).
- Restos de pasadores o separadores de bronce, muy deteriorados y recuperados de la sepultura tumular nº 2. Hemos identificado seis fragmentos (fig. 44, 5).
- Cuentas tubulares de bronce con un extremo biselado, de las cuales la mejor conservada alcanza una longitud superior a los 4 cm (fig. 44, 6).

Todos estos restos son similares a los elementos pertenecientes a diferentes tipos de collares y colgantes aparecidos en las tantas veces citadas necrópolis de

la Atalaya (Castiella, 2005a), el Castejón (Castiella y Bienes, 2002, 186-188, figs. 235-236) y la Torraza (Maluquer, 1957, 267, lám. IX), así como en la cercana necrópolis del Quez, como veremos. La aparición de este tipo de elementos en la necrópolis del Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1988, 85-86; Pérez, 1990, 117, fig. 8), subraya la homogeneidad del uso de este tipo de ornamentos en el Ebro medio.



Figura 44. Restos metálicos en bronce de Carraveruela. 1: cuentas anulares. 2: cuentas anulares soldadas. 3: detalle de ocho cuentas anulares soldadas. 4: Otro tipo de cuentas anulares soldadas. 5: seis fragmentos de chapitas pertenecientes a pasadores. 6: Cinco cuentas tubulares, con terminación biselada (Foto: Royo, 2022).



Figura 45. Restos óseos de Carraveruela (Foto: Royo, 2022).

3.4.3.3. Los restos óseos

A falta de un análisis más detenido, podemos reconocer restos de cráneo, de piezas dentales, de costillas y de huesos largos (fig. 45). Esto demuestra una cremación un tanto incompleta, si la comparamos con otras necrópolis con incineraciones mucho más intensas, como el Cabo de Andorra o Corral de Mola (Lorenzo Lizalde, 2015 y 2017).

3.4.4. Cronología

El conjunto recuperado documenta la utilización de la necrópolis de Carraveruela durante un prolongado tiempo y al menos con dos etapas diferente. La primera, con presencia exclusiva de cerámica a mano y ajuares metálicos bronceos, debe situarse en un momento avanzado del Hierro I, posiblemente a partir de finales del siglo VI a.C., perdurando durante todo el siglo V y posiblemente hasta la primera mitad del IV a.C. El segundo momento ya se sitúa en el Hierro II, inmerso en la cultura celtibérica, con elementos cerámicos y metálicos que pueden situarse entre la segunda mitad del siglo IV y el III a.C.

3. 5. La necrópolis de El Quez, (Alberite de San Juan, Zaragoza)

El Quez es conocido como uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del río Huecha desde hace más de cuarenta años (Aguilera y Royo, 1978, 35-36, láms. XII-XIII). Su estratégica situación en un amplio cerro en la misma orilla derecha del Huecha, ha favorecido su ocupación desde el Calcolítico hasta época andalusí (Royo *et al.*, 1992) (fig. 46).



Figura 46. Delimitación sobre ortofoto del conjunto de poblado y necrópolis de El Quez (Alberite de San Juan, Zaragoza), según Royo y Aguilera (2022).

Sabemos que la necrópolis protohistórica del Quez se situó en el mismo promontorio, a unos 150 m. al noreste del poblado (Royo, 1986, 49-50). Este cabezo de cima amesetada había sido desmontado casi en su totalidad por una explotación de arcillas entre fines de los años 60 y mediados de los 70 del siglo XX. En el momento de su descubrimiento, sólo pudimos identificar un "islote" casi intacto del cerro preexistente, con una superficie de unos 35 por 25 metros, así como otros "islotos" contiguos más alterados por las remociones, en los que se recuperaron algunos vestigios. (fig. 47).



Figura 47. Vista de la zona de la cantera donde se localizan los restos de la necrópolis de El Quez. Al fondo, la localidad de Magallón y a la derecha, en la lejanía, Burrén y Burrena (Foto: Royo, 2019).

En el primer islote (fig. 48) constatamos la presencia de al menos cuatro enterramientos de incineración, con posible cubierta tumular formada por cantos rodados, muchos de ellos con señales de rubefacción, junto a lascas de marga (fig. 49), entre los que aparecían fragmentos de urnas con restos de la cremación y de los ajuares metálicos, tanto en aleaciones de base cobre como en hierro.

La dispersión de los restos en superficie, permite suponer que la densidad de enterramientos era bastante alta, al menos en la pequeña superficie que hemos podido comprobar. En las primeras visitas al yacimiento era habitual el hallazgo de restos óseos muy fragmentados y totalmente calcinados.



Figura 48. Vista general en 1985 de uno de los islotes donde se aprecia la alteración de la necrópolis de El Quez, con abundantes cenizas y piedras calcinadas (Foto: Royo, 1985).



Figura 49. Detalle de uno de los túmulos de El Quez alterados por obras en la cantera, documentados en 1985, en el que puede apreciarse la composición pétreo de la estructura alterada (Foto: Royo, 1985).

3.5.1. Estructuras funerarias

Sólo podemos constatar la presencia de algún túmulo de planta circular de varios metros de diámetro y construido con grandes cantos rodados, localizado en el área más cercana al poblado y del que no existen imágenes al haber sido destruido antes de su documentación. Volviendo al primer islote del primitivo cabezo (figs. 48-49), en uno de los cortes dejados por la actividad de la cantera, observamos parte de una estructura tumular seccionada que dejaba a la vista su estratigrafía interna y parte de la cobertura pétreo. En el otoño de 2019 realizamos una limpieza de dicho corte estratigráfico que fue dibujado y fotografiado (figs. 50-51), lo que confirmó la presencia de un túmulo de incineración con cubierta de piedras y relleno de tierra cenicienta, entre la que se localizaron algunos restos óseos calcinados y un colgante metálico.



Figura 50. Vista general desde el sureste del túmulo de incineración documentado en 2019 (Foto: Royo).

Las dimensiones de la estructura son: diámetro de la sepultura 2,80 m; altura del relleno del enterramiento 50 cm. El área de la cremación aparece bien delimitada por una cubeta excavada en las arcillas naturales, con un diámetro de 1,90 m y una potencia máxima de 30 cm., y un relleno de tierra muy cenicienta. La cubeta aparece delimitada por un encachado que podría corresponder al anillo exterior del túmulo, compuesto por lajas margosas que sólo se conservan en el lado izquierdo del corte. La realización de esta sección no ha permitido docu-

mentar la presencia ni de cista ni de urna funeraria (fig. 52). Hay que señalar que esta estructura se encuentra en el extremo noreste del islote donde se localizan otros túmulos afectados por las remociones superficiales, a muy pocos metros de distancia de aquellos.



Figura 51. Vista de detalle de un túmulo de incineración documentado en 2019 (Foto: Royo, 2019).

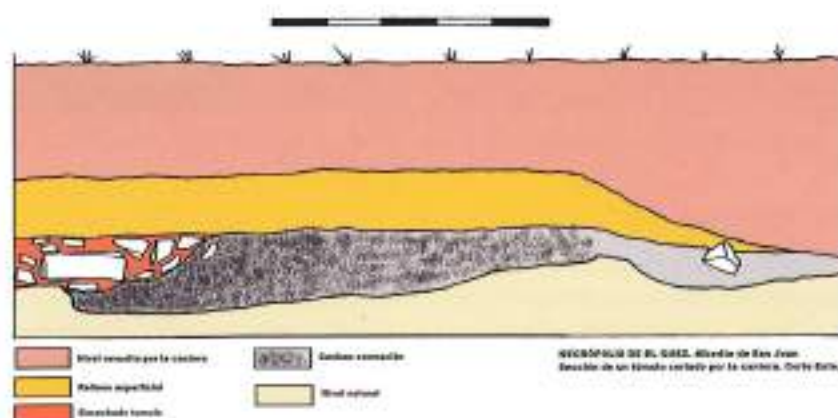


Figura 52. Corte estratigráfico del túmulo documentado en 2019 en la necrópolis de El Quez, según Royo y Aguilera (2022).

La notable presencia de piedras margosas y cantos rodados termoalterados, nos permite asegurar la existencia en esta necrópolis de construcciones funerarias tumulares, aunque no hemos podido delimitar ni su planta ni sus dimensiones totales (fig. 53). Los enterramientos de El Quez podrían ponerse en relación con la vecina necrópolis de Carraveruela, pero a diferencia de esa, en El Quez la presencia de cantos rodados formando parte de la arquitectura funeraria, lo que debe relacionarse con su ubicación junto a la misma orilla del Huecha. Esto acercaría su técnica constructiva a la utilizada en gran parte de la necrópolis del Castillo de Castejón.



Figura 53. Vista de otro túmulo de incineración destruido en El Quez (Foto: Royo, 2019).

3.5.2. *Ritual funerario*

Nos encontramos ante otro cementerio de incineración con presencia de una arquitectura funeraria de túmulos pétreos conformados con piedras calizas y cantos rodados. La cremación pudo realizarse, al menos en varios casos, en el propio enterramiento, a temperaturas muy altas, depositándose la cubierta tumular sobre la pira aún caliente, lo que provocaría la rubefacción de los cantos rodados. Por lo que se refiere a la colocación de la urna cineraria y del ajuar, poco podemos aportar.

3.5.3. *Cultura material*

3.5.3.1. *La cerámica*

El material cerámico ha aparecido muy fragmentado, es representativo de los ajuares de la zona que nos ocupa y permite estudiar su tipología, funcionalidad y cronología. Un dato de interés es la presencia de un fragmento de cerámica a torno, probablemente una pared de cuenco que destaca entre la presencia generalizada de cerámica a mano con cierta variedad en formas y decoración (figs. 54-56).

La totalidad de los perfiles cerámicos corresponden a la fase del Hierro I medio y no hemos constatado ni un solo fragmento vinculado a galbos propios del Hierro antiguo. Las formas dominantes en esta necrópolis coinciden casi en su totalidad con los tipos de la necrópolis de la Atalaya.

Entre los vasos de superficies pulidas, aparece nuestra forma 4, asimilable al tipo IV de la Atalaya (fig. 54, 1-2). También hay vasos lisos de cuerpo globular, cuello cilíndrico o exvasado, pie desarrollado o fondo umbilicado (fig. 54, 3, 5, 6 y 8), dos de ellos con decoraciones incisas de triángulos rellenos o series de líneas y puntos en el hombro (fig. 56, 3-4) que corresponden a las formas 5 y 6 de nuestra tipología (Royo, 2005, fig. 55, I). Dichos perfiles son asimilables a los tipos I y II de La Atalaya, así como a sus vasos de ofrendas (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, figs. 2-3 y 7). Por lo que se refiere a los platos o escudillas de paredes rectas (fig. 56, 1-2) se corresponden con nuestra forma 9 (Royo, 2005, fig. 55, II).

En el caso de los vasos de superficies no pulidas, los tipos son menos identificables debido al pequeño tamaño de los mismos que permite su clasificación tipológica en pocos casos, como nuestra forma 2 de superficies no pulidas con decoración impresa en el borde o en el collarino (fig. 55, 3 y 5) (Royo, 2005, fig. 56, I). También aparece la forma 3 con decoración digitada o sin ella (fig. 55, 1-2 y 7-8). Destaca una urna de pequeño tamaño con carena alta y borde impreso con pezones que hemos clasificado como forma 6 (Royo, 2005, fig. 56, II) (fig. 54, 4), aunque también se asemeja a otros vasos de carena alta de la Atalaya identificados por Castiella en su revisión (Castiella, 2005b, 170-176, fig. 92, 4-6). Otro perfil específico de urna, corresponde a un vaso alto de tendencia ovoide con el borde reentrante (fig. 55, 12) asimilable al tipo IIIb de la Atalaya (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 5), con paralelos más concretos en otros perfiles procedentes de ese yacimiento (Castiella, 2005b, fig. 92, 7 y 9).

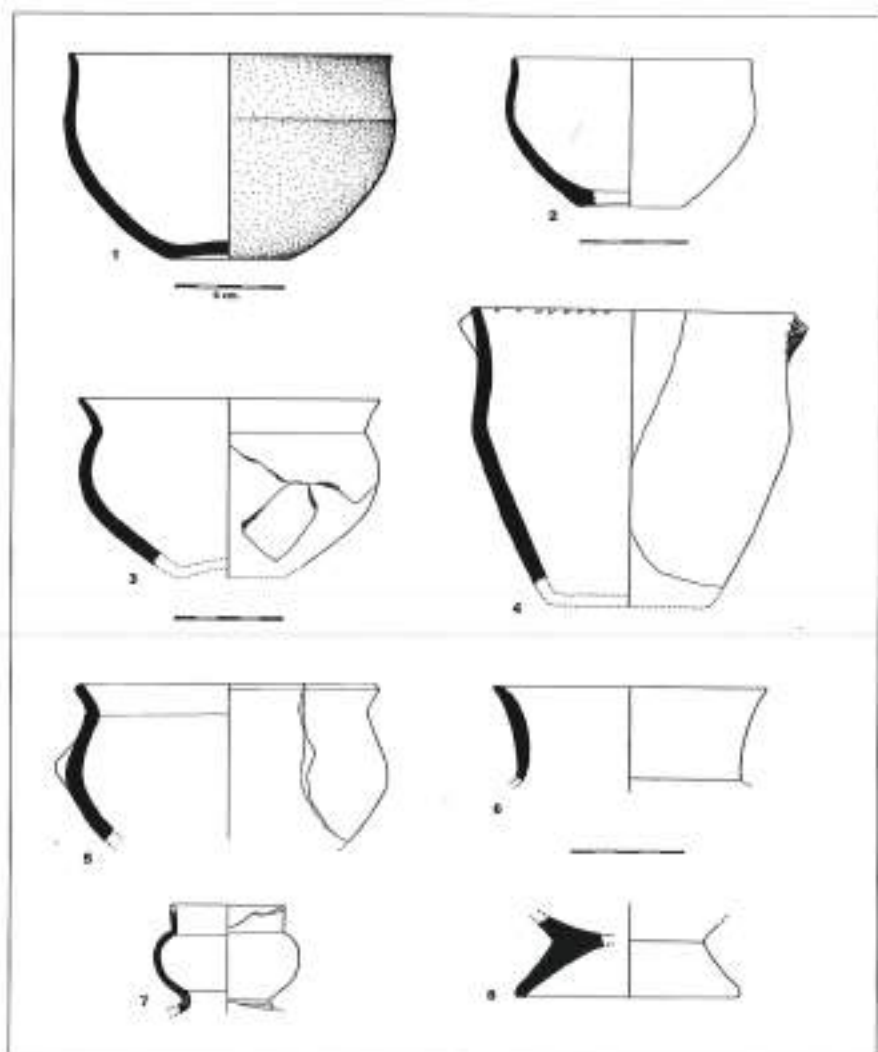


Figura 54. Cerámica recuperada de la necrópolis de El Quez, según Royo y Aguilera (2022).

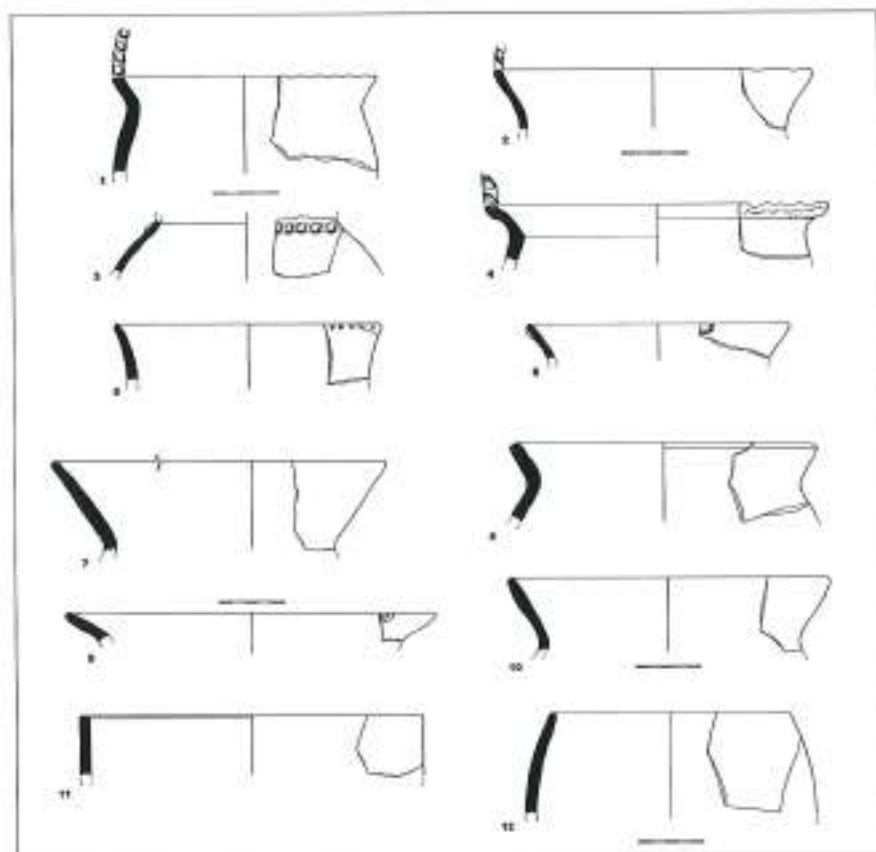


Figura 55. Restos de urnas con y sin decoración digitada de la necrópolis de El Quez, según Royo y Aguilera (2022).

3.5.3.1.1. Un *kotyliskos* como elemento singular.

En la necrópolis del Quez se ha recuperado una pieza que merece un comentario detallado. Se trata de parte de un pequeño vasito de cuerpo globular y cuello cilíndrico que presenta las particularidades de carecer de fondo y de que su perfil continúa para quedar unido a otra vasija de mayor tamaño (fig. 54, 7), por lo que la pieza debe identificarse como un *kotyliskos* de un *kernos*. En nuestro caso, la comunicación entre ambos se realizaba por el fondo del vasito que se situaría en la parte superior del recipiente principal.

Los primeros ejemplares de este tipo de vasija ritual que se identificaron en el valle medio del Ebro, corresponden al poblado del Cabezo de Monleón de Caspe. Fueron recuperados en las excavaciones de A. Beltrán a mediados del siglo XX y dados a conocer en sucesivos trabajos (Beltrán Martínez, 1962, 21, notas 5-6).

Hasta el momento, del Cabezo de Monleón se han publicado tres ejemplares de *kernoi*, dos de ellos casi completos y un tercero del que se conserva la parte superior del vaso principal y varios *kotyliskoi*. Fueron encontrados en el interior de las casas nº 14, 40 y 55. Beltrán plantea que el origen de estas vasijas está en el mediterráneo oriental, de ahí pasaría a Grecia, desde donde se distribuiría por toda Europa, con una concentración de ejemplares en el Hallstat centroeuropeo, mientras que en la península ibérica no se encontraban paralelos (Beltrán Martínez, 1962, 22-35). Pellicer, en su trabajo sobre las influencias ultra pirenaicas y hallstattizantes del Bronce final y Primera Edad del Hierro en la península ibérica, también insiste en el origen europeo de los *kernoi* del Cabezo de Monleón (Pellicer, 1984, 323, fig. 3, K-L).

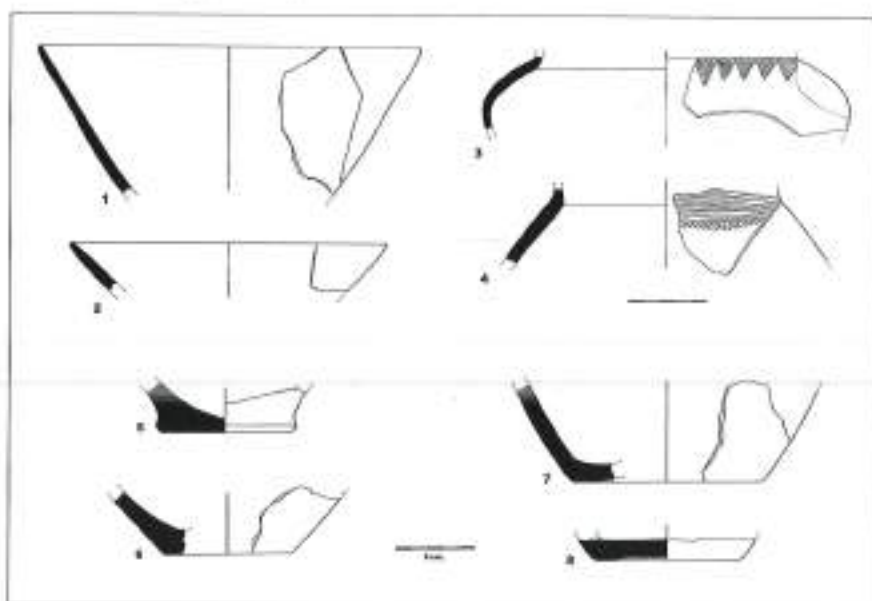


Figura 56. Platos, fondos planos y restos de cerámicas manufacturadas con decoración incisa de la necrópolis de El Quez, según Royo y Aguilera (2022).

Por otra parte, son diversos los trabajos que se centran en las producciones helenas o centroeuropeas. Algunos se refieren a los *kernoi* del santuario de *Eleusis* y del ágora de Atenas, junto a otros ejemplos griegos con variedad de modelos y materiales, pues se cuenta con ejemplares en cerámica, bronce e incluso mármol (Bakalakis, 1991). Otros autores, en cambio, los vinculan con lugares sagrados dedicados a *Demeter* y cuyos tipos evolucionan a lo largo del primer milenio a.C. (Mitsopoulou, 2010, fig. 1). Por otra parte, en algunos trabajos se incide en el problema cronológico y tipológico de los *kernoi* y *pseudokernoi* en todo el Mediterráneo y Europa oriental, entre los inicios del segundo milenio y la mitad del primero

a. C. (Domitru, 2012, fig. 3). No obstante, contamos con algún ejemplo de estas piezas en contextos funerarios centroeuropeos. Un paradigma es la necrópolis de Novo Mesto en el suroeste de Eslovenia, donde en la sepultura nº 20 del túmulo IV se documentó el rico ajuar de una tumba femenina, en ella se localizaron tres *kernoi* con cuatro *kotyliskoi* enfrentados, en una disposición similar a los ejemplares de Caspe. La tumba se data en una fase antigua de la Edad del Hierro (Bozic, 2018, 191-193, fig. 3).

El avance de las investigaciones en el valle del Ebro, ha permitido localizar nuevas piezas. Se han encontrado restos de *kernoi* en los poblados de Turó del Calvari y Tossal Redó, constatándose en el primer caso la presencia de restos de cereales que pudieron ser utilizados en ofrendas propiciatorias relacionadas con el mundo agrícola (Sardá, 2008, 109). Graells y Sardá mantienen el valor ritual de estos vasos y constatan su ubicación en determinados espacios singulares dentro de los poblados. Así mismo, establecen dos grupos principales de *kernoi*, los centroeuropeos que conservan su fisonomía desde del Bronce antiguo hasta la Edad del Hierro y los mediterráneos cuya transformación es rápida y evolucionan hasta el tipo conocido como anular, compuesto de un gran vaso receptor y pequeños vasos comunicados con él cercanos al borde de la pieza, como algunos ejemplos del Rin, del Mediterráneo y de Francia (Graells y Sardá, 2011, 178, fig. 14). La mayoría de hallazgos centroeuropeos no permite conocer el uso de estos vasos, aunque algunos *kernoi* aparecen en los ajuares de sepulturas femeninas de alto rango fechadas en el HaC (750-550 a.C.). No obstante, la mayor parte de este tipo de piezas se viene datando entre el HaB y el HaD (1000-450 a. C.) (Graells y Sardá, 2011, 178).

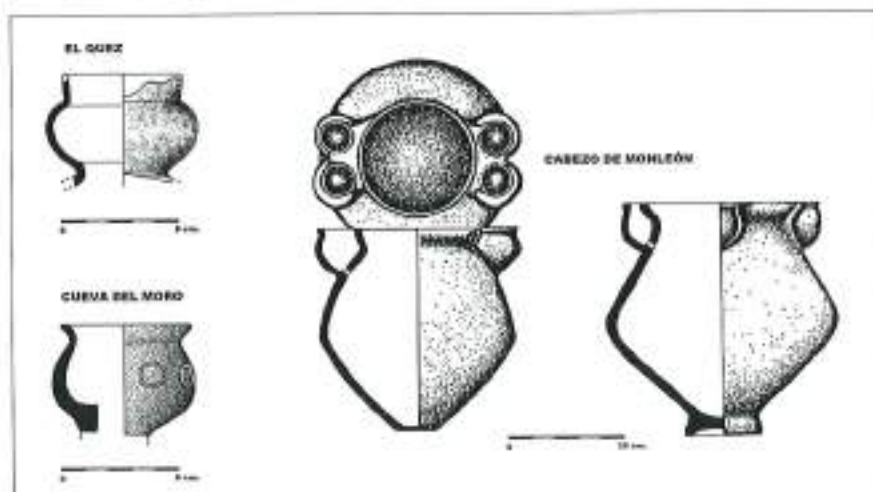


Figura 57. Principales hallazgos de *Kernoi* en el valle medio del Ebro: *Kotyliskoi* de El Quez y Cueva del Moro y *Kernoi* del Cabezo de Monleón, según Royo y Aguilera (2022).

Las piezas del Cabezo de Monleón, fechadas entre los siglos IX y VIII a.C., son las más completas aparecidas en un contexto urbano, a las que hay que sumar el hallazgo en contexto funerario de El Quez, así como otro *kotiliskos* procedente de los niveles del Bronce final de la cueva del Moro de Olvena (Rodanés y Ramón, 1996, 100, fig. 47) (fig. 57). A estos ejemplares debe unirse otro *kotiliskos* aparecido en las excavaciones del Castillo de Cuarte en contexto doméstico y todavía inédito. De los hallazgos aragoneses, se deduce que estos vasos aparecen entre el 900-800 a.C. en Caspe y Olvena perdurando hasta el siglo VI y posiblemente primera mitad del V a.C. en la depresión central del Ebro.

3.5.3.2. El ajuar metálico

En la necrópolis de El Quez el material metálico corresponde a la recuperación de piezas y fragmentos de metal procedentes de las remociones de la maquinaria. En las primeras visitas de los años 80 al yacimiento, el metal, tanto en bronce como en hierro, era bastante abundante, aunque también aparecía extremadamente fragmentado, tanto por la propia acción de la cremación, como por los trabajos de la cantera. Consideramos que el material tratado es una muestra representativa del ajuar funerario, tal y como ocurre en la necrópolis de Carraveruela.

3.5.3.2.1. Complementos del vestido: agujas y elementos de guarnición del cinturón

Aunque este tipo de piezas representan un elemento retardatario entre el ajuar funerario de las necrópolis de la Edad del Hierro del Ebro medio, contamos con el hallazgo de un ejemplar de aguja de cabeza enrollada, casi completo, realizado en bronce y en buen estado de conservación, a pesar de que aparece doblado a partir de su tercio superior y que carece de la punta. La sección de la pieza es circular engrosándose conforme se desarrolla hacia la cabeza. La pátina conserva en muchas zonas el acabado dorado original. En total la pieza supera los 12 cm de longitud, con un grosor máximo de 3 mm (fig. 58, I).

En las necrópolis del Grupo I del Ebro medio sólo conocemos un ejemplar procedente del conjunto 32 de la Atalaya (Castiella, 2005b, 190, fig. 105, nº 1). Por el contrario, este tipo de aguja aparece en el poblado PIII del Alto de la Cruz (Maluquer, 1954, lám. LXXVIII) y los hallazgos se concentran en el tramo oriental del valle del Ebro y Cataluña (Navarro, 1970, 18, fig. 3). Algunos autores han señalado su origen en el Bronce antiguo del sur de Alemania y su evolución en la cultura de los CC. UU, así como su difusión en los yacimientos del Bronce final de la facies mailhaciense del sur de Francia, con ejemplares en el alto Ebro en contextos funerarios del Hierro II (Ruiz Zapatero, 1985, 943-945, fig. 267, nº 1-4). Según el último trabajo sobre los diferentes tipos de agujas y su dispersión en el valle del Ebro (Graells *et al.*, 2022, fig. 1), el ejemplar de El Quez se corresponde con el tipo de "aguja enrollada con cabeza en forma de báculo, o de cabeza enrollada ancha", modelo definido por los hallazgos catalanes de Agullana o Vilars, entre otros (Graells *et al.*, 2022, 245-247, fig. 15).

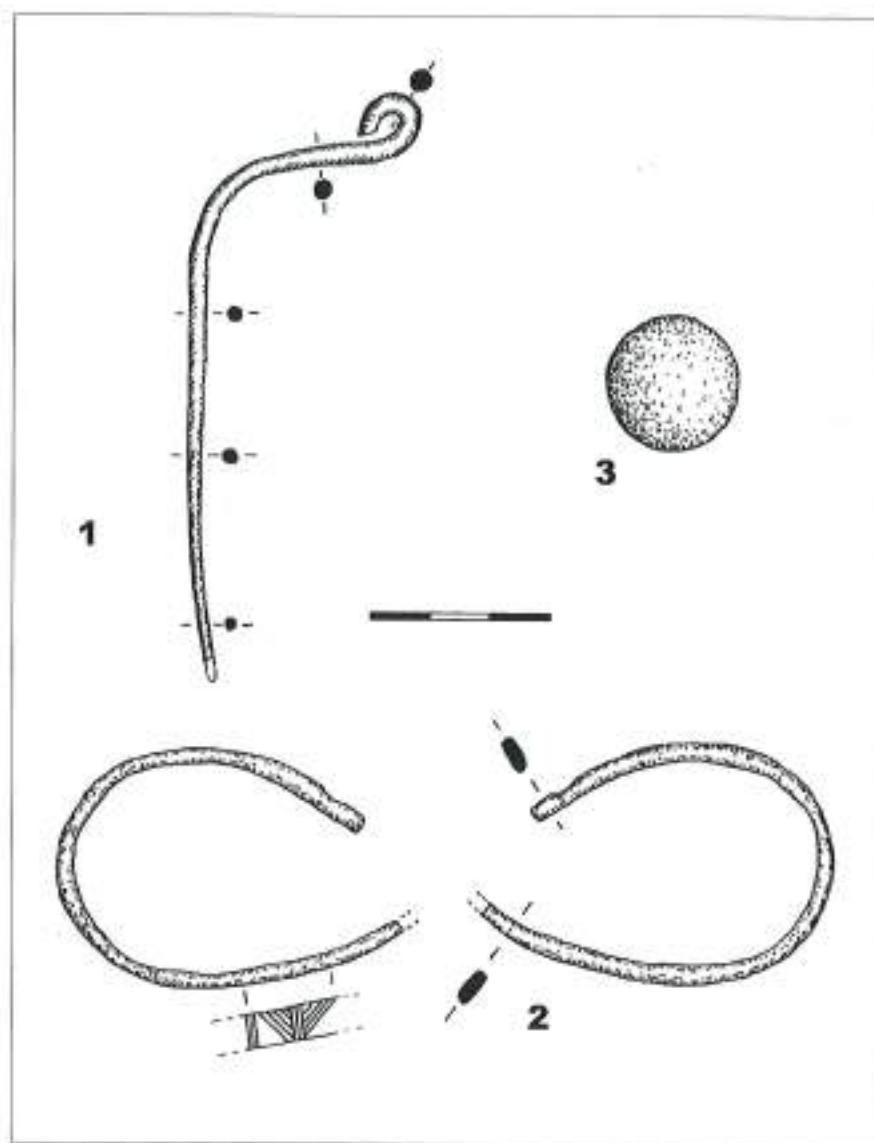


Figura 58. Restos metálicos de El Quez. 1: aguja de cabeza enrollada. 2: brazalete de sección aplastada decorado con incisiones. Restos líticos. 3: bola de piedra caliza. Según Rojo y Aguilera (2022).

También queremos resaltar la existencia de un grupo de una veintena de grapitas de aleación de cobre, de las que hemos seleccionado cinco por su excelente conservación, que corresponden a los elementos de sujeción y guarnición de un cinturón realizado en materia orgánica (fig. 59, 4). Este tipo de elementos, muy poco reconocido hasta el momento en las necrópolis del Ebro medio debido a la dificultad de su recuperación, están repartidos por la península ibérica, pudiendo adoptar diversas morfologías pero siempre utilizados para el adorno, guarnición o sujeción de la banda del cinturón, como puede verse en varios ejemplares procedentes de necrópolis orientalizantes de La Joya, Acebuchal, Medellín o Peña Negra (Graells y Lorrio, 2017, 117-121, figs. 58-59 y 62-63; Jiménez-Ávila, 2003, 35, fig. 3). También se ha registrado su presencia en la costa catalana, en concreto en la tumba de guerrero de Llinars del Vallés (Sanmartí, 1993, 28-29, figs. 14 y 15, 17).

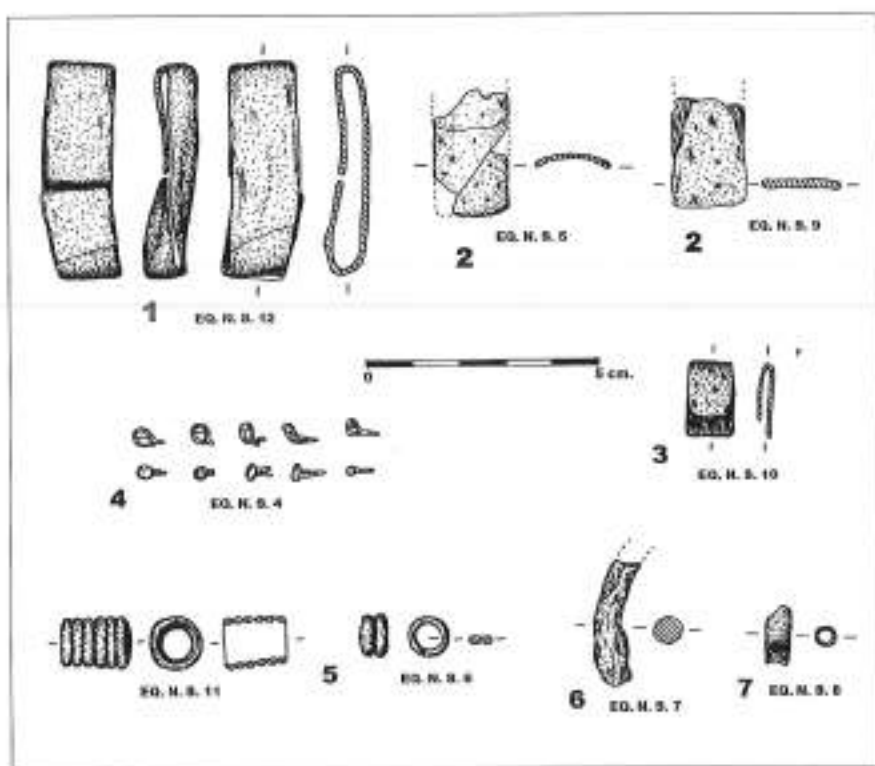


Figura 59. Restos de ajueres metálicos de El Quez. 1: pasador de bronce. 2: chapitas de pasadores de bronce. 3: chapita de bronce doblada. 4: Grapitas de bronce como elemento decorativo de un cinturón. 5: cuentas anulares de bronce soldadas. 6: extremo engrosado de brazalete de hierro. 7: fragmento de cuenta tubular de bronce.

Según Royo y Aguilera (2022).

Otro ejemplo reseñable se recuperó en el alto Ebro, en la cueva de Ojo Guareña, donde se encontró un cinturón completo con broche de placa cuadrangular y un garfio con guarnición de placas bronceas unidas al mismo y grapas laterales como las nuestras (Ruiz Vélez, 2009, 266, fig. 4). En el poblado de la Cruz de La Muela aparecen grapitas de cinturón fechadas a mediados del siglo VI a. C. (Pica-zo y Rodanés, 2009, 412). El paralelo más esclarecedor está en la necrópolis del Castillo de Castejón, donde se han hallado varios tipos de grapas de cinturón en nueve sepulturas (Faro, 2015a, 942-948, figs. 616-623). También aparecen grapas o botones con pestañas en la necrópolis de la Torraza de Valtierra, (Maluquer, 1957, 256, fig. 8, lám. VI). Encontramos otros restos de grapitas en la necrópolis del Corral de Mola (Royo, 2017, 77, fig. 10), así como en el Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1988, 83 y 85). En cualquier caso, este tipo de elementos relacionados con la guarnición de los cinturones debió ser mucho más común en la península ibérica de lo que se ha supuesto (Royo, 2022, 318, fig. 27).

3.5.3.2.2. Elementos de adorno: brazaletes

Contamos con dos brazaletes, uno de hierro y otro de bronce. Del primero sólo se conserva parte del vástago de sección circular y de la terminación engrosada que caracterizan un tipo de pulsera abierta (fig. 59, 6). El segundo corresponde a una parte de brazalete abierto de sección aplastada y posible forma arriñonada que presenta una decoración incisa de triángulos en la parte media de su desarrollo (fig. 58, 2).

Ambos tipos son muy comunes en las necrópolis de incineración del valle del Ebro, desde el Bronce final hasta bien entrado el Hierro II, como ya hemos visto al revisar el caso de la Atalaya (fig. 15). La morfología, decoración y amplia cronología de estas piezas certifican la presencia de un modelo común para la zona de estudio, entre los inicios del siglo VII y el V a. C., perdurando en los ámbitos celtibéricos de la meseta oriental durante los siglos IV-III a. C. (Royo, 2017, 140-145, fig. 62). Esta homogeneidad de los brazaletes y su amplia difusión nos excusa enumerar los mismos yacimientos que han sido glosados en el capítulo dedicado a la Atalaya.

Artefacto	Cu (%)	Sn (%)	Pb (%)	Zn (%)	As (%)	W (%)	Ag (%)	Sb (%)	Tipo de aleación	Pátina
Alfiler	85.06	14.32	0.49			0.09	0.04		Bronce biásio 6:1	Aluminosilicatos. Ausencia de minerales de calcio. Pequeña cantidad de sulfatos/sulfuros. Baja concentración por cloruros
Brazaletes	88.92	10.97	0.06		0.02	0.03			Bronce biásio 8:1	Silicatos de aluminio, hierro y calcio. Cloruros alcalinos. Sulfato cálcico. Concentración de cloruros significativa

ANÁLISIS DE ELEMENTOS DE DOS PIEZAS DE LA NECRÓPOLIS DE EL QUEZ POR FLUORESCENCIA DE RAYOS X

En cuanto al tipo de aleación de base cobre utilizada en algunas de las piezas recuperadas en esta necrópolis, se han analizado dos objetos mediante fluorescencia de rayos X: la aguja de cabeza enrollada y el brazalete (fig. 58, 1-2). El resultado demuestra que nos encontramos ante bronzes binarios, con porcentajes de Cu y Sn muy similares a los obtenidos en la Atalaya.

3.5.3.2.3. Elementos de adorno: cadenas, cuentas, separadores y collares

Una pieza broncea muy bien conservada apareció en el enterramiento tumular del corte este del islote mas arriba descrito (fig. 60). Se trata de una cadenita de dos eslabones circulares unidos a un colgante esferoidal, cuya longitud total no excede a los tres centímetros. Es un elemento constitutivo de una pieza mayor, pero que ha aparecido sin contexto aparente. Fragmentos de cadenitas con terminación esferoidal son frecuentes en las necrópolis navarras de incineración, como demuestra su aparición en las sepulturas AB45 y AB48 de la Atalaya (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 433-434, figs. 26 y 29), en la sepultura 7 de la Torraza (Maluquer, 1957, 254, fig. 4) y en el Castillo, donde aparecen varias cadenas en túmulos de las fases I y III (Faro, 2015a, 1066, fig. 817). Su pertenencia a piezas más complejas, se demuestra en la aparición de este tipo de cadenillas como complemento de la parte inferior de colgantes zoomorfos paleoibéricos en poblados del Bajo Aragón y Bajo Ebro, pero también en alguna necrópolis castellanense como Solivella, todas ellas fechadas entre los siglos VI y IV a.C. (Faro, 2015a, 1067, fig. 818).

El resto de adornos de bronce aparecidos en la necrópolis del Quez son colgantes o collares y se identifican con cuentas anulares o cilíndricas (fig. 61, 1-2), pasadores o separadores (fig. 61, 3) y cuentas tubulares perforadas (fig. 61, 4), cuya aparición en las necrópolis de nuestro Grupo I es una constante: la Atalaya, la Torraza, el Castejón y el Castillo en el sur de Navarra (Faro, 2015a, 1007-1013) y el cabezo de Ballesteros en Épila (Pérez, 1988, 85-86; 1990, fig. 8).



Figura 60. Colgante de cadenilla de bronce (Foto: Royo, 2019).



Figura 61. Restos de ajuares metálicos en bronce de la necrópolis de El Quez.
 1: cuenta anular aplastada. 2: cuentas anulares, sueltas y soldadas.
 3: chapitas pertenecientes a pasadores. 4: restos de chapitas con perforaciones
 (Foto: Royo, 2022).

Poco más se puede añadir a partir de las decenas de fragmentos de pequeñas arandelas o cuentas de bronce que aparecen con profusión por el yacimiento y que pueden corresponder tanto a cuentas de collar como a restos de brazaletes fundidos entre sí por efectos de la cremación (fig. 62).



Figura 62. Restos de cuentas anulares de bronce procedentes de la necrópolis de El Quez
 (Foto: Royo, 2022).

3.5.3.2.4. Cuchillos

Contamos con un fragmento de hoja de cuchillo de hierro que no permite definir ni el modelo ni sus dimensiones (fig. 63). Corresponde a una parte de la hoja, destacan el filo y la contera, por lo que no creemos que resulte complicado incluirlo en el tipo afalcatado, tan común en la necrópolis de la Atalaya (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 404).



Figura 63. Fragmento de hoja de cuchillo de hierro de la necrópolis de El Quez (Foto: Royo, 2022).

3.5.3.3. Otros elementos

Además del material metálico, contamos con la aparición de una esfera pétreo o cana (fig. 58, 3). En la Atalaya aparecen en abundancia repartidas en varias sepulturas (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 428; Castiella, 2005b, 200, fig. 113). También aparecen con profusión en las necrópolis de nuestro Grupo I.

3.5.3.4. Restas óseas

La recuperación de diversos fragmentos y esquirlas óseas, confirma el ritual incinerador en esta necrópolis, ante la ausencia de un estudio antropológico de los restos y su contextualización dentro de una sepultura determinada. Al igual que en el caso de Carraveruela, en el Quez aparecen restos identificables con fragmentos craneales, junto a algunas piezas dentales y esquirlas de huesos largos (fig. 64).



Figura 64. Restos óseos humanos procedentes de las cremaciones de la necrópolis de El Quez (Foto: Royo, 2022).

3.5.4. Cronología

La ausencia de tipología de sepulturas, de estratigrafía y de dataciones radiocarbónicas impide otorgar una cronología precisa a esta necrópolis. Los vestigios recuperados apuntan a una posible datación paralela a la de la Atalaya. La ausencia de materiales antiguos y la escasez de cerámica a torno, junto con el resultado del estudio de los materiales permiten sugerir un periodo de utilización de este espacio funerario entre mediados del siglo VI y principios del siglo IV a.C. lo que viene a coincidir con la mayor parte de las necrópolis del río Huecha y de su entorno geográfico (Royo, 2017: 132-133).

3.6. La necrópolis del Cabezo de las Viñas (Albeta, Zaragoza)

Localizada en 1987 por I. Aguilera, hasta la fecha ha permanecido inédita (Royo, 1986: 48). Se encuentra al pie de un cerro que contuvo un poblado que al igual que su necrópolis, han sido muy alterados por la actividad agrícola y la erosión. El conjunto está ubicado en la margen izquierda del río Huecha y su descubrimiento se debió a la acción de una escorrentía que dejó al descubierto parte de una sepultura de incineración. Dado que aparecen pocos restos en superficie, es muy probable que esta necrópolis esté relativamente bien conservada, sellada por acumulaciones de ladera, de ahí que contemos con poco material cerámico y un diminuto fragmento de bronce (figs. 65-66).



Figura 65. Vista de la ladera del Cabezo de las Viñas (Albeta), donde se localiza la necrópolis (Foto: Royo, 2019).

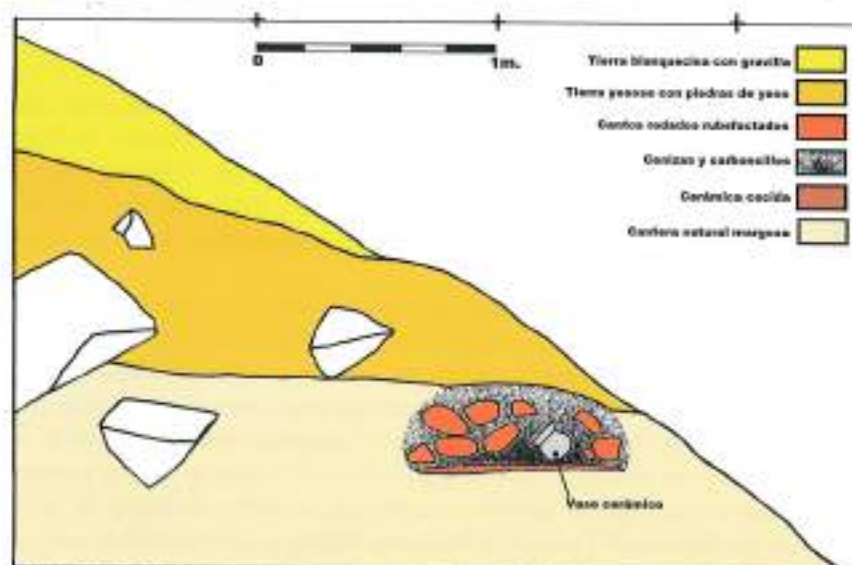


Figura 66. Escasos restos pétreos con señales de rubefacción, relacionados con la presencia de una posible tumba en el Cabezo de las Viñas (Foto: Royo, 2019).

3.6.1. Estructuras funerarias

La potente acumulación de ladera y las intensas remociones provocadas por diversas actividades de limpieza mecánica de márgenes y acequias, han propiciado una alteración del terreno que oculta los restos relacionados con la necrópolis. Solamente la excavación provocada por la escorrentía permitió a I. Aguilera detectar el fenómeno y dibujar un croquis del corte dejado en la ladera, único dato estratigráfico de este yacimiento.

Según se puede observar en la sección (fig. 67) se trata de una pequeña fosa, excavada en el terreno natural de casi un metro de anchura, de forma lenticular y unos 40 cm de potencia que aparece completamente rellena de una tierra cenicienta, con abundantes carboncillos. El fondo estaba constituido por un lecho de arcilla cocida, sobre el que apareció un pequeño vaso manufacturado, rodeado de cantos termoalterados rodados de mediano tamaño. El hallazgo corresponde a un enterramiento, posiblemente tumular, del que sólo se pudo recuperar el vaso.



CABEZO DE LAS VIÑAS (Bibata). Corte sur de un enterramiento de incineración.

Figura 67. Corte estratigráfico de la ladera del Cabezo de las Viñas, según Royo y Aguilera (2022).

3.6.2. Ritual funerario

Teniendo en cuenta las características del hallazgo, poco más podemos añadir a lo dicho hasta este momento. Solamente recalcaremos la presencia de enterramientos de incineración de posible cubierta tumular, sin poder precisar ni su número ni su densidad. En la única prueba constatada, sólo se puede concretar la

presencia de un posible túmulo de cantos rodados, que parecen proteger los restos de la cremación, con la presencia de un posible vaso de ofrendas sobre un lecho de arcilla endurecida por el fuego.

3.6.3. Cultura material

3.6.3.1. La cerámica

El material cerámico recuperado hasta la fecha de este yacimiento, aunque muy escaso (fig. 68), representa una novedad en la morfología de sus urnas y vasos de ofrendas respecto al resto de necrópolis del río Huecha. Debemos insistir en sus características generales: se trata de vasos de pequeño y mediano tamaño, con acabados pulidos o bien alisados, con leves decoraciones en el borde a base de impresiones digitadas o incisiones (fig. 68, 4-5) y con fondos planos, ligeramente umbilicados o con un ligero pie anular (fig. 68, 2 y 8).

Volviendo al vasito recuperado en la sepultura descrita (fig. 68, 1), nos encontramos con un perfil ovoide, de borde exvasado y suave carena media que se asemeja a los galbos bitroncocónicos, pero muy suavizados de nuestra forma 1 de superficies pulidas (Royo, 2005, fig. 55, I, variante d). También se dan otras coincidencias con algún vaso de ofrendas de la Atalaya (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, fig. 7, variantes f-h). Asimismo se puede asimilar al tipo 3 de la necrópolis del Castillo, definido como urna de perfil en "S" (Faro, 2015a, fig. 104, variantes 149.1 ó 169.1), o a los tipos 2 y 3 descritos en la necrópolis del Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990, 117, fig. 7).

El siguiente vaso presenta un claro perfil en "S", con un leve pie anular, carena muy alta y borde ligeramente exvasado, en el que aparece un engrosamiento interior que corresponde al arranque de un apéndice *ad ascia*, del cual hemos propuesto su reconstrucción (fig. 68, 2). La singularidad de este vaso es que no conocemos paralelos en el valle del Ebro. A nuestro juicio, representa una pervivencia de los vasos con asas con apéndice *ad ascia*, presentes en el cuadrante noreste peninsular, así como los hallazgos de apéndices del poblado del cabezo Redondo de Velilla de Ebro y del poblado de La Cruz de Fréscano. El área de distribución de este tipo de apéndices se concentra en hábitats de la provincia de Gerona y algún ejemplo en enterramientos megalíticos pirenaicos, con unas dataciones entre el 1400-1200 cal. BC (Espejo, 2000-2001, 43-46, fig. 1; Capuzzo y Achino, 2017, 184-185, fig. 6). Un precedente de este vaso se ha documentado en los Castelletts de Mequinenza (Royo y Ferreruela, 1985, 240).

Otra vasija (fig. 68, 3) presenta un perfil bitroncocónico y borde exvasado, con asa de pezón perforado horizontalmente, asimilable a nuestra forma 1 de superficies pulidas (Royo, 2005, fig. 55, I, variantes a-b). Este perfil correspondería a un momento temprano dentro de la Edad del Hierro, anterior al inicio de las demás necrópolis del río Huecha.

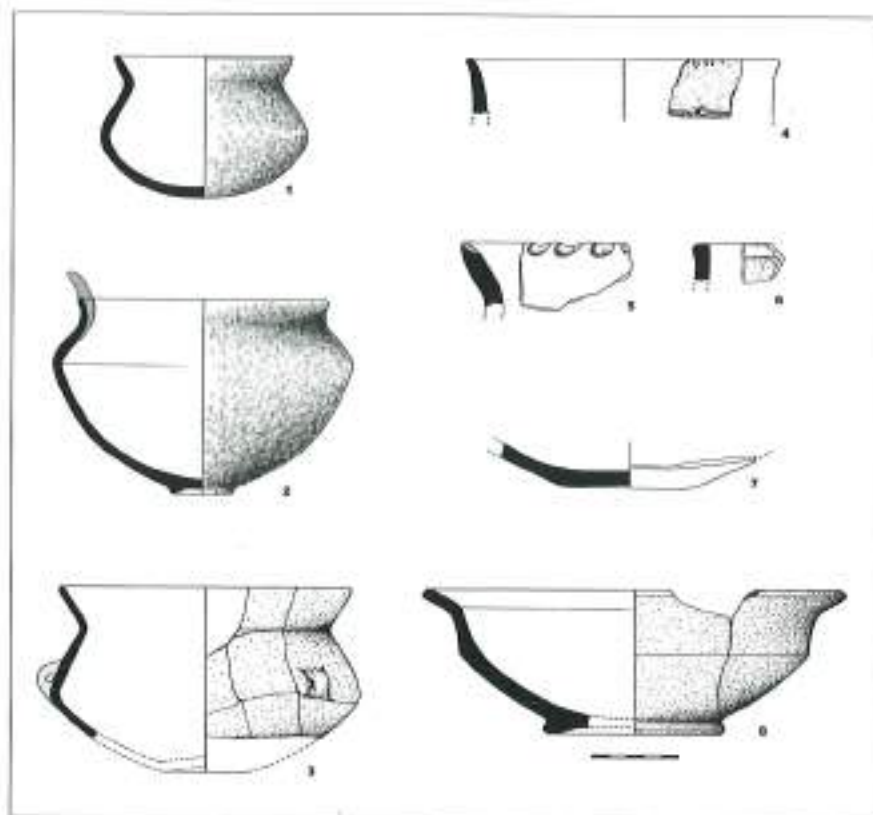


Figura 68. Restos cerámicos procedentes de la necrópolis del Cabezo de las Viñas. El vaso nº 1 apareció en el interior de la sepultura de incineración documentada en 1987, según Royo y Aguilera (2022).

El último ejemplar (fig. 68, 8) es un plato manufacturado de superficies pulidas, con borde exvasado, carena media-alta y pie anular poco desarrollado que pudo utilizarse como vaso de ofrendas o como tapadera. Estamos ante una forma desconocida en el repertorio tipológico de las necrópolis del sector occidental del Ebro que debe interpretarse como una imitación realizada a mano de un plato de carena alta de imitación ibérica. Los mejores paralelos se encuentran en los platos ibéricos de carena alta, clasificados dentro del Grupo III, tipo 8, subtipo I por Mata y Bonet, datados desde el Ibérico antiguo (Mata y Bonet, 1992, 134, fig. 14, 1). Estos platos de carena alta o ala ancha, se encuentran en toda la costa mediterránea y Bajo Ebro, llegando hasta el Matarraña, con fechas que irían desde fines del siglo VI y todo el siglo V a.C., cuyos precedentes están en las producciones orientalizantes andaluzas de los siglos VIII-VII a.C. (Cela, 2006, 223, figs. 18 y 20).

Este plato del Cabezo de las Viñas representa la llegada de elementos de procedencia mediterránea a las tierras del interior del valle del Ebro de los que en el Huecha hemos documentado en varias ocasiones, como el caso de los *holmol* de Morredón, Burrén o Alto de la Cruz (Royo, 2019, 33-37) y la imitación de ánfora griega de Mallén (Royo, 1986, 44-45, fig. 2). No obstante, también este perfil se encuentra representado entre las necrópolis del área celtibérica de la Meseta, entre las provincias de Guadalajara y Soria, donde Sánchez Climent lo clasifica como tipo IA, aparece en poblados y necrópolis en fechas muy tempranas, desde el siglo VII al IV a.C. (Sánchez Climent, 2016, 324-325, fig. V.1, 2-3).

El único resto de ajuar metálico es un minúsculo fragmento de lámina de base cobre, afectado por el fuego. Uno de sus lados es el límite original del objeto, decorado con perlitas repujadas de las que se conservan tres.

3.6.4. Cronología

Ajustar la datación de este yacimiento con el material disponible, es tarea compleja, máxime cuando los restos cerámicos presentan una heterogeneidad con la que se cubre un periodo de tiempo relativamente extenso. Los perfiles bitroncónicos (fig. 68, 2-3) son propios de momentos antiguos dentro de la Edad del Hierro, que sumados a tradiciones ancestrales, como el uso de los apéndices *ad ascia*, todavía retrasan más su cronología, por lo que no es desafortunado plantear unas fechas de posible utilización para estos ejemplares desde fines del siglo VIII a las postrimerías del siglo VII a.C. El resto del material remite a formas comunes en las necrópolis del siglo VI y V a.C. del área en estudio. El mejor indicador cronológico de este momento, es el plato de borde exvasado y carena alta (fig. 68, 8) que representa la llegada de los estímulos mediterráneos a esta zona del interior y que situamos entre fines del siglo VI y mediados del V a.C. Con estos datos la utilización de la necrópolis se puede establecer entre los inicios del siglo VII y finales del siglo V a.C.

3.7. La Oruña y su necrópolis (Vera de Moncayo, Zaragoza)

El *oppidum* celtibérico de la Oruña es un clásico en la bibliografía arqueológica del río Huecha y aragonesa (Mundó, 1918; Aguilera, 1986 y 1995; Cebolla *et al.*, 2013). Su cronología protoceltibérica y su ubicación al pie del Moncayo ilustran los procesos de ocupación de estas tierras a partir de la crisis del Hierro I, ocurrida entre la segunda mitad del siglo VI e inicios del V a. C. que significó la ocupación del alto valle del Huecha con nuevos poblados como la Oruña o el Molino de Trasmoz (Royo, 2008-2009: 116-119).

Aunque se han publicado algunas referencias sobre la existencia de la necrópolis de la Oruña (Aguilera, 1995: 228) e incluso se ha dado a conocer la existencia del expolio continuado de la misma (Lorrio *et al.*, 2019, 106), lo cierto es que, a día de hoy, ésta permanece prácticamente inédita. Este trabajo se basa, sobre todo,

en la documentación recuperada del expolio del gran cementerio celtibérico, realizado en los años 90 del siglo XX¹⁰, que dio lugar a la apertura de un expediente administrativo y judicial.¹¹

El conjunto funerario ocupa al menos 3 ha de un cerro localizado a unos 350 m al sureste del hábitat principal de la Oruña (fig. 69). Una parte de los terrenos de dicho cerro están cultivados con almendros, quedando el resto yermo. En las sucesivas visitas realizadas se pudo constatar que se trataba de una extensa necrópolis de incineración, muchas de cuyas sepulturas contaban con estelas de señalización y posiblemente con algún tipo de estructura tumular, como denotan los restos de amontonamientos de piedras (fig. 70).



Figura 69. Vista general del poblado y necrópolis de la Oruña (Vera de Moncayo, Zaragoza) (Foto: Royo, 1993).

¹⁰ En el otoño de 1993, uno de nosotros (J. I. Royo), durante una visita de inspección a las excavaciones en el poblado de la Oruña, tuvo conocimiento de unos materiales entregados por el entonces director de la "Escuela Taller Monasterio de Veruela" P. Paracuellos, procedentes de una necrópolis situada al este del oppidum celtibérico. También se nos comunicó que algunas personas residentes en Tarazona llevaban varios años actuando con detectores de metales en ese lugar, donde los signos de su expolio eran evidentes.

¹¹ Tras una inspección pormenorizada del yacimiento, comprobamos dichos extremos y procedimos a denunciar los hechos a la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón que trasladó dicha denuncia a la Comandancia de la Guardia Civil de Zaragoza que instruyó el atestado 1 L/93 a través de su unidad del Servicio de Protección de la Naturaleza —SEPRONA—, quedando en depósito en el Museo de Zaragoza las piezas recuperadas (ingreso 93/100 de 1 de diciembre de 1993). Ante la gravedad de los hechos y tras diversas averiguaciones de la Guardia Civil, se iniciaron por parte del Juzgado de Instrucción número 1 de Zaragoza, Sección A, las Diligencias Previas 4520/93, designándose como peritos judiciales a los entonces conservadores del Museo de Zaragoza. En los primeros meses de 1994 se ordenó registro domiciliario de una vivienda de la localidad de Tarazona, propiedad de J.A.A.S. principal sospechoso de un presunto expolio continuado en la necrópolis. Desgraciadamente, las actuaciones policiales no dieron el resultado deseado y solamente quedó como producto de la incautación, una pieza de segura procedencia de la necrópolis, por lo que el expediente judicial fue sobreseído, paralizándose también otro tipo de actuaciones, como las posibles sanciones por vía administrativa.



Figura 70. Vista general de la necrópolis de la Oruña en el momento de comprobarse el expolio de la misma. En el extremo izquierdo, la parte alta del poblado (Foto: Royo, 1993).

En toda la superficie afectada por los excavadores clandestinos podían verse los hoyos de los detectores, las manchas de cenizas de las cremaciones, así como restos óseos y pequeños fragmentos de bronce y hierro, junto a muchos fragmentos de cerámica celtibérica a torno (figs. 71-72). Resulta imposible calcular el número de piezas sustraídas de esta necrópolis, pero a juzgar por la densidad de las decenas de estructuras saqueadas visibles y por el interés del material conocido (Lorrio *et al.*, 2019, 106, fig. 1, e-f), estamos ante la pérdida irreparable de un yacimiento clave para entender el proceso de formación de la Celtiberia del valle del Ebro. Los objetos apuntan a cronologías anteriores a la secuencia estratigráfica del poblado que no va más allá de finales del siglo III a. C. (Cebolla *et al.*, 2013: 66).



Figura 71. Detalle de un sector de la necrópolis de la Oruña, donde se aprecia la intensidad del expolio, con gran densidad de agujeros de detector que suponen otras tantas sepulturas alteradas o destruidas (Foto: Royo, 1993).



Figura 72. Detalle del expolio de una de las sepulturas de la Oruña, en la que se aprecia en la tierra removida gran cantidad de restos óseos humanos incinerados, junto a esquirlas de metal (Foto: Royo, 1993).

3.7.1. Las estructuras funerarias y sus elementos

El saqueo sufrido no ha impedido que podamos registrar una parte esencial de las estructuras funerarias. Los hoyos dejados por los clandestinos, aportan importantes datos sobre el tipo de sepulturas existentes. La constante presencia de piedras junto a los lugares con restos de cremación, indica que el tipo de sepulcro más generalizado fue el túmulo, sin que podamos aseverar cual fue su formato, en todo caso de pequeño tamaño (entre uno y dos metros de diámetro), con encachados de roca caliza del lugar y en bastantes casos con señalización de la sepultura mediante una estela (fig. 73, 1-4). No se aprecian restos de otras estructuras, por lo que el enterramiento propiamente dicho, se debía depositar en un hoyo o *loculus*, dentro del cual se colocaban los restos del difunto y el ajuar funerario.

Respecto a la organización espacial de la necrópolis, da la impresión que hubo una alta densidad de sepulturas, si tenemos en cuenta la gran cantidad de hoyos producidos por los clandestinos (fig. 71). La superficie ocupada por los restos arqueológicos supera los 1.500 m², por lo que el número de sepulturas debió ser muy alto, posiblemente muy superior al centenar.

Por lo que se refiere a la presencia de elementos de señalización de los enterramientos en la Oruña, una parte importante de sus sepulturas cuenta con un hito pétreo o estela de señalización, para lo que se utilizaron piedras de variados

tamaños y formas obtenidas en los alrededores, prácticamente sin tratamiento ni decoración. Se encuentran grandes losas, cantos rodados, así como piedras de formas alargadas o cuadrangulares. Los tamaños pueden oscilar entre 1,30 m de altura las mayores a los 30 cm las menores. Las formas son variadas: cilíndricas, lajas y a veces grandes cantos rodados de superficies muy pulidas (fig. 73, 1-4). En los casos que hemos podido comprobar en las sepulturas destruidas, las estelas se suelen situar junto al propio enterramiento o en uno de los extremos de la estructura.



Figura 73. Algunas de las estelas conservadas "in situ" junto a la sepultura expoliada, en la que se ve la variedad tipológica de las mismas. La n° 3 apareció en un montón de piedras alejada de su lugar original y es la única que ha recibido un tratamiento de alisado (Fotos: Royo, 1993).

El hallazgo de estelas en esta necrópolis se relaciona con un fenómeno generalizado que durante la Edad del Hierro fue común a todo el valle del Ebro y áreas limítrofes (Royo, 1994). Los yacimientos donde se ha comprobado su presencia son: Coll del Moro de Gandesa (Rafel, 1989, 64, fig. 15), Castellet II de Mequinenza (Royo, 1994, 121-122), la Codera en Alcolea de Cinca (Montón, 2002, 22), la Colomina en Gerp, Roques de Sant Formatge, Pedrós, la Pedrera de Vallfogona de Balaguer (Royo, 1994, 124-125), la Hoya, la Redonda y Arce Mirapérez (Royo, 1994, 125-126). En las necrópolis celtibéricas, se conocen numerosos ejemplos, sobre todo en el alto Jalón y alto Tajo (Lorrio, 2005, 114-118, fig. 42). Se trata

de un fenómeno general en el ámbito mediterráneo, desde la Grecia clásica hasta el mundo etrusco y fenicio, pasando por las necrópolis del sur de Francia, donde las estelas aparecen vinculadas al culto heroico de los difuntos (Graells, 2008a, 220-232).

En la comarca de las Cinco Villas se documentan en el Corral de Mola (Royo, 2017, 98-99, figs. 35-36), Busal I (Burillo, 1977, 64), Arroyo Vizcarra (Royo, 1997 a, 53-54, figs. 6-7; Royo y Fatás, 2017, 51-52) y en el barranco de la Paül (Royo, 1997 b, 266, fig. 7). Relacionada con éstas, debemos citar la estela de La Tiñica en Luna (Fatás, 1975), un *unicum* en la zona cuya función y datación están en permanente discusión (Galán, 1993, 77-79, fig. 22. 4).

En la ribera navarra la presencia de estelas es muy escasa, no aparecen en la Atalaya, sólo hay un caso dudoso en la Torraza de Valtierra, en la tumba I (Malaquer, 1957, 247) y en la necrópolis del Castejón de Arguedas aparece otro ejemplar en el enterramiento 59 (Castiella y Bienes, 2002, 104 y 131). Son más numerosos los ejemplos de la necrópolis del Castillo de Castejón, con estelas de arenisca y caliza de formas prismáticas y tendencia rectangular, ubicadas en el anillo exterior u ocupando el centro del túmulo (Faro *et al.*, 2002-03, 61).

En definitiva, la presencia de elementos señalizadores en las necrópolis de nuestro Grupo I, confirma un fenómeno generalizado en todo el valle del Ebro que cuenta con una larga tradición, desde el Bronce final, hasta bien entrada la segunda Edad del Hierro (Royo *et al.*, 2006, 99-101; López y Royo, 2009; Royo, 2017, 125-128, figs. 50-53).

3.7.2. Ritual funerario

Los datos disponibles indican que el ritual era la incineración que no parece se realizara en la misma sepultura, sino en *ustrina*. La urna con los restos incinerados, así como los ajuares de acompañamiento, fueron depositados en la sepultura una vez concluida la cremación que debió ser intensa, a juzgar por la extrema alteración y fragmentación de huesos y metales. Los ajuares funerarios eran amortizados como parte del rito, en el caso de las armas doblándolas o partiéndolas en pedazos que eran depositados junto a la urna.

3.7.3. Cultura material

3.7.3.1. La cerámica

Toda la cerámica recogida en el entorno de las estructuras funerarias saqueadas está realizada a torno y es de técnica celtibérica, con pastas rojizas o rosáceas muy depuradas y con acabados pulidos o con engobe. No es abundante y aparece muy fragmentada, por lo que no contamos con ninguna forma completa. No obstante, el material es plenamente representativo de los ajuares cerámicos celtibéricos de los poblados y necrópolis del siglo IV-III a.C. (figs. 74-76):

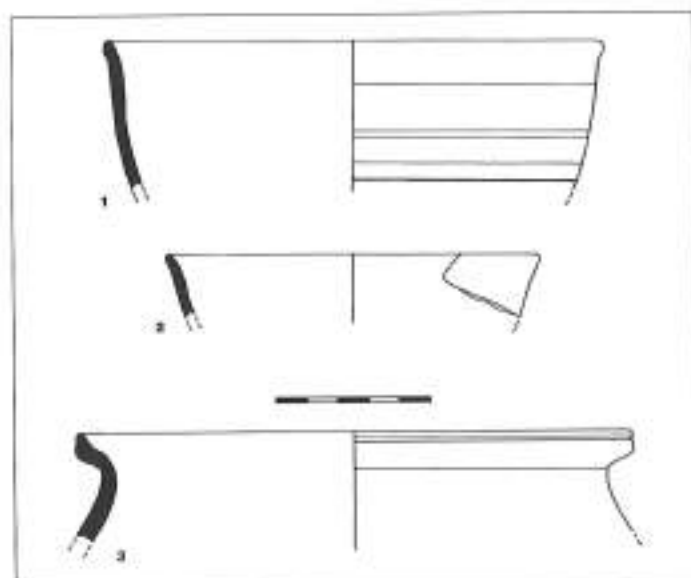


Figura 74. Restos cerámicos recuperados de la necrópolis de la Oruña. 1 y 2: cuencos. 3: vaso crateriforme, según Royo y Aguilera (2022).

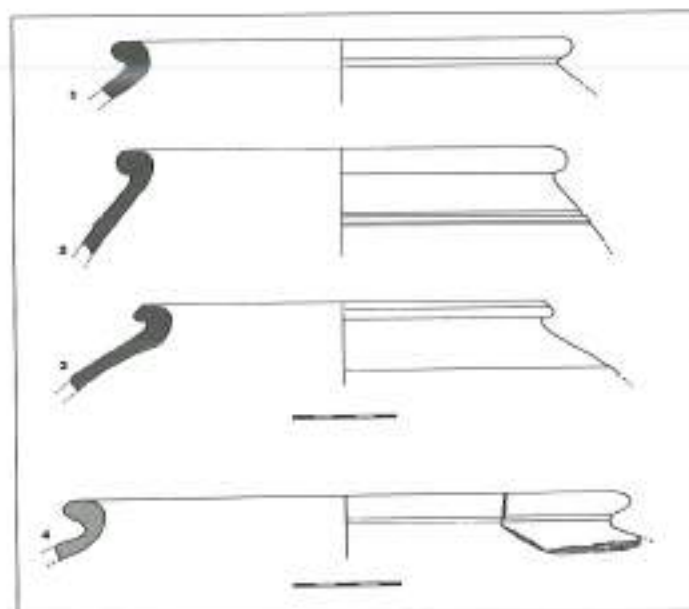


Figura 75. Restos cerámicos recuperados de la necrópolis de la Oruña. 1-4: Grandes vasos de borde cefálico y cuerpo globular, según Royo y Aguilera (2022).

- Tipo 1. Cuencos de paredes muy rectas (fig. 74, 1-2) similares al tipo 6 definido en la tipología de las necrópolis de la meseta, donde se localizan en poblados y necrópolis de las provincias de Soria y Guadalajara, con una cronología posterior al siglo III a.C. y que perduran hasta el siglo I a.C. (Sánchez Climent, 2016, 350-351, fig. V.10, 1-4). Este tipo aparece en los niveles del siglo II-I a.C. del poblado de *Bursau* (Bona *et al.*, 1979, 45, lám. III, 9-11; Royo y Aguilera, 1981, 40, fig. 4, 5-6), pero no se documenta en el nivel del siglo III a.C. del poblado antiguo de la Oruña (Cebolla *et al.*, 2013, fig. 19).
- Tipo 2. Borde lobulado con depresión interior, posiblemente para recibir tapadera, pertenece a algún tipo de jarra o crátera (fig. 74, 3). Lo conservado no permite sugerir un paralelo idéntico, aunque tiene ciertas similitudes con un fragmento de jarra procedente del nivel de destrucción de *Bursau* (Royo y Aguilera, 1981, 43, fig. 6, 1).
- Tipo 3. Grandes vasos de borde cefálico más o menos redondeado y paredes de perfiles globulares (fig. 75, 1-4). En los poblados y necrópolis de la meseta norte, este perfil se identifica con el tipo 22 A-B, con una cronología muy amplia, desde el siglo IV a.C. hasta época ibero romana en el siglo I a. C. (Sánchez Climent, 2016, 409-410, figs. V, 28-29). También están presentes en el poblado más antiguo de la Oruña, con una datación de fines del siglo III, e inicios del II a.C. (Cebolla *et al.*, 2013, fig. 18, 1-3). Perfiles similares nos encontramos en la cerámica celtibérica de la necrópolis de Carraveruela, donde también se ha clasificado como tipo 3 (fig. 41).

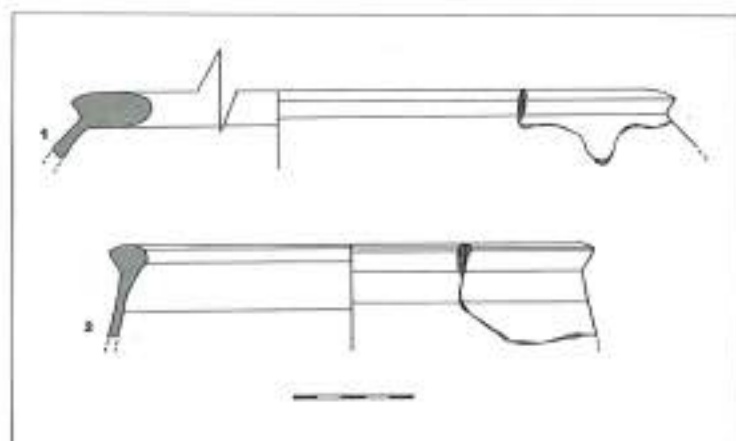


Figura 76. Restos cerámicos recuperados de la necrópolis de la Oruña.
1: contenedor o dolia con borde tipo *lluradín*. 2: contenedor tipo "tonelete",
según Royo y Aguilera (2022).

- Tipo 4. Grandes contenedores de bordes engrosados planos tipo *lluradín* o almendrados, con paredes de perfil más o menos ovoide (fig. 76, 1-2). Se trata

de galbos muy comunes en los poblados celtibéricos, tanto del valle del Ebro, como de la meseta norte, donde aparecen en los mismos lugares que el tipo anterior y con cronologías similares como la variante C del tipo 22 de la tipología ya señalada (Sánchez Climent, 2016, fig. V, 29). Aparece con profusión en el poblado de *Bursau*, en niveles de finales del siglo II, inicios del I a.C. (Royo y Aguilera, 1981, 43, fig. 7), así como en diferentes yacimientos celtibéricos de la ribera navarra (Castiella, 1977, fig. 182, formas 21-23) y de otros poblados o necrópolis del Alto Tajo-Alto Jalón (Lorrio, 2005, 241, fig. 101, tipos 4.1 y 13).

3.7.3.2. El ajuar metálico

El conjunto de metales de la Oruña, ha permanecido casi en su totalidad olvidado durante varios decenios, hasta que ha sido posible vincularlo con autoridad a esta necrópolis. Tal es el caso de las espadas, cuchillos y demás elementos encontrados por los jesuitas del Monasterio de Veruela a comienzos del siglo XX (Batllorí, c. 1930). El resto de materiales proceden de la recuperación de los despojos del ya citado expolio. Se trata de un pequeño grupo de objetos selectos que plantean nuevas líneas de interpretación sobre esta necrópolis y sobre sus relaciones con la meseta, el valle del Ebro y el Mediterráneo.

3.7.3.2.1. El armamento y otros utensilios de hierro

Un primer acercamiento a los metales de la Oruña, fue llevado a cabo por el Centro de Estudios Turiasonenses que los catalogó y los dio a conocer evitando así su posible desaparición, aunque sin hacer alusión expresa a su procedencia funeraria (Bona *et al.*, 1983, 21-28, lams. IX-XIII) (fig. 77). La primera referencia a la existencia de materiales vinculados a la necrópolis de la Oruña, se debe a uno de nosotros (Aguilera, 1995, 228), si bien posteriormente se han sucedido las noticias de la existencia de dicho espacio funerario y el origen de los materiales metálicos (Cebolla *et al.*, 2013, 64; Lorrio *et al.*, 2019, 106-107, fig. 1, e-f).

Teniendo en cuenta el carácter funerario que presentan la mayoría de los objetos metálicos conocidos y algunos desaparecidos, incluimos en este apartado la descripción de los mismos, con una nueva ordenación, pero manteniendo la referencia de la catalogación realizada por el C.E.T. (fig. 78):

- Pieza nº 1 (fig. 78, 1). (C.E.T. 122). Espada corta o cuchillo de hierro con una longitud total de 35 cm, de los que 12 corresponden a la espiga de la empuñadura. Ésta presenta cuatro remaches para las cachas y se remata con un botón o casquete hemisférico de 3 cm de diámetro engastado en la espiga. La hoja mide junto a la empuñadura 2,5 cm de anchura y presenta un solo filo en su flanco izquierdo.
- Pieza nº 2 (fig. 78, 2). (C.E.T. 124). Mitad superior de una espada de hierro de la que se conserva una longitud de 35 cm, de los que la espiga cuenta con 13,5 cm y 1,5 cm de anchura frente a los 4,5 cm de anchura máxima de la hoja que presenta filo en los dos costados. La parte media de la hoja sufre una deforma-

ción por doblado que responde al ritual de amortización, por lo que podemos inferir que se trata de una parte del ajuar funerario de una sepultura de guerrero. La documentación aportada por Batllorí, confirma la identificación de esta pieza con la aparecida en una posible sepultura, junto a un *pilon* también amortizado (Batllorí, c. 1930; 2008-2009, 26, figs. 5-6).



Figura 77. Vista del conjunto de armas de la Oruña conservadas en el monasterio de Veruela (Foto: C.E.T., 1983).

- Pieza nº 3 (fig. 78, 3). (C.E.T.125). Mitad superior de una espada de hierro de la que se conserva una longitud total de 31,5 cm, de los que a la espiga pertenecen 5,6 cm, y unos 2 cm de anchura frente a los 4,02 cm de anchura máxima de la hoja que presenta un ligero abombamiento central y doble filo. Como en el caso anterior, la parte inferior de la hoja fue doblada, lo que permite proponer que también se trata de parte del ajuar funerario de un guerrero.
- Pieza nº 4 (fig. 78, 4) (C.E.T. 126). Parte inferior de la hoja de una espada de hierro que conserva una longitud de 35,5 cm y 3,5 cm de anchura máxima de la hoja con posible nervadura central y doble filo. Presenta deformaciones en los dos extremos, la superior compatible con un proceso de rotura ritual. Tanto la pieza nº 3 como ésta, se corresponden con la misma espada, resultando una pieza de unos 67 cm de longitud total.
- Pieza nº 5 (fig. 78, 5). (C.E.T. 127). Parte superior de una espada de hierro, con una longitud total de 37,5 cm, de los que 11,5 representan la espiga de la empuñadura que remata en un pequeño botón hemiesférico. La hoja presenta doble filo y una anchura máxima de 4,5 cm. En este caso no hay señales de rotura intencionada.

- Pieza nº 6 (fig. 78, 6), (C.E.T. 141). Vástago de hierro de sección cuadrangular de 1 cm de diámetro y una longitud conservada de 32,3 cm. Los extremos aparecen apuntados por lo que podría tratarse de un espetón o asador, como los localizados en la necrópolis del Castillo de Castejón y que se fechan entre la segunda mitad del siglo IV y el siglo III a.C. Dichas piezas se vinculan a los banquetes funerarios como asadores de carne y son muy escasos en las necrópolis del valle medio del Ebro, si bien en la necrópolis del Castillo se han recuperado hasta tres ejemplares, siendo algo más abundantes en algunos cementerios de la meseta norte, como la Mercadera o Monteagudo de las Vicarías (Faro, 2015 b, 85-87, figs. 85-86).
- Pieza nº 7 (fig. 78, 7), (C.E.T.120). Cuchillo de hierro completo de un solo filo y una longitud total de 26, 8 cm, con empuñadura engrosada y rematada con

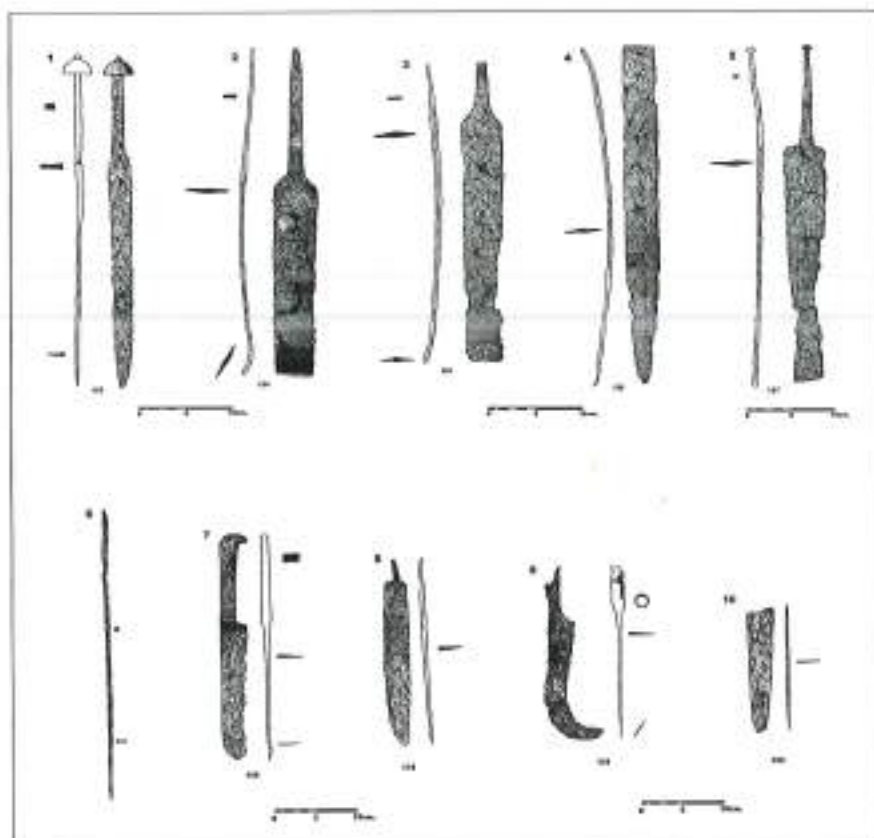


Figura 78. Objetos de hierro de la necrópolis de la Oruña, compuesto por espadas latenienenses, cuchillos, podón y posible asador, según documentación del C.E.T. de 1989, modificada por Royo y Aguilera (2022).

una perforación. Su longitud es de 10 cm por una anchura máxima de 2 cm, frente a los 3 cm de anchura de la hoja que presenta la contera y el filo bien marcados.

- Pieza nº 8 (fig. 78, 8). (C.E.T.119). Cuchillo de hierro completo y filo lateral, con una longitud total de 22 cm, de los cuales 2 cm corresponden a una minúscula espiga con una perforación para el remache de la empuñadura. La hoja del cuchillo cuenta con una anchura máxima de 3 cm y su presencia podría ser compatible como un elemento del ajuar funerario.
- Pieza nº 9 (fig. 78, 9). (C.E.T. 121). Hoz o Podón de hierro casi completo, pues le falta el extremo final de la empuñadura de cubo. Tiene una longitud total de 20 cm y una hoja con curvatura muy pronunciada en un extremo y una anchura de hoja con filo interior de 3 cm. Este tipo de piezas no es habitual en los hallazgos funerarios, pero en la Mercadera aparece en varias ocasiones asociadas a sepulturas con armamento, especialmente espadas y también bocados de caballo, por lo que se ha sugerido el posible uso como armamento o bien como objeto de simbología ritual relacionada con el control de la producción agrícola (Lorrio, 2005, 233-234, fig. 98, B).
- Pieza nº 10 (fig. 78, 10). (C.E.T. 123). Parte inferior de hoja de espada con filo lateral. Longitud 15 cm y anchura máxima 3 cm.

Por lo que se refiere a la pieza nº 1, por su tipología podría situarse dentro de las espadas latenienenses, en el extremo inferior de las dimensiones de los modelos franceses más antiguos (Quesada, 1997, fig. 144). No obstante, su longitud y la presencia de un solo filo, la puede situar entre los cuchillos. Al no haber encontrado paralelos similares de esta pieza en la península ibérica, podríamos estar ante una producción local.

Las piezas nº 2 a 5 y la nº 10 corresponden a ejemplares de espadas rectas tipo La Tène catalogadas en diferentes repertorios, en especial el de Quesada sobre el armamento ibérico de la península (Quesada, 1997). Las piezas 2 a 4 son del tipo La Tène I y la nº 5 del tipo La Tène II, fechándolas con dudas, en el siglo II a.C. Todas ellas siguen modelos latenienenses de espadas largas y rectas, con longitudes entre los 60 y 70 cm (Quesada, 1997, 243-247 y 855 figs. 144 y 148). Asimismo, también pueden asimilarse a las espadas latenienenses de la meseta norte, con medidas y formatos muy similares (Quesada, 1997, 248-249, fig. 149). Señalar que en el estudio realizado por García Gimenez sobre estas espadas las incluye en sus tipos B2. 1, D1. 1 y D1. 3 (García Gimenez, 2011) (fig. 79).

La presencia de espadas tipo La Tène en el territorio celtibérico es frecuente. Aparecen en las necrópolis junto a las de frontón o las de antenas atrofiadas, pero también asociadas a los cuchillos utilizados como arma en la lucha cuerpo a cuerpo. Lorrio señala la presencia de espadas latenienenses en las principales necrópolis del alto Duero y alto Jalón a partir de su fase IIA, llegando hasta su fase III, con dataciones situadas entre los siglos IV y II a.C. (Lorrio, 2005, 179-190, figs. 74 y

76). La presencia de estas armas en la necrópolis de Arcóbriga, su extenso número y su amortización ritual, ha permitido a Lorrio y Sánchez (2009, 312, tabla IV) diseñar una completa clasificación. Las piezas de la Oruña, salvo la nº 1, están en su grupo II, tanto por longitud como por la anchura de la hoja, lo que las situaría en el periodo de La Tène II entre los siglos III-II a.C. (Lorrio y Sánchez, 2009, 314-320, fig. 159). En su actualización del armamento celtibérico, el mismo Lorrio, sitúa las espadas latenienses de las necrópolis de la meseta, alto Duero y alto Jalón entre el 350-150 a.C. (Lorrio, 2016, fig. 5).

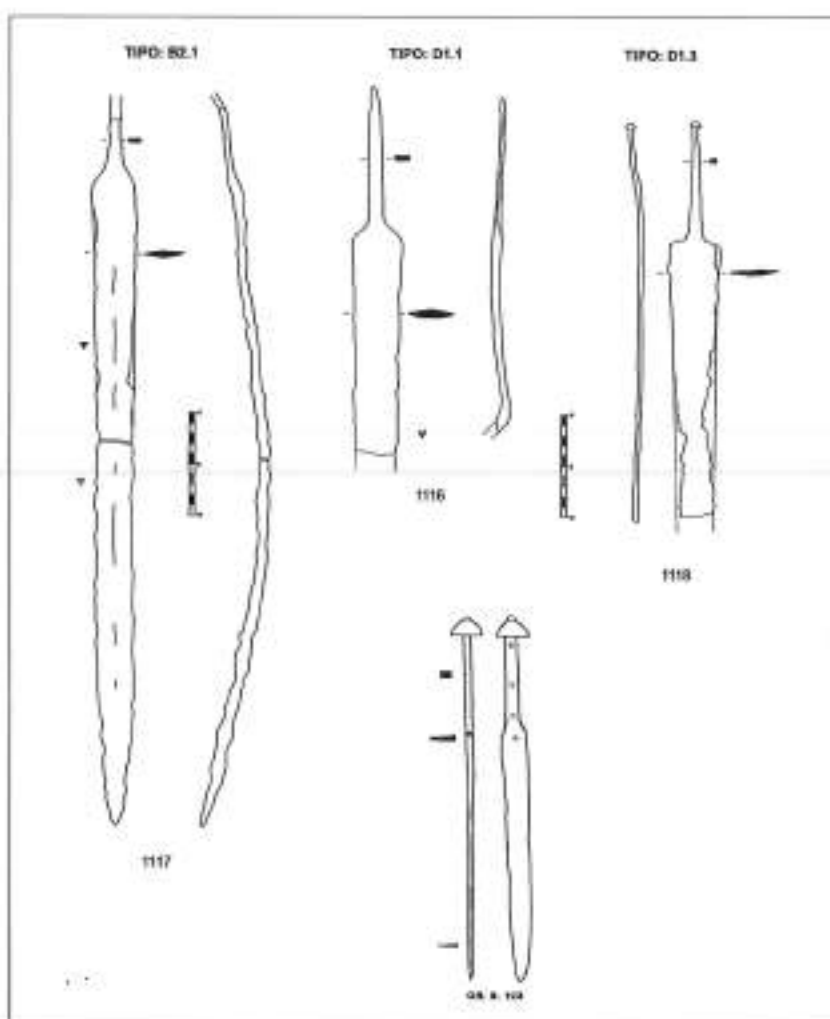


Figura 79. Algunas de las armas de la necrópolis de la Oruña, según la clasificación de G. García (2011).

Resulta evidente la relación de este tipo de armamento con el sur de Francia, al menos desde mediados del siglo V a.C., especialmente con las regiones de Aquitania y Languedoc y así parece comprobarse si vemos la distribución de las espadas y otras armas de influencia laténica en dos núcleos peninsulares, el alto Duero-alto Jalón y el extremo noreste de Cataluña (García Giménez, 2016, 86, fig. 1). También resulta evidente la rápida adopción peninsular de algunos tipos latenienses de espadas, como puede comprobarse en cementerios de los siglos V-IV a.C. del Grupo I de necrópolis del valle medio del Ebro (Royo, 2017, fig. 1). En el Castillo de Castejón aparecen tres ejemplares muy similares a nuestra pieza nº 5, clasificadas por Faro entre finales de La Tène B y C, a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. (Faro, 2017, 92-99, figs. 21 y 28). La presencia en la Atalaya de restos de cuatro espadas de hierro, podría significar la adopción temprana del modelo de La Tène, aunque su fragmentación no permite mayores precisiones (Castiella, 2005b, fig. 109, conjunto 41). Al mismo grupo corresponde la necrópolis de la avenida Martínez de Velasco en Huesca, donde aparece otro ejemplar lateniense aparecido en el túmulo 4, junto a una espada corta y un puñal o cuchillo que se han fechado a mediados del siglo V a.C. (Juste, 1995, 31-33, fig. 7, A). Por último citaremos la aparición de restos de espadas de hierro de influencia lateniense en la necrópolis de Busal, con restos de vaina enteriza y estigmas de amortización ritual, también fechada en dicho momento (Burillo, 1977; Royo, 2017, 111, fig. 46).

3.7.3.2.2. El *pilum*

Las actuaciones en la Oruña de comienzos del siglo XX, descubrieron restos de una sepultura de guerrero que contenía al menos dos armas: la espiga y parte de la hoja de una espada y un *pilum*, en ambos casos dobladas (Batllori, c. 1930; 2008-2009, 26, figs. 5-6). Aunque la espada se había incorporado a la colección jesuítica y fue publicada en su día (Bona *et al.*, 1983, 79, lam. X, 124), de la otra arma sólo se conserva la referencia dada por Batllori en su día, en la que se describe que apareció un *pilum* doblado, con punta maciza, larga moharra y empuñadura de cubo y una longitud de 67 cm. La pieza fue enderezada después de su descubrimiento y se le añadió el astil de madera, de la que sólo tenemos noticia por la fotografía del informe de 1930 (Batllori, c. 1930, 2008-2009, fig. 5) (fig. 80).

La aparición de armas arrojadas de asta es muy común en las necrópolis del valle del Ebro y especialmente en las celtibéricas, con presencia de tres tipos principales: las lanzas o jabalinas de punta metálica y asta de madera, los *soliferrae* y los *pila* (Cuerda, 2014). Estas dos últimas armas de carácter pesado, son una solución para penetrar las defensas corporales del enemigo, por lo que eran lanzadas antes de entrar en el combate cuerpo a cuerpo y así cuentan con su aparición en los mismos lugares, ya desde el siglo VI a. C. (Quesada, 1993, 160). El *pilum* de la Oruña se corresponde con el Tipo IV de Quesada, tanto por su tamaño, como por la morfología piramidal de la punta (Quesada, 1997, 329, fig. 192). Respecto a su origen, aunque se ha defendido una procedencia hispana, lo cierto es que la

antigüedad de los ejemplares de Aquitania y Languedoc, en torno al siglo VI a. C., apuntan a un origen en el sur de Francia, de donde se extendería a partir del siglo V a. C. por Cataluña y remontaría el valle del Ebro hasta la meseta norte, donde se encuentran en muchas de las necrópolis celtibéricas antiguas, perdurando hasta el siglo II a. C. (Quesada, 1997, 340-341). Por su parte, Lorrio engloba la mayor parte de *pila* y *soliferrea* en su fase II B del Celtibérico pleno, ya que se documentan en una significativa cantidad de tumbas de élites aristocráticas o guerreras, destacando los ejemplares de Aguilar de Anguita en Guadalajara o de Arcóbriga en Zaragoza, fechados entre los siglos IV-II a. C. (Lorrio, 2016, 245, fig. 5, 27 y fig. 13b, 1-3). De la colección peninsular del Museo de Mainz, se ha dado a conocer otro ejemplar de *pilum*, posiblemente procedente de Numancia y fechado entre los siglos IV-III a. C. (Graells *et al.*, 2022, 126, fig. 52).

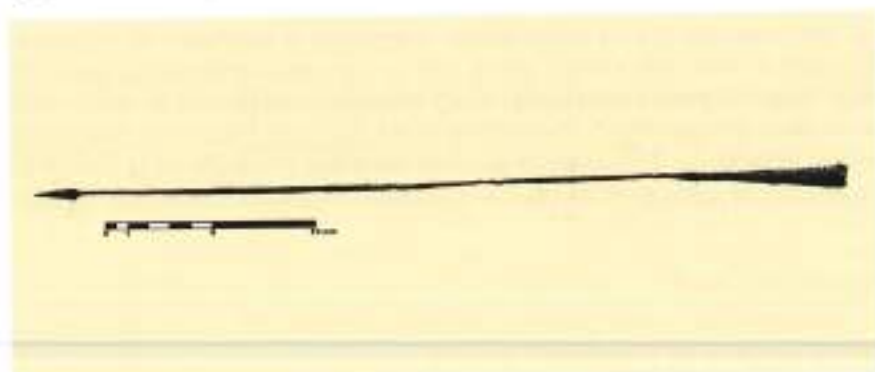


Figura 80. *Pilum* procedente de una sepultura de incineración de la necrópolis de la Oruña, según la documentación de Batllori, modificada por Royo y Aguilera (2022).

En el área de estudio no se han documentado restos de *pila*, pero sí encontramos algunos ejemplares de *soliferrea*, como el localizado en la tumba 19 de las excavaciones de 1960 en la Atalaya (Castiella, 2005a, fig. 45), o en el Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990, 117). En la necrópolis del Castillo de Castejón, es donde mejor se ha contextualizado el *soliferreum*, dentro del Grupo I de cementerios del valle medio del Ebro, con cinco ejemplares localizados en otros tantos enterramientos fechados en la fase III de este conjunto que ha permanecido en uso entre la segunda mitad del siglo IV y el siglo III a. C. (Faro, 2015a, 707-710, figs. 329-333).

Las armas de asta en hierro tuvieron una gran difusión peninsular, como demuestra su presencia temprana en el sur de Portugal, en la necrópolis protohistórica de Olival do Senhor, en Alcacer do Sal, donde se ha estudiado hasta un total de 19 *soliferrea* con amortización ritual y depositadas en las sepulturas a partir de la primera mitad del siglo IV a. C. (Gomes, 2022, 267-269, tabla 8, figs. lams. CV-CXI). Por su parte, la presencia en el sur de Francia, a partir de mediados del siglo VI a.C. de *soliferrea* en sepulturas de determinadas élites guerreras, como las de

Corno Lauzo, Las Peyros o Saint Julian, permite suponer un origen galo de este tipo de armas (Beylier, 2014, 60-62, Tab. 1, fig. 7).

3.7.3.2.3. El broche de cinturón de placa calada o tipo ibérico

Entre el lote de armas de la necrópolis de la Oruña se incluye la placa hembra de un broche de cinturón, actualmente desaparecido (Bona *et al.*, 1983, 81, lám. XIII, nº 145). Parece probable su aparición en la necrópolis dado que la placa aparece doblada y partida.

De los broches de cinturón del río Huecha, este es el primer ejemplar de tipología genuinamente ibérica o celtibérica. Se trata de la pieza pasiva de un broche de placa rectangular calada con tres aberturas rectangulares y un apéndice en uno de los extremos. La parte del talón aparece decorada con nielado, con diseño inciso de orlas enmarcadas en dos cuadrados, cuyo motivo central se asemeja a un escutiforme. El metal de la incrustación no se ha conservado (fig. 81).

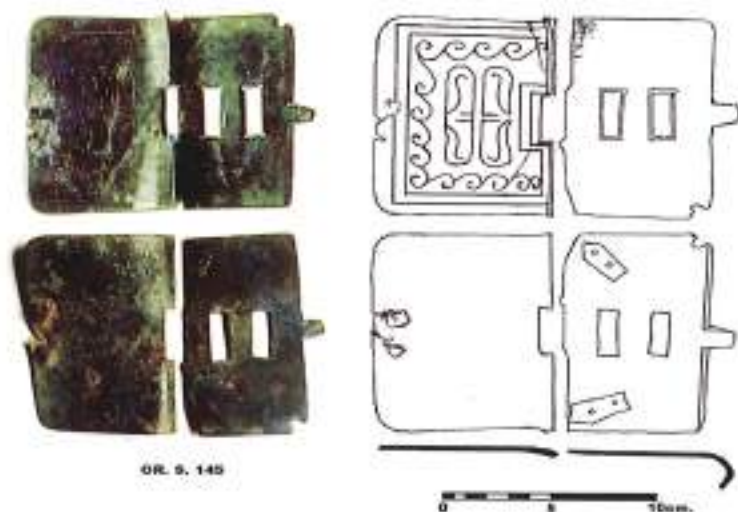


Figura 81. Foto y dibujo del anverso y reverso de la parte pasiva de un broche de cinturón de placa recortada. A partir de la documentación realizada por el CET en 1989 y modificada por Royo y Aguilera (2022).

Este tipo de broches de placa calada y nielada se clasifica dentro del tipo C de Lorrio para el territorio celtibérico, concretamente los subtipos C3B1 y C3B2 que presentan calados en las placas pasivas. Han aparecido en necrópolis como Numancia, Osma I, la Revilla o Arcóbriga, dentro de las Fases II-III de su periodización (Lorrio, 2005, 222-223, fig. 92, 14-15). Los broches de Arcóbriga pueden asimilarse al de la Oruña, pues varios cuentan con calados cuadrangulares en sus placas hembras, así como una decoración nielada (Lorrio y Sánchez, 2009, 2005-209, fig. 100,

281 y fig. 101, 286-288). Las similitudes a su decoración las podemos encontrar en ejemplares de las necrópolis de Alcacer do Sal o Tútugi en Galera, clasificados por Cabré en su serie 5ª (Cabré, 1937, 106, figs. 30-21). Estudios recientes recogen su dispersión peninsular y los hallazgos se concentran en la meseta norte, Cataluña o el sudeste, con una cronología propuesta para nuestro caso, situada entre el 325/225 a.C. (Graells *et al.*, 2018, 25-32, figs. 14 y 16). Estos broches tienen una escasa dispersión en el valle medio del Ebro, donde sólo contamos con los ejemplares de San Antonio de Calaceite, Azaila, los Castellares de Herrera y la Umbría (Royo, 2021, 23, fig. 17). A los ya citados, debe añadirse otro broche de placa calada decorada con nielados de círculos concéntricos y eses enfrentadas, aparecido en la necrópolis tumular de la avenida Martínez de Velasco en Huesca, fechado a mediados del siglo V a.C. (Juste, 1995, 33, fig. 7a; Royo, 2021, 16-17, fig. 14).

3.7.3.2.4. Las grebas de bronce

En una de las sepulturas saqueadas se recogieron fragmentos de lámina de bronce, su estudio y análisis detallado han permitido su identificación como pertenecientes a unas cnémides.¹² Los trabajos de limpieza, consolidación y restitución realizados en el Museo de Zaragoza, han permitido concretar su número en cuatro ejemplares (fig. 82. 1). La técnica empleada para su inutilización ritual, fue mediante cortes realizados por presión y doblez con un instrumento cortante con un filo de 2 cm, posiblemente unas tenazas.

El número total de grebas se ha deducido gracias a la labor de restitución en el museo de Zaragoza, donde se ha constatado la existencia de al menos tres extremos inferiores y restos del contorno de todas las piezas. Una de ellas está casi completa, la segunda está más mutilada y las demás se identifican gracias a la conservación de otros dos extremos inferiores. Las cuatro cnémides están realizadas con una lámina de bronce ternario o plomado, como demuestran las analíticas realizadas¹³ (fig. 82. 1). Todas tienen 1 mm de grosor; formalmente son idénticas, de tendencia ovalada alargada. Las dos mejor preservadas permiten estimar sus dimensiones en 30 cm de longitud y unos 12-14 cm de anchura máxima. La parte inferior es ligeramente apuntada, ensanchándose progresivamente al ascender por la pantorrilla para envolverla, de forma que el extremo superior está algo deformado para adaptarse a la parte baja de la rodilla. Todos los ejemplares son iguales con una sencilla decoración repujada en el borde, consistente en una línea de hoyuelos de 1 mm, prácticamente secantes que contornean la totalidad de las piezas, así

¹² Ya se había apuntado la existencia de grebas en la Oraña en algunos trabajos de síntesis (Graells, 2014a, 98; Lorrio, 2016, 237, fig. 9) y en el artículo sobre el expolio de esta necrópolis, donde se proponía la presencia de un par de grebas (Lorrio *et al.*, 2019, 106-107, fig. 1, e).

¹³ Se han tomado mediciones en la mayoría de los fragmentos de grebas recuperados, mediante fluorescencia de rayos X. El resultado de los análisis arroja unos porcentajes de Cu, Sn y Pb, algo distintos a las analíticas realizadas en restos metálicos del poblado del Morredón de Fréscano (Aranda *et al.*, 2021, 113-116, fig. 10), lo que plantea la posible procedencia externa de dichas piezas.

como un mínimo de 14 "perlas" hemisféricas de 1 cm de diámetro, equidistantes unos 3 cm entre ellas y a 5 mm desde el borde. Todas las grebas contaban con cuatro pequeñas perforaciones laterales para su sujeción mediante cosido a un forro que amortiguaba el contacto del metal con la pierna del portador (fig. 82. 2).

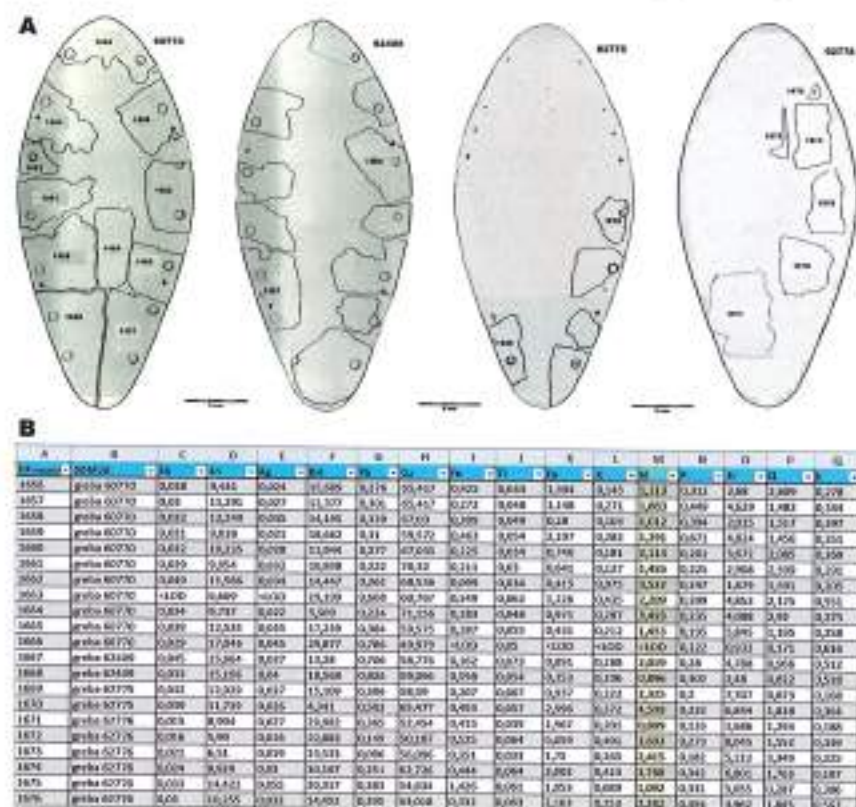


Figura 82. 1. Restitución en dibujo de las cuatro grebas y tabla de las analíticas realizadas por fluorescencia de rayos X.

La presencia de grebas en la península ibérica se centraba en el litoral mediterráneo y Cataluña (Farnié y Quesada, 2005, fig. 198), con excepciones en el interior, como la tumba 220 de la necrópolis celtibérica de la Hortezueta de Océ (Guadalajara), donde aparece una greba de tipo Can Canys (Lorrio, 2016, 237, fig. 9). La existencia en la necrópolis de la Oruña de una sepultura con cuatro posibles cnémides, es un hecho excepcional en el panorama peninsular y mediterráneo (Farnié y Quesada, 2005, 166-167), donde solo aparece una greba y un máximo de dos por enterramiento, posiblemente nos está hablado de la sepultura de un personaje importante de la aristocracia guerrera de la Oruña. No obstante, también sería

posible que, dadas las circunstancias de su recuperación, procedieran de más de una sepultura, lo que encajaría con la estadística de hallazgos conocidos.



Figura 82. 2. Fotografía y dibujo de la greba mejor conservada de la Oruña, según Royo y Aguilera (2022).

Este tipo de piezas debe relacionarse con las halladas en necrópolis del mediterráneo peninsular, como Granja Soley, Mas de Mussols, Can Canys o La Solivella datadas entre los siglos VI y V a.C., fechas similares a otros ejemplares del sur de Francia (Farnié y Quesada, 2005: 170-181). También aparecen en sepulcros de guerreros singulares como la tumba de les Ferreres en Calaceite (Graells y Armada, 2011: 19-21, fig. 5) o la de Llinars del Vallés (Sanmartí, 1993, fig. 17, 34). En la península ibérica se dan dos modelos de grebas con diferencias en su decoración, cuyos prototipos se han situado en ejemplares itálicos (Farnié y Quesada, 2005, 168). Los paralelos más claros de nuestras *cnémides* están en el sur de Francia, en el hallazgo de Plérimond, datado en el siglo VI a. C. (Boyer *et al.*, 2006: 188, fig. 15), en la tumba de Frouzet B1, (Dedet, 2012, 221, fig. 7A, 9) o en la necrópolis de Saint Julien de Pezenas, ambos con fechas similares (Dedet *et al.*, 2012). Los ajuares de las necrópolis del sudeste francés, presentan, a partir del siglo VI a.C., una panoplia guerrera con espadas de antenas y *cardiophylax* relacionados con el territorio etrusco, mientras que

las grebas serían un producto realizado en el propio territorio francés (Beylier, 2014, 57, fig. 1).

Los modelos de cnémides de bronce conocidos en el golfo de León, Europa central y suroriental han sido analizados desde modelos griegos e itálicos (Clau- sing, 2002; Gabor, 2015). No obstante, a partir de la sistematización realizada por Möd- linger (2017, 218-268), consideramos que las grebas de la Oruña son asimilables a los modelos itálicos y más concretamente al tipo Canosa o Limone (Mö- dlinger, 2017, fig. 4.2, Pl. 39, n.º cat. 193-195). Dicho paralelo demostraría una vez más el estrecho contacto de las élites protohistóricas del Ebro medio con el entor- no etrusco y mediterráneo, desde los inicios del Hierro I (Royo, 2019, 70, fig. 4).

Consideramos que dado el uso limitado de cnémides entre las élites guerreras celtibéricas (Lorrio, 2016, 237), las piezas de la Oruña, podrían tener un valor singular por su simbología, su número o por su pertenencia a un antepasado heroiz- ado. Esta posibilidad mantendría su valor como reliquia durante varias generacio- nes de su familia (Royo, 2019, 51). A tenor de lo expuesto y teniendo en cuenta su pervivencia, la cronología de estas grebas se sitúa entre la segunda mitad del siglo VI y la primera mitad del V a.C., aunque no podamos determinar su amortización definitiva y su inclusión en un solo ajuar funerario o en varios.

3.7.3.2.5. El puñal biglobular o bidiscoidal

Estamos ante un pequeño aplique de bronce de forma triangular ligeramente doblado con una prolongación superior deformada. Presenta tres perforaciones circulares y una decoración de incisiones oblicuas en la base y troquelada median- te circulitos contiguos que conforman una figura antropomorfa o zoomorfa central vista de frente o en perspectiva cenital, enmarcada por dos motivos triangulares con dos líneas paralelas (fig. 83, A). La plaquita presenta una curvatura que res- ponde a su propia funcionalidad (fig. 83, B). Este objeto corresponde a parte de la empuñadura de un puñal biglobular, concretamente al comienzo de la pieza trian- gular denominada arriaz o guarda, que inicia la protección de la empuñadura y a la que seguiría el resto del vástago que une los dos discos (Kavanagh, 2008, 20-22, fig. 5). Este recubrimiento metálico protegía las cachas interiores que rodeaban la espiga del puñal con materiales como la madera o el hueso, con lo que gracias a este recubrimiento exterior, la empuñadura quedaba mucho más sólida (fig. 84). La presencia de las perforaciones y su posición en la chapa metálica, correspon- dientes a los remaches para unir a las cachas y sellar la espiga de la hoja del puñal, indican que este fragmento correspondería al modelo 6A o 7A de puñal bidiscoi- dal de discos concéntricos de la clasificación de Kavanagh (2008, 42-43, fig. 9), el cual también recoge los principales tipos de decoración que pueden encontrarse en el arriaz o guarda (Kavanagh, 2008, 43-45) (fig. 85).

Tradicionalmente este tipo de puñales se han denominado como biglobulares dentro del armamento prerromano de la península ibérica (Quesada, 1997, 294, fig. 173; Lorrio, 2005: 183, 190, fig. 8, B) y serían una creación de los celtiberos, con unas fechas entre los siglos III y I a.C. Se concentran en el alto Duero (Lorrio

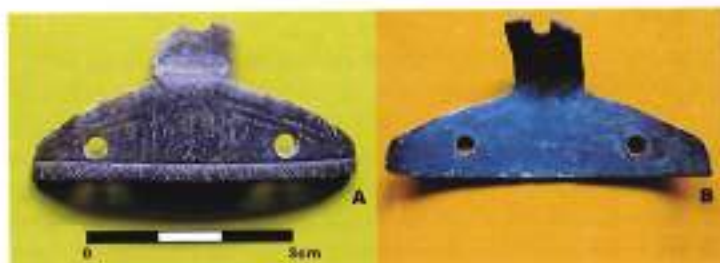


Figura 83. Anverso y reverso de la placa de bronce del refuerzo de la guarda de un puñal bidiscooidal de la necrópolis de la Oruña (Foto: Royo, 1993).

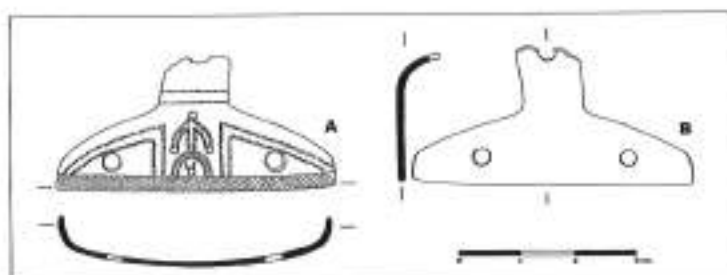


Figura 84. Anverso y reverso del refuerzo de la guarda de un puñal bidiscooidal procedente de la Oruña, según Royo y Aguilera (2022).

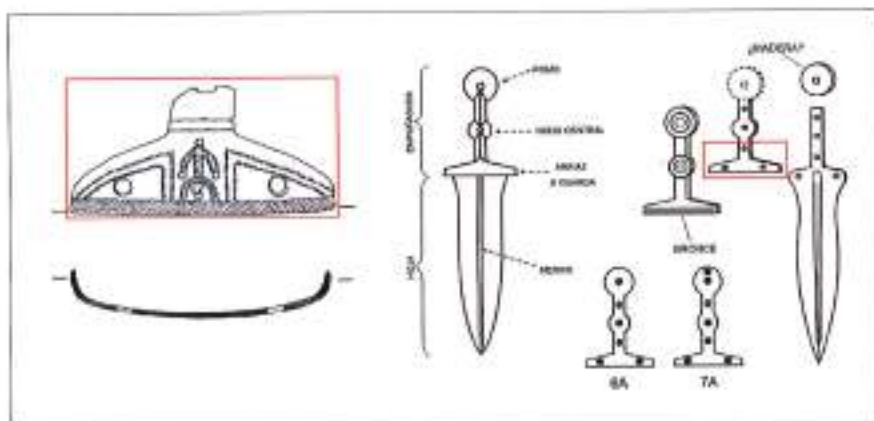


Figura 85. Placa decorada con antropomorfo de la Oruña y su identificación como parte de la empuñadura de un puñal bidiscooidal, a partir de la clasificación de Kavanagh (2008), modificada por Royo y Aguilera (2022).

y Sánchez, 2009, 322), y extienden su presencia por el alto Jalón, como muestra la presencia de ejemplares de empuñadura de discos en la necrópolis de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez, 2009, 321-324, fig. 160, 2-7).

La pieza procedente de la Oruña tiene una decoración incisa y repujada que representa a una figura que puede tener dos posibles interpretaciones. Si el punto de vista de la pieza es frontal, estaríamos ante un clásico antropomorfo, enmarcado con los brazos y las piernas abiertas entre dos representaciones geométricas. La cabeza estaría representada por un circulito repujado, mientras que el sexo masculino se situaría entre las piernas conformado por varios circulitos repujados de forma triangular (fig. 83, A). Se trata de una decoración poco frecuente en el instrumental o armamento metálico celtibérico, se conocen representaciones humanas más o menos esquematizadas en armas y broches de cinturón estudiados en la Meseta oriental, en las áreas vetona y vaccea (Cabré, 1937, 116, lám. XXIII; Lorrio y Royo, 2013, 92).

Pero si el punto de vista es desde el portador del puñal, la interpretación puede ser muy distinta, como recientemente se ha planteado en el estudio de un puñal celtibérico bidiscoidal con inscripción, procedente de Almaraz, en Cáceres, en el que la posición del texto se planteó para su lectura desde el punto de vista del portador del puñal y no desde el de otros observadores (Lujan y Lorrio, 2017, 122, fig. 2). En este caso la presunta representación antropomorfa, debería interpretarse como una figuración zoomorfa en perspectiva cenital, figuración ampliamente representada en cerámicas, coroplastia y metalistería del área arévaco-vaccea (Romero, 2010, 469), tal y como aparece en el pomo de puñal de tipo Monte Bernorio aparecido en la necrópolis de Las Ruedas y fechado entre los siglos III-II a.C. (Romero, 2010, 481-485, fig. 10-11).

Los paralelos de estas representaciones son lo suficientemente explícitos como para tener muy en cuenta esta interpretación, aunque el propio esquematismo de la figura no nos permita plantear una identificación del animal representado, ya sea un jabalí, un perro o un lobo, aunque pertenecería al imaginario religioso celtibérico relacionado con animales míticos protectores o con el más allá (Romero, 2010, 534-535). En cuanto a la cronología de la pieza estudiada, a la vista de su contexto y de los paralelos expuestos, consideramos como más probable una datación entre los siglos III-II a.C.

3.7.3.2.6. El bocado de caballo

Procedente también del expolio de esta necrópolis, la Guardia Civil incautó en 1994 un bocado de caballo de hierro, prácticamente completo y en buen estado de conservación, aunque totalmente descontextualizado de cualquier sepultura. Tanto el modelo de bocado como su cronología pueden definirse a través de los tipos estudiados en la necrópolis de Carratiermes (Argente *et al.*, 2001, 70-90, figs. 39-40). Concretamente nuestro modelo es prácticamente idéntico al tipo 2 de Argente y otros, denominado como "bridón de aros", el cual está compuesto por un aparejo prácticamente completo, en el que se conserva el filete o embocadura, así como las arandelas de éste y las grapas

de la carrillera y de las riendas, sujetas también por sus correspondientes aros situados junto a la frontalera con tres perforaciones (fig. 86, A-B) (Argente *et al.*, 2001, 73, fig. 41. 2).



Figura 86. Bocado de caballo del expolio de 1993 en la necrópolis de la Oruña, según Royo y Aguilera (2022).

Las cronologías adjudicadas a este modelo de bocado dependen en gran medida de los contextos asociados, sobre todo las armas y algunos adornos, asociaciones que permiten extender el depósito de estos bocados en las necrópolis prerromanas desde el siglo V hasta el siglo II a.C., según Quesada (Quesada, 2005, 116-121, fig. 21). En nuestro caso concreto, se propone una datación situada entre el siglo III y mediados del II a.C. (Argente *et al.*, 2001, 84) (fig. 87).

Paralelos del modelo de la Oruña aparecen en las principales necrópolis celtibéricas del alto Jalón y del alto Duero, como Atienza, Alpanseque, Aguilar de Anguita o Arcóbriga (Lorrio, 2005, figs. 63-68). Bocados muy similares se incluyen en contextos seguros, como en la tumba 9 de Atienza, fechada en la subfase IIA de Lorrio (2005, fig. 67. c), en la tumba 15 de la Mercadera, de la misma cronología (Lorrio, 2005, fig. 71, b), en la sepultura 14 de la calle I de Alpanseque (Lorrio, 2005, 237, fig. 99. 6) e incluso encontramos ejemplares de bocados en la necrópolis de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez, 2009, 356-360, fig. 167). Otros casos son el bocado completo localizado en la tumba 514, Zona VI, de la necrópolis de la Osera (Kurtz, 2009, 470, fig. 9), o el procedente de la sepultura 7 de Osma, junto al bocado articulado con anillas de la tumba 605 de la necrópolis de las Cogotas (Kurtz, 2009, 461, fig. 3), todos ellos datables entre los siglos IV-III a.C. (Kurtz, 2009, 471).

Además de esos paralelos vinculados al territorio celtibérico y vacceo, contamos con algunos ejemplares en el valle del Ebro, como el bocado partido con anillas y aros de Etxauri (Castiella y Sesma, 1988-89, 399, fig. 10. 3), o los restos de bocados localizados en la necrópolis del Castillo en Castejón que deben relacionarse con nuestro ejemplar (Faro, 2015a, 754-757, figs. 376-379).

El bocado de caballo de la Oruña refuerza la presencia de objetos vinculados a la clase guerrera celtibérica, como las grebas, las espadas o el cuchillo bidiscoidal,

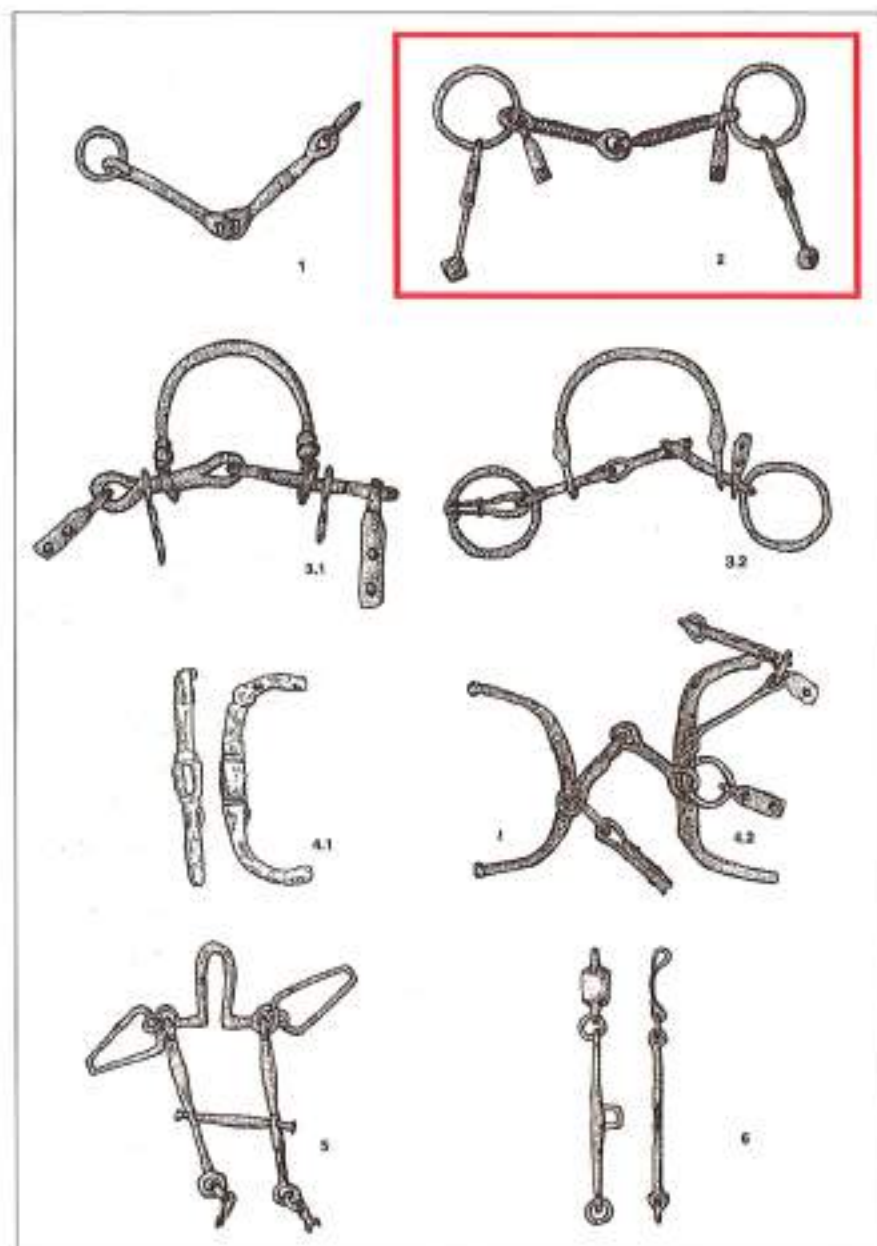


Figura 87. Tipología de los bocados de caballo de la necrópolis de Carratiermes e identificación del bocado de la Oruña como del tipo 2 de Argente *et al.* (2001), modificada por Rojo y Aguilera (2022).

hasta el momento el mejor ejemplo de élites ecuestres y de su heroización en el valle del río Huecha (Almagro Gorbea, 2005, 166).

3.7.3.2.7. Fragmento de objeto indeterminado

Se trata de una pequeña plaquita de bronce con una diminuta bisagra cuya funcionalidad no hemos sido capaces de desentrañar (fig. 88). Perteneció a un objeto mayor, pero no podemos concretar si se trata de un elemento decorativo, ya que en el reverso aparece con concreciones ferrosas lo que nos indica su deposición (fig. 88, B), o su pertenencia a una pieza mayor (un vaso, un caldero...). El anverso de la chapita presenta unas ligeras incisiones, a modo de decoración, sin que podamos concretar más respecto a su identificación (fig. 88, A).



Figura 88. Fotografía de anverso y reverso de una plaquita de bronce con bisagra, recuperada en la necrópolis de la Oruña (Foto: Royo, 2022).

3.7.4. Cronología

La fecha de destrucción de la fase antigua del *oppidum* no puede llevarse más allá de finales del siglo III a.C. pero desconocemos el momento de su inicio. Por otra parte, el análisis de las piezas metálicas recuperadas en la necrópolis, especialmente las grebas, nos llevarían a fechas más tempranas, posiblemente de finales del siglo VI o inicios del V a.C. por lo que parece lógico pensar que esa puede ser la fecha fundacional del conjunto más antiguo de la Oruña. El apogeo de este núcleo estuvo entre principios del siglo III y mediados del siglo II a.C., como parece deducirse de las dataciones propuestas para las espadas, los cuchillos, el bocado de caballo y las cerámicas de la necrópolis.

4. Las necrópolis protohistóricas del río Huecha y su contexto en el Ebro Medio

4.1. La investigación del mundo funerario en el sector occidental del valle medio del Ebro

Los trabajos de síntesis realizados sobre esta área en los últimos años del siglo XX y lo que va del XXI han demostrado, como no podía ser de otra manera, la fuerte relación de los hallazgos funerarios del río Huecha con los de la cuenca media del Ebro. En el II Simposio sobre los celtiberos, ya planteamos la importancia de dichos restos y su personalidad, como precedentes de las necrópolis celtibéricas entre el sistema ibérico y el Ebro (Royo, 1990, 125, fig. 1).

En los Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa, la definición de este grupo de necrópolis del valle medio del Ebro, se concretó en una diferenciación regional siguiendo los valles de sus afluentes, donde se detectan ligeras variaciones en la arquitectura funeraria, en los rituales y en los ajuares, concretándose algunos aspectos de los cementerios protohistóricos del río Huecha (Royo, 1992-93, 93-94, fig. 1). La publicación del XXI Coloquio Internacional de la Asociación Francesa para el Estudio de la Edad del Hierro, permitió aportar una visión de conjunto sobre el mundo funerario protohistórico del valle medio del Ebro, con la definición de sus tres principales grupos (Royo, 2000, fig. 1). De estos tres conjuntos destaca el Grupo IA, localizado entre el río Ebro, el río Aragón y el río Huerva, en el que se incluyen las necrópolis del Huecha (Royo, 2000, 41-43) (fig. 89). De dicho grupo se analizan aspectos como el ritual incinerador y la cultura material y se insiste en la definición de un nuevo tipo de túmulo realizado con adobes y en la ausencia en esta zona de los denominados "cementerios de urnas", aportando necrópolis y ajuares de interés para el tránsito del Hierro I al II (Royo, 2000, 47, figs. 3 y 9).

Esta diferenciación regional ha sido aceptada por los investigadores que han estudiado este área (Castiella, 2005, 202, fig. 114; Armendáriz, 2008, 185-186; Faro, 2015). Otros autores relacionan las necrópolis navarras del Ebro con las del río Huecha (Ruiz Zapatero, 2008, 103), planteando nuevos problemas, como la extensión de las necrópolis, su relación con los poblados, el índice de riqueza de las sepulturas, las inferencias sociales a través de los ajuares, el ritual funerario y la ausencia de datos poblacionales (Ruiz Zapatero, 2008, 104-105, figs. 2 y 4).

Entre los planteamientos de la arqueología de la muerte, destacan algunos trabajos que comparan las necrópolis tumulares francesas entre los ríos Garona y Ebro, a partir de los yacimientos conocidos (Adroit, 2014, 204, fig. 1). Al analizar "las cadenas operativas de las prácticas funerarias" (Adroit, 2014, 206), se establecen criterios como el tipo de construcción, su tamaño, el ritual y el ajuar que muestran las relaciones entre los yacimientos franceses y los del Ebro medio y

reborde nororiental de la Meseta, entre el Bronce final III B y el Hierro I (Adroit, 2014, 212, fig. 6).

La necrópolis navarra del Castillo de Castejón (Faro, 2015a) puede considerarse un cementerio representativo del mundo funerario del Ebro Medio. Su excavación ha sido de enorme interés para aportar nuevos datos sobre el ritual y el material metálico (Faro, 2015b), algunos objetos de adorno como las lúnulas (Faro, 2017a), las armas (Faro, 2017b) o las fibulas navarro-aquitanas, tan abundantes en los cementerios de este grupo (Faro, 2018). Hoy por hoy, se trata de la necrópolis excavada más extensa y con mejor documentación de todo el Grupo I y claramente relacionada con las necrópolis del Huecha (Faro, 2015b, 34, fig. 4).

Una de las últimas síntesis publicadas sobre el mundo funerario del Ebro medio, ha sido construida a partir del estudio de la necrópolis del Corral de Mola en Uncastillo (Royo, 2017, 69, figs. 1-2). Se resumen las investigaciones más sobresalientes de la cuenca del Ebro, entre mediados del siglo XX y los inicios del XXI, analizando yacimientos del Bajo Aragón, bajo Ebro, Cinca Segre, Cataluña interior, Pirineos y Sistema Ibérico, junto a los grupos ya conocidos del Ebro medio o el reborde meseteño. Otros aspectos como la arquitectura funeraria, el ritual de enterramiento, la cultura material y el origen del fenómeno tumular también son tratados (Royo, 2017, 116-119, fig. 49).

4.2. La diferenciación regional de las necrópolis protohistóricas del valle medio del Ebro

Existen dos elementos esenciales que califican las necrópolis protohistóricas de la mitad occidental de la provincia de Zaragoza, sur de la de Huesca y extremo oriental de Navarra: la presencia sistemática de estructuras tumulares en los cementerios y la utilización de la incineración como único ritual de tratamiento de los cadáveres (Royo, 2017, 119-120, fig. 48). La delimitación de este área, queda incluida en nuestro Grupo I, integrado en los CC.UU. del noreste peninsular (Royo, 2000, 41-43, fig. 1; 2017, 119-121, fig. 48). A tenor de los datos disponibles, los límites geográficos de nuestro Grupo I deben señalarse entre los ríos Gallego y Aguas Vivas hacia el este y el río Aragón y Arga hacia el oeste, mientras que los límites norte y sur debemos señalarlos en los somontanos pirenaico e ibérico (fig. 89).

De este Grupo I derivan dos subgrupos: IA y IB, con un substrato común, pero con diferencias en el ritual funerario, la tipología tumular y los ajuares. El subgrupo IA, está integrado por las necrópolis de la ribera del Ebro en la Navarra media y por las existentes en los ríos Huecha, bajo Jalón, bajo Huerva y el río Ginel, con el límite en el río Aguas Vivas. Por otro lado, el subgrupo IB comprende los cementerios de la cuenca de Pamplona, río Aragón, Cinco Villas, Hoya de Huesca y río Gállego, con el límite en los Monegros.

La Ra en Arroniz o inéditas como El Rincón, confirman el uso sistemático de la arquitectura tumular y del ritual incinerador (Armendáriz, 2008, 182-183). Los paralelismos en la cultura material y en los ajueres funerarios de dichos sitios, indican una identidad absoluta y su pertenencia a un mismo grupo cultural.

La economía de medios y la presencia o no de materias primas, debió suponer un inconveniente para la construcción de grandes monumentos funerarios pétreos, como en las necrópolis del grupo IA del río Huecha o del Jalón. En el río Huecha, se ha identificado la presencia de túmulos de adobe en las necrópolis de la Atalaya, Burrén y Burrena (Royo, 1986, 50; Royo y Pérez, 1987: 208) y posiblemente el Quez, aquí combinando su presencia con túmulos de cantos rodados o calizos (Royo, 1986, 49). La existencia de túmulos pétreos, como Carraveruela, Cabezo de las Viñas o la Oruña, subraya un aspecto constructivo en el río Huecha que muestra el claro predominio del fenómeno tumular en estas tierras. Por lo que se refiere a la cultura material de estos yacimientos, coincide plenamente con las necrópolis navarras, en lo referido a la cerámica y también a los objetos metálicos (Royo, 2000).

En el Bajo Jalón se conocen tres necrópolis del Hierro I: San Sebastián y Barranco de la Peña en Urrea de Jalón y Cabezo Ballesteros en Épila (Pérez, 1990, 113-118). En las dos primeras se documenta la presencia exclusiva de incineraciones, aunque de San Sebastián sólo se conocen datos de superficie (Pérez, 1990, 113, fig. 3). En el Barranco de la Peña, se estudiaron cinco sepulturas tumulares de cantos rodados, yeso y pequeños bloques calizos, con enterramientos practicados en *loculi* bajo túmulo, cultura material afín a este subgrupo, y dataciones radiocarbónicas centradas en el siglo V a.C. (Pérez, 1990, 115, fig. 5), cuya calibración queda afectada por la meseta de Hallstatt (Royo, 2017, 105, fig. 42). En la necrópolis del Cabezo Ballesteros se excavaron un total de treinta sepulturas, con estructuras tumulares de adobe circulares y cuadradas, aunque también aparecen túmulos con cantos de yeso (Pérez, 1987; 1988, 82). Su cultura material no desentona del conocido en las necrópolis navarras o del río Huecha, con dataciones radiocarbónicas que fechan este cementerio entre los siglos VII y III a.C. (Pérez, 1990, 117), aunque una vez calibradas, cuentan con los problemas ya citados (Royo, 2017, fig. 42) (fig. 90, A).

En el río Huerva se conoce la necrópolis del Lugar Viejo de María de Huerva (Burillo, 1981, 64-74), un extenso cementerio con decenas de túmulos circulares y cistas pétreas cuyo escaso material cerámico permite fecharlo en un momento más antiguo que el resto de las necrópolis conocidas de la margen derecha del Ebro (fig. 90, B).

Junto al río Ginel, en la localidad de Mediana de Aragón, se localiza un cementerio con datación absoluta de finales del siglo VI a.C., de la que se ha excavado una sepultura de incineración localizada bajo la ciudad ibérica, con materiales cerámicos característicos de las necrópolis del valle medio del Ebro (Maestro, 1994, 67 y 70; Maestro, 2005, 144).

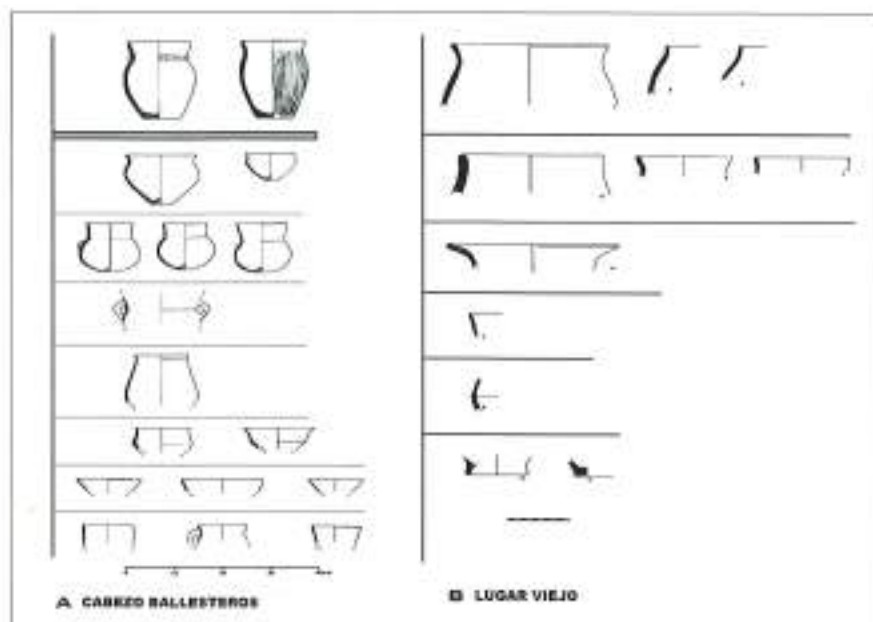


Figura 90. Tipologías cerámicas de algunas necrópolis del Grupo IA del valle medio del Ebro. A: Cabezo Ballesteros. B: Lugar Viejo, según Royo y Aguilera (2022).

4.2.2. El subgrupo IB

Las necrópolis situadas en los afluentes del río Ebro por su margen izquierda integradas en el Grupo IB cuentan con menos casos, dos descubrimientos en la cuenca de Pamplona: Playa Grande y Lezana (Royo, 2017, 119-120, fig. 48, 3-4), de cuya existencia sólo sabemos que se trata de necrópolis tumulares de incineración, aún en estudio¹⁴.

En la cuenca del río Aragón, en el entorno del embalse de Yesa, aparecen varias necrópolis con notables diferencias respecto al resto del subgrupo IA. Entre ellas citaremos la de Arroyo Vizcarra (Royo, 1997a, 51), donde existe una auténtica organización del espacio funerario con agrupaciones de sepulturas, presencia de grandes estelas y donde se combina el encachado pétreo con cistas de adobes, la incineración en la propia sepultura y los círculos de piedras (Royo y Fatás, 2017). La escasa cultura material ofrece una tipología similar a la del valle medio del Ebro (Royo y Fatás, 2017, 30, fig. 4). En el Barranco de la Paúl en Los Pintanos también aparecen círculos de piedras con estelas (Royo, 1997 b, 266, figs. 6-7). La arquitectura de estas dos necrópolis cuenta con dos tipos de enterramientos de incineración: túmulos con encachados pétreos y estructuras realizadas con círculos

¹⁴ Según comunicación personal de J. Sesma, arqueólogo del Gobierno de Navarra.

de piedras asimilables a los crómlech del Pirineo occidental (Royo, 1997 a, 52-54, figs. 6 a 8; López y Pons, 1995, 116-117) y a las culturas pastoriles trashumanas de esta zona montañosa (Peñalver, 2005, 310-311). La cronología de ambos conjuntos debe situarse a partir de mediados del siglo VI y durante todo el siglo V a. C. Otras necrópolis son: el Salado, la Salada, Valles II, o la Pardina, todas ellas localizadas en prospecciones del entorno del embalse de Yesa (Royo, 1997 b; Royo, 2017, 119, fig. 48). Por último, en los Pedregales de Urriés, documentamos grandes túmulos de entre 10 y 20 m de diámetro (Royo, 1997b).

Otras necrópolis tumulares de encachado pétreo presentes entre Ejea de los Caballeros y el río Riguel, son la Finca de la Casiana, con estructuras entre los 6 y los 9 metros de diámetro (Royo, 2017, 119, fig. 48), Corral de Mola, Busal I y Campo de Uncastillo. En la necrópolis del Corral de Mola se han documentado cinco túmulos de empedrado de entre 5 y 9 m de diámetro, con incineración *in situ*, cerámicas manufacturadas asociadas al Grupo IA y ajuar metálico fechable en la segunda mitad del siglo VII a.C. (Royo, 2017, 148-152, fig. 63) (fig. 91, A). La presencia de túmulos con incineraciones también se documenta en la necrópolis de Busal, pero los restos de espadas de hierro de tipología lateniense y cerámicas evolucionadas con perfiles en S, aportan una cronología entre mediados del siglo VI y todo el V a.C. (Royo, 2017, 110-116, figs. 45-47) (fig. 91, B). Existen otras necrópolis localizadas en el río Gállego y Hoya de Huesca que se localizan en el límite oriental del subgrupo IB. La encontrada en la avenida Martínez de Velasco, en el casco urbano de Huesca, es una necrópolis tumular con encachados pétreos y ritual de incineración, con ajuares metálicos y cerámicos similares a los del valle medio del Ebro (Juste, 1993). Los estudios realizados constatan la presencia de siete túmulos entre circulares y cuadrados y cerámicas con decoraciones incisas, acanaladas y de collarinos digitados (Juste, 1992 y 1994, fig. 2; 1995, 29-35, fig. 4) (fig. 91, C). Del ajuar metálico destaca la presencia de una panoplia completa de guerrero, con espadas de La Tène, cuchillo afalcatado, brazalete de tampones terminales, fíbula zoomorfa y un broche de cinturón de tipo ibérico con decoración mielada, todo ello datado en el siglo V a. C. (Juste, 1995, 33-35, fig. 7).

Otros materiales metálicos, especialmente broches de cinturón de dos y tres ganchos, proceden de hallazgos funerarios en Castillón en Puybolea, Betance en Bolea y Castilsabás en Loporzano (Royo, 2017, fig. 48; Royo, 2022, 301-304, fig. 13). En cuanto al río Gállego, sólo contamos con hallazgos superficiales en Lecifena, allí se localizaron tres necrópolis tumulares de incineración, en dos de los casos, Pontarrón y Replano II, con presencia de túmulos de planta circular u ovalada delimitados con lajas hincadas y el caso de Perelles, donde coexisten túmulos circulares con otros cuadrangulares (Ferreruela, 1996, 94-95).

A tenor de los datos expuestos, se comprueba que las necrópolis de nuestro Grupo I cuentan con uniformidad en la arquitectura tumular y en el ritual incinerador, pero también hay otras características que permiten establecer rasgos distintivos:

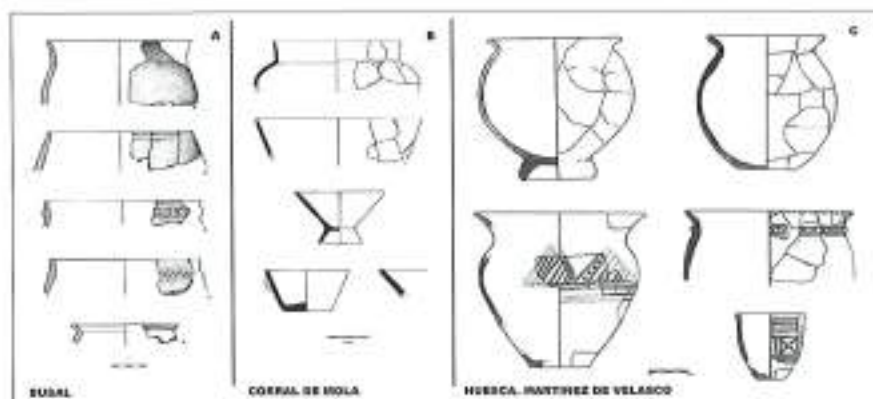


Figura 91. Tipologías cerámicas de algunas necrópolis del Grupo IB del valle medio del Ebro. A: Busal. B: Corral de Mola. C: avda. Martínez de Velasco (Huesca), según Royo y Aguilera (2022).

3. Existe una mayor variedad constructiva y monumentalidad en algunos conjuntos funerarios como los de las Cinco Villas, donde coexisten túmulos de encachado petreo junto a auténticos crómlechs con ritual incinerador, fenómeno que podemos interpretar en relación con la tradición pastoril de la zona y la actividad trashumante (Royo, 2017, 119).
4. En cuanto al tamaño de las estructuras funerarias en las Cinco Villas se constata la presencia de grandes conjuntos tumulares con diámetros entre los cinco y los veinte metros, como en Los Pedregales, Arroyo Vizcarra, Barranco de la Paul, Corral de Mola, o Finca de la Casiana.
5. También en varias necrópolis de las Cinco Villas se registra la incineración in situ en la propia sepultura, como en el caso de Corral de Mola o Arroyo Vizcarra, mientras que en las necrópolis de la margen derecha del Ebro suelen aparecer ustrina, como en Cabezo Ballesteros, la Torraza y la Atalaya.
6. En cuanto a los ajuares funerarios, existe una clara uniformidad en la cerámica que comparte perfiles comunes en todo el Grupo I, sobre todo correspondientes a las fases plenas y tardías del Hierro I, y destaca la más que notable ausencia de perfiles bitroncocónicos y decoraciones acanaladas, excisas o incisas que marcarían los momentos más antiguos en nuestro Grupo I. Por el momento, sólo la presencia de algunas cerámicas y decoraciones en Burrén y Burrena, Cabezo de las Viñas o en Martínez de Velasco, permiten ver tradiciones cerámicas vinculadas a los inicios de la Edad del Hierro en la zona, por encima del siglo VII a.C. La ausencia de necrópolis del Hierro I antiguo en el valle medio del Ebro, es una constante que por el momento no tiene otra explicación que el azar, ya que el poblamiento de dicho periodo está plenamente constatado.

7. En los ajuares metálicos de las necrópolis del Grupo I coexisten materiales en bronce y hierro, concentrándose éste en utensilios, armas y en fibulas, por lo que las aleaciones de base cobre quedan para adornos y complementos de vestuario. El ajuar exclusivo de bronce del túmulo 1 de Corral de Mola, marca una etapa temprana dentro del Hierro I medio y un atesoramiento de dicho material que justificaría la presencia allí de una élite social (Royo, 2017, 154).

4.3. Otros grupos de necrópolis similares del valle del Ebro y zonas limítrofes

Las necrópolis descritas en este Grupo I del Ebro medio mantienen estrechas relaciones materiales, rituales o de arquitectura funeraria con otros conjuntos del valle del Ebro y zonas aledañas (Royo, 2017, 120-125, fig. 49) (fig. 92). De las necrópolis del alto Ebro conocemos un número significativo de yacimientos: Miraveche, Arce Mirapérez, la Cascajera, Etxauri, la Redonda o la Hoya, entre otras (Llanos, 1990, fig. 1). Estos conjuntos carecen de estructuras tumulares bien delimitadas, pero cuentan con cistas y un ritual incinerador común, así como posibles estelas de señalización. Sus ajuares metálicos, con armas, fibulas de La Tène y broches de cinturón de placa y su datación entre los siglos V y III a. C. (Llanos, 1990, 145-146, figs. 2-4), permiten relacionar estos yacimientos con las necrópolis celtibéricas de la meseta norte, pero también con la etapa más tardía de la necrópolis del Castillo de Castejón que presenta armas y elementos de banquete relacionados también con el mundo celtibérico (Faro, 2015, 103).

Más cercanas al río Huecha, se encuentran las necrópolis celtibéricas de los ríos Jiloca, alto Jalón (Cerdeño y García Huerta, 1990) y alto Tajo y Duero, de las que sólo citaremos como más representativas la Umbría, Herrería III y Carratiermes. Interesa destacar la necrópolis de la Umbría de Daroca en el bajo Jiloca, afluente del Jalón, por sus cuatro niveles de enterramientos, de los que el más antiguo, el nivel D, debe relacionarse con las necrópolis de nuestro Grupo I. Las cerámicas se identifican con las tipologías protohistóricas del Ebro medio (Aranda, 1990, 104-105, fig. 2), acompañadas de ajuares metálicos con fibulas de doble resorte de puente acintado y broches de cinturón desde fines del siglo VI y el siglo V a. C. (Aranda, 1990, 109, fig. 5). La reciente revisión de los broches, amplía su tipología y cronología hasta los siglos III-II a. C. (Royo, 2022, 301, fig. 12).

La fase III de la necrópolis de Herrería también se ha relacionado con los cementerios protohistóricos de la cuenca media del Ebro, tanto por el uso del rito de la incineración bajo túmulo con estela, como por la posesión de ajuares con fibulas de doble resorte y puente acintado, broches de cinturón de un garfio con escotaduras laterales y brazaletes abiertos (Cerdeño y Sagardoy, 2007, 120-122, tablas 7 y 8, fig. 295).

En la fase "protoceltibérica" de la necrópolis de Carratiermes, también son generalizadas las incineraciones en hoyo bajo túmulo y estela señalizadora (Argente *et al.*, 2000, 48-50). La cerámica manufacturada presenta muchas similitudes con la del valle medio del Ebro (Argente *et al.*, 2000, fig. 59), así como los ejemplares metálicos: fibulas de doble resorte con puente decorado, broches de cinturón de un garfio con escotaduras laterales y brazaletes abiertos (Argente *et al.*, 2000, figs. 43, 47 y 51).

También citamos la necrópolis del Cuarto de Griegos, donde los trabajos realizados (Almagro Basch, 1942; Chordá *et al.*, 2013-14) encuentran un cementerio de cronología arcaica, con enterramientos de incineración en hoyos protegidos o rodeados por piedras, sin que pueda asegurarse la presencia de auténticos túmulos (Chordá *et al.*, 2013-14, 234-235). Los ajuares señalan urnas y vasos manufacturados muy similares a los del valle medio del Ebro, así como brazaletes abiertos idénticos a los del Corral de Mola, Ballesteros o la Torraza (Almagro Basch, 1942, figs. 3 y 5; Chordá *et al.*, 2013-14, figs. 8, 9 11 y 13).

Algunas necrópolis de la margen derecha del Ebro medio podrían ser el contacto entre el Grupo I y el del Bajo Aragón (Royo, 2017, 123, fig. 49). Como más representativas citamos las de Azaila, el Cabo de Andorra, San Pedro de Oliete y la sepultura de guerrero de Les Ferreres. La necrópolis de Azaila, en la cuenca del río Aguas Vivas, en la fase del Hierro I tardío, se caracteriza por sus enterramientos tumulares de incineración de variada tipología (Beltrán Lloris, 1976, figs. 16 y 18), cuyos ajuares metálicos y cerámicos pueden paralelizarse con las tipologías de las necrópolis del Grupo I (Beltrán Lloris, 2013, 168-172) (fig. 92).



Figura 92. Distribución de las necrópolis de incineración del Grupo I y su relación con el resto de cementerios en el valle del Ebro y áreas limítrofes, según Royo (1917), a partir de cartografía del IGN, modificada por Royo y Aguilera (2022).

La pequeña necrópolis del Cabo de Andorra (Benavente *et al.*, 2015), ha proporcionado seis túmulos de encachado pétreo y planta circular, con enterramientos de incineración femeninos, cuyos ajuares cerámicos repiten modelos de Azaila y del Bajo Aragón. Su ajuar metálico de bronce está compuesto por fibulas de doble resorte, torques, cadenas, anillas y un botón semiesférico, lo que ha permitido fechar todo el conjunto entre finales del siglo VII y el primer cuarto del siglo VI a. C. (Benavente *et al.*, 2015, 150).

La sepultura aislada de Les Ferreres, conocida por el hallazgo del *thymaterion* (Cabré, 1942), muestra un enterramiento singular de guerrero cuyo ajuar metálico está compuesto por el citado soporte, dos espadas, una coraza, un *simpulum*, una pátera de tipología etrusca y dos grebas. El conjunto de mediados del siglo VI a. C., muestra el ascenso social y económico de las élites guerreras entre el Hierro I y la cultura Ibérica en el Bajo Aragón y el atesoramiento de objetos de prestigio de origen mediterráneo (Graells y Armada, 2011, 32-34, fig. 5), con paralelos en la tumba de guerrero de Llinars del Vallès (Sanmartí, 1993).

En la cuenca del río Martín se conocen algunas necrópolis con datos muy escasos por el momento. En el Collado del Lugar de Obón, se documentó parte de un túmulo circular con una urna similar a las del Cabo de Andorra (Lorenzo, 1997, 342, fig. 4). En los recientes trabajos del Museo de Teruel en la necrópolis de San Pedro de Oliete se han localizado más de una veintena de túmulos pétreos de planta circular y cuadrangular, con ajuares cerámicos y metálicos que pueden emparentarse con las necrópolis del Grupo I y que se han fechado en el entorno del siglo V a. C.¹⁵

Otras necrópolis tumulares localizadas entre las cuencas de los ríos Aguas Vivas y Martín, como las Sardas de Alborge o Mejana I y II de Sástago (Royo, 2000, fig. 1, Grupo III), también podrían representar un área de transición entre el grupo del Ebro medio y el del Bajo Aragón y Maestrazgo, con las que mantienen fuertes relaciones a partir del Hierro I (Royo, 2000, 56).

Respecto a las necrópolis localizadas en el Bajo Aragón, entre los ríos Guadalope, Matarraña y Algás, contamos con una nutrida bibliografía (Rafel, 2003; Graells y Fatás, 2010, 45-74, fig. 1. 2; Rafel *et al.*, 2012; Benavente *et al.*, 2012, 41-46, figs. 2-10). Son pequeños cementerios con túmulos de planta circular y grandes cistas excéntricas, casi megalíticas en algunos casos, un ritual generalizado de incineración y un ajuar funerario emparentado con el Grupo IA del Ebro Medio. La influencia de las necrópolis bajoaragonesas se deja notar en algunos cementerios del Alto Maestrazgo, como en Sant Joaquín de la Menarella, donde existe una arquitectura tumular, cultura material y cronología muy similar (Vizcaíno, 2010, 159-162). Otras necrópolis localizadas en el Bajo Ebro son en todo muy similares al Grupo del Bajo Aragón, aunque

¹⁵ Esta necrópolis está en proceso de excavación y estudio, los datos han sido extraídos de las redes sociales y de las noticias de prensa aparecidas en 2020 y 2021, dados a conocer por los directores de la actuación.

sus túmulos tienen dimensiones menores (Belarte *et al.*, 2013; Belarte y Noguera, 2007).

La región pirenaica también está relacionada con nuestro grupo del Ebro medio, tanto en su vertiente española como francesa (López y Pons, 1995). De esta zona conocemos cementerios donde alternan los túmulos con auténticos crómlechs, con ejemplos en Els Vilars, Pla de Gibrella, La Foradada o Puig Alt (López y Pons, 1995, 109-112, figs. 3-4). Entre las necrópolis tumulares con grandes círculos de piedras de los Pirineos centrales, existen algunas vinculadas con la trashumancia, sería el caso de Ayer, Le Labet, Baren (Alto Garona) y Aribouat, relacionadas con Arroyo Vizcarra y Barranco de la Paül (López y Pons, 1995, 113-115).

Algunos trabajos sobre el mundo de los crómlechs pirenaicos han intentado definir estas estructuras, vinculadas mayoritariamente a su función funeraria con una larga tradición, aunque con una cronología centrada en el primer milenio a.C. (Peñalver, 2005, 308-309). Así se ha comprobado en el círculo 106 del Plan de la Sarra en Benasque (Calastrenc *et al.*, 2011), o en Yermos del Cementerio en el Pirineo central, donde aparecen varios círculos con incineración fechados por radiocarbono en el primer tercio del primer milenio a. C. (Rey, 2014, 89-91, fig. 6). En nuestra opinión, la coexistencia de túmulos con crómlechs en Arroyo Vizcarra, Beo, de la Paül o Corral de Mola, se relaciona con las poblaciones agrícolas de los valles cercanos al Ebro y los pasos ganaderos conectados por la trashumancia y la cultura pastoril en las altas Cinco Villas y en los Pirineos occidentales (López y Pons, 1995, 123), cuyos orígenes están comprobados ya desde la Prehistoria en algunos yacimientos neolíticos del Pirineo oriental, como Els Trocs (Rojo *et al.*, 2018, 121-123).

En las necrópolis francesas de Aquitania y Languedoc, contamos con un panorama mucho más variado. Aunque desde el Bronce medio se detectan relaciones entre el valle del Ebro, el sudeste francés y el norte de Italia (Ruiz Zapatero, 2013, 642), la historiografía ha vinculado las necrópolis languedocienses de los CC.UU. con el mundo funerario catalán que ha sido considerado como el corredor más permeable entre las dos vertientes pirenaicas (Pons, 2012, 59, fig. 1). Sin embargo, otros autores consideran que las relaciones entre Aquitania y el valle medio del Ebro fueron mucho más estrechas de lo considerado hasta ahora (Royo, 2005, 139-140, fig. 63), gracias a la revisión de la arquitectura funeraria (Adroit, 2014), y de su cultura material (Constantin, 2014; Torres-Martínez, 2013).

4.4. A vueltas sobre un viejo debate: necrópolis tumulares o “campos de urnas”

El debate generado en la segunda mitad del siglo XX entre los estudiosos de los CC.UU. en el valle del Ebro, sobre la presencia en los cementerios de enterramientos tumulares o en urnas sin túmulo, está hoy superado a la luz de varios trabajos (Adroit, 2014; Graells y Fatás, 2010; López Cachero, 2008). La aplicación

de renovadas metodologías de excavación y toma de datos, la revisión de antiguos yacimientos y las nuevas dataciones absolutas han permitido avanzar en la solución de un viejo problema: la dualidad campos de túmulos/campos de urnas y sus orígenes (Royo y Pérez Conill, 2019, 76).

En los grupos del Cinca-Segre y Bajo Aragón, algunos autores siguen apostando por la pervivencia del megalitismo como posible origen del fenómeno tumular (Rafel, 2003: 72-73). En cambio, otros prefieren retomar las tesis de Pellicer (1987 y 2008) sobre un fenómeno generalizado que cuenta con elementos indígenas y extrapeninsulares, de los que son especialmente importantes los aportes mediterráneos, tanto itálicos como griegos (Neumaier, 2006; Fatás y Graells, 2010: 45-58). El análisis de la situación de López Cachero (2008) cuestiona la supuesta coexistencia de campos de túmulos y de campos de urnas. Para este investigador, el ritual de la incineración y el fenómeno tumular están generalizados en todo el valle del Ebro a partir del Bronce final III, aunque las diversas variantes documentadas se deben a la falta de conservación de la cubierta tumular, las variaciones territoriales en su arquitectura, las tradiciones autóctonas o de la disponibilidad de materia prima para la construcción de los monumentos funerarios (López Cachero, 2008: 144-148).

La tradición de la arquitectura tumular no sólo se documenta en el valle del Ebro con la llegada de la cultura de los CC.UU. En la confluencia del Segre con el Ebro ya se constata desde la prehistoria reciente, la presencia de grandes cistas megalíticas que arranca desde el neolítico final y llega hasta la Edad del Hierro. Ejemplos como las sepulturas neolíticas del Barranco de la Mina Vallfera, la cista del Bronce medio de Riols I y los túmulos de inhumación e incineración del Bronce final y Hierro I de los Castelletts II (Royo, 1994-96, 106; Royo, 2017, 124-125; Royo y Pérez Conill, 2019, 76-77; Ruiz Zapatero, 2014, 644-645), refuerzan dicho planteamiento. Esta pervivencia de la arquitectura tumular queda de manifiesto en la reutilización de algunos monumentos megalíticos desde el Bronce medio hasta el Bronce final en la zona oriental del valle del Ebro (Royo y Pérez Conill, 2019, 77-78, fig. 29) y en tumbas megalíticas del sudeste peninsular (Lorrio, 2009-2010).

Este fenómeno también se ha documentado en el medio y alto Ebro, entre el Neolítico final/Calcolítico y la Edad del Bronce, como en los sepulcros de la Atalayuela en Agoncillo (Andrés y Barandiarán, 2004), Tres Montes en Bardenas (Andrés *et al.*, 2007), la Saga de Caseda (Sesma *et al.*, 2007), o el sepulcro colectivo de la Senda de Robres en Lecién (Ferreruela, 1991).

En definitiva, consideramos que el fenómeno tumular en la depresión central del Ebro cuenta con una larga tradición indígena, basada en sepulturas bajo túmulo y megalíticas repartidas por la cuenca desde el Neolítico final, con perduraciones durante la Edad del Bronce y una total implantación a partir del Bronce final y Hierro I (Royo y Pérez Conill, 2019, 77).

En resumen, la arquitectura funeraria del Hierro I y II en la depresión del Ebro, se compone básicamente de estructuras tumulares con variantes en su planta: circulares, ovaladas o cuadrangulares. El túmulo puede constituirse a partir de un suministro que se adapta a los recursos litológicos de la zona. Pueden contar con anillo exterior o no y también puede existir cista central, excéntrica o *loculus*. En las altas Cinco Villas estas estructuras pueden configurarse a partir de grandes círculos de piedras formando auténticos crómlechs que pueden oscilar entre los cinco y los nueve metros de diámetro, como se constata en Arroyo Vizcarra (fig. 93) o en barranco de la Paül, donde las sepulturas pueden contar con estelas de señalización, algunas de ellas decoradas con grabados.

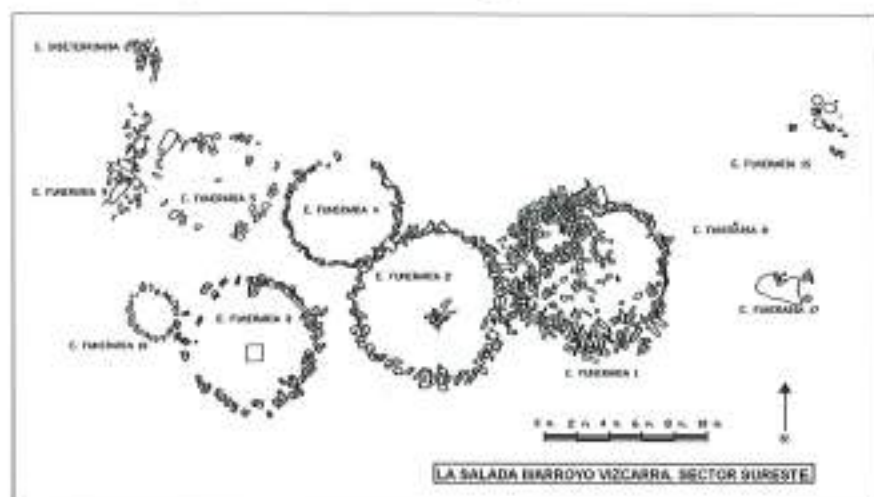


Figura 93. Círculos de piedras de la necrópolis del Hierro I de Arroyo Vizcarra, ejemplo de un tipo de enterramientos de incineración asociado a la trashumancia protohistórica, según Royo (2017).

En las necrópolis del Grupo I el tamaño de la estructura tumular puede variar desde apenas un metro de diámetro, hasta más de nueve en ocasiones, aunque las dimensiones más generalizadas oscilan entre uno y tres metros. La aparición de túmulos de adobe junto a otros de piedra no parece responder a una economía de medios, tal vez la explicación haya que buscarla en determinadas diferencias sociales o en la modificación del ritual del sepelio. Los casos mixtos en los que se combinan en una misma sepultura adobes y piedras podrían ser ejemplos de esa transición (fig. 94).

En conclusión, la práctica totalidad de las necrópolis de la Edad del Hierro del valle medio del Ebro están compuestas por estructuras funerarias tumulares, sin que hayamos constatado ni un solo ejemplo de "cementerios de urnas" en sentido estricto.

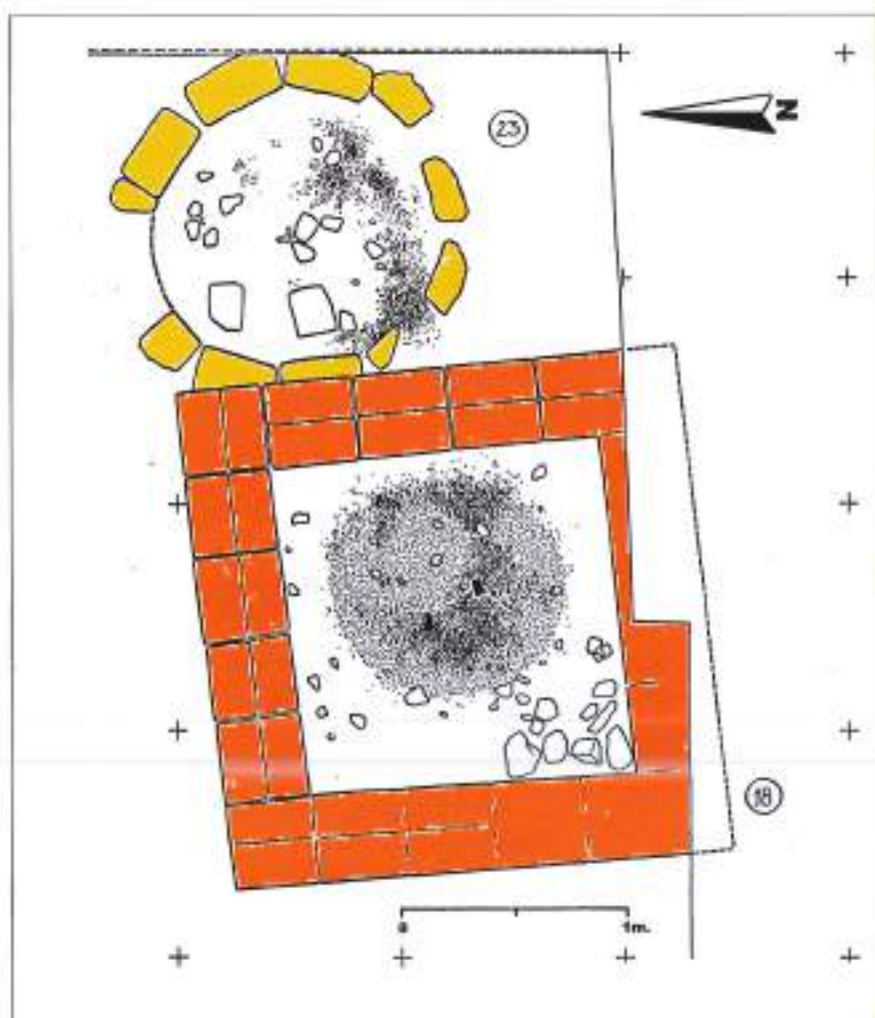


Figura 94. Túmulos 18 y 23 del Cabezo de Ballesteros, ejemplo de la superposición de túmulos redondos y cuadrados realizados con adobes, a partir de Pérez (1987), plano modificado por Royo y Aguilera (2022).

4.5. Usos y rituales funerarios durante la Edad del Hierro en el río Huecha

Los datos extraídos de los hallazgos en los cementerios protohistóricos de la zona, sin ser rotundos en determinados aspectos del ritual funerario, nos permiten adelantar algunas consideraciones sobre el proceso que conllevaba la muerte y entierro de las gentes que ocuparon el río Huecha durante la protohistoria.

De forma sintética exponemos los elementos del proceso funerario de la zona en estudio:

- Las evidencias señalan que la población fallecida era enterrada en las necrópolis tumulares cercanas a los poblados que jalonaban el río Huecha. Quedarían excluidos de dicho entierro los individuos neonatos o de muy corta edad, enterrados en el hogar familiar, como se ha visto en las casas en el Alto de la Cruz o en el Convento de Mallén. A pesar de la ausencia de estudios antropológicos de detalle, podemos conjeturar que los enterramientos abarcaban a ambos sexos, sin predominio de uno sobre el otro.
- Los datos recuperados en la Atalaya, el Quez, Carraveruela y la Oruña, muestran una gran densidad de enterramientos a lo largo de mucho tiempo, lo que implicaría la gestión del espacio funerario disponible por parte de uno o varios individuos de la comunidad. La parcialidad de los planos de los cementerios del Huecha no nos permite definir la existencia de una organización interna de los cementerios.
- Las necrópolis se ubican en un radio no superior a los 500 metros del poblado, a veces a menos de 300 metros, como en el caso de la Oruña o el Quez. La ausencia de otras necrópolis junto a poblados importantes, como El Morredón o *Bursau*, puede deberse a fenómenos de acumulación de sedimentos, o bien a su arrasamiento al situarse en zonas bajas sujetas a profundas transformaciones agrícolas.
- Aunque los datos no son concluyentes, podemos apuntar a la presencia de hitos de señalización de las sepulturas en forma de estelas pétreas sin apenas transformaciones, como en la Oruña.
- En cuanto al ritual crematorio, la existencia de posibles *ustrina* en la Atalaya, y su presencia en necrópolis similares como Cabezo Ballesteros, sugieren que la mayoría de las personas fallecidas eran incineradas en lugares específicos, junto con sus enseres metálicos y cerámicos. Una vez finalizado el proceso de incineración, los restos óseos eran recogidos y depositados dentro de la urna, en ocasiones con todo o parte del ajuar metálico, pero en otros casos, éste se depositaba alrededor de la urna cineraria, acompañada de diferentes vasos que pudieron corresponder, tanto a las ofrendas para el difunto, como a los restos de rituales de acompañamiento y duelo, entre los que puede incluirse el banquete funerario.
- A juzgar por la conservación de los restos metálicos, las cremaciones debieron ser intensas, alcanzándose temperaturas muy altas, como demuestra el alto grado de degradación y refundición de muchos metales. Queda por definir el tipo de combustible utilizado.
- Respecto a cuestiones sociales podemos inferir que dos de las necrópolis estudiadas, la Atalaya y la Oruña, han aportado pruebas de la existencia de diferenciación entre individuos, no tanto en la forma o tamaño de la estructura funeraria como en el tipo de ajuar. En la Atalaya podemos distinguir diferentes

conjuntos en los que la acumulación de determinados bienes, como torques, broches de cinturón o collares, pueden señalar sepulturas con mayor o menor estatus o diferencias de género. En los casos de los enterramientos con armas los distingos son más evidentes. En la Atalaya estos ajuares todavía suponen un escaso porcentaje sobre la población total incinerada, pero en necrópolis más tardías, como la Oruña, pudo suponer la existencia de una mayor cantidad de individuos militarizados, como pone de manifiesto la presencia de grebas, espadas, puñales, o bocados de caballo. La aparición de sepulturas pertenecientes a grupos guerreros, se considera un indicador del paso hacia comunidades más complejas social y económicamente. Se quiere ver en ellas una prueba del proceso de heroización de la figura del guerrero o del *equites*, si bien es cierto que fuera del ámbito funerario, es difícil rastrear en la cultura material unas élites permanentes que constituyesen un grupo dominante ligado al principio de estirpe o jefatura.

4.6. Cultura material y ajuar funerario: las ofrendas para el más allá

4.6.1. La cerámica manufacturada y su tipología. Urnas, vasos de ofrendas y objetos rituales

La primera dificultad en reconocer la funcionalidad de una pieza cerámica procedente de una necrópolis protohistórica radica en la falta de contexto. La única clasificación funcional del ajuar cerámico procede de la Atalaya, debido a que se pudo contextualizar en su momento una parte importante de los hallazgos. El resto de cerámicas en espacios funerarios del río Huecha carece de una situación precisa, lo que provoca que en muchas ocasiones no sepamos la funcionalidad de piezas que están incompletas. Con todo, hemos reunido en una tabla todas las formas cerámicas manufacturadas de las necrópolis del Huecha (fig. 95):

- Destaca la similitud tipológica de los materiales cerámicos, con perfiles que se repiten en todas las necrópolis, lo que supone la existencia de un modelo homogéneo para el área de estudio y también para una parte de los cementerios protohistóricos del Ebro medio.
- Los perfiles bitroncocónicos en las necrópolis de Burrén y Burrena y Cabezo de las Viñas nos permite intuir una fase de utilización de estos conjuntos funerarios ligeramente anterior al uso generalizado de las necrópolis del Huecha que debería situarse en un período de transición entre los poblados PIIa y PIIb del Alto de la Cruz de Cortes.
- El resto de perfiles manufacturados puede agruparse entre las fases PIIb y PIIa del Alto de la Cruz, coincidiendo con el momento de mayor utilización de las necrópolis del Ebro y del Jalón.

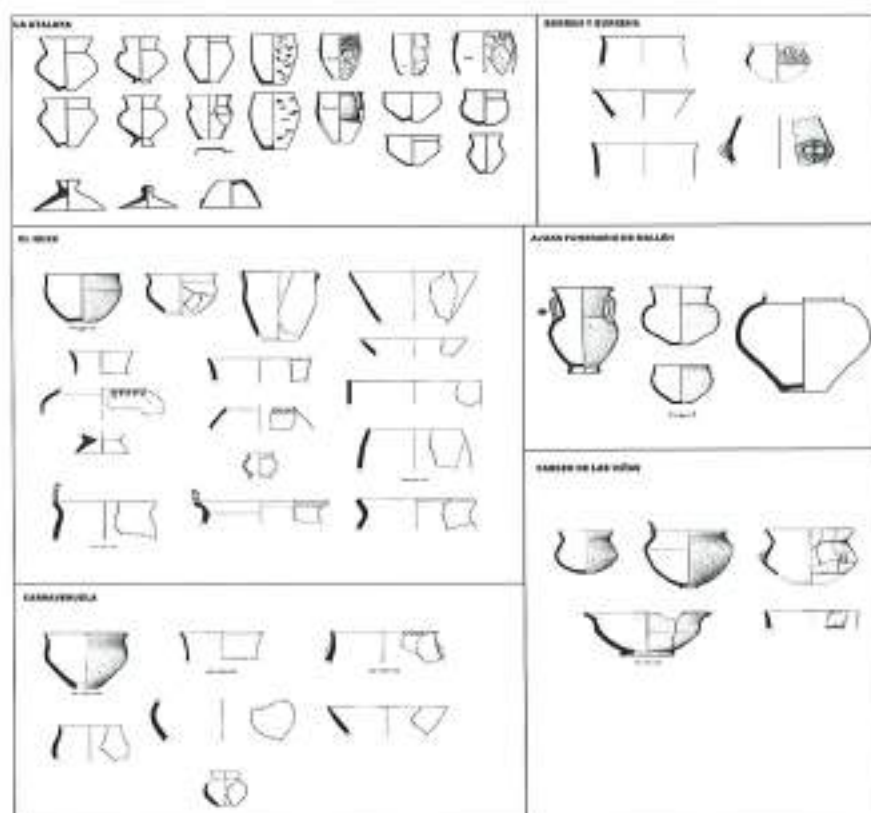


Figura 95. Tipología de la cerámica manufacturada de las necrópolis del Hierro I en el valle del Huecha, según Royo y Aguilera.

- La agrupación de las cerámicas manufacturadas de las necrópolis del río Huecha, ofrece un cuadro tipológico que convenientemente simplificado, lo componen 15 perfiles de superficies pulidas y otros 7 de superficies no pulidas (fig. 96). Si lo comparamos con las tipologías conocidas hasta el momento para los poblados protohistóricos del sector occidental del Ebro medio (Castiella, 1977, figs. 214-215; Royo, 2005, figs. 55-56), comprobaremos que, a pesar de algunas ausencias, la mayor parte del elenco tipológico cerámico se usaba indistintamente en los poblados y en las necrópolis, sin que podamos definir especímenes específicos para uso en los cementerios.

En este ambiente estandarizado, existen unas cuantas piezas que permiten su definición como objetos singulares, atendiendo en todos los casos a su tipología que se aparta de la estricta funcionalidad funeraria. Se trata de piezas que, por su morfología, pudieron utilizarse en rituales por ahora desconocidos, relacionados

con el proceso de enterramiento, luto o banquete funerario. Entre dichas piezas citaremos la imitación de un ánfora griega procedente de las cercanías del Convento de Mallén (fig. 96, 7) utilizada para el consumo y servicio del vino durante el banquete funerario, incorporándose a continuación al enterramiento como un vaso de ofrendas, en este caso determinando una posición de estatus social del difunto. A continuación señalaremos el fragmento de *kotyliskos* aparecido en la necrópolis de El Quez (fig. 96, 19), que formó parte de un *kernos* utilizado para llevar a cabo determinadas libaciones posiblemente relacionadas con el banquete funerario. Otra pieza a reseñar sería el vaso ovoide de carena alta y apéndice *ad ascia* aparecida en el Cabezo de las Viñas (fig. 96, 20), cuya funcionalidad como vaso de ofrendas, puede plantearse como hipótesis. Por último, citaremos el plato carenado procedente de ésta última necrópolis (fig. 96, 21), modelo de reconocida procedencia mediterránea y desde luego utilizado como elemento singular del ajuar funerario.

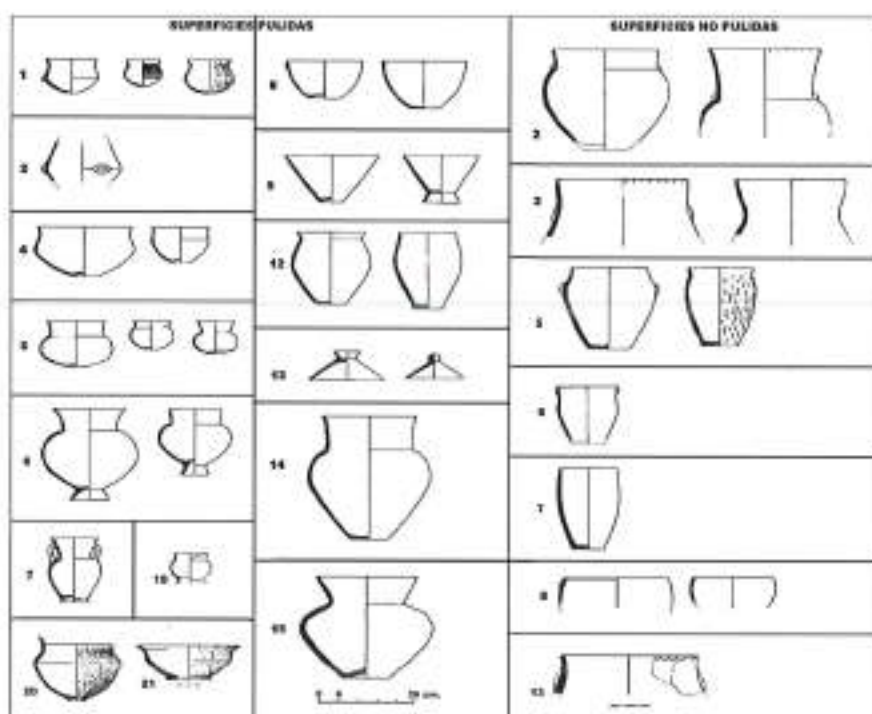


Figura 96. Principales tipos de la cerámica a mano de superficies pulidas y no pulidas del mundo funerario del río Huecha, según Royo y Aguilera.

Hay que tener en cuenta que en los cuatro casos hablamos de objetos de tradición mediterránea, en los dos primeros, con un origen griego/etrusco, en el tercer caso como una tradición posiblemente del norte de Italia y en el último, como imitación

de producciones ibéricas a torno. En todos los casos nos encontraríamos con piezas que por sus características, pudieron utilizarse en rituales de duelo, previos al propio enterramiento, pero tras el proceso de cremación, pasaron a formar parte del ajuar funerario como un elemento de diferenciación social del finado. Este fenómeno tiene un interés extraordinario, pues documenta en el ámbito funerario piezas de origen mediterráneo, tal y como aparecen en los poblados del Hierro I del Alto de la Cruz, Burrén y Burrena y el Morredón, como los soportes y *holmoi*, cuyo origen itálico hemos puesto de manifiesto (Royo, 2019, 29-30 y 32-38, figs. 2 y 45, 4-6), complementados con los soportes broncíneos aparecidos en contexto funerario en la Torraza de Valtierra y en el Castillo de Castejón (Royo, 2019, 38-43, fig. 45, 2-3).

El estudio de los distintos materiales plantea algunos interrogantes relativos a la condición social de los fallecidos que deben tenerse en cuenta. Las cerámicas aparecidas en las necrópolis analizadas, tanto las urnas cinerarias como los vasos que las acompañan, sean ofrendas o restos de rituales *postmortem*, se reducen a unas limitadas formas estandarizadas que aportan poca información sobre la distinción social de la población enterrada. Solamente en algunos casos como las imitaciones mediterráneas o los vasos rituales como el *kernos*, podrían suponer un elemento de posible diferenciación, al poseer piezas cuya finalidad pudo ser un ritual reservado a una minoría.

4.6.2. La cerámica a torno y la producción en serie de los modelos

Con la llegada del torno y la fabricación en hornos de mayor capacidad y superior tecnología, van a producirse grandes cantidades de vasijas y se consiguen formas más cerradas y de mayor tamaño.

Las producciones a torno identificadas en las necrópolis del río Huecha, cuyas tipologías remiten a modelos generalizados en todo el valle medio del Ebro y áreas de la meseta norte, nos han permitido identificar hasta tres momentos diferentes, cada uno de ellos coincidente con el uso de las necrópolis en las que aparece la cerámica torneada. A tenor de los paralelos y de la secuencia temporal para cada uno de los conjuntos cerámicos, esta sería la ordenación cronológica de la cerámica a torno en las necrópolis del río Huecha (fig. 97):

- Primeras producciones del siglo V a.C. (fig. 97, la Atalaya: 1-2). Se corresponden con los dos ejemplares detectados en la necrópolis de la Atalaya de Cortes de Navarra, consistentes en una tapadera de pomo romboidal y orejetas perforadas, así como una vasija de perfil ovoide y borde exvasado, ambas con influencia de modelos ibéricos originados en el oriente peninsular.
- Producciones de los siglos IV-III a.C. (fig. 97, Carraveruela: 1-10). Son las cerámicas halladas en Carraveruela que básicamente se clasifican en cuatro modelos: los vasos de perfil bitroncocónico y borde muy exvasado, las cráteras, los grandes vasos de bordes cefálicos y los cuencos o platos de paredes rectas. Todos ellos presentes en niveles de abandono o destrucción de poblados celtibéricos antiguos, como la Oruña.

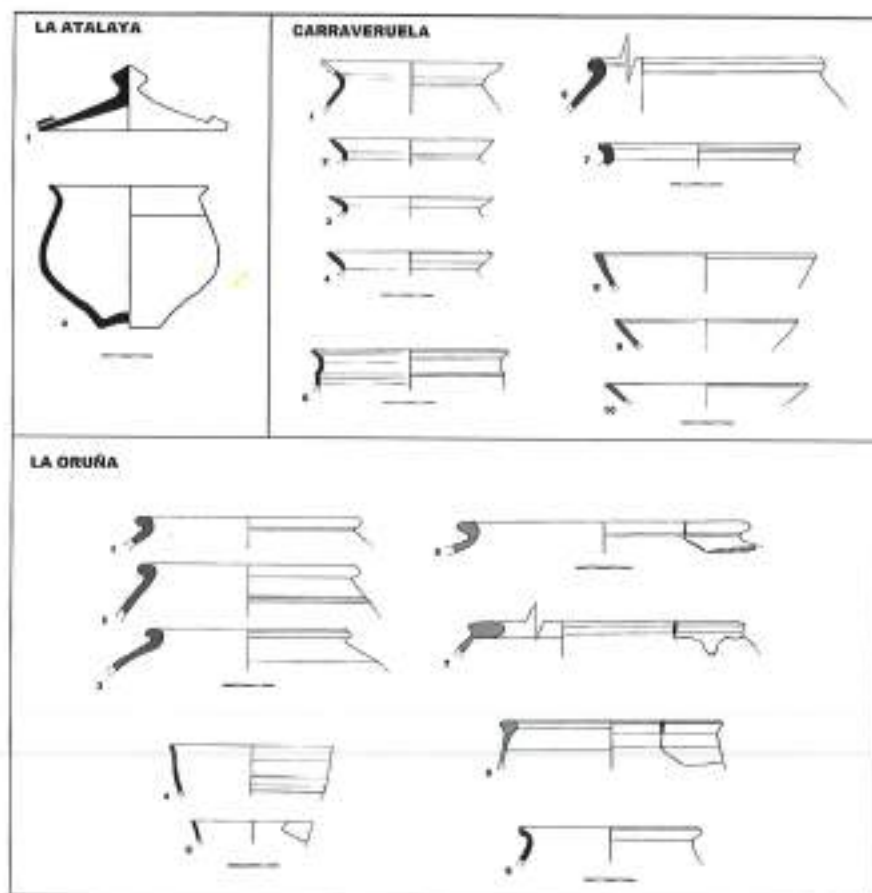


Figura 97. Tipología de la cerámica a torno de las necrópolis del Hierro II del valle del río Huecha, según Royo y Aguilera.

- Producciones de los siglos III-II a.C. (fig. 97, la Oruña: 1-9). Identificadas en la necrópolis de la Oruña, son las cerámicas de cronología más avanzada dentro de las celtibéricas que llegaron a convivir con los inicios de la romanización de la zona. Componen este grupo, los contenedores de tipo tonel, las cráteras, los grandes vasos de borde cefálico y los cuencos de paredes rectas.

De todo lo dicho, podemos concluir que las producciones a torno en las necrópolis del río Huecha se sucedieron entre los siglos V y II a.C., tratándose de una tipología difundida en los poblados celtibéricos de todo el valle medio del Ebro. A partir de lo expuesto, la tabla tipología para este periodo tiene un total de 12 formas (fig. 98):

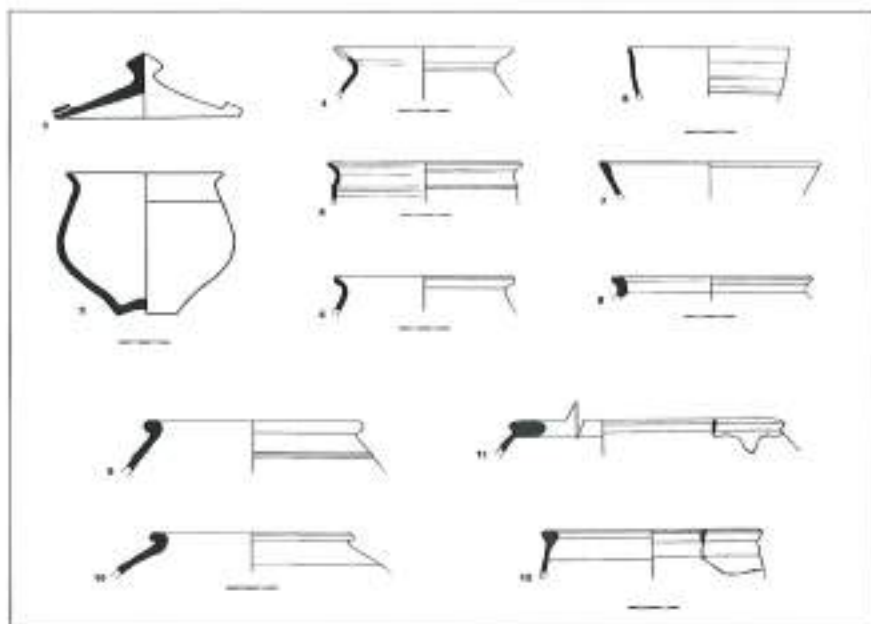


Figura 98. Tipos cerámicos a torno del mundo funerario del río Huecha, según Royo y Aguilera.

- Forma 1 (fig. 98, 1). Tapadera con pomo bicónico y orejetas perforadas.
- Forma 2 (fig. 98, 2). Urna de perfil ovoide o globular y borde exvasado.
- Forma 3 (fig. 98, 3). Urna bicónica con borde muy exvasado.
- Forma 4 (fig. 98, 4). Crátera de borde poco exvasado y cuerpo moldurado y rectilíneo.
- Forma 5 (fig. 98, 5). Crátera de cuerpo ovoide y borde moldurado con labio interior.
- Forma 6 (fig. 98, 6). Cuenco de perfil semiesférico.
- Forma 7 (fig. 98, 7). Cuenco o plato de borde engrosado y paredes rectas.
- Forma 8 (fig. 98, 8). Gran vaso de perfil ovoide y borde cefálico y moldurado con carena interior en el cuello.
- Forma 9 (fig. 98, 9). Gran vaso de perfil ovoide y borde engrosado o globular.
- Forma 10 (fig. 98, 10). Gran vaso de perfil globular y borde cefálico.
- Forma 11 (fig. 98, 11). Gran contenedor de perfil globular y borde plano reentrante de tipo "Ilduradin".
- Forma 12 (fig. 98, 12). Gran contenedor de paredes ligeramente ovoides y borde engrosado o almendrado tipo "tonelete".

4.6.3. Armas, útiles y adornos: elementos de distinción social

Las piezas metálicas, armas, útiles, adornos o complementos del vestido, son las que pueden aportar certidumbre sobre cierta diferenciación social, de estatus y/o de género. No todos los enterramientos fueron iguales y puede observarse una diferenciación a partir de determinadas asociaciones de piezas metálicas, al menos en la Atalaya. Dicha discriminación se deja notar en la presencia de armas, posiblemente a partir de finales del siglo VI y con mayor seguridad a partir del V a.C. El armamento apunta al nacimiento y progresión social de una nueva élite de carácter guerrero cuyo ascenso económico y político en las comunidades del Hierro I, se manifiesta en el proceso de heroización a través de los ajueres funerarios. Este elemento de diferenciación que se empieza a detectar de forma incipiente en la Atalaya, se verá generalizado en momentos posteriores, en la transición del Hierro I al Hierro II, en pleno desarrollo y expansión de la cultura celtibérica del Ebro. Su máximo exponente por el momento es la necrópolis celtibérica de la Oruña, donde el armamento ofensivo (espadas, cuchillos y puñales) y defensivo (grebas) y la presencia de un bocado de caballo, nos permiten constatar la presencia en este *oppidum* de una élite ecuestre fuertemente armada, con piezas de excelente factura que suponen contactos o relación con otras élites armadas al norte de los Pirineos y posiblemente también del mediterráneo o norte itálico. La tenencia de armamento, supone disponer de los cauces comerciales necesarios para su adquisición, o para su fabricación siguiendo modelos externos, pero también de disponibilidad económica, lo que supondría el control sobre los recursos ganaderos, agrícolas y mineros de la zona. A esto hay que sumar la tenencia de un caballo que desde luego suponía un gasto económico, solo posible para algunos individuos.

El resto del ajuar metálico permite intuir otros factores ligados al ascenso social y al género. Entre ellos citaremos varias piezas susceptibles de señalar dichas diferencias: torques, broches de cinturón, fíbulas y brazaletes, así como colgantes y collares y en menor medida, otros objetos como las fusayolas y las canas.

En las necrópolis del Hierro del río Huecha no contamos con la suficiente información para establecer una visión de conjunto. La Atalaya, a pesar de su profunda alteración y de la pérdida de contextos fiables, es el único caso donde hemos establecido una serie de agrupaciones con nueve tipos de sepulturas relacionadas con su contenido (figs. 19-20), desde las que tienen armamento, hasta las que sólo cuentan con la urna. Tal sería nuestro tipo II (fig. 20, AB 35) en el que los elementos que definen la asociación de piezas serían el broche de cinturón, la fibula navarro-aquitana, el torque, los collares y las agujas de cabeza anular, en lo que podríamos señalar como una sepultura con estatus, no ligada claramente a estamentos guerreros y que sí podría relacionarse con una diferenciación de género. Otras asociaciones también implicarían esa diferenciación de género e incluso de edad, como el tipo III (fig. 20, AB 20) con dos broches de cinturón, fibula de La Tène I, restos de collar o colgante, cuchillo afalcato y una fusayola que podría asociarse a una tumba femenina, o bien el tipo VIII (fig. 20, AB 21) representado

solamente por la urna y por un brazalete abierto que podría pertenecer a una persona de corta edad. La carencia de estudios antropológicos de la población enterrada en la Atalaya, nos impide comprobar si estas asociaciones se corresponden a su vez con personajes con estatus personal o con representación social de riqueza o de género.

Esta misma carencia en otras necrópolis cercanas bien documentadas, como el Castejón de Arguedas, no ha permitido comprobar de forma sistemática dichos elementos de diferenciación social, de género o de edad, aunque la presencia de ajuares con buen contexto, sí ha dejado plantear cuestiones respecto a determinados conjuntos y su relación con sepulturas femeninas (Castiella y Bienes, 2002, 197 y 202). Con mayor claridad se da en la necrópolis del Castillo, donde la calidad del registro y la singularidad de muchos enterramientos, además de su estudio osteoarqueológico, han permitido establecer diferenciaciones relativas al status social, la riqueza, el género o la edad de la población enterrada. (Faro, 2015a, 1307-1310 y 1355-1374).

5. Conclusiones

La información presentada en este trabajo puede resultar un tanto fragmentaria, fruto de la azarosa historia de las investigaciones y de las observaciones llevadas a cabo en el valle del río Huecha durante varios decenios. De lo expuesto podemos entresacar algunas conclusiones que aportan más nitidez al fenómeno funerario del primer milenio a.C. en el sector central de la depresión del Ebro.

En primer lugar, debe subrayarse la continuidad territorial y tipológica de las necrópolis de incineración en la margen derecha del Ebro. El territorio comprendido entre este río y la sierra del Moncayo, vía de paso a la meseta norte, se mimetiza con el contexto general, si bien muestra ciertas originalidades. Dicha homogeneidad resulta conveniente que haya quedado confirmada empíricamente, al menos desde los inicios del siglo VII a.C. hasta finales del siglo III a.C.

En cuanto al aspecto formal de las necrópolis, se confirma su vinculación a cada asentamiento, colocadas anejas a los poblados o cercanas a ellos y siempre visibles entre sí. Estuvieron constituidas por densos conjuntos de túmulos mayoritariamente circulares, contruidos con tierra y rocas del lugar, a la par que se detecta la aparición de estructuras tumulares edificadas con adobes, tanto de forma exclusiva o mezclados con cantos rodados. Aproximadamente en el centro de los túmulos se coloca la urna con los restos calcinados del difunto junto con el ajuar, si lo hubiere.

De estos datos y de la visión general de las necrópolis vecinas, se comprueba la inexistencia de verdaderos cementerios de urnas como expresión funeraria de este grupo cultural que optó por las concentraciones de túmulos durante toda la secuencia cronológica conocida. En la fase final se generalizaron los hitos pétreos, como se ha demostrado en la necrópolis de la Oruña.

Los objetos que acompañan a los enterramientos son comunes a todas las necrópolis (con excepciones) y compatibles con la idea de *koiné* cultural en lo material, por similitud en la morfología y las técnicas de fabricación, y en lo inmaterial por el mismo significado dado a esos bienes en las diferentes comunidades.

El bronce se utiliza para los adornos personales, aderezos y complementos del vestuario que son muy parecidos de un yacimiento a otro y proporcionan una mayor homogeneidad en el aspecto del individuo, lo que facilita su mejor reconocimiento como sujetos pertenecientes a una colectividad superior al núcleo del poblado, mientras que dentro del cual sirven para singularizar a sus portadores de los demás convecinos. El resultado de las analíticas realizadas, permite conocer el tipo de aleaciones de base cobre utilizadas, que en la mayoría de las piezas estudiadas corresponde a bronce binarios.

A través de estas necrópolis se visualiza una población sin grandes distinciones sociales, en consonancia con lo que nos dicen la arquitectura y los ajuares de los poblados. Pero poco a poco, comienzan a detectarse enterramientos singulares en los que aparecen las primeras pruebas de sujetos de carácter guerrero, pues poseen armas de hierro forjado que son depositadas en sus tumbas. Este creciente protagonismo de los sujetos armados debe ponerse en relación con determinadas tensiones

sociales cuya solución es el conflicto armado. Los ejemplos más antiguos comienzan a aparecer en la Atalaya, donde son minoría posiblemente entre finales del siglo VI y comienzos del V a.C. y los más recientes en la Oruña, entre los siglos IV y III a.C., donde proliferan los elementos bélicos, algunos tan sofisticados como las grebas de bronce, y otros como el bocado de caballo que demuestran ya el uso de la caballería en las actividades militares. Es decir, asistimos a un progresivo incremento de la belicosidad que da pie al desarrollo de las élites guerreras que consolidan la figura del soldado, tal vez un jefe efímero, o héroe mitificado, tan ligados a la personalidad celtibérica.

El otro material principal que contienen las tumbas es la cerámica. Por lo general no tiene diferencias, ni con lo aparecido en otras necrópolis del grupo, ni tampoco con las formas utilizadas como vajilla doméstica en los poblados, por lo que no conocemos producciones específicas para la muerte, simplemente el repertorio es más corto al ser su funcionalidad más restrictiva. La cerámica funeraria depositada en una sepultura es un conjunto que se compone de una vasija mayor, la urna, que contiene los huesos del difunto y las cenizas de la cremación y puede estar acompañada de uno o varios vasos más pequeños que se interpretan como contenedores de "ofrendas", o pueden pertenecer al ritual del banquete funerario.

Entre el repertorio vascular estudiado para el valle del Huecha hay excepciones en cuatro vasos que ponen de manifiesto relaciones con el Mediterráneo: la imitación del ánfora griega de Mallén, la imitación del plato carenado ibérico, el vaso con apéndice *ad ascia* del Cabezo de las Viñas y el *kotiliskos* de el Quez, que junto al ejemplar del Cabezo de las Viñas, pueden estar ligados a tradiciones norítálicas del Bronce final.

El denso poblamiento de este valle durante el primer milenio a.C. y la clásica asociación poblado-cementerio, deja la puerta abierta a nuevos descubrimientos que pueden resolver el interrogante de qué sucede con las necrópolis ligadas a las poblaciones del Bronce final y los inicios de la Edad del Hierro. Más si tenemos en cuenta que las aldeas del Bronce final suelen tener continuidad en las fases de la plena Edad de Hierro. Hubo continuidad en el hábitat, pero, de momento no la hemos podido documentar en las áreas cementeriales y este es el panorama general constatado para la depresión central del Ebro.

Este grupo de necrópolis tumulares del río Huecha, manifiesta una identidad cultural con muchas de las necrópolis presentes en la margen derecha del río Ebro en su depresión central y con las conocidas en la Navarra media, pero también con las tierras del prepirineo y con una amplia región al norte de los Pirineos, Aquitania y la cuenca del río Garona. Dichos contactos, presentes desde el Bronce final, pero generalizados a partir del Hierro I medio, podrían relacionarse con fenómenos de trashumancia ovina entre las tierras bajas del Ebro y los fértiles prados del Pirineo, pero también con el comercio e intercambio de bienes de prestigio, aportando elementos de las culturas de Hallstatt y de La Tène que deben sumarse a los productos mediterráneos y a la propia evolución de las poblaciones autóctonas del Ebro.

Agradecimientos

Debemos expresar nuestro agradecimiento a personas e instituciones, sin cuya colaboración no hubiera sido posible este estudio. En primer lugar, al Museo de Zaragoza que ha apoyado totalmente nuestra investigación, con cesión de sus instalaciones y la restauración de varias de las piezas, como es el caso de las grebas de la Oruña. Dicho museo también ha facilitado las analíticas metalográficas incluidas en este texto, realizadas por los Dres. José Antonio Cuchí y Pablo Martín de la Escuela Superior Politécnica de Huesca (Universidad de Zaragoza). También citaremos al Centro de Estudios Turiasonenses, por la cesión de la documentación de las piezas metálicas de la colección arqueológica de los jesuitas del monasterio de Veruela. Asimismo agradecemos al Centro de Interpretación de la Oruña y a la alcaldesa de Vera de Moncayo Dña. Marta Azagra, las facilidades para la revisión de piezas de la Oruña.

Un reconocimiento especial merece D. Javier Pellicer, vecino de Magallón, que durante más de veinte años recuperó restos materiales que la erosión o la dejadez han dejado aflorar en la superficie de yacimientos incluidos en este estudio, evitando su desaparición y poniéndolos a nuestra disposición.

A José Antonio Rodríguez, restaurador del Museo de Zaragoza, que gracias a su trabajo, evidenció la existencia de cuatro grebas en La Oruña.

Por último, hay que reconocer la ayuda de nuestros colegas los Dres. Alberto Lorrío, Raimon Graells y Fernando Quesada, por su asesoramiento sobre piezas metálicas singulares de la necrópolis de la Oruña. A ellos debemos sumar al Dr. J. A. Faro, por permitirnos la consulta y utilización de su tesis doctoral. Para concluir, señalaremos la colaboración de la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón por autorizar la consulta de los expedientes administrativos de los expolios de las necrópolis de Carraveruela y la Oruña, así como los trabajos arqueológicos en el Quez y Carraveruela.

Bibliografía

- Adroit, S. (2014) : "Dynamiques funéraires et faciés Culturels. L'exemple du Sud-ouest de la France et du Nord de l'Espagne de la Première moitié du 1^{er} millénaire avant notre Ère", *Archimede n° 1. Archéologie et Histoire Ancienne*, 203-216.
- Aguilera, I. (1986): "Sobre dos moldes para fundir agujas de cabeza de aro del Museo de Zaragoza", *Museo de Zaragoza. Boletín* 5, 143-155.
- Aguilera, I. (1995): "El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo", en: F. Burillo (coord.) *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 213-233.
- Aguilera, I. y Royo, J. I. (1978): "Poblados hallstáticos del valle de La Huecha. Contribución al estudio de la I^a Edad del Hierro en la cuenca del Ebro", *Cuadernos de Estudios Borjanos* II, 9-44.
- Almagro Basch, M. (1942): "La necrópolis céltica de Griegos", *Archivo Español de Arqueología* XV, 101-117.
- Almagro Basch, M. (1952): *La España de las Invasiones Célticas*. Historia de España Menéndez Pidal, tomo I, vol. II. Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1973): *Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica*. Excavaciones Arqueológicas en España 83. Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1977): "El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del N. E. de la Península Ibérica", *Saguntum* 12, 89-141.
- Almagro Gorbea, M. (1992): "Los intercambios culturales entre Aragón y el litoral mediterráneo durante el Bronce final", *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios Culturales durante la Prehistoria*. Zaragoza, 633-658.
- Almagro Gorbea, M. (2005): "Ideología ecuestre en la Hispania prerromana", *Gladius* XX. Madrid, 151-186.
- Álvarez, A., Cebolla, J. L. y Blanco, A. (1990): "Elementos metálicos de tipo celtibérico. La colección Pérez Aguilar", en F. Burillo (coord.) *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 287-304.
- Álvarez, J. R., Lorrio, A. J. y Ruiz Zapatero, G. (2016): "Los primeros elementos de hierro en Iberia", *Anejos a CuPAUAM 2. Homenaje a la profesora*

Concepción Blasco Basqued, pp. 149-165.

Andrés, M.^a T. y Barandiarán, I. (2004): "La tumba calcolítica de la Atalayuela, treinta y cinco años después", *Saldute* 4, pp. 85-124.

Andrés, M.^a T.; García, M.^a L. y Sesma, J. (2007): "Tres Montes: un sepulcro singular del III milenio en las Bardenas Reales", en M. A. Hurtado, F. Cañada, J. Sesma, J. y García, M.^a L. (coords.) *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*. Catálogo de la exposición. Pamplona, 84-88.

Aquilué, X., Cabrera, P. y Orfila, M. (2017): *Homenaje a Glòria Trias Rubiés. Cerámicas griegas de la Península Ibérica: cincuenta años después (1967-2017)*. Barcelona.

Aranda, A. (1990): "Necrópolis celtibéricas en el Bajo Jiloca", en F. Burillo (coord.) *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 101-109.

Aranda, P. y Rodanés, J. M.^a (2017): "Las investigaciones sobre el Bronce final y la Primera Edad del Hierro en Aragón. Una revisión crítica", en M. Ayarzagüena, G. Mora y Jesús Salas (eds.): *150 años de Historia de la Arqueología: Teoría y método de una disciplina*. Madrid, 263-282.

Aranda, P., Lorenzo, J.I. y Rodanés, J. M.^a (2018): "Fases de ocupación del yacimiento El Morredón (Fréscano, Zaragoza) (1150-600 cal ANE)", en J. M.^a Rodanés y J. I. Lorenzo (eds.) *Actas del II Congreso CAPA. Arqueología y Patrimonio Aragonés*. Zaragoza, 139-148.

Aranda, P., Montero, I., Rodanés, J. M.^a y Lorenzo, J. I. (2020): "Materiales metálicos del Bronce final y Primera Edad del Hierro del poblado de Morredón (Fréscano, Zaragoza). Estudio tipológico". En J. M.^a Rodanés y J. I. Lorenzo (eds.) *Actas del III Congreso CAPA Arqueología y Patrimonio Aragonés*, Zaragoza, 139-148.

Aranda, P., Montero, I., Rodanés, J. M.^a y Lorenzo, J. I. (2021): "Mediterráneo y Atlántico. Arqueometalurgia del Bronce final y Primera Edad del Hierro en el poblado de El Morredón (Fréscano, Zaragoza)", *Zephyrus* LXXXVII, 105-124.

Arenas-Esteban, J. A. (2014): "Cultural contacts between the Italian peninsula and central Spain during the Late Bronze and Early Iron Age", en Ph. Barral, J.P. Guillaumet, M.J. Rulière, M. Suracino y D. Vitali (eds.) *Les Celtes et le Nord de L'Italie Premier et Second Âges du Fer. Actes du XXXVI Colloque International de l'AFEF, Revue Archéologique de L'Est* 36 supplement. Dijon, 717-727.

Argente, J. L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en La Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Excavaciones Arqueológicas en España 168. Madrid.

Argente, J. L., Díaz, A. y Bescós, A. (2001): *Tiernes V. Carratiermes. Necrópolis celtibérica*. Arqueología en Castilla y León. Memorias 9. Valladolid.

Armendariz, J. (2008): *De aldeas a ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a.C. en Navarra*. Tra-

- bajos de Arqueología Navarra. Monografías Arqueológicas 2. Pamplona.
- Asensio, D. (2010): "Evidencias arqueológicas de la incidencia púnica en el mundo ibérico septentrional (siglos VI-III a.C.), Estado de la cuestión y nuevos enfoques" *Mainake* XXXII (II), 705-734.
- Bakalakis, G. (1991) : "Les kernoi éleusiniens", *Kernos* 4. Revue internationale et pluridisciplinaire de religion grecque antique. Édition électronique. URL: <http://journals.openedition.org/kernos/293>. DOI: 10.4000/kernos.293, 105-107.
- Baldellou, V. y Maya, J. L. (1993): "Excavaciones en la necrópolis de El Castellazo (Robres, Huesca)". *Estudis universitaris catalans (Barcelona). Homenatge a Miquel Tarradell*. Barcelona, 385-401.
- Balsera, R., Bermejo, J., Fatás, L., Jornet, R. y Sardá, S. (2014): "Ritual funerario de la Primera Edad del Hierro en el túmulo 1 del cabezo del Cascarujo (Alcañiz, Bajo Aragón)", en A. Mercadal y O. Fernández (coords.) *La Transició Bronze final-1ª Edat del Ferro en els Pirineus i territoris veïns. XV Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Congrés Nacional d'Arqueologia de Catalunya*. Puigcerdà, 447-461.
- Barril, M. y Romero, A. (comisarias) (2002): *Torques, belleza y poder*; Catálogo de la exposición. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
- Batlloori, M. (c. 1930): "Monasterio de Veruela. Antigüedades griegas y romanas del museo". Copia inédita mecanografiada. *Turiasso XIX* (2008-2009), 15-34.
- Belarte, M.^a C. y Noguera, J. (2007): *La necrópolis protohistòrica de Santa Madrona. Hic et Nunc*, 2. Tarragona.
- Belarte, M.^a C., Benavente, J. A., Fatás, L., Dilodi, J., Moret, P. y Noguera, J. (eds.) (2012): *Iberos del Ebro. Actas del II Congreso Internacional*. Documenta 25. Tarragona.
- Belarte, M.^a C., Malgosa, A., Noguera, J., Olmos, P. y Piga, J. (2013): "Las necrópolis protohistóricas tumulares de Cataluña meridional: El ejemplo de Sebes (Flix, Tarragona)", *Trabajos de Prehistoria* 70, 2, 295-314.
- Beltrán Lloris, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Monografías Arqueológicas 19. Zaragoza.
- Beltrán Lloris, M. (2013): *Azaila. Estado de la cuestión en el año 2013*. Caesaraugusta 83. Zaragoza.
- Beltrán Martínez, A. (1962): "Dos notas sobre el poblado hallstático del Cabezo de Monleón: I. La Planta. II. Los Kernoi", *Caesaraugusta* 19-20, 7-36.
- Benavente, J. A. y Galve, F. J. (2002): "Informe preliminar de la excavación arqueológica del poblado ibero de *El Cabo*, Andorra (Teruel)", *Revista de Andorra* 2, 17-52.
- Benavente, J. A., Graells, R., Melguizo, S. (2015): *La necrópolis de El Cabo de Andorra (Teruel). Relación entre género y cultura material durante la Primera Edad del Hierro*. Al-Qannis 12. Alcañiz.

- Beylier, A. (2014): "Les panoplies guerrières des populations du sud de la France au début de l'âge du Fer (VI^e-V^e siècles avant notre ère). Aspects fonctionnels et symboliques", en O. Buchsenschutz, O. Dutour y C. Mordant (dirs.) *Archeologie de la violence et de la guerre dans les sociétés pré et protohistoriques*. Ed. Electronique. Paris 53-65.
- Bona, J., Borque, J.J., Giner, E., Alcalde, M., Bernal, A. y Escribano, J.C. (1983): "Catálogo de la colección arqueológica del Monasterio de Veruela", *Turiaso* IV, 9-92.
- Bona, J. y Hernández Vera, J. A. (1989): *El Moncayo: Diez años de investigación arqueológica. Prólogo de una labor de futuro*. Centro de Estudios Turiasonenses. Diputación de Zaragoza.
- Bona Quilez, J., Royo, J. I. y Aguilera, I. (1979): "1^a campaña de excavaciones arqueológicas en Bursau, Borja (Zaragoza)", *Cuadernos de Estudios Borjanos* III, 35-91.
- Boyer, R., Dedet, B. y Marchand, G. (2006): "L'aven sepulcral de Plérimond à Aups, Var (Vie s. av. J.-C.)", *Gallia*, tome 63, 171-209. DOI: <https://doi.org/10.3406/galia.2006.3295>.
- Božič, D. (2018): "Grave 20 in Tumulus IV: Hallstatt-period burial of a woman at Znančeve njive in Novo mesto" *Arheološki vestnik* 69, 179-207.
- Burillo, F. (1977): "Materiales de la Primera Edad del Hierro aparecidos en el Busal (Uncastillo, Zaragoza)", *Estudios* III, 51-67.
- Burillo, F. (1981): "Hallazgos de la Primera Edad del Hierro en el curso final de La Huerva (Zaragoza)", *Bajo Aragón Prehistoria* III, 63-82.
- Burillo, F. (1983): *El poblado de época ibérica y yacimiento medieval Los Castellares (Herrera de los Navarros-Zaragoza) I*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- Burillo, F., Royo, J. I. (1994-1996): "El yacimiento del Castillo de Cuarte (Zaragoza) y su contribución al conocimiento del inicio del Ibérico pleno en el valle medio del Ebro", en J. Rovira (ed.) *Models d'Ocupació, Transformació y Explotació del Territori entre el 1600 y el 500 a.n.e. a la Catalunya Meridional y zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre*. Gala 3-5, 387-397.
- Cabré, J. (1937): "Decoraciones hispánicas II. Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata", *Archivo Español de Arte y Arqueología* XIII, 93-126.
- Calastrenc, C.; Pastor, M.^a V. y Ruiz, J. J. (2011): "Informe-memoria de la excavación arqueológica del círculo de piedras 106 del Plan de la Sarra de Benasque". <http://www.fundacionhospitalbenasque.org/arqueologia/excavacionesyrehabilitaciones/circulosdepiedrasedaddelbronce>
- Capuzzo, G. y Achino, K. F. (2017): "Marcadores culturales en la península ibérica durante la Edad del Bronce: revisión y análisis de las asas de apéndice de botón", en J. A. Barceló, I. Bogdanovic y B. Morell (eds.) *IberCrno. Actas del Congreso de Cronometrías*

para la historia de la península ibérica. Barcelona, 172-191.

Carrasco, J., Pachón, J. A. y Gámiz, J. (2009): "Los separadores de hilera de collar de la prehistoria peninsular: un estudio crítico". *Antiquitas* 21, pp. 5-69.

Castiella, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Excavaciones en Navarra VIII. Pamplona.

Castiella, A. (2005a): "Interpretación en arqueología: piezas de collar de una necrópolis navarra" *Munibe (Antropología-Arkeologia)* 57. Homenaje a Jesús Altuna, 325-332.

Castiella, A. (2005b): "Sobre los ajuares de la necrópolis de la Atalaya. Cortes. Navarra", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 13, 115-210.

Castiella, A. (2007-2008): "Torques femeninos en la protohistoria navarra", *Veleia* 24-15, 895-907.

Castiella, A. y Bienes, J.J. (2002): *La Vida y la Muerte durante la protohistoria en el Castejón de Arguedas (Navarra)*. Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra 10.

Castiella, A. y Sesma, J. (1988-1989): "Piezas metálicas de la protohistoria navarra: armas". *Zephyrus* XLI-XLII, 383-404.

Castiella, A. y Tajadura, J. (2001): "Campos de Urnas en Navarra", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 9, 197-222.

Cebolla, J. L. y Royo, J. I. (2006): "Bilbilis I: Una nueva ciudad celtibérica

bajo el casco histórico de Calatayud", en F. Burillo (ed.) *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153). Homenaje a Antonio Beltrán Martínez*. Zaragoza, 281-290.

Cebolla, J. L., Royo, J. I. y Ruiz, F. J. (2013): "Novedades sobre la extensión y cronología del oppidum celtibérico de La Oruña (Vera de Moncayo y Trasmoz, Zaragoza)", *Turiaso* XXI, 33-66.

Cela, X. (2006): "Las cerámicas ibéricas del período Ibérico Antiguo (siglos VI-V a.C.): estado de la cuestión y propuestas", en C. Belarte y J. Sanmartí (eds.) *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental. Homenatge a Miquel Cura*. Actes de la III Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell. *Arqueo Mediterrània* 9, 221-261.

Cerdeño, M^a L. (1978): "Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico", *Trabajos de Prehistoria* 35, 279-306.

Cerdeño, M^a L. y García Huerta, R. (1990): "Las necrópolis de incineración del Alto Jalón y el Alto Tajo", *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 75-92.

Cerdeño, M^a L. y Chordá, M. (2004): "Fibulas de tipo navarro-aquitano en el área celtibérica", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 12, 161-175.

Cerdeño, M^a L. y Sagardoy, T. (2007): *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*. Zaragoza.

- Chautón, H. (2017): "El Bronce final y la Primera Edad de Hierro en el bajo Alcanadré. Dos nuevas necrópolis de Campos de Urnas", en P. Aranda, J. Avellanas, O. Bonilla, L. Pérez y G. de Tord *Actas de las II Jornadas doctorales en Ciencias de la Antigüedad. Temas y tendencias actuales de investigación*. Zaragoza, 25-35.
- Chordá, M.; Collado, O. y Nieto, E. (2013-2014): "Las tumbas inéditas de la necrópolis celibérica de El Cuarto (Griegos, Teruel)", *Kalathos* 26-27, 211-237.
- Clausing, C. (2002): "Geschnürte beinschienen. Der späten bronze-und älteren eisenzeit", *J. R. G. Z. M. Jahrbuch des Römisch-germanischen Zentralmuseums Mainz* 49, 149-187.
- Constantin, Th. (2014): "Les parures métalliques du premier âge du Fer en Aquitaine: synthèse typo-chronologique régionale des fibules, bracelets et torques", *Aquitania* 30, 131-159.
- Constantin, Th. (2019) : "Las parures du Sud-Ouest de la France et du Nord-Ouest de l'Espagne au Premier Âge du Fer (VIII^e-V^e S. AV. J.-C.)", *Bulletin de l'Association Française pour l'Étude de l'Âge du Fer* 37, 7-9.
- Constantin, Th. y Bilbao, M. V. (2013): "Las fibules du Premier âge du Fer en Aquitaine", en A. Colín y Fl. Verdin, Fl. (dirs.) *L'âge du Fer en Aquitaine et sur ses marges. Mobilité des hommes, diffusion des idées, circulation des biens dans l'espace européen à l'âge du Fer*. 35 Colloque International de l' A. F. E. A. F. *Aquitania supplement* 30. Burdeos, 309-318.
- Constantin, Th. y Chordá, M. (2014): "Las fibulas navarro-aquitanas y su contextualización a ambos lados de los Pirineos", *VII Simposio sobre los celtíberos. Nuevos Hallazgos, Nuevas Interpretaciones*. Teruel, 223-230.
- Cuerda, S. (2014): "Armas de asta en las necrópolis celibéricas", en S. Martínez, V. M. Cabañero y C. Merino *Arqueología en el Valle del Duero: del Paleolítico a la Edad Media. Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero*. Valladolid, 187-199.
- Dedet, B. (2012): "Tombes sur bûcher et dépôts secondaires d'incinération en Languedoc Oriental et en Provence au Premier âge du Fer", en M^e. C. Rovira; F. J. López Cachero y F. Mazzière (dirs.): *Les necrópolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI a.C). Metodologia, pràctiques funeràries i societat. Monografies 14*. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona, 209-230.
- Dedet, B. , Janin, T. , Marchand, G. y Schwaller, M. (2012): "La nécropole de Saint Julien à Pézanas en Languedoc du VIII^e au I^{er} siècles avant J.-C. ", en M^e. C. Rovira; F. J. López Cachero y F. Mazzière (dirs.): *Les necrópolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI a.C): metodologia, pràctiques funeràries i societat. Monografies 14*. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona, 281-289.
- Dedet, B. y Marchand, G. (2015). "Héros, caciques et paysans armés en Languedoc et en Provence du VIII^e au II^e siècles avant J.-C.", en M. C. Belarte, D. Garcia y J. Sanmartí (eds.) *Arqueo*

- Mediterrània* 14. *Les Estructures Socials Protohistòriques a la Gàl·lia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons*. Barcelona, 67-85.
- Domínguez Monedero, A. J. (2001-2002): "Cerámica griega en la ciudad ibérica", *Studia E. Cuadrado. An Murcia* 16-17, 189-204.
- Domitru, B. (2012): "Unele observatii cu privire la vasele cucuteniene de tip kernos/pseudo-kernos". *Memoria antiquitatis* XXVIII, 39-63.
- Escudé-Quillet, J. M. (2000) : "Éléments d'études sur les pratiques funéraires de Bronze Final et du début de l'Âge du Fer en Aquitaine méridionale", *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne* 5. *Archéologie de la Mort, Archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer*. Actes du XXI Colloque International de l'Association Française pour l'Étude de l'Âge du Fer. 131-140.
- Espejo, J. M. (2000-2001): "La cerámica con asas de apéndice de botón: un estado de la cuestión", *Pyrenae* 31-32, 29-55.
- Farnié, C. y Quesada, F. (2009): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo 2. Murcia.
- Faro, J. A. (2002). "Catálogo. Protohistoria", en A. García Paredes (coord.): *Castejón: cuatro milenios de Historia*. Catálogo de la Exposición. Pamplona, 200-229.
- Faro, J. A. (2015a): *Ritos funerarios en el valle medio del Ebro (s. VI-III a. C.). Necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra). Volumen I. Las necrópolis. Volumen II. Ajuares*. Tesis Doctoral UNED, Madrid. Recuperado de: <http://e-spacio.uned.es/fez/view/tesisuned:ED-Pg-HHAT-Jafaro>
- Faro, J. A. (2015b): "La necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra). Vajilla e instrumental metálico de sacrificio y banquete en el valle medio del Ebro (s. VI-III a. C.)", *Lucentum* XXXIV, 31-118.
- Faro, J. A. (2017a): "Las espadas de la necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra)", *Gladius*, XXXVII, 69-108.
- Faro, J. A. (2017b): "Las lúmulas de la necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra)", *Archivo Español de Arqueología* 90, 171-193.
- Faro, J. A. (2018): "Las fibulas navarro-aquitanas y su evolución en el valle medio del Ebro. La necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra)", *Aquitania* 34, 85-114.
- Faro, J. A., Cañada, F. y Unzu, M: (2002-2003): "Necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra). Primera valoración campañas 2000-2001-2002", *Trabajos de Arqueología Navarra* 16, 45-77.
- Faro, J. A.; Unzu, M. (2006): "La necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra). Primeras valoraciones: campañas 2000-2002", *Complutum* 17, 145-166.
- Fatás, G. (1975): "Una estela de guerrero con escudo escotado en <<V>>

- aparecida en las Cinco Villas de Aragón", *Pyrenae* 11, 165-169.
- Fatás, L. y Graells, R. (2010): *Historia gráfica de los túmulos protohistóricos del Bajo Aragón*. Serie de Divulgación número 3. Zaragoza.
- Ferreruela, A. (1991): "Informe sobre la excavación de urgencia en Senda de Robres-Los Estancos (Leciñena, Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa* 1986-1987, 91-92.
- Ferreruela, A. (1996): "Aproximación a la carta arqueológica de la provincia de Zaragoza: término municipal de Leciñena (segunda parte)", *Museo de Zaragoza Boletín* 13, 25-126.
- Gabor, J. (2015): "A new Late Bronze Age warrior equipment from East Central Europe", *Archaeologiai Értesítő* 140, pp. 29-70.
- Galán, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum, extra 3. Madrid.
- Gallart, J. (1991): *El dipòsit de bronzes de Llavorsí. Pallars Sobirà*. Excavacions Arqueològiques a Catalunya 10. Barcelona.
- García-Arilla, A. y Mesa, M. (2016): "A propósito de un broche o aplique de cinturón hallado en el yacimiento de Burrén y Burrena (Fréscano, Zaragoza)". *Cuadernos de Estudios Borjanos* LIX, 29-45.
- García Giménez, G. (2011): *El armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica (siglos V-I a.C.)*. Tesis Doctoral leída en la Universidad de Girona. Dipòsit legal: GI-1461-201. Consultada en <http://hdl.handle.net/10803/51613>.
- García Giménez, G. (2016): "Panoplias hispánicas con armas tipo La Tène: las opciones de la periferia" en R. Graells y D. Marzoli (eds.) *Armas de la Hispania Prerromana. Actas del Encuentro Armamento y Arqueología de la guerra en la Península Ibérica prerromana (S. VI-I a. C.): problemas, objetivos y estrategias*. RGZM, 24, 79-108.
- García Serrano, J. A. (2003): *Arqueología del Moncayo. Catálogo de la exposición permanente del Centro de Estudios Turiasonenses*. Zaragoza.
- García i Rubert, D., Moreno, I. y Gracia F. (2008): *Contactes. Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a.n.e.* Simposi d'Arqueologia d'Alcanar.
- Gomes, F. (2022). *A necrópole do Olivado do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal, Portugal) Práticas Funerárias, Cultura Material e Identidades na Idade do Ferro do Baixo Sado (séculos VII - II a.n.e.)*, Estudos & Memórias 17. Lisboa.
- Graells, R. (2008a): *Análisis de las manifestaciones funerarias en Catalunya durante los ss. VII y VI a. C. Sociedad y cultura material: La asimilación de estímulos mediterráneos*. Tesis Doctoral Universitat de Lleida.
- Graells, R. (2008b): *La necrópolis protohistòrica de Milmanda (Vimbodí, conca de Barberà, Tarragona). Un exemple del món funerari català durant el transit entre les segles VII i VI a. C. Hic et Nunc* 2. Tarragona.

- Graells, R. (2011): "El conjunto de bronce piconos del depósito de <<Tarragona>> en el Museu Episcopal de Vic (Barcelona)", *Jahrbuch des Römisch-germanischen Zentralmuseums Mainz* 58, 727-736.
- Graells, R. (2013): "De Italia al Bajo Aragón: la dinámica de intercambios indígena entre el s. VII y VI a.C.", en A. Colin y F. Verdín (dirs.) *L'âge du Fer en Aquitaine et sur ses marges. Mobilité des hommes, diffusion des idées, circulation des biens dans l'espace européen à l'âge du Fer*. Actes du 35e Colloque international de l'AFEAF, Aquitania, Supplément 30, pp. 257-273.
- Graells, R. (2014a): "Discos-coraza de la Península Ibérica (s. VI-IV a. C.)", *Jahrbuch RGZM* 59. 85-244.
- Graells, R. (2014b): "Problemas de cultura material. Las fibulas itálicas de la Primera Edad del Hierro en el Golfo de León occidental", *Madriditer Mitteilungen* 55, 212-315.
- Graells, R. y Armada, X. L. (2011): "La Tumba de Les Ferreres de Calaceite a partir de los materiales del Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye", *Studi Etruschi* LXXIV, 17-37.
- Graells, R. y Llorio, A. (2017): *Problemas de cultura material: broches de cinturón decorados a molde de la Península Ibérica (s. VII-VI a.C.)*. Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante.
- Graells, R., Llorio, A. J. y Camacho, P. (Coords.) (2018): *La colección de objetos protohistóricos de la Península Ibérica. Broches de cinturón, placas y fibulas*. RGZM Römisch-Germanisches Zentralmuseum. Mainz.
- Graells, R., Camacho, P., Gallart, J. y Neumaier, J. (2022): "Agujas de bronce de la Edad del Hierro en el noreste peninsular", en R. Graells, P. camacho y A. Llorio (coords.) *Problemas de cultura material. Ornamentos y elementos del vestuario en el arco litoral Mediterráneo-Atlántico de la península Ibérica durante la Edad del Hierro (ss. X-V a.C.)*. Universidad de Alicante, 227-260.
- Graells, R., Llorio, A. J., García, G., Camacho, P., De Pablo, R. y Domínguez, J. (2022): *La colección de objetos protohistóricos de la península ibérica 2: Armas y elementos para el gobierno del caballo*. Römisch-Germanisches Zentralmuseum RGZM e Instituto Universitario de Investigación en Arqueología y Patrimonio Histórico INAPH. Universidad de Alicante.
- Graells, R. y Sardá, S. (2011): "Residencias, élites y ritual en el bajo valle del Ebro (siglos VII-V AC)", en F. Quantin (coord.) *Archéologie des religions antiques. Contributions à l'étude des sanctuaires et de la piété en Méditerranée (Grèce, Italie, Sicile, Espagne)*. ARCHAIA I, 151-188.
- Jiménez Ávila, J. (2003): "Las sandalias de Apolo. Sobre el origen griego de los cinturones <<célticos>>", *Archivo Español de Arqueología*, 76, 31-46.
- Juste, N. (1992). "Estudio de los materiales de la Avenida Martínez de Velasco". *Arqueología Aragonesa*, 1990.

- Gobierno de Aragón. Zaragoza, pp. 265-269.
- Juste, N. (1993): "Hacia los orígenes de Bolskan. Documentada en Huesca una necrópolis tumular protohistórica", *Revista de Arqueología* 141, 30-37.
- Juste, N. (1994): "Estudio de los materiales de la Avda. Martínez de Velasco y Coso Alto nº 56 de Huesca", *Arqueología Aragonesa 1991*. Zaragoza, 129-133.
- Juste, N. (1995): *Huesca: más de dos mil años. Arqueología Urbana (1984-1994)*. Huesca.
- Kavanagh, E. (2008): "El puñal bidiscoidal peninsular: tipología y relación con el puñal militar romano (*pugio*)", *Gladius XXVIII. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en oriente y occidente*, 5-85.
- Kurtz, W. S. (2009). "Los arreos de caballo en la necrópolis de las Cogotas (Cardenosa, Ávila)", *Zephyrus* 39, 459-472.
- Llanos, A. (1990): "Necrópolis del Alto Ebro", en F. Burillo (Coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 137-147.
- López-Cachero, F. J. (2007): "Sociedad y economía durante el Bronce final y la Primera Edad del Hierro en el noreste peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas". *Trabajos de Prehistoria* 64-1, 99-120.
- López-Cachero, F. J. (2008): "Necrópolis de incineración y arquitectura funeraria en el noreste de la Península Ibérica durante el Bronce final y la Primera Edad del Hierro", *Complutum* 19 (1), 139-171.
- López, J. B. y Pons, E. (1995): "Les necròpolis d'incineració tumularia de la zona pirinenca", *Muntanyes i Població. El Passat dels Pirineus des d'una Perspectiva Multidisciplinària*. Andorra la Vella, 107-123.
- López, J. B. y Royo, J. I. (2009): "Stèles et cippes funéraires dans le bassin de l'Ebre (Espagne) pendant le Bronze Final et le Premier Age du Fer", en Ph. Gruat; O. Agogué y D. García (coords.) *Stèles et Statues des Celtes du Midi de la France (VIII^e-IV^e s. av. J.-C.)*, 26-27.
- Lorenzo, J. I. (1997): "La cueva de las Muelas de Obón (Teruel)", *Arqueología Aragonesa 1993*. Zaragoza, 339-342.
- Lorenzo, J. I. (2015): "Estudio antropológico de las incineraciones", en J. A. Benavente, R. Graells y S. Melguizo (coords.): *La Necrópolis de El Cabo de Andorra (Teruel). Relación entre género y cultura material durante la Primera Edad del Hierro*. Al-Qannis 12, 133-143.
- Lorenzo, J. I. (2017): "Estudio antropológico de las incineraciones de la necrópolis tumular del Corral de Mola (Uncastillo, Zaragoza)", *CuPAUAM* 43, 165-177.
- Lorrio, A. (2005): *Los Celtiberos. (2ª Edición ampliada y actualizada)*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25/ Complutum Extra, 7. Real Academia de la Historia-Universidad Complutense. Madrid.

- Lorrio, A. (2008): *Quénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27-Anejo a la revista *Lucentum*, 17. Real Academia de la Historia-Universidad de Alicante. Madrid.
- Lorrio, A. (2009-2010): "El Bronce Final en el Sureste de la Península Ibérica: Una (re)visión desde la arquitectura funeraria". *Anales de la Universidad de Murcia*, 25-26. Murcia, pp. 119-176.
- Lorrio, A. (2016): "La guerra y el armamento celtibérico: estado actual", en R. Graells y D. Marzoli (Eds.), *Armas de la Hispania Prerromana. Actas del Encuentro Armamento y Arqueología de la guerra en la Península Ibérica prerromana (S. VI-I a. C.): problemas, objetivos y estrategias*. RGZM, 24. Mainz, pp. 229-272.
- Lorrio, A. y Sánchez del Prado, M.^a D. (2009): *La necrópolis celtibérica de Arcóbriga, Monreal de Ariza, Zaragoza*. Caesaraugusta 80. Zaragoza.
- Lorrio, A., Graells, R., Müller-Karpe, M., Romeo, F. y Royo, J.I. (2019): "La destrucción del patrimonio celtibérico. El caso del valle del río Huecha y de la Sierra del Moncayo", en G. Munilla (ed.) *Musealizando la Protohistoria Peninsular*. Estudios del GRAP 2. Barcelona, 101-125.
- Lorrio, A. y Royo, J. I. (2013): "El guerrero celtibérico de Mosqueracla (Teruel): Una pintura rupestre excepcional de la Edad del Hierro en el Alto Maestrazgo turolense", *Antiquitas* 25, 85-107.
- Loscós, R. M.^a, Martínez, M.^a R. y Herrero, M. (1997): "Informe de la excavación arqueológica en el yacimiento ibérico El Cabo (Andorra, Teruel)", *Arqueología aragonesa 1994*, 135-141.
- Luján, E. R. y Lorrio, A. (2017): "Un puñal celtibérico con inscripción procedente de Almaraz (Cáceres, España)", *Études celtiques XLIII*, 113-126.
- Maestro, E. (1994): "El yacimiento de Los Castellazos de Mediana de Aragón, Zaragoza". *Arqueología Aragonesa 1994*, 65-70.
- Maestro, E. (2005): "Acerca de una figurita cerámica procedente del yacimiento de los Castellazos de Mediana de Aragón (Zaragoza)", *Salduie* 5. 143-157.
- Maluquer, J. (1945-46): "Las culturas hallstáticas en Cataluña". *Ampurias VII-VIII*, 115-184.
- Maluquer, J. (1954): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico I*. Pamplona.
- Maluquer, J. (1957): "La necrópolis de la Edad del Hierro de La Torraza en Valtierra (Navarra)", *Excavaciones en Navarra V*. Pamplona, 15-41.
- Maluquer, J. (1958): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico II*. Pamplona.
- Maluquer, J. (1987): *Catalunya, Baix Ebre. Programa de Investigaciones Protohistóricas VIII*. Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- Maluquer, J.; Gracia, F. y Munilla, G. (1990): *Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Campañas 1986-1988*, Trabajos de Arqueología Navarra 9 número monográfico.

- Maluquer, J. y Vázquez de Parga, L. (1956). "Avance al estudio de la necrópolis de la Atalaya, Cortes de Navarra", *Príncipe de Viana* LXV, 389-454.
- Mata, C. y Bonet, H. (1992): "La cerámica ibérica: Ensayo de tipología", en J. J. Cabanilles (coord.) *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 89. Valencia, 117-173.
- Maya, J. L. (1978): "Las necrópolis tumulares ilerdenses", 2 *Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá*, 83-96.
- Maya, J. L. (1986): "Incineració i ritual funerari a les valls del Segre i del Cinca", *Cota Zero*, 2, 39-47.
- Maya, J. L. (1993): "El Bronce final-Hierro Inicial en la zona norte del valle del Ebro", *Bajo Aragón Prehistoria IX-X. Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa*. Caspe-Zaragoza, 7-50.
- Mitsopoulou, Chr. (2010): "De nouveaux Kernoi pour Kernos... Réévaluation et mise à jour de la recherche sur les vases de culte éleusiniens", *Kernos* 23, 145-178.
- Mödlinger, M. (2017): *Protecting the Body in War and Combat. Metal Body Armour in Bronze Age Europe*. Österreichische Akademie der Wissenschaften. Philosophisch-historische Klasse. Oriental and European Archaeology, Volume 6. Viena.
- Mohen, J. P. (1976a) : "Les civilisations de l'Age du Fer dans les Pyrénées", en J. Guilaine (dir.) *La Préhistoire Française II. Les Civilisations Néolithiques et Protohistoriques de la France*. IX Congress de la U. I. S. P. P. Nice. Paris, 753-760.
- Mohen, J. P. (1976b): "Les civilisations de l'Age du Fer en Aquitaine", en J. Guilaine (dir.) *La Préhistoire Française. Tome II. Les Civilisations Néolithiques et Protohistoriques de la France*. IX Congress de la U. I. S. P. P. Nice. Paris, 762-769.
- Mohen J. P. y Coffyn, A. (1970) : *Les necropoles hallstattiennes de la region d'Arcachon*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XI. Madrid.
- Montón, F. (2002): "Ritual funerario en la I Edad del Hierro. La necrópolis de La Codera", *XXVII Congreso Nacional de Arqueología*. Bolskan 19. Huesca, 115-120.
- Mundó, J. M^a. (1918): *Vuela Prehistórica. Certamen Mariano de Lérida*.
- Munilla, G., Gracia, F. y García, E. (1994-96): "La secuencia cronoestratigráfica del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra) como base para el estudio de la transición Bronce Final-Hierro en el valle medio del Ebro", en J. Rovira (edit.) *Models de Ocupació, Transformació i Explotació del territori entre el 1600 i el 500 A. N. E. a la Catalunya Meridional i zones limítrofes de la depressió de L'Ebre*. Gala 3-5, 153-170.
- Navarro, R. (1970): *Las fibulas en Cataluña*. Publicaciones Eventuales 16 del Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona. Barcelona.

- Neumaier, J. (2006): "Mito, artesanía e identidad cultural: los campos de urnas peninsulares y languedocienses a la luz de elementos <italianizantes>. A propósito del paradigma de los Urnenfelder norte y sur entorno del 1300-700 arq. ane". *Cuaderns de Prehistoria y Arqueologia Castellonenses* 25, 147-166.
- Palol, P. (1958): *La necrópolis hallstática de Agullana (Gerona)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana Vol. I. Madrid.
- Pellicer, M. (1982): "La influencia orientalizante en el Bronce final-Hierro del nordeste Hispano", *Habis* 13, 211-237.
- Pellicer, M. (1984): "Elementos ultrapirenaicos y hallstattizantes en el horizonte del Bronce final-Hierro del noreste hispano", *Habis* 15, 309-343.
- Pellicer, M. (1987): "Orígenes del urbanismo y las necrópolis tumulares en el valle medio del Ebro", *Archivo de Prehistoria Levantina* 17, 157-175.
- Pellicer, M. (2008): "Los inicios del rito funerario de la incineración en la Península Ibérica". *Revista Tabona* 16, 13-35.
- Peñalver, X. (2005): *Los Crómlech Pirenaicos*, Bolestan 22. Número monográfico.
- Pérez Casas, J. A. (1984): "Datación radiocarbónica de la necrópolis de incineración del Cabezo de Ballesteros, Épila (Zaragoza)", *Museo de Zaragoza, Boletín* 3, 113-124.
- Pérez Casas, J. A. (1985): "La necrópolis de incineración del Cabezo de Ballesteros. Épila, Zaragoza", *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 419-434.
- Pérez Casas, J. A. (1987): "Las sepulturas de adobe en la necrópolis de incineración del Cabezo de Ballesteros de Épila, Zaragoza. III campaña de excavación (1985)". *Arqueología Aragonesa, 1985*. Zaragoza, 81-84.
- Pérez Casas, J. A. (1988): "La necrópolis del Cabezo de Ballesteros", en F. Burillo, J. A. Pérez Casas y M^a L. De Sus (coords.): *Celtiberos*. Catálogo de la exposición. Zaragoza, 81-86.
- Pérez Casas, J. A. (1990): "Las necrópolis de incineración en el Bajo Jalón", en F. Burillo (coord.) *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 111-121.
- Picazo, J. V. (2005): "El poblamiento en el valle medio del Ebro durante la prehistoria reciente: zonas y procesos". *Revista d'Arqueologia de Ponent* 15, 97-117.
- Picazo, J. V. y Rodanés, J. M.^a (2009): *Cabezo de la Cruz, La Muela, Zaragoza. Los poblados del Bronce final y Primera Edad del Hierro*. Zaragoza.
- Pons, E. (2012): "Les necrópolis d'incineració en el nord-est català (1100-550 ANE): Una nova síntesi", en M^a C. Rovira; F. J. López Cachero y F. Mazière (dirs.) *Les necrópolis d'incineració entre l'Ebre i el Tíber (segles IX-VI aC), metodologia, pràctiques funeràries i societat*. Monografies 14 del Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona, 57-74.
- Quesada, F. (1993): "Soliferea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica"

- ca". *Trabajos de Prehistoria* 50, 159-183.
- Quesada, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a. C.)*. Monographies Instrumentum, 3, volúmenes I y II. Montagnac.
- Quesada, F. (2005): "El gobierno del caballo montado en la antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras", *Gladius* XXV, 97-150.
- Rafel, N. (2003) *Les necròpolis tumularies de tipus baix aragonès: Les campanyes de L'Institut d'Estudis Catalans al Matarranya*. Monografies de la secció Històrico-Arqueològica VIII. Barcelona.
- Rafel, N., Belarte, C., Graells, R. y Noguera, J. (2012): "Les necròpolis d'incineració a la Catalunya meridional i el Matarranya (segles IX-VI ANE). Novetats de la recerca", en M.^a C. Rovira, F. J. López Cachero y F. Mazzière (dirs.) *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tíber (segles IX-VI a.C): metodologia, pràctiques funeràries i societat*. Monografies 14 del Museu d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona, 25-36.
- Reimer, P., Bard, E., Bayliss, A., Beck, W., Blackwell, P., Bronk, C., Buck, C., Cheng, H., Edwards, R., Friedrich, M., Grootes, P., Guilderson, T., Haflidason, H., Hajdas, I., Hatté, C., Heaton, T., Hoffman, D., Hogg, A., Hughen, K., Kaiser, K., Kromer, B., Manning, S., Niu, M., Reimer, R., Richards, D., Scott, E., Southon, J., Staff, R., Turney, C. y Van der Plicht, J. (2013): "IntCal 13 and Marine 13 radiocarbon age calibration curves 0–50,000 years cal BP". *Radiocarbon* 55(4), 1869–1887.
- Rey, J. (2014): "El final de la Prehistoria en Sobrarbe", en I. Clemente, E. Gassiot y J. Rey (eds.) *Sobrarbe antes de Sobrarbe. Pinceladas de historia de los Pirineos*, Zaragoza 71-93.
- Rodanés, J. M.^a y Picazo, J. V. (2018): "Interaction and interchange. The genesis of the Late Bronze and Early Iron Age in the Middle Ebro Valley", en A. Cruz y J. F. Gibaja (eds.): *Interchange in Pre-and Protohistory. Case Studies in Iberia, Romania, Turkey and Israel*. BAR International Series 2891, 189-203.
- Rodanés, J. M.^a y Ramón, N. (1996): "Cerámica de la Edad del Bronce de la cueva del Moro de Olvena". *Bolskan* 13, 39-131.
- Romeo, F. y Fatás, L. (2021): "El retorno de los cascots. Del saqueo de Aratis a la recuperación de los cascots celtibéricos", *Aragón es otra Historia n.º 1*. Zaragoza, 6-11.
- Romero, F. (2010): "Las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital. Un estado de la cuestión", en F. Romero y C. Sanz (eds.) *De la Región vaccea a la Arqueología vaccea*. Valladolid, 467-544.
- Rojo-Guerra, M., Garrido, R., García, I., Tejedor, C.; Arcusa, V. y Royo, J. I. (2018): "De la Meseta a los Pirineos: génesis, desarrollo y perspectivas de un proyecto multidisciplinar sobre la

neolitización peninsular". *Anejos a CUPAUAM* 3, 113-126.

Rovira, M. C. (1999): "Las armas-trofeo en la cultura ibérica: pautas de identificación y de interpretación", *Gladius* XIX, 13-32.

Rovira, M. C., López Cachero, F. J. y Muzière, F. (dirs.) (2012): *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tíber (segles IX-VI a.C): metodologia, pràctiques funeràries i societat*. Monografies 14. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona.

Rovira, J., Casanovas, A. (1993): "El depósito de brazaletes de Sant Aleix (Lleida) y los depósitos de objetos metálicos del Bronce Final en Cataluña", *Complutum* 4, 69-80.

Royo, J. I. (1980): "Hallazgos metalúrgicos de la Iª Edad del Hierro en Aragón", *Turiaso* I, 241-324.

Royo, J. I. (1986): "Estudio de un ajuar funerario de la Iª Edad del Hierro descubierto en las cercanías de Mallén (Zaragoza)", *Cuadernos de Estudios Borjanos* XVII-XVIII, 35-59.

Royo, J. I. (1990): "Las necrópolis de los Campos de Urnas del valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico", *Necrópolis Celtibéricas*. II Simposio sobre los Celtíberos. Zaragoza, 123-136.

Royo, J. I. (1991): "La necrópolis tumular de Los Castelletts II (Mequinenza, Zaragoza). Quinta campaña". *Arqueología Aragonesa 1988-1989*. Zaragoza, 121-125.

Royo, J. I. (1994-1996): "Ritual funerario y cultura material en las necrópo-

lis tumulares de Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza): Una aportación al estudio del Bronce final/Hierro I en el N. E. peninsular", *Taules Rodones d'Arqueologia. Actes*. Gala 3-5. Sant Feliu de Codines (Barcelona), 93-108.

Royo, J. I. (1997a): "La necrópolis de incineración del Arroyo Vizcarra en Ruesta (Urriés, Zaragoza). Actuación de urgencia". *Arqueología Aragonesa 1993*. Zaragoza, 47-58.

Royo, J. I. (1997b): "Prospecciones y nuevos hallazgos arqueológicos en las Altas Cinco Villas: términos de Sos del Rey Católico, Urriés y Los Pintanos (Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa, 1993*. Zaragoza, 261-270.

Royo, J. I. (2000): "Tipología funeraria, ritos y ofrendas en las necrópolis del valle del Ebro durante la Primera Edad del Hierro (s. VIII- s. V a. C.)". *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 5. Archéologie de la Mort, Archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer*. Actes du XXI Colloque International de l'Association Française pour l'Étude de l'Âge du Fer. Conques-Montrozier, 41-58.

Royo, J. I. (2005): "Los poblados de El Morredón y El Solano (Fréscano, Zaragoza) y la cultura de los Campos de Urnas en el valle del río Huecha", *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XLVIII, 17-178.

Royo, J. I. (2008-2009): "El Molino de Trasmoz (Zaragoza) y la transición del poblamiento de la Edad del Hierro al mundo celtibérico a la sombra del Moncayo", *Turiaso* XIX., 63-122.

- Royo, J. I. (2017): "La necrópolis del Corral de Mola (Uncastillo, Zaragoza) y su contexto en el Ebro medio durante la Edad del Hierro", *CuPAUAM* 43, 67-164.
- Royo, J. I. (2019): "La influencia mediterránea en el valle medio del Ebro durante la Primera Edad del Hierro: imitaciones de *holmoi*, soportes y *thymiateria*", *Lycenium* XXXVIII, 27-75.
- Royo, J. I. (2021): "Los broches de cinturón protohistóricos del museo de Huesca y su contexto en el valle medio del Ebro", *Bolskan* 28, 7-34.
- Royo, J.I. (2022): "Los broches de cinturón del Bronce Final-Hierro I en el valle medio del Ebro y su contexto arqueológico", en R. Graells, A. Lorrio y P. Camacho (coords.) *Problemas de Cultura Material. Ornamentos y Elementos del Vestuario en el arco litoral mediterráneo-atlántico de la Península Ibérica (Siglos X-V a.C.)*. Alicante, 285-319.
- Royo, J.I. y Aguilera, I. (1981): "Avance de la IIª Campaña de excavaciones arqueológicas en Bursau, 1979. (Borja, Zaragoza)", *Cuadernos de Estudios Borjanos* VII-VIII, 27-73.
- Royo, J. I. y Burillo, F. (1997): "Excavaciones en el Castillo de Cuarte (Zaragoza): el solar de la Calle Mayor 3 y sus niveles ibéricos (1993-1994)", *Arqueología Aragonesa* 1994. Gobierno de Aragón. Zaragoza, pp. 121-134.
- Royo, J.I. y Fatás L. (2017): "Arquitectura funeraria y gestión del espacio durante la Iª Edad del Hierro en la necrópolis de Arroyo Vizcarra (Urriés, Zaragoza)", en S. Adroit y R. Graells (coords.): *Arquitecturas Funerarias y Memoria: La Gestión de las Necrópolis en Europa Occidental (Siglos X-III a- C.)*. Archeologia Nuova Serie, 4. Actas de la reunión celebrada los días 13-14 de marzo de 2014 en la Casa de Velázquez (Madrid), 47-57.
- Royo, J. I. y Ferreruela, A. (1985): "Nuevos materiales del poblado de los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza)", *Bajo Aragón, Prehistoria* VI, 237-240.
- Royo, J.I. y Pérez Casas, J. A. (1987): "Un ejemplo de actuación de urgencia en defensa del patrimonio arqueológico: Burrén y Burrena (Fréscano, Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa*, 1985, Zaragoza, 207-213.
- Royo, J.I. y Pérez i Conill I. J. (2019): "Los vasos bitroncocónicos de las necrópolis de Los Castelletts y Can Misserit y los primeros campos de túmulos y urnas en el noreste peninsular". *Bolskan* 27, 55-86.
- Royo, J. I., Viladés, J. M. y Cebolla, J. L. (1992): "Excavación de urgencia en el yacimiento de 'El Quez' y su necrópolis islámica (Alberite de San Juan, Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa*, 1990. 335-342.
- Royo, J.I., García Martínez de Lagrán, I. y Tejedor, C. (2018): "La aplicación de la estadística bayesiana en la periodización de la Iª Edad del Hierro en el valle medio del Ebro", En J. I. Lorenzo y José Mª Rodanés (Eds.). *Actas del II Congreso CAPA Arqueología y Patrimonio Aragónés (Zaragoza, 2017)*. Zaragoza, 171-180.
- Royo, J.I. y Romeo, F. (2015): "Fortificaciones y sistemas defensivos en los

poblados de la 1ª Edad del Hierro en el valle medio del Ebro (s. VIII-V a. C.): origen, tipología e implicaciones”, en O. Rodríguez, R. Portilla, J. C. Sastre y P. Fuentes (coords). *Actas del Congreso Internacional de Fortificaciones en la Edad del Hierro. Control de los Recursos y el Territorio*. Valladolid, 361-384.

Ruiz Vélez, I. (2009): “La cueva de Ojo Guareña (Burgos): el “príncipe” que se perdió y murió en ella”. *Sautuola XV*. Instituto de Prehistoria y Arqueología “Sautuola”. Santander, 261-274.

Ruiz Zapatero, G. (1981): “Cerámicas excisas de la Primera Edad del Hierro en Aragón”. *Turiaso II*. Centro de Estudios Turiasonenses. Institución Fernando el Católico. Tarazona, 11-29.

Ruiz Zapatero, G. (1985): *Los Campos de Urnas del N. E. de la Península Ibérica. 2 tomos*. Tesis Doctoral policopiada. Universidad Complutense. Madrid.

Ruiz Zapatero, G. (2004): “Casas y tumbas. Explorando la desigualdad social en el Bronce Final y Primera Edad del Hierro del NE de la Península Ibérica”. *Mainake XXVI*. Diputación Provincial de Málaga. Málaga, 293-330.

Ruiz Zapatero, G. (2008): “Morir, enterrar y recordar. Las tierras navarras durante la Edad del Hierro”, en M. A. Hurtado; F. Cañada; J. Sesma y J. García (Coords.): *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*. Catálogo de la exposición en el Museo de Navarra (27 noviembre 2007 al 30 abril 2008). Pamplona, 97-113.

Ruiz Zapatero, G. (2014): “Bronce Final-Hierro: la naturaleza de los Campos

de Urnas”, en O. Mercadal i Fernández (coord.): *La Transició Bronze Final - Iª Edat del Ferro en els Pirineus i territoris veïns: XV Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Congrés Nacional d'Arqueologia de Catalunya*. Puigcerdà 17, 18 i 19 de novembre de 2011. Puigcerdà: Institut d'Estudis Cerdans, 635-658.

Sala, F. (2009): “Las imitaciones ibéricas de vasos griegos”, en M. Olcina y J. J. Ramón (eds.): *Huellas Griegas en la Contestania Ibérica*. MARQ. Museo Arqueológico de Alicante. Catálogo de la exposición. Alicante, 52-61.

Sánchez Climet, A. (2016): *La Cerámica Celtibérica Meseteña: Tipología, Metodología e Interpretación Cultural*. Tesis doctoral leída en la Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Prehistoria (Dir.: Mª Luisa Cerdeño). Madrid.

Sanmartí, E. (1975): “Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (Comarca de Matarranya)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2. Castellón, 87-132.

Sanmartí, E. (1993): *Una tomb de guerrier de la primera edat del ferro trobada a Llinars del Vallès (Vallès Oriental, Barcelona)*. Treballs del Museu de Granollers, 1. Museu de Granollers.

Sardá, S. (2008): “Servir el vino. Algunas observaciones sobre la adopción del *oinochos* en el curso inferior del Ebro (s.VII-VI a C)”, *Trabajos de Prehistoria* 65(2), 95-115.

Sesma, J., García, J. y Tabar, M.ª I. (2007): “La Saga (Cáseda). Una sepul-

tura colectiva de la Edad del Bronce”, en M. A. Hurtado; F. Cañada; J. Sesma y J. García (coords.) *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*. Catálogo de la exposición. Pamplona, 89-92.

Taffanel, O., Taffanel, J. y Janin, Th. (1998): *La nécropole du Moulin à Mailhac (Aude)*. Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 2. Publication de l'UMR 154 du CNRS. Lattes. France.

Toledo i Mur, A. (2012a): “La necrópolis de Can Bech de Baix, Agullana (Alt Ampurdà, Girona)”, en M^a. C. Rovira; F. J. López Cachero y F. Mazière (dirs.): *Les necrópolis d'incineració entre l'Ebre i el Tíber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat*. Monografies 14. Museu d'Arqueologia de Catalunya, 161-170.

Toledo i Mur, A. (2012b): “La necrópolis à incineration protohistorique de Negabous (Perpignan, Pyrénées-orientales)”, en M^a. C. Rovira; F. J. López Cachero y F. Mazière (dirs.): *Les necrópolis d'incineració entre l'Ebre i el*

Tíber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat. Monografies 14. Museu d'Arqueologia de Catalunya, 245-253.

Torres-Martínez, J. F. (2013): “De l'autre côté des Pyrénées. La Navarre a l'âge du Fer”, en A. Colin, F. Verdin (dirs.) *L'âge du Fer en Aquitaine et sur ses marges. Mobilité des hommes, diffusion des idées, circulation des biens dans l'espace européen à l'âge du Fer*. Actes du 35e Colloque international de l'AFEAF. Aquitania, Supplément 30, 257-273.

Verger, S.; Dumont, A.; Moyat, PH.; Mille, B. (2007): “Le dépôt de bronzes du site fluvial de La Motte à Agde (Hérault)”. *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums* 54. Mainz, 85-171.

Vizcaíno, D. (coord.) (2010): *La necrópolis de Sant Joaquim de la Menarella (Forcall, Castellón). La práctica de la incineración en la comarca de Els Ports. Parque Eólico de Refojas. Zona II del Plan Eólico Valenciano*. Valencia.

Resumen:

En esta monografía se aborda el estudio exhaustivo de los restos conocidos y conservados de las necrópolis tumulares de incineración de la Edad del Hierro, situadas a lo largo del río Huecha, entre las localidades de Cortes de Navarra y Vera de Moncayo, en el extremo occidental de la provincia de Zaragoza, colindante con Navarra. Dicho trabajo ha permitido abordar en profundidad su cultura material, su arquitectura funeraria o los rituales relacionados con el depósito del difunto y su incineración. Su situación geográfica, junto al análisis de las cerámicas, de los ajuares metálicos o de las estructuras tumulares, han permitido asimilar este grupo de cementerios protohistóricos al Grupo I de necrópolis de la denominada como "Cultura de los Campos de Urnas" del valle medio del Ebro. Su estrecha relación con las necrópolis del Hierro I de la Navarra media, de las Cinco Villas, del valle del Jalón o el río Huerva, demuestra su relación con el ritual y la cultura material de esta zona, así como la generalización del enterramiento tumular desde el Bronce Final en toda el área tratada. Como consecuencia del análisis de los materiales fechados en el Hierro I y de su contexto, se ha planteado un desarrollo cronológico de las necrópolis del río Huecha que se sitúa entre los inicios del siglo VII y el siglo IV a.C. En cuanto a las necrópolis celtibéricas de Carraveruela y la Oruña, los restos estudiados apuntan a un período situado entre los siglos IV y III a.C.

El estudio se estructura en cinco grandes apartados: en el primero se plantean los objetivos principales de este proyecto, principalmente exponer los datos disponibles de un grupo de necrópolis protohistóricas que sirvan para poder aportar una visión de conjunto sobre los estudios recientes que se han llevado a cabo en todo el valle del Ebro y las regiones del sur de Francia, para lo cual se realiza un pequeño estado de la cuestión. El segundo apartado, es muy breve y se dedica a una escueta descripción de las principales investigaciones realizadas sobre el mundo funerario protohistórico del valle del río Huecha, desde los primeros trabajos de Maluquer y Vázquez de Parga en la necrópolis de La Atalaya, hasta los recientes descubrimientos de algunas necrópolis como Carraveruela en Magallón, o La Oruña en Vera de Moncayo.

El tercer apartado representa el corpus de todos los hallazgos realizados en el río Huecha, concentrado en las necrópolis conocidas hasta este momento: La Atalaya de Cortes de Navarra, el hallazgo funerario de Mallén, la posible necrópolis de Burrén y Burreña, en Fréscano, la de El Quez en Alberite de San Juan, la de Carraveruela en Magallón, la del Cabezo de las Viñas en Albeta y la necrópolis celtibérica de La Oruña en Vera de Moncayo. Aunque los datos aportados de todos y cada uno de los hallazgos, muchos de ellos hasta ahora totalmente inéditos, vienen a dar luz sobre algunos aspectos importantes. Destacan entre otros la presencia de una imitación manufacturada de un ánfora griega, procedente del hallazgo de Mallén, la documentación de estructuras tumulares y una secuencia del Hierro I y II en la necrópolis de Carraveruela, o la presencia de vasos que imitan formas mediterráneas en el Cabezo de las Viñas. No obstante, señalaremos dos casos ex-

cepcionales: La Atalaya y La Oruña. En el primer caso, a pesar de los meritorios trabajos publicados hasta la fecha, especialmente el de Maluquer y Vazquez de Parga y el de Castiella, estamos ante una necrópolis muy mal conocida. Para poder ofrecer una visión de conjunto de la misma, hemos aportado un pormenorizado estudio, en el que se reinterpretan nuevos datos sobre las estructuras funerarias, como es la presencia de estructuras tumulares de adobes. Pero el apartado principal de esta revisión se refiere a su cultura material, en la que se analizan y se reordenan sus cerámicas, sus elementos de vestido y adorno, especialmente los broches de cinturón o las fibulas, sus armas y sus asociaciones, proponiendo una lectura más orgánica de este importante yacimiento. El segundo caso corresponde a la necrópolis celtibérica de La Oruña, en la que a pesar de su expolio sistemático, hemos podido recuperar importantes elementos de su arquitectura funeraria, así como algunos elementos de sus ajuares que merecen citarse en estas líneas. Destacan las espadas, un soliferrum y algún resto de puñal decorado, pero especialmente las grebas que en número de cuatro se han podido recuperar, con modelos que remiten al mundo itálico. Así mismo destaca la aparición de un bocado de caballo casi completo identificado como "bridón de aros" dentro del tipo 2 de Argente, junto a un broche de cinturón de placa recortada y decoración nielada que podrían llevar este conjunto a unas fechas situadas entre el siglo V y el III a.C.

El cuarto apartado intenta contextualizar las necrópolis protohistóricas del Huecha con los diferentes conjuntos funerarios del valle del Ebro y áreas cercanas. En primer lugar se agrupan y describen todos los yacimientos del grupo I de necrópolis del Hierro I del valle medio del Ebro, definido en su momento por Royo Guillén, explicando sus afinidades y sus diferencias o particularidades, para luego pasar a comentar otras áreas vecinas, especialmente el Bajo Aragón, el Bajo Ebro, el Maestrazgo o el Pirineo, sin dejar de lado los datos existentes en el sur de Francia, manifestando en todo caso las fuertes relaciones existentes entre las necrópolis galas y las del sector occidental del valle medio del Ebro. A continuación se plantea la problemática que ha servido de base de discusión entre los defensores de la tradición tumular o la presencia de auténticos "campos de urnas" en los cementerios protohistóricos, cuestión esta que se ve ampliamente superada por las pruebas inequívocas de dicha tradición tumular en el valle del Ebro desde la Prehistoria Reciente y que demuestra la adopción de la arquitectura tumular generalizada desde el Bronce Final, como puede comprobarse sin ninguna duda en el valle del río Huecha. El final de este apartado se dedica a sistematizar la cultura material, especialmente la cerámica, tanto la realizada a mano como la confeccionada a torno, estableciéndose una propuesta tipológica y cronológica para todos los tipos cerámicos documentados en la zona de estudio que abarca un prolongado período entre el siglo VII y el III a.C. La presencia de ricos ajuares metálicos viene a demostrar la presencia original de ciertas diferencias sociales y de una clase emergente de guerreros que marcará el paso a nuevas realidades políticas a partir del siglo V a. C.

Por último el quinto apartado se dedica a las conclusiones de este trabajo, en las que se incide en todos y cada uno de los aspectos ya expuestos en los apartados anteriores, destacando algunos elementos de interés, como es la clara relación de las necrópolis del Huecha con el mundo funerario del valle medio del Ebro, su clara identidad material, ritual y cultural con el mismo, junto a las demostradas relaciones hacia el Mediterráneo y hacia el sur de Francia, constatadas al menos desde los inicios de la Protohistoria.

El abundante aparato gráfico que acompaña este estudio, así como las exhaustivas referencias bibliográficas contenidas en el mismo, junto al denso apartado dedicado a la bibliografía, pretenden ser un referente para los estudios de la Protohistoria del valle del Ebro, en especial de su cuenca media que viene a sumarse a los ya realizados en comarcas vecinas, como en el área oriental navarra o en las Cinco Villas aragonesas.

Palabras clave: río Huecha, necrópolis, túmulos, incineración, Hierro I, celtibérico, cultura material, metalurgia, ritual.

English Summary:

This study is dedicated to the complete examination of the remains of a group of Iron Age cremation cemeteries located along the Huecha river that runs between the Moncayo and the Ebro, in the western end of the province of Zaragoza, bordering Navarre. Its material culture, funerary architecture, rituals related to the deposit of the deceased and their treatment are discussed in depth. The geographical, formal and material characteristics of these cemeteries have allowed us to assimilate this group to Group I of necropolis of the so-called "Culture of the Urn Fields of the middle valley of the Ebro". As a result of the analysis of the materials dated in the Iron I and its context, a chronological development of the necropolis of the Huecha river has been proposed between the beginning of the 7th century and the 4th century BC. As for the Celtiberian necropolis of Carraveruela and La Oruña, the remains studied point to a period that would occupy the fourth and third centuries BC.

The work is structured in five sections. In the first one, the main objectives of this project are set out, first to present the available data of a group of protohistoric necropolis that serve to complete the state of the question and provide an overview of the recent studies that have been carried out throughout the Ebro valley and the regions of southern France.

The second section is devoted to a brief description of the main researches carried out on the protohistoric funerary world of the Huecha river valley, from the first works of Maluquer and Vázquez de Parga in the necropolis of La Atalaya, to the recent discoveries of some others such as Carraveruela in Magallón, La Oruña in Vera de Moncayo and Cabezo de las Viñas in Albeta.

The third section represents the corpus of all the finds made in the study area, concentrated in the necropolis recognized up to this moment: La Atalaya, the funerary find of Mallén, the possible necropolis of Burren and Burrena, in Fréscano, those of El Quez in Alberite de San Juan and Carraveruela in Magallón, that of Cabezo de las Viñas in Albeta and the Celtiberian necropolis of La Oruña in Vera de Moncayo. Although the data provided by each and every one of the findings, many of them unpublished until now, shed light on some important aspects, the presence of a manufactured imitation of a Greek amphora, coming from the Mallén find, the documentation of tomb structures and a sequence of Iron I and II in the necropolis of Carraveruela, or the presence of vessels that imitate Mediterranean forms in the Cabezo de las Viñas stand out.

We highlight two exceptional cases: La Atalaya and La Oruña. In the first site, despite the meritorious works published to date, especially those of Maluquer and Vázquez de Parga and Castiella, we are faced with a poorly known necropolis. In order to offer an overall view of it, we have provided a detailed study in which new data on the outhouse structures are reinterpreted, such as the presence of adobe tomb architecture. But the main section of this review refers to their material culture, in which we analyze and reorder their ceramics, their clothing and

adornment elements, especially belt brooches and fibulas, their weapons and their associations. The Celtiberian necropolis of La Oruña in which, despite its complete despoilment, we have been able to recover important elements of its funerary architecture, as well as some components of their trousseaus that are worth mentioning. Swords, a soliferrum and some remains of a decorated dagger stand out, but especially the greaves that, in number of four, have their prototypes in the Italic area. Likewise, the appearance of an almost complete horse bit identified as "bridle of hoops" within the type 2 of Argente, together with a belt brooch with a cut plate and niello decoration that could lead this set to dates between the mid-fifth century and the third century BC.

The fourth section contextualizes the protohistoric necropolis of Huecha with the different funerary complexes of the Ebro valley and nearby areas. Firstly, all the sites of the group I of Iron I necropolis of the middle Ebro valley are grouped and described, explaining their affinities, differences and particularities, to then go on to comment on other neighboring areas, especially Lower Aragon, Lower Ebro, Maestrazgo and the Pyrenees, without neglecting the existing data in the south of France with whom they have strong relationships. Next, the problematic that has served as the basis of discussion between the defenders of the tomb tradition or the presence of authentic "urn fields" in the protohistoric cemeteries is raised, a question that is largely overcome by the unequivocal evidence of a tomb tradition in the Ebro valley since recent prehistory and that demonstrates the adoption of tomb architecture generalized since the Late Bronze Age, as can be seen in the valley of the Huecha river. The end of this section is dedicated to systematize the material culture, especially ceramics, both handmade and lathe-made, establishing a typological and chronological proposal for all the ceramic types of the study area that covers a long period between the seventh and third century BC. The presence of rich metallic offerings demonstrates the presence of certain social differences and of an emerging class of warriors that will mark the passage to new political realities from the 5th century B.C. onwards

This is followed by the problem that has served as a basis for discussion among the defenders of the tomb tradition or the presence of authentic "urn fields" in the protohistoric cemeteries, a question that is largely overcome by the unequivocal evidence of a tomb tradition in the Ebro Valley since recent prehistory and which demonstrates the adoption of tomb architecture widespread since the Late Bronze Age, as can be seen in the valley of the Huecha River itself. The end of this section is dedicated to systematize the material culture, especially ceramics, both handmade and lathe-made, establishing a typological and chronological proposal for all the ceramic types of the study area that covers a long period between the seventh and third century BC. The presence of rich metallic offerings demonstrates the presence of certain social differences and of an emerging class of warriors that will mark the passage to new political realities from the 5th century BC onwards.

Finally, the fifth section is dedicated to the conclusions, in which each and every one of the aspects already exposed in the previous chapters is emphasized, highlighting some elements of interest, such as the clear relationship of the necropolis of Huecha with the funerary world of the middle valley of the Ebro, its logical material, ritual and cultural identity with it, along with the proven relationships with the Mediterranean and southern France, at least since the beginning of protohistory.

The abundant graphic apparatus that accompanies this study, together with the dense section dedicated to the bibliography, aim to turn it into another reference for the studies of the protohistory of the Ebro valley, especially of its middle basin, which adds to those already carried out in neighboring regions, such as in the eastern area of Navarre or Cinco Villas.

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES A
MUSEO DE ZARAGOZA. BOLETÍN



1 OBJETIVO, TEMÁTICA, PÚBLICO, PERIODICIDAD. El *Museo de Zaragoza. Boletín* es una revista, dedicada a la Museología, el Mundo Antiguo, las Bellas Artes y la Etnología. Sirve de instrumento de promoción y difusión del Museo de Zaragoza en el ámbito profesional. Su periodicidad será anual.

2 INTERCAMBIOS. El *Museo de Zaragoza. Boletín* se intercambia con publicaciones especializadas en los contenidos comunes expresados en el punto 1.

3 ACEPTACIÓN DE ORIGINALES. Los artículos podrán ser encargados por la revista o propuestos por los autores. La Secretaría de la revista comunicará la recepción de los originales y su admisión por el Consejo Editorial.

- Para su aceptación los autores deberán enviar los originales del texto (en formato Word) como adjunto al correo museoza@aragon.es.

4. IDIOMA. Se aceptan los textos en español, inglés o francés.

5. EXTENSIÓN. Se recomienda un máximo de 20 páginas (2200 caracteres por página, interlineado sencillo), incluidas las notas a pie de página). En algún caso, los trabajos propuestos podrán rebasar dicha extensión a juicio del Consejo Editorial.

6. FORMATO. Los autores deberán redactar el texto en un archivo de formato Word (Times New Roman 12 para el texto y Times New Roman 10 para las notas).

- Los artículos deberán ir precedidos de una página con el título del trabajo, nombre completo del autor, institución a la que pertenece, dirección postal y correo electrónico.

- El artículo deberá llevar el título en español y en inglés, a continuación los nombres del autor/es y su filiación institucional.

- Antes del texto deberá incluirse un resumen de hasta 150 palabras (castellano e inglés) y hasta 6 palabras clave (castellano e inglés). Las palabras clave no deberán repetir las palabras que ya figuran en el título.

- Si se desea manifestar agradecimientos o mencionar fuentes de financiación se incluirán en un apartado de "agradecimientos" antes de la bibliografía.

7. ILUSTRACIONES. Toda la documentación gráfica se considerará como *Figura*, ya sea una fotografía, dibujo, mapa o plano. Las figuras se ordenarán de forma correlativa, empezando por el número 1 y así sucesivamente.

- Las *Tablas* llevarán numeración propia correlativa.
- Se insertarán en el texto todas las figuras, en el lugar donde se desee que aparezcan, con el pie de la figura correspondiente (Fig. 1. Pie de la figura) y números y pies de figuras sucesivos.
- La documentación gráfica debe ser de calidad, de modo que su reducción no impida identificar correctamente las leyendas o desdibuje los contornos de la figura. Los dibujos, planos y cualquier tipo de registro (como cerámicas, monedas, bronceos...) irán acompañados de una escala gráfica.
- Las figuras deben enviarse, junto al texto, en soporte digital, en fichero de imagen TIFF o JPG con una resolución mínima de 300x600 - 300 DPI.
- Para preservar los derechos que puedan derivarse del uso de las imágenes, tablas, gráficos o cualquier figura, los autores deberán indicar si son ellos los autores o, en caso contrario, deberán indicar con precisión la procedencia y si tienen o no derechos de reproducción.

8. CITAS DENTRO DE LOS TEXTOS.

- Las citas en latín irán siempre en cursiva.
- Las citas en griego se harán en fuente Unicode o, en su defecto, fuente Greek.
- Las citas en lenguas modernas en redonda con comillas (" ").
- Las comillas angulares se usarán solo cuando haya que colocar comillas dentro de un párrafo previamente entrecomillado y cuando haya que entrecomillar alguna palabra o locución en el título o subtítulos (« »).

9. CITAS.

- Las citas serán siempre a pie de página. No se admitirán en el texto.
- Los números volados deberán ir detrás del signo de puntuación correspondiente:
... cerámica campaniense.¹
- ¹ Arce Martínez 1982, 23, fig. 24, más los comentarios que se consideren oportunos.

10. NORMAS DE PUNTUACIÓN.

- Para los signos de puntuación, paréntesis, espacios, guiones, barras y rayas se seguirán las orientaciones de la RAE.
- Las abreviaturas de magnitudes no llevan punto final, ejemplos: metro (m), centímetro (cm), milímetros (mm), gramo (g), etc.
- Las demás abreviaturas siempre llevan puntuación, por ejemplo: metros sobre el nivel del mar (m s. n. m.).

- Los años no llevan puntuación: 1934.
- Se emplearán tildes en mayúsculas y abreviaturas.
- Para los decimales se utilizará coma: 3,57.
- El porcentaje no llevará separación de la cifra: 17%.

II. LISTA BIBLIOGRÁFICA AL FINAL DEL TRABAJO. Se citarán los dos apellidos siempre que estén referenciados y se organizará siguiendo el orden alfabético por apellidos. Los lugares de edición deben citarse tal y como aparecen en el trabajo original.

Ejemplos:

• Monografías:

- Arce Martínez, J. (1982): *El último siglo de la España romana*, Madrid.

• Artículos de revista:

- Trías de Arribas, G. (1966): "Cerámicas griegas de figuras rojas procedentes de El Castell (Almenara, Castellón)", *Archivo de Prehistoria Levantina* 11, 91-97.

• Contribuciones a congresos y obras conjuntas:

- Trías de Arribas, G. (1989): "El Sec: la cerámica ática de figuras rojas", en *Grecs et ibères au IV^e siècle avant Jésus-Christ, Commerce et iconographie, Table Ronde Bordeaux 16-18 décembre 1986, Revue des Études Anciennes* LXXXIX 3-4, 21-49.

En el caso de artículos contenidos en obras colectivas que tengan coordinador, editor, etc., se actuará como en los artículos de revista, pero teniendo en cuenta que los coordinadores, editores, etc. llevarán la inicial del nombre de pila delante del apellido y detrás del último de ellos su condición abreviada entre paréntesis:

- Chavarría Arnau, A. (2010): "Suburbio, iglesias y obispos. Sobre la errónea ubicación de algunos complejos episcopales en la *Hispania tardoantigua*", en D. Vaquerizo Gil y G. Trías de Arribas (eds.), *Los áreas suburbanas en la ciudad histórica: topografía, usos, función*, Córdoba, 435-453.

• Trabajos dentro de una serie monográfica:

- Alföldy, G. (1973): *Flamines Provinciae Hispaniae Citerioris, Anejos Archivo Español de Arqueología* VI, Madrid.

• En el caso de un autor con varios artículos:

- Beltrán Lloris, M.
(1976): *Museo de Zaragoza. Secciones de Arqueología y Bellas Artes*, Madrid.
(2000): "I. El pasado", en M. Beltrán Lloris (coord.), *Museo de Zaragoza: 150 años de historia*, Zaragoza, 25-180.

12. REFERENCIAS CRONOLÓGICAS. Para expresar cronologías absolutas con respecto a un punto determinado en el tiempo se utilizarán las siguientes abreviaturas:

- Antes de Cristo: a. C./B. C.; después de Cristo: d. C./A. D.; antes de nuestra Era: ANE/Before Present: BP; Mil años: Ky/Ka; Millón de años: My/Ma.
- Para fechas calibradas se usará la abreviatura: cal.
- Las fechas de C14 irán acompañadas de la referencia del laboratorio, el número de muestra, la clase de material y la desviación estadística. Las fechas calibradas citarán la tabla o programa informático usado.

13. REFERENCIAS A FUENTES ANTIGUAS. Se debe citar siempre con cifras arábigas (Liv. 7, 32, 15. *Symm. Ep.* 4, 28, 1., por ejemplo), siguiendo los diccionarios Liddell-Scott-Jones, *Greek-English Lexicon* (www.lfg.uci.edu/lsg/), *Diccionario Griego-Español*, del CSIC (dge.cchs.csic.es), Lewis-Short, *A Latin-English Dictionary* (on line a través de *Perseus*) o P.G.W. Glare, *Oxford Latin Dictionary*.

14. CORRECCIÓN DE PRUEBAS. Las únicas pruebas serán corregidas por los autores, limitándose a la subsanación de erratas y correcciones mínimas. La corrección se hará en el plazo máximo de 15 días.

15. Las opiniones expresadas por los autores no corresponden necesariamente a las de *Museo de Zaragoza. Boletín*.

16. © de la edición: Museo de Zaragoza. De las fotografías y textos: los autores correspondientes.



MUSEO DE ZARAGOZA

**Las necrópolis protohistóricas en el valle del Huecha (Zaragoza)
en su contexto material y ritual
Se terminó de imprimir el día 16 de julio de 2024,
día de la Virgen del Carmen,
patrona de la Marina Española.**

DI



**GOBIERNO
DE ARAGON**